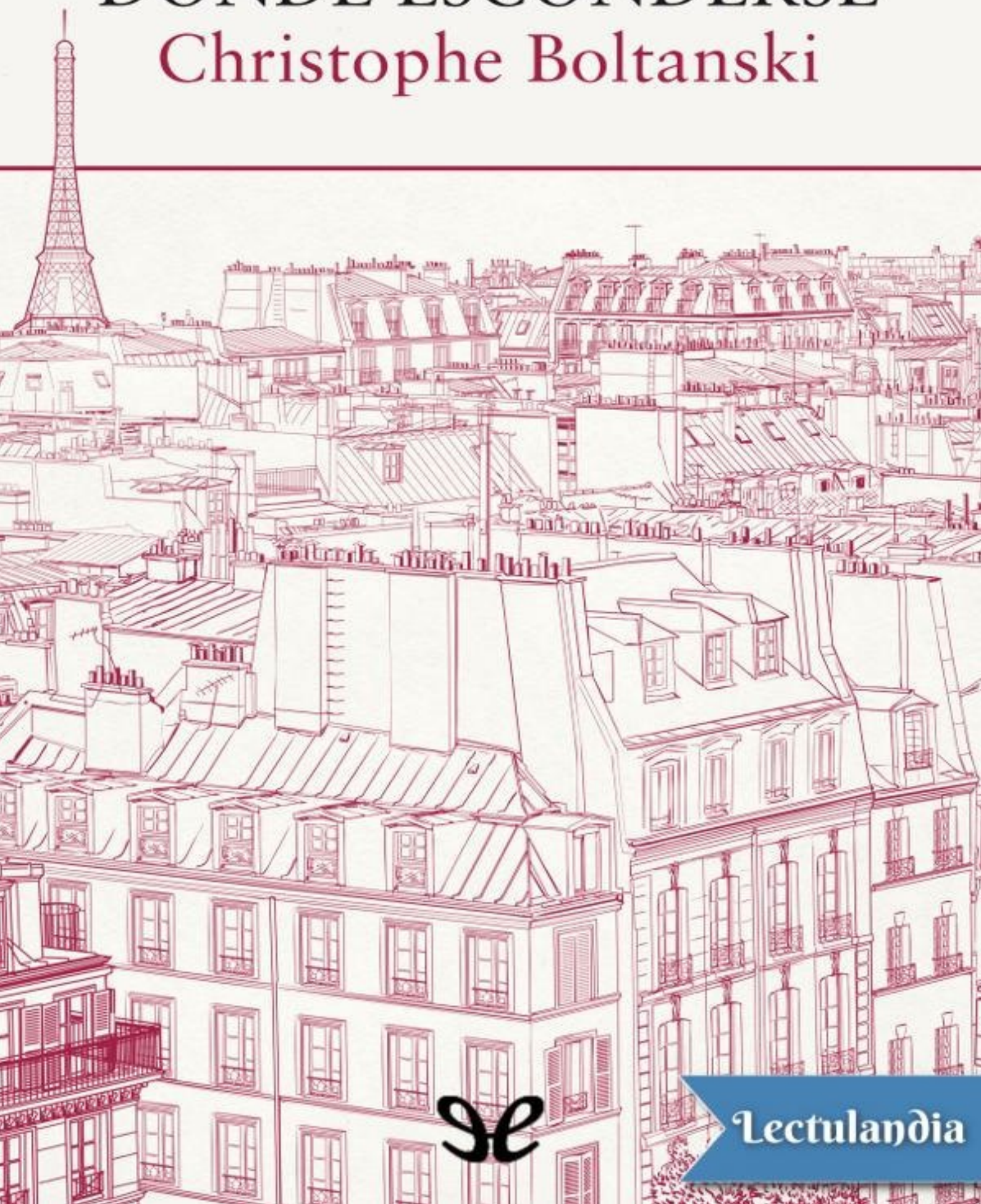


UN LUGAR DONDE ESCONDERSE

Christophe Boltanski



Lectulandia

¿Y si al llegar la Segunda Guerra Mundial, un abuelo judío que ya se pensaba netamente francés se ve obligado a esconderse de los suyos en su propio hogar, en pleno corazón de París? ¿Qué sucede cuando uno se alimenta desde la infancia tanto del genio como de las neurosis de unos parientes radicalmente distintos a los demás? ¿Cómo se transmite un secreto familiar, ese núcleo de sombras capaz de devorarlo todo? ¿Y son el talento, la libertad y la bohemia la recompensa por cargar de por vida con el abrumador legado del miedo?

«Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible por no golpearse», escribió Georges Perec en *Especies de espacios*, una frase y un autor cuya obra planea sobre este original *roman-vrai*, esta novela verídica sobre los excéntricos Boltanski y su insólita educación en todas y cada una de las habitaciones de las dos plantas de su casa en la aristocrática Rue de Grenelle.

Lectulandia

Christophe Boltanski

Un lugar donde esconderse

ePub r1.0

Titivillus 01-06-2018

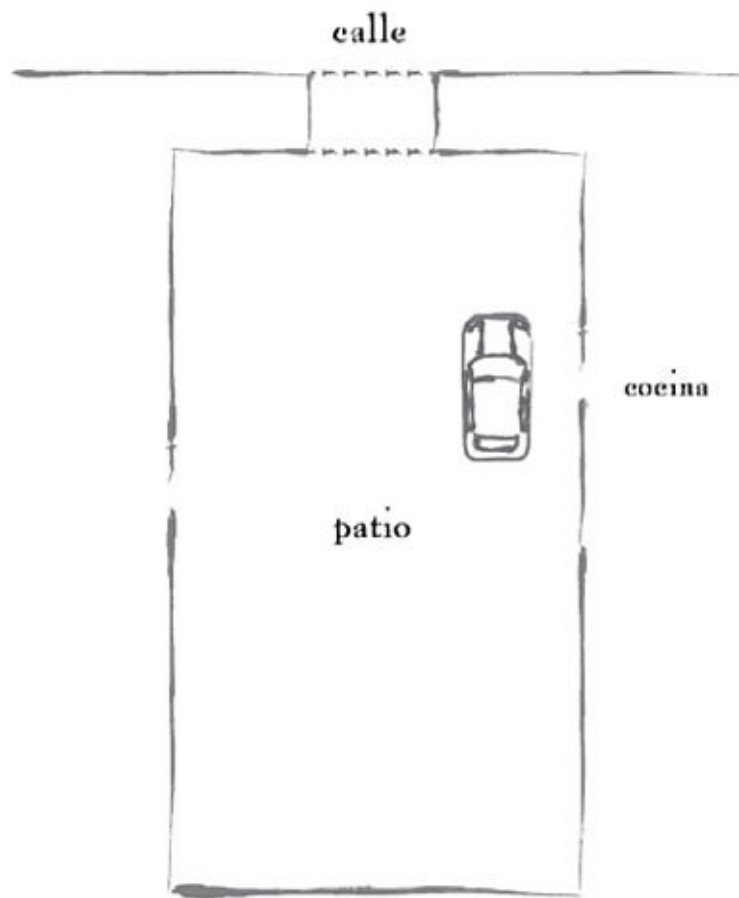
Título original: *La cache*
Christophe Boltanski, 2015
Traducción: Vanesa García Cazorla
Ilustración de la cubierta: Isabel Da Silva Acevedo
Ilustraciones: Mickäel De Clippeir

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Anne y Jean-Élie

COCHE



Jamás los vi salir a pie solos, ni juntos tampoco, para llevar a cabo ese acto de todo punto sencillo que consiste en deambular a lo largo de una acera. Solo se aventuraban fuera de la casa motorizados: sentados el uno contra el otro, al abrigo de una carrocería, tras un blindaje, por ligero que fuere. En París circulaban a bordo de un Fiat 500 Lusso de color blanco. Un coche sencillo, manejable, seguro, a su escala, con su redondez, su tamaño enano, su velocímetro graduado hasta 120 km/h, su motor de dos cilindros que, situado en la parte trasera, emitía una suerte de estertor, un gorgor de vieja lancha escupiendo agua. Lo aparcaban en el patio adoquinado frente al portal, listo para arrancar, paralelo al ala principal y casi pegado al muro, como la cápsula de rescate de una nave espacial. La portezuela delantera derecha estaba invariablemente girada hacia la entrada de la cocina. Para esperarlo solo tenían que atravesar una escalerita de piedra. Con el fin de facilitar la bajada, se había tallado un peldaño adicional en mitad del escalón. Una vez abajo, no les quedaba más que abalanzarse hacia el interior del habitáculo agarrándose al asidero. Ella, al volante. Él, a su lado. Jean-Élie, Anne y yo, apiñados en el asiento de atrás.

Ella llevaba unas gafas muy grandes, con una montura en marrón claro y cristales ovalados ligeramente tintados. Antes de girar la llave, se inclinaba hacia el espejito fijado por detrás del parasol, con la palma de la mano se daba unos ligeros toques en su melena para ahuecarse los rizos, acercaba sus mejillas, esbozaba una sonrisa con su boquita de piñón para escrutar su base de maquillaje y su pintalabios, y después arrancaba en medio de un desapacible estrépito que reverberaba en las fachadas. Al mando de su ciclomotor, el cual a cada giro de pistón se veía presa de violentos temblores, se transformaba en cibernético. Ella y su vehículo eran una misma cosa. Puesto que sus exánimes piernas no podían apoyarse en los pedales, se habían añadido, con la complicidad de no sé qué mecánico, unas largas palancas, semejantes a las de los mandos de una vieja avioneta, a fin de permitirle frenar y acelerar; en definitiva, conducir, cosa que hacía a una considerable velocidad, dando acelerones toda vez que se topaba con un peatón tratando de cruzar fuera de un paso de cebra. Con una alegría rabiosa, se abalanzaba preferentemente sobre los ancianos renqueantes pero autónomos para castigarlos por su escasa libertad de movimiento y, de paso, asustar a sus pasajeros. Jamás atropelló a nadie. Desconozco si tenía permiso de conducir y, de ser así, ignoro de qué estratagema se sirvió para conseguirlo. Le encantaba aquello: era su silla de ruedas, sus piernas recobradas, su victoria sobre aquella inmovilidad forzada.

¿Cuándo habían dejado de caminar por las calles? En cuanto a ella, lo sé: al principio de los años treinta. Fue a partir de su polio, la cual contrajo al poco tiempo del nacimiento de Jean-Élie, durante sus estudios de Medicina. Desde entonces, había mostrado un rechazo inquebrantable a usar muletas, a aparecer en público como una persona débil y privada de una parte de sí misma. Cuando el camarero de un restaurante se precipitaba para sujetarle la puerta, ponía el grito en el cielo: ella no necesitaba a nadie. Odiaba la compasión fingida, esa amabilidad altiva que quienes gozan de buena salud —o supuestamente lo hacen— manifiestan hacia cuantos no la tienen. Pero ¿él? ¿En qué momento había decidido que nunca más acudiría a pie a su trabajo, ni deambularía a lo largo de los muelles del Sena para hojear los libros de los puestos de lance ni haría la compra; que viviría sin un céntimo en el bolsillo y boicotearía los transportes públicos; que no se sentaría solo a la mesa de una terraza de un café ni pisaría la calle de no ir acompañado? ¿Había sido una decisión suya o de su esposa? ¿Padecía una especie de agorafobia aguda? ¿Lo que quería mediante aquella silente displicencia hacia un modo de locomoción natural al hombre era acaso manifestar su compasión o, más bien, su amor por una mujer que le había declarado la guerra a las leyes de la mecánica?

Ella le servía de chófer. Lo dejaba frente a los edificios oficiales, construidos en sillería, lo miraba desaparecer tras puertas monumentales coronadas por banderas tricolores y, después, acechaba su regreso. Lo transportaba a todas partes, como a un herido grave: al hospital cuando todavía ejercía; a los simposios en los que discutía acerca de la invalidez y la incapacidad; a congresos de especialistas en discapacidad. Lo llevaba en mitad de la noche, con sus hijos dormidos, a velar a los moribundos o, con mayor frecuencia, a sujetos hipocondriacos. Sin su escolta, seguramente él se habría perdido. Aquel escrupuloso médico, adulado por sus pacientes, cubierto de diplomas, honores y condecoraciones, era como un niño desnudo rodeado de adultos vestidos. Sucesivamente alegre, atormentado y atribulado, avanzaba por la vida sin una posición donde replegarse, sin refugio, como un crustáceo despojado de su caparazón y abandonado a merced del primer depredador que asomara. Incapaz de mentir o de disimular sus sentimientos, la menor emoción podía hacerlo prorrumpir en sollozos. Cualquier texto, música, comentario o recuerdo bastaban para hacerlo llorar o ponerse como un tomate.

La cara ancha, el cuello robusto, la frente alta, el cráneo achatado, el pelo rapado, ralo: físicamente se parecía un poco a Erich von Stroheim, pero con algo menos de esa rigidez prusiana. En público no afectaba el estilo —totalmente inventado en el caso del actor y cineasta americano de origen austrohúngaro— del típico señorito prusiano galoneado y de inclinaciones sádicas, sino ese otro, igualmente fantasioso,

del caballero inglés, delicado a la par que pudoroso y reservado. Con este propósito, lucía un fino bigote dividido en dos, al modo de David Niven; vestía siempre bajo su chaqueta un chaleco de lana en color beis; fumaba en una pipa de raíz de brezo, con boquilla recta, de calidad corriente, por lo general fabricada en Saint-Claude, y manifestaba un cierto gusto por el *whisky*, aun cuando apenas si bebía una gota de alcohol. Con sus alargados y almendrados ojos, realzados por unas pestañas bien dibujadas, observaba su entorno con una mirada perpetuamente extrañada, como si el mundo entero continuara siendo un misterio. Debíamos protegerlo, mantenernos unidos, formar un cordón alrededor de su persona. Sea como fuere, nosotros éramos sus guardaespaldas, sus *airbags* dispuestos a inflarse nada más recibir el primer impacto.

3

Objeto mítico de las películas italianas de los años cincuenta, el Fiat de segunda generación, llamado Nuova 500, hacía pensar en una pecera para peces rojos, en un submarino de bolsillo, en un ovni; y yo, su pasajero, recordaba a un marciano arrojado sobre un planeta desconocido. En su país de origen, lo llamaban Bambina. Menos halagüeños, los franceses lo habían apodado «tarro de yogur». Sus bajos rozaban el suelo. Su chapa poseía la delicadeza de una hoja de papel. La ausencia de puertas traseras, y más aún la de ventanillas que pudieran abrirse, reforzaba la sensación de encierro. Podía pasarme las horas apoyado en aquel motor del cual podía escuchar cada una de sus pulsaciones, bamboleándome en todas direcciones, con el cuerpo acurrucado, las rodillas acorraladas por el asiento delantero, la cara pegada a la ventanilla para ver desfilar, en contrapicado, un París que, a la sazón, era casi negro de manera uniforme, un paisaje monótono que el vaho tornaba impreciso. Aturdido por los discontinuos bramidos de la maquinaria, remontaba las grandes arterias cubiertas de hollín, la Rue Bonaparte, el Boulevard Morland, la Avenue de Ségur, la Rue de Sèvres, la Rue de Vaneau o la Avenue du Maine, en un estado de ingravidez, como si me desplazara de acá para allá en un mundo sombrío y acuoso (¿acaso no decimos de la circulación que es fluida?), en unas profundidades de azabache, fosas abisales habitadas por peces diáfanos. Yo estaba ovillado en posición fetal en el interior de esa campana de inmersión ovoide, expuesto a las miradas de los demás y curiosamente invisible en ese útero sobre ruedas pilotado por mi abuela en medio de la agitación de la ciudad.

Vivían en mitad de la Rue de Grenelle, en uno de esos palacetes que suelen llevar nombres de marqués o vizconde. Sin embargo, ajenos a la nobleza y a cuanto estuviera relacionado con esta, ellos no formaban parte del barrio Saint-Germain, cuyo nombre, desde Balzac, no designa tanto un barrio cuanto un grupo social, unos modales, un aspecto y una manera de hablar. Hasta el momento en que decido, hacia

la edad de trece años, vivir de manera permanente con ellos, me cuidaban los días de descanso, es decir, casi la mitad de la semana. Los martes por la tarde (¿o eran los miércoles?) venían a buscarme al distrito 14.º a la salida de mis clases, en la Rue Hippolyte-Maindron; al día siguiente por la tarde me llevaban a casa de mi madre, situada en el Impasse du Moulin Vert, y volvían a recogerme el fin de semana, quedándose con ellos desde el sábado a mediodía hasta el domingo. Allí estaban todos esperándome en el Fiat justo enfrente del colegio y, más adelante, a una respetuosa distancia del instituto Lavoisier. Cada año, a medida que fui pasando de curso, aparcaban el coche un poco más lejos —primero en la Rue Pierre-Nicole, luego en la Rue des Feuillantines, incluso cerca de Val-de-Grâce— con el fin de no incomodarme delante de los demás alumnos. Acabé cogiendo el 83 en la parada de Port-Royal rumbo a Bac-Saint-Germain un día que, sin duda, señalaba mi paso a la adolescencia.

4

De niño, mi tío Christian se pasaba cada mañana, de 09:15 a 12:30, sentado en ese mismo lugar, en su caso en una tracción delantera (a menos que se tratara del Citroën ID 19, la versión simplificada del Citroën Tiburón), mientras su padre prestaba sus servicios en el hospital Laennec, lugar que, con su fragoroso ajeteo de ambulancias y furgonetas de policía, lo aterrorizaba. Con razón, lo asociaba al sufrimiento y a la muerte. ¿El hecho de que el Citroën estuviera aparcado, no delante de la entrada principal, en la Rue de Sèvres, sino en el lado de la Rue Vaneau acaso era para ahorrarle semejante espectáculo, o por respeto a las normas de estacionamiento? ¿Qué hace uno en un habitáculo acristalado en pleno París? Contemplar la vista: unos agentes de movilidad deslizándose por debajo del limpiaparabrisas, las acrobacias de un conductor que, en vano, trata de intercalarse entre dos parachoques, los obreros armados con sus martillos neumáticos y perforando una acera, las palomas posándose sobre un canalón, un pedazo de cielo sombreado por los gases de los tubos de escape. Christian clavaba su mirada en los transeúntes. A la larga, acababa conociéndose a todos: aquella vieja de la gabardina, suerte de adefesio; el triciclo del repartidor de correos; el viejo del impermeable; la mujer del cochecito de bebé. Con la frente apoyada en la ventanilla, acechaba especialmente la llegada de una niña de la que, sin haber llegado jamás a dirigirle una sola palabra, se había enamorado.

Esperó hasta alcanzar la edad adulta para aventurarse a salir de casa sin su caparazón. La primera vez contaba dieciocho años. No anduvo durante mucho tiempo. Apenas quinientos metros, entre la Rue de Grenelle y una diminuta galería, bautizada con el nombre de Les Tournesols y especializada en arte yidis, que su madre había abierto en la Rue de Verneuil con el propósito de encontrarle una

ocupación. Él garantizaba su apertura al tiempo que pintaba en la sala trasera. Al cabo de unos meses, empuñó las riendas del lugar y comenzó a exponer la obra de pintores que él mismo había elegido, como Jean Le Gac. Ignoro si, tras aquella primera excursión en solitario, alguien fue a buscarlo. Sus padres continuaron varios años más acompañándolo en coche durante todos sus desplazamientos: a la Académie Julian, donde asistía a clases de dibujo, a los museos, a las exposiciones. Luc, mi padre, afirma haber adquirido autonomía más pronto. Pero cuando, más o menos a la misma edad, expresó su deseo de ir a hacer vela para tomar el aire, acabó encontrándose con toda su familia en el barco, un velero monocasco de diez metros de eslora y provisto de un timonel, amarrado en el puerto de Graau, en la provincia neerlandesa de Frisia. ¿Cómo se las arregló su madre, con aquellas indómitas piernas, para subirse a bordo? «Si él hubiera querido atravesar el desierto en caravana, nos habríamos montado todos a lomos de unos camellos», dice Christian.

5

En invierno, durante sus largas horas de espera, ella dejaba el motor en marcha para mantener la calefacción. Se ponía una bolsa de agua caliente entre los muslos, la cubría con una manta de viaje y emborrataba unas hojas apoyándose sobre una tablilla de cuero. Bajo el seudónimo de Annie Lauran, escribía novelas inspiradas en su triste y solitaria infancia; en su adopción, en lo que ella denominaba «compra» por su madrina, dama de alta cuna, excéntrica y entregada a la beneficencia; en su padre, abogado de Rennes sin un céntimo y morfinómano, minado por sus fracasos políticos; en su hermano, un aventurero aquejado de megalomanía y exiliado en las islas australes de la Polinesia, igual que Napoleón en Santa Elena. Bellísimos libros anclados en un país de antaño hecho de catedrales y baptisterios, una región de Mayenne húmeda y supersticiosa, una Francia de ultramar, colonial y sin altura de miras. Era también la autora de ensayos casi sociológicos: unos trabajos de investigación sorprendentemente premonitorios acerca de la segunda generación de inmigrantes, esos «hijos de ningún lugar», como ella los llamaba, o el rechazo hacia la «tercera edad», fórmula en boga en los años setenta antes de la invención del poder de los mayores o poder gris. Reivindicaba su adhesión a una «literatura de magnetófono» dedicada al estricto registro de la realidad, a semejanza del *cinéma vérité* de Jean Rouch, una escritura neutra, desprovista de toda suerte de psicología. En total, una veintena de títulos publicados en Plon y Pierre-Jean Oswald, y, más tarde, en Les Éditeurs Français Réunis, la editorial del Partido Comunista, a menudo luciendo en sus portadas las fotografías y *collages* de Christian. Una obra que injustamente ha caído en el olvido.

Cuando, tras mi nacimiento, hubo de adoptar, en conformidad con su nuevo estatus de abuela, un término si no afectuoso, cuando menos familiar, eligió como apodo Mère-Grand^[1], a causa de Caperucita Roja o, mejor dicho, del Lobo Feroz, esa hidra de dos caras que aún la dulzura con una voz potente y grave, la inocencia con la depredación, el camión con el pelaje gris, el gorro de algodón con unos resplandecientes colmillos. Le gustaba provocar, enmarañar los códigos, seducir e intimidar, todo a la vez. «Yaya», el sobrenombre elegido por mi otra abuela, la materna, no habría estado en consonancia con ella, pues no formaba parte de esas empalagosas ancianas que, con el mayor esmero, preparan tartas y mermeladas para su progenie. Lo de encasillarse en el papel de la buena madre que se deshace en sonrisas benévolas, indulgencia y una atención forzada hacia un niño caprichoso bajo las miradas enternecidas de los transeúntes simplemente no iba con ella. Poseía una insaciable sed de vivir. Igual que una olla a presión, le bullía la sangre en las venas, incapaz de transmitir el exceso de energía a sus ruedas motrices. A semejanza del animal del cuento, estaba postrada en la cama y mortificada por un hambre voraz. Nos había devorado a todos, como si fuéramos la chiquilla vestida de color púrpura. Nosotros nos habíamos convertido en sus brazos, sus piernas, una prolongación de su propio cuerpo.

En los lugares públicos —el vestíbulo de un aeropuerto, la terraza de un café, una sala de cine o la feria del libro de *L'Humanité*—, me tenía prohibido llamarla Mère-Grand o pronunciar cualquier otra fórmula equivalente que pudiera dar idea de su edad, asunto sobre el que guardaba el mayor de los secretos. En el momento en que escribo estas líneas, sigo sin saber la cabal fecha de su nacimiento y soy reacio a realizar las pesquisas necesarias en las administraciones correspondientes por miedo de violar su intimidad más profunda. Ella rechazaba «todo cuanto marca», en sus propias palabras, empezando por el peso de los años, ese lento declive, esa degradación física, esa vida mermada que le hacía tener presente su enfermedad, otra degradación que jamás cesó de combatir. Ponía un infinito cuidado en su aspecto. Se teñía el pelo de un negro que tiraba a caoba, abusaba de la crema autobronceadora y, pese a las dificultades para desplazarse, calzaba tacones altos con miras a ganar unos centímetros de altura. Así, delante de desconocidos, yo debía llamarla «tía», expresión más respetuosa, sobre todo más intemporal, menos asociada a la vejez que el sobrenombre —sin duda burlesco, pero poco halagüeño— con el que se había obsequiado a sí misma. Para no correr el riesgo de embrollarme, en público evitaba dirigirme a ella por cualquiera de sus apelativos.

Como es natural, en ocasiones teníamos que salir de nuestra nave espacial para ir a ver una película —preferentemente americana— o cenar en un restaurante. Los lugares se elegían en función de su accesibilidad y anonimato, como los cines Maine, Escurial o Mac-Mahon, cuyas salas estaban al nivel de la calle; o grandes cervecerías ruidosas e impersonales, tales como La Coupole o Le Select, situadas a uno y otro lado del Boulevard Montparnasse, o también Les Ministères, un establecimiento de la Rue du Bac. Nunca esos restaurantes caseros típicamente franceses, con su mantel de cuadros, su comida llamada «tradicional», restos de velas y un dueño lisonjeador. Queríamos confundirnos con la masa de comensales o espectadores. A despecho de nuestros esfuerzos por guardar nuestra discreción, yo sentía el peso de las miradas de la gente desde el momento en que nos presentábamos en cualquier lugar. Constituíamos una curiosa recua, con nuestras parvas siluetas, morenotes, delgados —a excepción de mi abuelo, más voluminoso— y nuestro paso de tortuga, nuestro aspecto circunspecto y casi a la defensiva. Cogidos de la mano, pegados los unos a los otros, formábamos un único ser, una suerte de enorme ciempiés. Yo me avergonzaba un poco, claro está, de aquellas criaturas tan frágiles y vulnerables. Ella, sostenida por ambos lados; él, ayudado por un bastón. Nosotros, a su alrededor. Cuando no les ofrecía mi brazo, hacía como si no los conociera, pasaba delante, miraba hacia arriba haciéndome el distraído. Me gustaban el calor y la promiscuidad del Fiat tanto como temía aquellas salidas al descubierto, aquel recorrer unos escasos metros a la vista de todos.

Ella, él, nosotros, esta vez con una misión. Propicia para los rituales, ya fueran profanos o religiosos, la mañana dominical comenzaba con la venta de *L'Humanité dimanche*. La que tenía el carné del Partido era ella: un compromiso dictado más por su lealtad hacia la editorial que por su fe en una ideología que, en su mente, siempre permaneció difusa. A pesar de su discapacidad, cuando menos una vez al mes, iba a buscar la revista semanal a la sección del distrito 7, situada en Rue Amélie, con el fin de repartirla entre los escasos afiliados del distrito. Ella se ocupaba de la conducción; Jean-Élie y Anne se encargaban del reparto. Conforme a la sociología del barrio, la célula a la que ella pertenecía contaba con un número considerable de ejecutivos y de profesionales intelectuales superiores, incluso con empresarios con diez o más asalariados, por emplear la nomenclatura del Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos. En el caso de esta muestra poco representativa del Partido

Comunista Francés, sería más sensato hablar de *nomenklatura* en el sentido que se le da en los países del Este. El abogado defendía la Confederación General del Trabajo; el banquero administraba los activos soviéticos en Francia; el poeta ocupaba un asiento privilegiado en el Comité Central; la editora publicaba a sus camaradas escritores. Puesto que residían en un país enemigo, evitaban toda forma de proselitismo tipo *collage*, reparto de panfletos o propaganda. Tomados por burgueses, aun siendo militantes clandestinos, todos ellos observaban la mayor de las discreciones con respecto a sus actividades políticas. Cuando Anne les entregaba el periódico en su domicilio, se apresuraban a hacerla entrar dando un portazo tras ella, por miedo a que cualquier vecino los sorprendiera con aquella literatura sediciosa. Dudaban acerca de si tratar a la chica como si fuera un camarada —mejor dicho, una compañera— de viaje o como si fuera una recadera a la que se le desliza una propina en el bolsillo. Uno de ellos le había llegado a preguntar si podía aprovechar para, ya de paso, traerle unos *croissants*.

Después de *L'Huma*, estaba la misa. Era en Saint-Sulpice o, para ser más exactos, delante, en la plaza. Ni ella ni él entraban jamás en la iglesia. El reparto de papeles era siempre el mismo: Jean-Élie y Anne iban en calidad de exploradores del terreno, atraídos por la monumental portada. Mis abuelos y yo, en el coche de acompañamiento, esperábamos a que terminara el oficio, sentados, meditativos, prosternados al pie de las escaleras, bajo el inmenso peristilo. El Fiat invita a la genuflexión. ¿Sacaban ellos un misal? ¿Murmuraban el avemaría y el padrenuestro? ¿Rezaban mediante procuración, a través de sus hijos emisarios? No recuerdo más que un largo silencio, una plaza vacía, una fuente de agua potable de la que no brotaba agua alguna. El quiosco de periódicos, cerrado. Mendigos apoyados de espaldas contra las columnas, inmóviles. Sillas apiladas detrás del ventanal del Café de la Mairie. El aparcamiento, desierto. Y yo, absorto en la contemplación de un cartel cinematográfico extendido sobre la fachada del cine Bonaparte, tratando de descifrar el título de la película a través de las hileras de castaños, inquieto porque no veo a mis tíos salir de ese edificio disimétrico, casi disforme, mientras aguardo con suma atención el tañido de las campanas, señal de su liberación y de nuestra partida del lugar.

La mañana terminaba en el Marais, en la Rue de Rosiers, que, a la sazón, todavía no era esa calle peatonal invadida por *boutiques* de lujo y vendedores de falafel, sino una arteria animada y popular. Otro ritual: comprábamos pan de comino, pasteles rellenos de semillas de amapola y tarta de queso blanco en la pastelería Finkelsztajn; los embutidos y los *malosols*, en Goldenberg, Blum o Klapisch: la cuestión de saber cuál de los tres locales ofrecía mejores pastramis, *pickelfleisch* y *leberwurst* daba lugar a interminables discusiones. En un ultramarinos cuyo nombre he olvidado, cubierto con baldosines azules y situado en la Rue des Hospitalières-Saint-Gervais, comprábamos un pan ácimo que yo devoraba untándolo con mantequilla y añadiéndole jamón cocido, doble transgresión de la *kashrut* que hacía reír a Grand-

Papa. No guardo el recuerdo de haber advertido contradicción alguna en aquella larga secuencia dominical. En todo caso, no hasta una alcanzar una edad avanzada. En cuanto a él, ¿qué pensaba él de ello?

9

Por las casualidades de la vida, su propio padre poseía también una estrecha relación con el coche. Debería haber circulado en carroza, de pie, disfrazado de Mefistófeles, ataviado con una capa roja y frunciendo sus arqueadas cejas ante las aclamaciones de la muchedumbre. En lugar de eso, era él quien fabricaba las carrozas, las berlinas. Había crecido en Odesa, esa ciudad del mar Negro tan fecunda en músicos. Hijo del gueto, nacido en el seno de una familia modesta y piadosa, poseía una voz extraordinaria. Un rico comerciante homosexual —o una dama dedicada a las obras de caridad, según otra versión— financiaba sus clases de canto y le repetía que era el nuevo Fédor Chaliapine. Las tablas del teatro imperial lo aguardaban. Según decía, interpretaría el papel de Boris Godunov en la ópera homónima, agonizaría delante del zar, escupiría perdigones —¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Blacha!— a la cara del rey de Inglaterra (al parecer, un fantasma bastante banal en Rusia: unos años más tarde, la madre del escritor Romain Gary le prometió a su hijo el mismo futuro). No obstante, una tuberculosis en las cuerdas vocales había puesto punto y final a sus ambiciones líricas y a sus sueños de gloria. Bajo la presión conjunta de la enfermedad y los pogromos, hacia 1895, había emigrado a Francia con la esperanza de una vida mejor, y ello a despecho de la degradación, ese mismo año, del capitán Alfred Dreyfus en el patio grande de la escuela militar. Había llegado a París un domingo. Todo estaba cerrado, salvo un taller de carrocerías, situado seguramente en los alrededores de la Gare de l'Est. El dueño le preguntó qué experiencia tenía. Salvo hablar a grito herido, no sabía hacer nada y tampoco hablaba francés. Le tendió las manos demandado ayuda. Primero se convirtió en guarnicionero, elaborando asientos, cojines, guarniciones para coches. A continuación, lo contrataron como obrero en Citroën. ¿Fue aquello en Quai de Javel o en Place de Clichy? Un trabajo duro que alternaba largos periodos de inactividad con fases de inclemente ajeteo. Acabó siendo encargado de taller. Antes de que, a sobrevienta, un cáncer le arrancara la vida, al parecer suplicó a sus amigos escuchar una ópera por última vez. Cuentan que lo llevaron al palacio Garnier en camilla. Christian siempre ha dudado acerca de esta historia, demasiado melodramática para ser verdad. Según él, la carrera de eminente bajo trágico de su abuelo no debió de superar jamás la fase de chantre de sinagoga.

10

Durante las vacaciones, solían recorrer miles de kilómetros, no en un Fiat 500, sino en un Volvo 144, un vehículo mejor adaptado a la carretera, robusto, sólido, fabricado con acero sueco y del cual se separaban lo menos posible. En él pasaban sus días y sus noches. Para evitar los vestíbulos, los pasillos interminables, las escaleras estrechas, las exiguas buhardillas de un hotel, Mère-Grand prefería dormir sentada, atrapada en la parte delantera del coche, abierta a cuanto la ciudad pudiera depararle, con los suyos apiñados a su alrededor. De este modo podía ella cuidarlos sin tener que andar negociando con un recepcionista suspicaz ante el hecho de que solicitaran una única habitación para cinco personas, de las cuales tres eran adultas. Jean-Élie se sentaba a su lado. Desconozco cómo se las arreglaba para pegar ojo con el volante hundiéndosele en las costillas y la cabeza aplastada contra la ventanilla. Anne, por entonces adolescente, dormía en el asiento de atrás. Grand-Papa descansaba, por encima de ella, sobre una tabla colocada en equilibrio que iba desde el reposacabezas a la bandeja. Cuando los acompañaba, me tumbaban en el maletero, el cual dejaban abierto para que pudiera respirar, en medio de los equipajes. En el puerto de Brindisi, en Italia, me había despertado la linterna de un *bersagliere*. Todavía recuerdo con terror el haz de luz al pasar sobre mi cara, aquellos murmullos en una lengua que me era incomprensible. Los policías, intrigados por ese maletero entornado, seguramente sospecharon que se trataba de un robo hasta que pudieron distinguir nuestras siluetas dormidas.

Muchos años atrás, invariablemente bajo un capó, pero de diferentes coches, había estado Christian. Su hermano, Luc, ocupaba el sitio de Anne. Su padre se tendía en la fila delantera de asientos, a la vera de un poeta holandés de pelo largo y envuelto en una amplia capa verde que era amigo de la familia. Por más que las combinaciones y los figurantes pudieran cambiar, siempre era el mismo cuadro vivo, la misma arquitectura, el mismo cúmulo de carne y acero, igual que tras un accidente en cadena. Nos despertábamos en tristes aparcamientos al son de los cláxones. Para hacer sus necesidades, Mère-Grand se apoyaba en el reborde del coche, oculta tras la portezuela, y evacuaba sobre una palangana. Apenas si nos mudábamos de ropa. Nos lavábamos como los gatos, con un pulverizador de agua Évian o con el agua de un hervidor. Desdeñábamos los museos, los castillos, los pueblos pintorescos, las mesas de renombre, los lugares que merecen la pena. De este modo, habían llegado, sin mí en aquellas ocasiones, hasta Irán, el círculo polar, Moscú y más allá del trópico de Cáncer. Habían atravesado los Estados Unidos de este a oeste; Australia, de norte a sur. Como dice Paul Morand, en sus viajes sacrificaban la profundidad en favor de la extensión. Su objetivo no consistía tanto en descubrir tierras lejanas o exóticas cuanto en recorrer las mayores distancias posibles y plantar nuevos alfileres en un globo terráqueo.

¿Acaso los automovilistas se habían quedado ya sin gasolina o es que también ellos estaban en huelga? Circulábamos por un París tan soleado y vacío como un 15 de agosto. Ascendíamos por la Avenue du Général Leclerc. Era por la mañana. Desde las diminutas ventanillas del Fiat, el león de Denfert, pintarrajeado de vivos colores, recordaba a un animal de circo. Mère-Grand y Jean-Élie lucían caras de conspiradores. Atravesábamos una ciudad cubierta de grafitis y carteles rasgados con un cubo desbordando pegamento entre las piernas, una escoba y nuestra propia resma de papel. El mensaje que nos disponíamos a fijar en las paredes no tenía gran cosa que ver con la balbuciente agitación de aquel principio de mayo de 1968. Por entonces, contaba yo seis años. En el callejón donde vivían mis padres, solía jugar a la policía y los manifestantes con los niños del vecindario. Si mal no recuerdo, me decantaba por el bando del orden debido, a mi gusto por los uniformes. En el cartelito cuadrangular de color marrón que debíamos pegar, no se denunciaba ninguna violencia policial, sino «La vida imposible de Christian Boltanski». Yo no comprendía por qué mi tío emitía un juicio tan severo sobre su parva existencia y, sobre todo, por qué tenía tamaño interés en dárselo a conocer a la población parisina con la complicidad, además, de su familia. Era su primera exposición. Henri Ginot, amigo de los surrealistas, le había abierto su sala de teatro y cine, el Ranelagh, al lado de un jardín del mismo nombre situado en el distrito 16.º. Había instalado sus maniqués, hechos con andrajos y pintarrajeados, en la parte inferior de una escalera monumental, en un vestíbulo neorrenacentista tapizado de fieltro rojo. Guardo un recuerdo preciso de la inauguración, la tarde del 3 de mayo de 1968. Hondamente conmovido, Jean-Élie llegó anunciando que había barricadas en el barrio Latino.

Entrábamos marcha atrás, con cuidado de no embestir contra los dos arcos de hierro forjado que enmarcaban el portal. A la vecina, heredera de una vieja editorial especializada en viajes, le habría gustado desembarazar el patio de aquel atajo de chatarras. Ella soñaba con un jardín francés, elegante, rectilíneo, del género de los concebidos por Le Nôtre y, a tal efecto, había mandado construir en el espacio que le correspondía una fuente perpetuamente seca y rodeada, siguiendo sus líneas más o menos geométricas, de matorrales de espino albar a los que daba forma espigada o esférica, arbustos todos ellos que acababan raquíticos y marchitos por falta de sol. Habría querido que su propiedad se remontara a épocas anteriores, preferentemente al siglo XVII; que fuera declarado de interés artístico aquel palacete tan especial, húmedo

en invierno, fresco en verano, siempre a la sombra, melancólico y colmado de un aire polvoriento y granuloso. Mejor aún: habría preferido que lo enmarcaran dentro de un estilo concreto, que lo dotaran de un nombre prestigioso; pero padeció un rechazo inapelable por parte del servicio de monumentos históricos. El edificio era un batiburrillo arquitectónico, una acumulación de capas geológicas, un fárrago de diferentes épocas que amalgamaba una rotonda del siglo XVII, una fachada Luis XV cubierta de hiedra y otros tantos elementos posteriores.

Puede parecer extraño empezar la descripción de una casa por su coche. El Fiat 500, exactamente como su hermano mayor sueco, constituye la primera habitación de Rue-de-Grenelle, su prolongación, su esclusa, su parte móvil, su dormitorio extramuros, sus ojos, su globo ocular. Al igual que un fogón, forma un universo finito, redondo, liso, tan cálido y tranquilizador como un hogar. Es un modo de hábitat antes que un medio de transporte. Al mismo tiempo vacío, transparente y lleno hasta los topes; abierto, con sus superficies acristaladas, y cerrado, impenetrable, casi hermético, con sus juntas de goma rodeadas de níquel. Su interior se define por su contrario, por ese exterior urbano omnipresente y, sin embargo, lejano e irreal. Satisface nuestros deseos de evasión y de reclusión, de entrada en el mundo y de regreso al estado fetal. Representa el cuerpo femenino, ese que protege y alumbraba. Símbolo fálico y maternal, es tanto el *domus* como el *domina*, domicilio y dominador. Mère-Grand lo había provisto de los objetos indispensables: un pincel, bolígrafos Bic, toallitas húmedas de la marca Quickies, pañuelos desechables, unas gafas de sol, un paquete dorado de cigarrillos 555, todo a semejanza de Blaise Cendrars, ese otro mutilado que había transformado su Alfa Romeo en dormitorio ambulante y que almacenaba en su guantera los capítulos de los libros que deseaba leer.

13

Imagino su rostro tornándose lívido al descubrir, sobre su parabrisas, aquella hoja de enorme cuadrícula atravesada por letras mayúsculas: PROFISOR BOLTANSKI JUDIO. Enseguida reconoció ella una escritura infantil, y no solo por la falta de ortografía y la torpeza, sino también por la trivialidad de la expresión. No le costó trabajo desenmascarar al culpable. «Mi pequeño, ¿cómo deletreas tú la palabra “profesor”?», le preguntó un día con un tono meloso. El niño, apenas un poco mayor que yo, muy limpio, muy bueno, con su pantalón corto, con su pelo con raya a un lado, se apresuró a responderle. ¿Les exigió después explicaciones a sus padres, igualmente perfectos, vestidos de un azul marino uniforme, americana, falda plisada y diadema incluidas, que vivían en el tercero? Aquella advocación brotada de las tinieblas no podía haberla «encontrado él solo», repetía ella. Debía de haber captado, alrededor de la mesa familiar, comentarios, alusiones acerca de «la gente de al lado»,

acerca de ese hombre que hermosea su buzón con el título de profesor, comentarios y alusiones que acaso a continuación había compartido con sus compañeros del colegio San Fulanito, ese tipo de escuelas tan numerosas en el barrio. ¿Acaso alguno de ellos le había sugerido que pasara a la acción, que desenmascarara al intruso? Mientras ella arremetía no contra el niño, sino contra aquel entorno todavía impregnado de odio del que había emergido, el destinatario del mensaje no decía una sola palabra. Un mero papel, tres palabras, y todo volvía a comenzar.

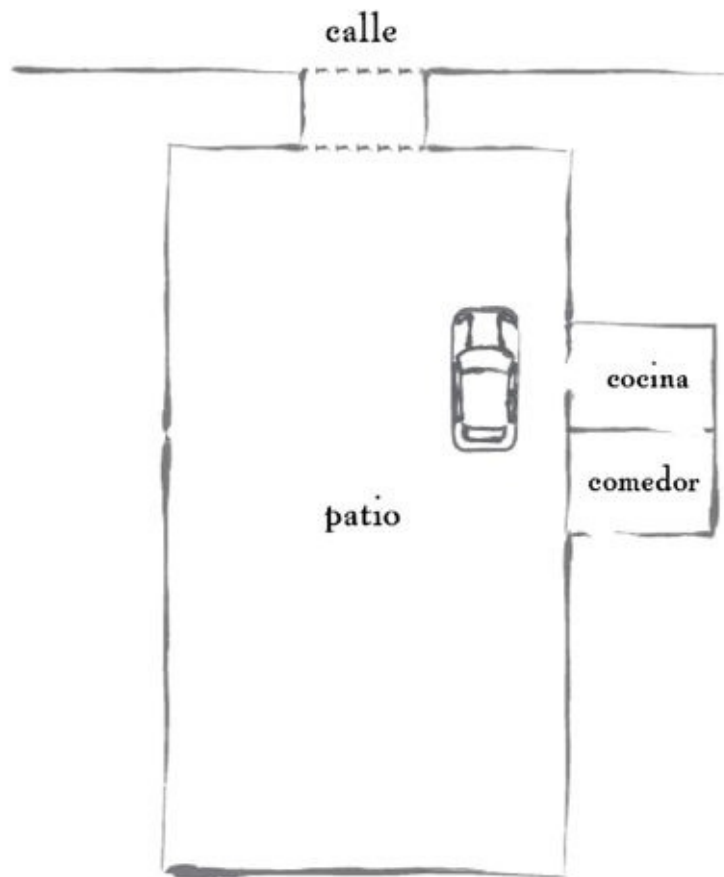
14

¿Cómo acude él a la comisaría? No en su Hotchkiss, ese coche de proa afilada del cual estaba tan orgulloso, a pesar del estrépito que armaba al arrancar. El ejército alemán se lo había incautado largo tiempo atrás. Tampoco a pie, no obstante la proximidad del lugar. Seguramente, en Vélocar, que a esas alturas aún no se lo han confiscado. El tetraciclo, provisto de una carrocería ligera, le ha valido ya varios problemas. Tras habérselo comprado a un desconocido, fue acusado de robo por un joven del barrio que fingía ser el propietario. Por supuesto, pagó la suma que este le pedía. No estaba en situación de discutir. Una vez que llega al portal número diez de la Rue Perronet, ayuda a su esposa —que, como siempre, lo acompaña— a subir la polvorienta escalera. Su madre, a la que también han citado, los sigue en último lugar. La comisaría ocupa dos plantas de un edificio de sillería que hace chaflán. Ellos forman parte de los primeros que van a buscar su insignia. A aquellos cuyos apellidos comienzan por las letras A y B se los llama a partir del martes, 2 de junio de 1942. Un hombre «ataviado con vestiduras raídas» los recibe en una sala enturbiada por el humo. Cortés, le ofrece una silla a su mujer inválida, pero no a su madre. Los dos proscritos permanecen de pie frente al policía, sentado a su escritorio. ¿Acaso era el mismo que, cuando se inscribieron en el registro especial, en octubre de 1940, dijo en un tono con el que buscaba ponerlos en evidencia: «Señor Boltanski, hay otro judío cerca de su casa, el señor Lévy. Probablemente lo conozca, ¿verdad?»? Le da a cada uno su cuadrado amarillo, con sus tres estrellas listas para ser recortadas con tijeras, y les pide que firmen en la columna reservada para ello. A cambio, él exige un cupón destinado a la compra de textil que les habían retirado de su cartilla de racionamiento. La madre, con la mirada aterrada, es la primera en salir. En la mano, esa tela que, una vez de regreso en casa, recortará siguiendo el ribete negro y que, con esmero, aplicará en la solapa de sus abrigos. Nada más pisar la acera, se desploma. A la vista del trozo de tela y de las lágrimas que recorren su rostro, una transeúnte la abraza diciéndole: «A partir de ahora, podremos reconocer a nuestros amigos de verdad».

Él luce su diana amarilla. Ella va a acurrucada a su lado. Él pedalea lo más rápido posible en un París parcialmente desierto. Apenas si salen ya, pero los han avisado de la llegada de una partida de naranjas, un producto imposible de encontrar. Se trata de una caja entera. ¿Adónde van a buscarla? Jean-Élie ya no se acuerda: «A una estación, quizá». ¿Quién es el remitente? ¿Un pariente? ¿Un amigo? ¿Alguien agradecido? ¿Qué más da? Están inquietos. Han dudado si correr tal riesgo. Desde principios del verano, la vigilancia se ha recrudecido. La Policía de Asuntos Judíos tiende emboscadas en los pasillos del metro, a la salida de los cines y teatros, en los parques. Con esa brillante tela sobre el pecho, le pueden echar el guante en cualquier lugar. Al regresar, de repente, una fila, gente agolpada y, a lo lejos, un cordón, un control, hombres uniformados inspeccionando papeles, órdenes que manan con violencia. Si se da media vuelta y desanda lo caminado, enseguida llamará su atención. Así las cosas, retrocede, muy quedamente, de manera imperceptible. La marcha atrás no existe en un tetraciclo: la única manera de conseguirla consiste en poner el pie en el suelo y arrastrar el vehículo hacia sí. Su impotente pasajera ve cómo suda, cómo se le tensan los músculos, cómo tira del manillar. Sus suelas derrapan. Las ruedas, a trompicones sobre el asfalto. La cadena del tetraciclo gira en vano. Delante de ellos, la muchedumbre que los disimulaba se despeja. Si se separan de quienes los preceden, corren el riesgo de llamar la atención de los agentes de policía o de los soldados. Los últimos peatones y vehículos se disponen a franquear el cordón cuando aparece una salida por un lado. Recula uno o dos metros más, maniobra su Vélocar y desaparece por la calle lateral.

Esta vez camina solo. En plena noche, desciende por la escalera de la cocina y se dirige hacia la calle con su abrigo, su sombrero y su maletín: un desafío a la orden alemana que le prohíbe abandonar su lugar de residencia entre las 20 y las 6 de la mañana. ¿Estamos a finales del verano o ya en el otoño de 1942? Ha dejado de pasar consulta a sus pacientes. El Consejo de Vigilancia de la Asistencia Pública de París se dispone a declarar su puesto «vacante». Está oficialmente divorciado de su esposa. Su cuenta bancaria está bloqueada. Ya nada lo retiene en París. Con paso decidido, atraviesa el patio, penetra en el porche, alza la manivela del pestillo, tira de la puerta hacia sí y le da un sonoro portazo, como si quisiera que la tierra entera —sus familiares, la portera, los vecinos, los convecinos, los confidentes de la Policía, eventuales transeúntes— pudiera escucharle.

COCINA



Antiguamente una propiedad se distinguía por el número y la calidad de sus cerraduras. En un interior burgués, uno se aseguraba de cerrarlo todo: puertas, armarios normandos, secreteres, trasteros, cajones, bodegas y desvanes. Era incluso ese detalle el que nos hacía reconocer una buena casa. La opulencia y la respetabilidad de un lugar se medían por el tintineo de un manojo de llaves. Solo se poseía cuanto pudiera ser puesto bajo llave, candado, obstruido, escondido. Todo el mundo lo ha experimentado alguna vez: vaciar un piso tras un fallecimiento consiste en acopiar llaves cuyo empleo ignoramos. Llaves de todos los tamaños: grandes, doradas, cobrizas, del color de la herrumbre, grises, tubulares, de seguridad o radiales. Llaves envueltas en misterios que, muy a menudo, ya no conducen a ninguna parte; llaves huérfanas conservadas ante la duda o por nostalgia, y acerca de las cuales adivinamos que protegían, e incluso disimulaban, bienes, cajas fuertes, jardines, huertos, garajes, toda una riqueza que debía ser manifiesta a la par que invisible.

En Rue-de-Grenelle, hasta no hace mucho hubo una única llave que, plana, ligera, dentada, triangular y tantas veces duplicada como perdida, lo gobernaba todo. Accionaba —cosa que sigue haciendo— una vieja puerta chirriante compuesta de dos paneles de cristal provistos de sendos tiradores a los lados, de suerte que, incluso si nos olvidáramos su juego en el interior, no nos quedaríamos encerrados por fuera. Desde hace muchos años, el batiente derecho tropezaba en el suelo de baldosines hexagonales. Su madera se ha hinchado, sus goznes han quedado aplastados. Para abrirla es preciso girar el pomo y, si es posible, alzarlo ligeramente al tiempo que ejercemos con el pie una presión cada día más fuerte sobre la base acampanada del batiente. Una vez que atravesamos el umbral, llegamos a la cocina, una habitación bastante sombría debido a las persianas venecianas de aluminio, que ocultan los dos cristales inferiores y cuyas láminas torcidas acrecientan la opacidad. Para coger su coche, Mère-Grand pasaba siempre por allí. Nosotros hacíamos lo mismo. Las personas ajenas a la casa tomaban las otras salidas, de apariencia más solemne, situadas al fondo del jardín: los invitados acostumbraban penetrar por el vestíbulo, en tanto que los pacientes, los alumnos y los vendedores puerta a puerta transitaban por el saloncito.

Los diferentes accesos permitían una organización funcional del espacio disociando las dependencias privadas de las profesionales o mundanas. Cada cual tenía su puerta. La de la cocina casi nunca estuvo cerrada, hasta la misteriosa desaparición, en los años setenta, de un lienzo que representaba un cordero pastando a orillas del mar y, después, al cabo de unos meses, de un péndulo de mármol negro. Tras estos dos robos, jamás elucidados, contrajimos la costumbre de echar el cerrojo.

Una medida puramente simbólica. Si un ladrón hubiera querido perpetrar un nuevo hurto, le habría bastado con empujar una de las vacilantes ventanas de la planta baja, a nivel del jardín. Los bienes no contaban. Solo importaban las personas, y, sin embargo, ningún blindaje, ninguna cerradura, ninguna cámara de vigilancia, ningún interfono las protegería de los peligros a los que, con o sin razón, se creían expuestas. Para defenderse, confiaban en su unión indisoluble, un lazo aún más firme que cualquier cerrojo con cadena. En razón de ello, Rue-de-Grenelle formaba un microcosmos a la vez autárquico y abierto. Mi familia no vivía recluida, sino sólidamente unida.

2

La cocina podría ser descrita como cuadrada, en el caso, eso sí, de que siguiera unas líneas rectas. Los elementos necesarios para su buen funcionamiento —los cuales en otras partes están disimulados tras enlucidos, listones o artesonados— se ofrecen a la vista un poco como en algunas arquitecturas modernas. No es más que un revoltijo de cañerías, cables eléctricos, contadores y manómetros. El mobiliario consiste en una serie de alhacenas que, provistas de puertas correderas y revestidas de una formica que imita el roble, han permanecido inalteradas desde al menos medio siglo. Unos baldosines color zanahoria, ora dispuestos de cualquier manera, ora voluntariamente desplazados hacia delante o hacia atrás conforme a un proceso aleatorio, con máculas de yeso grumoso y de grasa, tapizan tanto una canalización de agua más o menos paralela a la puerta de entrada —subrayando así su irregular contorno— como la mitad inferior del tabique de la izquierda, reservado para los electrodomésticos. Este mosaico naranja sirve para empotrar un fregadero de acero inoxidable, una cocina de gas y un lavavajillas que, de tanto acumular cal y cristalizar los residuos de comida, tras un largo programa devorador de energía, ejerce, sobre todo, la función de escurreplatos. Una pintura que amarillea debido a los vapores y a las salpicaduras alimentarias recubre los otros tres lados de la cocina además del techo.

Por mucho que la decoración mural haya evolucionado con el paso del tiempo, los motivos de esta cocina siguen siendo los mismos. El minúsculo grabado de un coche para el reparto de correo, colgado a la izquierda sobre un grifo, se corresponde con otras diligencias inglesas que, otrora, engalanaban el comedor contiguo. Mi abuelo se servía de él como si se tratara de un esbozo, de un apoyo visual, para relatar toda suerte de historias imaginarias a los niños que, por aquel entonces, cogía en sus brazos o alzaba hasta la mesa. Al fondo, a la derecha, una copia en papel grueso de la acuarela del pintor marsellés Antoine Roux titulada *El velero de tres mástiles Saint-Vincent-de-Paul* hace eco a otros lienzos de tema marino igualmente desaparecidos. La foto en gran formato de un par de patatas que han comenzado a germinar, la cual ocupa el lugar de honor de esa misma pared de la derecha, sustituye a otra foto de un

plato con un filete y patatas fritas acompañado de una copa de vino tinto, sobre un fondo monocromático malva, obra de Christian en aquella época en la que, a finales de los años setenta, multiplicaba las variaciones sobre el tema clásico de la naturaleza muerta. Esas imágenes que citan a otras más antiguas, esas referencias a sí mismo, esas estructuras abismadas perceptibles únicamente para los iniciados son características de un sistema replegado en sí mismo.

Si una casa puede compararse a un palimpsesto, a un pergamino que, con regularidad, borramos para poder volver a escribir en él, entonces Rue-de-Grenelle se asemeja, para cuantos la observen desde el exterior, a un garabato ilegible. Únicamente los familiares pueden distinguir, en tamaño follón, las inevitables transformaciones al cabo de tantos años. Jean-Élie, la mayoría de las veces por los consejos o por la iniciativa de su hermana Anne, realiza ínfimos desplazamientos, exiguas tachaduras, minúsculas añadiduras, como esa lámpara de ramadán y esas copas de vidrio bufado de origen egipcio que aparecieron en la mesa auxiliar blanca de conglomerado, o aquella caja de metal esmaltado para las galletas que, rellena exclusivamente de Petit Brun extra, se halla en el extremo de la mesa de la cocina, junto a un salero de cristal desportillado, y el joyero redondo de ébano, antiguamente posado sobre el escritorio de mi abuelo y que contenía los papeles del coche. Cambios invisibles para un tercero, pero que, para mí, que sigo con atención los menores trastornos de un lugar anclado en el pasado, revisten una importancia considerable.

3

Tras la muerte de sus padres, Jean-Élie se instaló en la planta baja como quien se retira a un sepulcro. Conservó la estancia tal y como estaba. Apenas se ha deshecho de algunos muebles, les ha hecho espacio, los ha dado o los ha movido, sin modificar, eso sí, la disposición general. Pese a todo, el «bajo», como lo llamamos, no se ha tornado en museo ni en templo íntimo del cual él sería el guardián. Su respeto por los lugares se trata más de un abismarse en el pasado o un gusto por las reliquias que una suerte de ascetismo, un dejarse llevar, una indiferencia con respecto a las cosas materiales. Por comodidad, siempre come en la cocina y utiliza el antiguo comedor como vestidor o trastero. Esta segunda habitación, transformada en apéndice de la primera —de ahí que aparezca en este capítulo— comprende un sofá cama en el que duermo en ocasiones y que, una vez desplegado, invade todo el espacio; un sillón tapizado con terciopelo ocre amarillo; un velador; un banco largo y estrecho; cajas de cartón de mudanza jamás vaciadas; abrigos que penden de un colgador triple de madera pegado detrás de la puerta; un vasar reconvertido en biblioteca rebosante de libros apilados o alineados en varias filas, y una mesa en marquetería de marfil para jugar al chaquete que sirve de altar para diversos bibelots que, en otro tiempo,

estuvieron expuestos en el salón: un par de gemelos de teatro nacarados, un abanico en papel de seda, un florero de cristal, una tetera china color índigo, un pisapapeles pisciforme hecho en cristal de Baccarat y un monedero al estilo 1900, de cota de malla entrelazada y guarnecida con un cierre de metal dorado. Ignoro si le concede un valor sentimental a alguno de estos objetos.

Hasta donde alcanza mi memoria, siempre se ha vestido de la misma manera. Lleva unos Levi's 501 lavados a la piedra, una camisa de rayas finas, un jersey azul marino, echado a los hombros la mayoría de las veces, y unos botines de cuero negro. Su almuerzo, cuando lo toma a solas, se compone invariablemente de una copa de vino tinto, un trozo de pan y un huevo frito untado con una capa de *harissa* que extrae, mediante una mera presión de su pulgar, de un tubo de la marca Cap Bon. Después de haber recogido la mesa y tras beberse un café que ha preparado por la mañana y recalentado en una cacerolita, se fuma un cigarrillo con aire pensativo y la mirada perdida en dirección a la ventana. Por mucho que forme parte de los seres que más quiero en el mundo, sigue siendo un misterio para mí. Soy incapaz de detectar cuándo está triste, contento, tranquilo, preocupado o contrariado. En todas las circunstancias, su voz permanece dulce e invariable. En muy rara ocasión lo he visto furioso y, en ningún momento, agresivo. Alguna que otra vez suelta un breve gruñido de exasperación y muestra los dientes como un gato, generalmente cuando tardamos en aceptar su ayuda. Con todos nosotros se muestra afectuoso, disponible, solícito, si bien no se confía a nosotros, o muy poco.

Aun cuando ha releído atentamente casi todos los manuscritos producidos por su entorno, por no decir que los ha reescrito en parte, jamás menciona su propio trabajo intelectual. Por casualidad descubrimos, en los estantes de una librería, eruditas obras sobre el lenguaje, la fonología y la revolución de Chomsky que ha escrito y publicado unos meses o años antes, sin jamás habérselo propuesto. Su saber enciclopédico engloba la Antigüedad griega y romana —con una predilección por el Bajo Imperio—, la pintura del Quattrocento, la Revolución francesa, la literatura anglosajona desde Geoffrey de Chaucer a Virginia Woolf, el cine mundial o la lingüística —de la cual ha hecho su oficio—, así como algunas nociones de macroeconomía, medicina, epistemología, filosofía china y no recuerdo cuántas cosas más. Puede disertar durante horas acerca de los misteriosos orígenes de la lengua etrusca, el descubrimiento, a cargo de Watson y Crick, de la estructura helicoidal del ADN, el desciframiento del sistema de la escritura lineal B del griego micénico realizado por el arquitecto inglés Michael Ventris, la gran peste que asoló Londres en 1665, la demencial vida del poeta William Blake, los altercados del cineasta Fritz Lang con los nazis o también la noche que, de joven, pasó Alfred Hitchcock en una comisaría y las repercusiones de esta experiencia traumática en el conjunto de su obra cinematográfica. En razón de su lectura diaria de *Le Monde* y de una portentosa memoria que raya en la hipermnesia, es capaz de relatar los más nimios acontecimientos de la actualidad de los últimos setenta años. En cambio, acerca de sí

o de nosotros, no dice gran cosa.

Si cualquiera le pregunta cómo va, responde que bien con un tono que disuade de toda indagación más profunda. Cuando por fin me atreví a anunciarle mi proyecto de escribir un libro sobre Rue-de-Grenelle, me manifestó, articulando bien cada palabra, que era una «buena idea» y, a continuación, cambió de tema. Esperé algunas semanas más antes de proponerle venir a interrogarlo. Temía entristecerlo forzándolo a sumirse de nuevo en un pasado que, inevitablemente, era un tanto mortificador. Debí de sentir mi embarazo. Por teléfono, tras un instante de vacilación que creí advertir en su voz, aceptó, como siempre. Fui a comer a su casa entre semana. Había comprado *pâté en croûte* y abrió una lata de guisantes. Tuve un nudo en la garganta durante todo el almuerzo. Respondió a mis preguntas sin renunciar a su humor y calma habituales. Durante cada una de las entrevistas, permanecimos en la cocina, de pie, el uno junto al otro. Él, fumando y apoyado de espaldas sobre el aparador; yo, con mi libreta, cerca de la puerta, en los umbrales del asunto que me ocupaba, igual que un visitante al que reciben en una oficina y que, no sabiendo si es bienvenido, vacila entre despedirse o explorar el resto de habitaciones.

4

Antes incluso de quitarme el abrigo, mi primer gesto al volver del colegio consistía en abrir el frigorífico. Salivando, asomaba la cabeza a su interior en busca de cualquier cosa para picotear. No solía encontrar nada, aparte de café molido, una tarrina de margarina, un frasco de salsa Worcestershire, una caja de biscotes, un tarro de pepinillos oxidados, el tubo empezado de *harissa* mencionado antes y algunos huevos colocados en los huecos destinados a este efecto detrás de la puerta. A veces, disimulado en el cajón de la verdura, junto a una lechuga mustia y envuelto en papel vegetal, descubría algo de jamón cocido que devoraba de inmediato. Del mismo modo, revolvía la panera en busca de una hipotética bollería. Engullía galletas pasadas, mordía mendrugos, saqueaba los restos de los tarros mermelada. Estaba hambriento. Sin embargo, no era yo el único en escarbar en aquella despensa desesperadamente vacía. Todavía hoy, el chirrido de la puerta de entrada, seguido de ese sonido gomoso que acompaña la apertura del frigo, sigue anunciando de manera indefectible la llegada de mi tío Christian.

Por decirlo de vuelo, en Rue-de-Grenelle no había nada ni para matar el gusanillo. Mère-Grand, por temor a engordar y no poder volver a levantar por sí misma un cuerpo que se hubiera tornado demasiado pesado, picaba algunas migas con los labios, igual que un pájaro. Debía de pesar una treintena de kilos: el peso de un niño. En un impulso de solidaridad o por mimetismo, Jean-Élie y Anne se sometían al mismo régimen. Solo Grand-Papa, a quien siempre le servían el primero, tenía derecho a una ración más sensata, como si continuara en plena etapa de crecimiento.

En su ardicia por conservar la línea, pero también por no gastar demasiado dinero, pedían en los restaurantes una sucesión de entrantes y de verduras de acompañamiento. Tras haber anotado en su libreta una ración de patatas fritas, un huevo con mayonesa, una macedonia y unos apios, el decepcionado camarero de turno jamás dejaba de preguntar lo inevitable: «Y de plato principal, ¿qué tomarán los señores?». Aun siendo cuatro, comían como una sola persona. Una vez, después de haber entrado por error en un establecimiento elegante, el cual no ofrecía la posibilidad de combinar platos y guarniciones al gusto de cada cual, y tras haber vacilado en ir a otro, pidieron un menú fijo, uno solo, el menos caro, el cual se repartieron por orden de llegada de los platos, reservando el más consistente para Grand-Papa. Incluso para sustentarse no formaban más que un solo cuerpo.

5

Habitaban en un palacio y vivían como indigentes. Estaríamos cometiendo un error si redujéramos esta mezcla de vagabundeo, carestía y avaricia a los caprichos de unos excéntricos grandes burgueses. Sus peripatéticas conductas denotaban un rechazo de las buenas maneras y los convencionalismos sociales. Eran la expresión de la rabia que abrigaban hacia su entorno. Creaban asimismo un microcosmos aislado, un corte con el mundo exterior y tenían, en este mismo sentido, algo de patológico. Las jerarquías habituales quedaban desbaratadas. El lujo lindaba con la indigencia. Mi abuelo se reprochaba la muerte de una paciente por un cáncer que él no había sabido detectar a tiempo. A partir de entonces, cada año, el marido, un empresario, le enviaba, por misteriosos motivos que en la familia daban lugar a un sinfín de bromas, una caja de champán, del mejor. Las prohibitivas botellas se bebían como si se tratara de un vino peleón y corriente, sin la menor ceremonia, acompañando los comistrajos de cada día. Lo suyo no eran almuerzos, sino pícnicos. Engullían a toda velocidad. Vivían inmersos en una perpetua provisionalidad. La casa no siempre había sido así. Hasta la mitad de los años sesenta, cuando todavía conservaba parte de su esplendor, una criada de uniforme se ocupaba, al parecer, de la limpieza y la cocina. Primero, una bretona cuyo nombre era Berthe; luego, una española, Amalia, a quien la señora de la casa llamaba, como en otros interiores burgueses de la época, con una campanilla de plata a la hora de recoger la mesa.

6

No sufrí de malnutrición. A fuerza de devorar todo lo que estaba a mi alcance, acabé incluso siendo un muchacho más bien regordete. Previsor, no esperaba a que la pitanza llegara hasta mi plato. Cogía la delantera. Me daba el atracón directamente en

la fuente: en la cacerola aún sobre el fuego. A falta de haber adoptado las costumbres locales, mi madre salía de Rue-de-Grenelle con el estómago vacío casi todos los días. Mientras, con los puños pacientemente posados junto a sendos cubiertos, ella contaba con que le sirvieran, los demás se abalanzaban sobre la comida en una jubilosa contienda. Los desayunos, que a la sazón se hacían en el comedor bajo un lustre cristalino, eran un momento de alborozo y libertad en que el lugar se tornaba en una leonera. Los invitados podían surgir de improviso. Se les hacía hueco. La cuestión de saber si había suficientes víveres para todo el mundo no se planteaba. He escuchado a Jean-Élie soltando ante una decena de comensales: «¡Qué oportuno! He comprado tres *éclair*s de chocolate». A la mesa, no había una verdadera etiqueta. Podíamos comer con las manos, arrodillarnos sobre el banco, hundir nuestros tenedores en la marmita, lamer los cubiertos o limpiarnos con nuestra ropa. Christian asegura que su padre lo animaba a pasarse sus manos grasientas por el pelo a fin de fortalecerlo. Personalmente, jamás vi que mi abuelo hiciera semejante cosa.

En aquel universo encerrado en sí mismo devorábamos una ingente cantidad de conservas. Natillas Mont Blanc con sabor a vainilla, a chocolate o a coñac Gran Marnier; cuscús Grabit, con su sémola precocinada, acompañando la carne. En ocasiones, incluso un surtido de varias latas. Una suerte de cocina nodriza. Unos raviolis Buitoni que Jean-Élie aderezaba, y este era su toque personal, con un poco de leche Gloria. Judías Cassegrain que él recalentaba en una salsa napolitana de tomate, con el fin de reproducir las *baked beans* inglesas. Estos productos alimenticios envasados al vacío solo eran considerados a la luz de un único criterio: que fueran o no aptos para el consumo. El recipiente debía ser tan estéril como hermético. Al menor abultamiento de la tapa, al menor silbido a la hora de abrirlo, terminaba en el cubo de la basura.

7

Teníamos miedo. De todo, de nada, de los otros, de nosotros mismos. De la comida descompuesta. De los huevos podridos. De las muchedumbres y sus prejuicios, sus odios, sus codicias. De la enfermedad tanto como de los medios movilizados para combatirla. De la pastilla ingerida tras una lectura del vademécum de medicamentos. De la asfixia por gas ciudad. De un ahogamiento en el mar. De una avalancha en la montaña. De quienes visten uniformes. De toda persona investida de cualquier autoridad y, por lo tanto, de un poder para perjudicar. De los formularios oficiales. De los recursos administrativos. De las historias personales tanto como de la Historia con mayúscula. De las alegrías engañosas. Del blanco que presupone el negro. De las gentes honradas que, según las circunstancias, pueden tornarse en criminales. De los franceses que se definen como buenos por oposición a aquellos a quienes juzgan malos. De los vecinos indiscretos. De la reversibilidad de los hombres y de la vida.

De lo peor, pues siempre está asegurado.

Esta aprehensión mi familia me la transmitió muy pronto, casi al nacer. De pequeño, sentía aversión por la arena caliente, las olas, los champiñones, las hierbas altas, los árboles apretados los unos contra los otros, las tinieblas, las afables ancianas a las que confundía con brujas y, de manera genérica, me repugnaba cualquier insecto. Se me tenía por un niño revoltoso. En el restaurante, para que me estuviera quietecito, mis padres me señalaban la presencia en la sala de algunas personas mayores, de preferencia encorvadas y de tez pustulosa. Enseguida dejaba de llorar por miedo a que me convirtieran en rana. Durante las vacaciones, para poder respirar un poco, me instalaban en medio de una alfombra de baño en una playa o en la hierba. Cercado por aquella inhóspita naturaleza, me quedaba calmado hasta su regreso, sin osar poner un pie fuera de la toalla. Cuando crecí, mi terror se extendió a los platillos volantes, a las noches de luna llena, a los rincones oscuros, a los armarios entreabiertos, a los perros, llevaran o no correa.

Mi padre vive angustiado por el holocausto nuclear. Lo sabe casi todo sobre el denominado proyecto Manhattan de desarrollo de las armas atómicas. Desde la época de la Guerra Fría, predecía el fin del mundo toda vez que se recrudecía la tensión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Desde entonces, se pasa las noches atormentado por las visiones de «extrañas astronaves que avanzan en silencio hacia algo inexorable». Ya en su adolescencia, Christian componía innumerables escenas de guerra a medio camino entre el *Guernica* y *El circo azul*, entre las pesadillas de Picasso y las fantasías de Chagall. Como esos iconos orientales por los que rezuma la sangre de Cristo, sus frescos, recubiertos de una pintura a base de aceite de cocina que él mismo había preparado con asaz esmero, dejaban, todavía en época muy reciente, una marca cuando, por descuido, rozabas sus lienzos. Uno de ellos, especialmente hermoso y tremebundo que entremezcla aviones en llamas, descombros y humanos horripilados, cuelga de una de las paredes del antiguo comedor. Jean-Élie nos grita «¡Cuidado!», interjección que suele repetir dos veces para actos tan simples como el de atravesar una calle o el de abrir un grifo.

Por lo que a su madre respecta, ella controlaba cada instante de sus vidas. Después de que hubieran alcanzado la edad adulta, y con ello la autonomía que tanto les había costado, ella seguía exigiéndoles que la informaran de cada uno de sus desplazamientos. Si a la hora de llamarla o reunirse con ella se retrasaban unos minutos, ella se imaginaba espantosas catástrofes. Una noche la escuché telefonar a la SNCF, la Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses, para saber si el tren que transportaba a uno de sus hijos había descarrilado.

timbre que anunciaba el almuerzo. Desde la guerra, mi abuelo jamás se perdía el noticiario en francés de la BBC, el cual se emitía diariamente al mediodía, hora londinense, en las ondas medias. No escuchaba ninguna otra frecuencia. De puro miedo, sin duda, a que hubiera interferencias en la emisión, sostenía, con una mano febrilmente agitada, su diminuto transistor pegado a la oreja desplegando, para mayor discreción, la antena telescópica en horizontal y aguzando el oído mientras aguardaba el liberador carillón de Westminster. Ligeramente desfasadas con respecto a la actualidad francesa, las noticias, leídas con una voz clara, lenta y acompasada que marcaba cada frase con una pausa conforme a la dicción radiofónica en vigor en el Reino Unido, exhalaban un aroma de extrañeza. Él las seguía con un gesto de desazón, como si estuviera captando una radio enemiga y temiera que lo localizaran por los camiones equipados con inhibidores de frecuencias de los alemanes. En cuanto terminaba el boletín de noticias, se pasaba a la mesa.

9

Cuando quería mostrarse complaciente, se bajaba a la cocina a primera hora de la mañana y se afanaba guisando. En pie sobre sus inestables piernas, apoyada en el aparador, vaciaba y rellenaba pimientos, asaba berenjenas sobre la llama del fogón de gas, les quitaba la piel calcinada con un cuchillo y mezclaba su carne encurtida con cebollas crudas. Ponía a escurrir unos pepinos y los zambullía en la espesa crema. Amasaba albóndigas, las rebozaba en huevo y pan rallado, las arrojaba en el aceite hirviendo y, a continuación, las espolvoreaba con pimentón. Trinchaba los hígados de las aves de corral y los rehogaba. La cocina se colmaba de olores a ajo, a pieles chamuscadas de hortalizas, a frituras. Sus paredes resonaban con el estrépito de la picadora y con extraños nombres, como *hacha*, *vareniki*, *poyarski*, *vatrushka*. En los días señalados, por regla general los domingos, acostumbraba preparar *borsh*: una sopa de remolacha, col y pecho de buey que guisaba concienzudamente la víspera, desgrasaba al alba y servía con *piroiki*, panecillos rellenos de carne comprada en Goldenberg. Al final de todo, a su caldo escarlata le añadía azúcar glas y un dedo de vinagre, dosificando cada ingrediente con la meticulosidad de un ayudante de laboratorio. El secreto del *borsh* reside en un muy precario equilibrio de lo agridulce.

En señal de júbilo, sacaba entonces su más hermosa vajilla, la de porcelana azul. Los platos hondos, para la sopa; los llanos, para la carne. Más que un festín, lo que nos ofrecía era un pasado. Nos vinculaba a una historia que no era la suya. Ofrendaba su sacrificio a un culto cuyos ritos había adoptado. Llevaba a cabo una suerte de eucaristía. Su vigorizador potaje de sabor acidulado y olor a col contenía de manera consustancial el alma de los Boltanski. Con tres o cuatro cucharas de su poción mágica, nos procuraba nuestros orígenes, un sentimiento de pertenencia si no a una comunidad, cuando menos a un modelo alimentario, ese detalle que permitía

reivindicar o, mejor dicho, justificar nuestra diferencia. Imágenes de las estepas, trineos deslizándose sobre la nieve, cánticos sagrados, las velas del *sabbat*, una endiablada fanfarria gitana surgiendo de sus calderos. Ella, que no comía nada, nos transmitía una tradición culinaria para saldar todas sus cuentas. Ni folclore exótico, ni costumbres que deben ser respetadas, ni extrañas lenguas que hay que salvar del olvido ni tampoco una cultura ancestral que hay que perpetuar más allá de toda frontera: únicamente recetas. Una comida que era menester calificar de «rusa» para no decir «judía».

Ella no hacía todo aquello por nosotros, sino por él. El único objeto de sus ofrendas era su marido. El *borsh* y las *côtelettes Pojarski*, igual que el pastrami o los *strudels* comprados en el barrio del Marais colmaban una ausencia. Servían para poner palabras o, mejor dicho, para poner platos sobre aquello de lo que no se hablaba y que, sin embargo, estaba siempre presente. Él no pedía nada. No decía nada. Solo ella rompía el silencio y osaba pronunciar un adjetivo que él se había consagrado a eliminar. Era ella quien, los domingos por la mañana, lo arrastraba al Pletzl. Ella, también, quien le restituía los sabores de Odesa. Si por él hubiera sido, habría evitado hacerse notar en la calle y, seguramente, se habría contentado con unas pocas especialidades bretonas, de las cuales ella podría haber sido la depositarla si su propia familia hubiera mostrado interés hacia la gastronomía y si a ella no la hubiera abandonado a una corta edad. Al unirse a él mediante un matrimonio que la había desarraigado de su medio, se había casado con todo: con aquello que él era y con aquello que ya no quería ser. Con celo, ella le cocinaba los guisos de su infancia para que se reconciliara consigo mismo, para devolverle el orgullo, un equilibrio, un plato.

10

Quien la había iniciado en esa cocina del este de Europa había sido su suegra: una mujer que había fallecido cuatro años antes de mi nacimiento, que repartía los quehaceres domésticos y que vivía en la planta de abajo. Este quimérico personaje subsiste en la memoria familiar bajo el término afectuoso de Niania, que se puede traducir por «tata» o por «yaya». Jamás la llamaban por otro que no fuera este nombre cariñoso salido de una novela rusa, como si, durante toda su vida, no hubiera sido más que eso: una vieja niñera loca de cariño por sus niños. Ignoro qué aspecto tiene. No puedo apoyarme en ningún álbum de familia, ningún retrato color sepia se ha conservado en su marco de madera. Rue-de-Grenelle prohíbe la fotografía, pues esta muestra lo que ya no existe. Lo poco que conozco de Niania lo sé por mi padre y mis tíos.

Al parecer, era una señora de estatura minúscula, corpulenta, con largas trenzas castañas y siempre vestida de negro, como si hubiera sido condenada a una eterna viudedad. Christian la describe como una *babushka* con el pelo teñido, vestida con

una chaquetilla de punto guarnecida con unos florones bordados, baldada a causa del reuma y que respondía «¡Iaa wooy!» cuando la llamaban. Al final del día, escuchaba con ella las melodías rusas en su gramófono, especialmente, un disco de cantos del Volga, del cual años después encontró un ejemplar en el taller del escultor rumano Brancusi, cuya reconstrucción se halla en el Centre Pompidou. Sostiene que tenía un marcado acento yidis. Por el contrario, Jean-Élie afirma que pronunciaba correctamente el francés, pero que no podía escribirlo. Luc jamás escuchó música en casa de su abuela y asegura que ella jamás tuvo ningún fonógrafo. Se acuerda principalmente de sus sándwiches de crema de berenjenas y de su costumbre, cuando venía a cuidarlo, de llegar siempre una hora antes, con un libro de la condesa de Ségur y una vela, por si se iba la luz. Con su aguda voz y sus marcadas erres, le leía *El general Durakin* y le contaba que su padre iba a ser ministro. Profesaba la misma devoción por su hijo único que por la Francia que la había acogido.

11

De Niania no conozco más que su samovar, un objeto emblemático que encarna el mito fundador de la tribu: el tótem de los Boltanski. Por lo que recuerdo, estuvo antiguamente colocado en el vasar del comedor, a la vista de todos. Después de su desaparición, durante mucho tiempo lo confundí con el pie de lámpara hecho de cuero que presidía en casa de mi madre, en el callejón, y que hoy ilumina —muy mal, por cierto— mi dormitorio. En realidad, Christian lo recuperó tras el fallecimiento de sus padres. Según parece, estuvo tentado de venderlo en calidad de obra de arte a un coleccionista, pero, presa de los remordimientos, le endilgó una copia. Al menos, esto es lo que él asegura. El samovar sirve de ilustración para la última novela de mi abuela, dedicada a su esposo y a su larga agonía en la unidad de reanimación. En la fotografía en blanco y negro que aparece sobre la cubierta del librito titulado *Reanimentira*, resulta más menudo y menos rutilante que otros hervidores portátiles rusos que suelen encontrarse en los escaparates de los anticuarios. Que yo sepa, jamás fue utilizado o, en todo caso, no lo fue desde su transformación en estatua. Contrariamente al poste totémico que, según Freud, es un sustituto del padre, en nuestro caso nos hallamos ante una figura femenina de formas redondeadas, un cuerpo barrigudo, dos asas trenzadas y un pedestal dentado para albergar la tetera. O, cuando menos, estamos frente a un andrógino, con ese minúsculo grifo del que ya no mana líquido alguno. Fuente de calor, instrumento de compartición, simboliza el fogón y, por extensión, el hogar, el grupo, los antepasados, pero también el desarraigo, el país olvidado, los seres queridos a los que se ha abandonado. Una renuncia.

Hay que decir que nuestro emblema es el fruto de un robo. Cuando se escapó de su casa, Niania llevaba este hervidor todavía candente. ¿Por qué cargó con tan

corriente utensilio, el cual en Rusia forma parte de todo ajuar? Seguramente, en recuerdo de la familia a la que dejaba y en previsión de aquella que iba a fundar: para trazar un lazo de unión entre sus dos vidas, tan desemejantes. Antes de alzar el vuelo, escribió a su padre, un comerciante que importaba de Turquía pasas de Corinto y carne de buey. Un hombre afortunado que poseía un trineo con campanillas: andando el tiempo, en sus relatos ella insistirá mucho en este punto. Este último indicio, ese cascabel colgado de los arreos debía probar su elevado rango social. En su mensaje, ella le explicaba su intención de reunirse con David, su amante: un cantante de ópera cuya carrera triunfal se había visto súbitamente interrumpida por la enfermedad. Peor aún: un muchacho de humilde condición a quien, al parecer, sus padres no habrían querido como yerno, pues había nacido en un entorno demasiado pobre, demasiado religioso. Dotado de un padre artesano que temía al Todopoderoso, llevaba todavía el casquete negro de reps^[2], los flecos rituales y no recibía a los gentiles en su casa. Pero, en el lugar donde él se encontraba, estos detalles carecían ya de importancia. Desde aquel momento, vivía en un país fabuloso, el primero que había emancipado a los judíos. Pronto sería rico y feliz. La carta finalizaba con una oda a Francia. Juntos, comenzarían una vida nueva en una tierra generosa, acogedora, donde todos los ciudadanos, cualesquiera que fueren sus orígenes o creencias, eran libres e iguales.

A lo que parece, ella aún no era mayor de edad. Para poder viajar, cambió la fecha de nacimiento en su pasaporte. A fuer de sus papeles falsos, temía que la arrestaran en cada paso fronterizo. Comoquiera que su samovar era demasiado voluminoso para entrar en una maleta, debía de llevarlo bajo el brazo cuando se bajó del tren en París. David la estaba esperando en el andén. Había olvidado que fuera tan joven. Ella también tardó unos instantes en reconocerlo. Un año antes, ella había dejado a un artista al que me imagino con los rasgos de aquel Aristide Bruant bosquejado por Toulouse-Lautrec, pero de espalda menos amplia, con su sombrero de ala ancha, su abrigo negro y su bufanda roja enrollada al cuello. En cambio, se encontró con un obrero vestido con mono azul, el cuerpo enflaquecido y el rostro prematuramente envejecido. Después de haberla hecho subir los seis pisos de un edificio de viviendas de alquiler en el distrito 17.º y tras haberla instalado en una minúscula habitación justo debajo del tejado, le anunció que regresaba al trabajo, pues trabajaba en el turno de noche. Durante aquella primera noche y las siguientes, permaneció sola en aquella buhardilla carente de todo mobiliario a excepción de un catre de tijera, una silla y un baúl cubierto con caracteres cirílicos. Dudó si volver a Odesa para postrarse ante su padre, implorarle su clemencia y devolverle su hervidor de cobre, mas se encontraba prisionera de su carta, de su lirismo y, por encima de todo, del orgullo con el que había descrito su patria de adopción y su felicidad venidera. Jean-Élie reconoce, con su tacto habitual, que «ella se quedó un poco decepcionada». Sin embargo, añade, formó con su marido «una pareja muy buena».

Soy consciente de que todo esto procede de una única fuente: Niania, acostumbrada por la vida a tergiversar, edulcorar y magnificar. En casi un siglo, este relato debió de ser narrado varias decenas de veces por un número limitado de personas, a lo más cinco o seis. Al correr del tiempo, adquirió la fuerza de una leyenda, de una fábula librada de sus defectos, tersa a causa de tantos años de manipulación. Se endureció, como la plastilina. Después se secó para acabar tornándose en algo friable. Me apresuro a trasladarlo sobre el papel antes de que se desmigaje y desaparezca para siempre. Claro está que encierra una parte de verdad. Se alimenta de elementos que brotan de la memoria y que, antes, salieron de la realidad. Cada uno de mis interlocutores cuenta una versión ligeramente modificada. Esta serie de alteraciones, las cuales tienen sentido en sí mismas, brindan a esos hechos minúsculos una cierta pátina, hondura y consistencia. A su vez, cada una de ellas cuenta una historia: la del exilio de una inmigrante forzada, como muchos de sus prójimos, a servirse de la mentira para sobrevivir; la de sus descendientes faltos de toda coherencia, y también la del tiempo que pasa, del olvido.

Nada cambia. Las comidas familiares continúan desarrollándose en torno a la larga mesa extensible. Cada cual ocupa el mismo asiento alrededor del hule verde oliva. Jean-Élie y Anne están sentados en el banco —el compañero de aquel que se encuentra en la habitación de al lado—, cerca de las lumbres de la cocina, dejando a los demás las butacas de cine, plegadas y apoyadas contra la pared, la única novedad: una fantasía inimaginable en la época de su madre. Demasiado inestable. Aquellos asientos plegables, acolchados con terciopelo corinto, se tambalean acto seguido de sentarse en ellos, ya que la barra de metal que los une jamás ha estado fijada al suelo. Ella no podría haberse apoyado en ellos: habría corrido el riesgo de caerse. Los muebles debían servir de muletas, parapetos, espolones y apoyabrazos. Trazaban a través de la casa un camino invisible, a modo de mosquetones, puntos de anclaje dejados por un alpinista en una pared rocosa. Sin ella, se han tornado inútiles, apenas aptos para ser recubiertos con un sudario. Ella les insuflaba vida. Su rabiosa energía continúa impregnando las paredes. Casi podríamos imaginarla contoneándose entre la mesa y el aparador, las manos apoyadas sobre la silla de mimbre que empuja por delante de ella a modo de andador, con los rasgos contraídos, casi desencajado el rostro, con esa cólera, esa violencia contenida, como si estuviera entregándose a una encarnizada lucha contra sí misma y contra lo que la rodea. Y nosotros, atentos a sus

más parvos gestos, dispuestos a precipitarnos para socorrerla, eso sí, quedándonos atrás, a una distancia respetuosa, con nuestros ojos apuntando hacia el cielo para no cruzarlos con los suyos, puesto que es en la mirada de los demás donde ella se ve diferente. Ahora, cuando por la noche nos reunimos en la cocina, seguimos mirando a otro lado. No hablamos ni de ella ni de él. En ningún momento evocamos su memoria, no por omisión o indiferencia, sino por pudor, como si ellos siguieran todavía estando presentes.

14

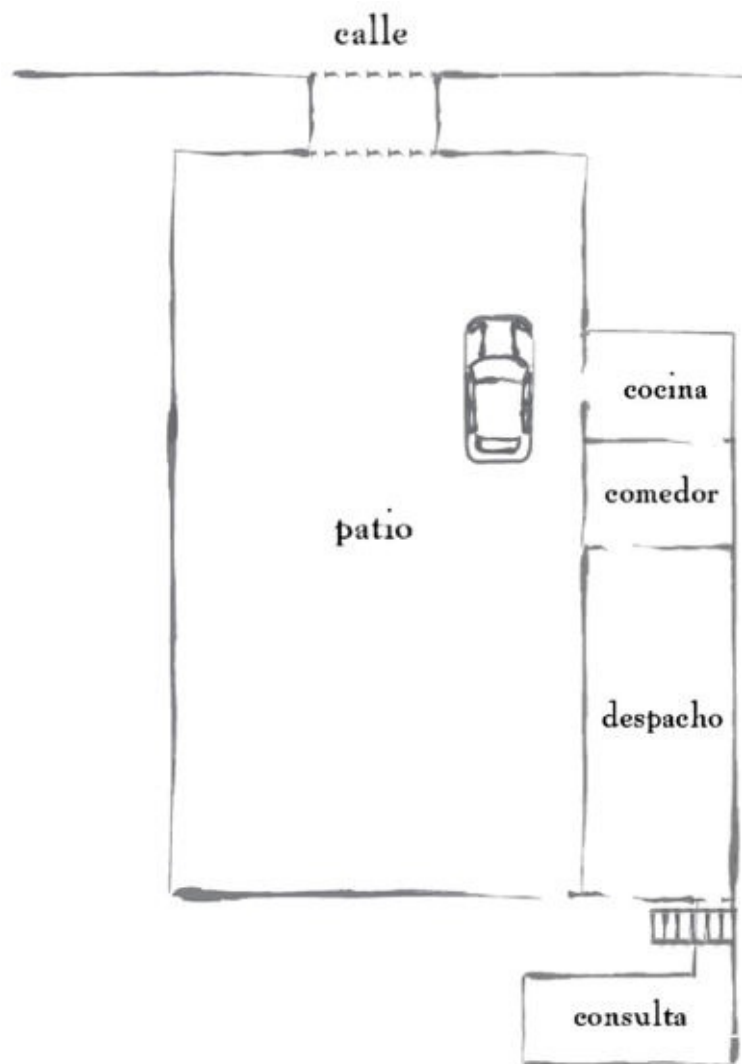
Desde la huida del «señor», la portera se ha tornado si cabe más entrometida que de costumbre. No cesa de entrar sin avisar con su hijita agarrada a sus piernas para ofrecer su ayuda, anunciar la llegada de verduras en tal o cual tienda o contar los chismes que corren por el barrio. Seguramente conmovida por esta mujer que, desde entonces, educa sola a sus dos hijos, trata de ser útil. Le debió de chocar la actitud de aquel marido que, en plena guerra, no dudó en abandonar a los suyos y que, encima, se explayó contándoselo a otros vecinos del edificio. Desde la cocina, situada frente a su portería, se escuchan incluso sus menores conversaciones. «¡Ya era hora de que se fuera!», «¿Acaso puede esperarse otra cosa de esa gentuza?» son frases que deben de resonar en el patio, del mismo modo que su transistor inalámbrico emite en bucle los discursos de Pétain y Laval. ¿Es preciso desconfiar de ella? ¿Colabora con las autoridades, como otras guardesas? ¿Cuándo menos no comparte con la solterona del cuarto, modista a domicilio, la pasión que esta profesora hacia Philippe Henriot, el editorialista de Radio Paris, apodado el Goebbels francés? Se queja de esos cabezas cuadrada teutones y, de vez en cuando, dirige críticas al «Mariscal». Con todo, si sospechara algo, podría cometer una indiscreción. En consecuencia, representa un peligro. A finales de 1942, se instala un timbre en la puerta de la cocina con el fin de advertir sus intrusiones.

15

Deambulo por Rue-de-Grenelle como por un tablero de Cluedo. Por una feliz coincidencia, hay tantas fichas como protagonistas. Salvo el coronel Mostaza, resulta sencillo identificar quién puede interpretar los papeles de la señorita Amapola, la señora Celeste, el profesor Mora, el padre Prado o la señora Blanco. No necesito tirar mis dados. No puedo, de hecho, sino avanzar en una única dirección y desplazarme por las casillas de una en una, sin saltos, incluso de dos en dos si cumplen una misma función, como la cocina y el comedor. Las estancias comunicadas —y este es su principal defecto— ahorran pasillos y no ofrecen salidas laterales. Cada vez descubro

una nueva habitación. Al contrario de la versión clásica del juego, tampoco existe ningún pasillo secreto que una el despacho con el observatorio (aquí la terraza) ni uno que comunique el cuarto de baño con el salón. Tampoco he visto jamás ningún garrote, puñal o revólver. A modo de pista, en esta fase dispongo de una llave, un frigo medio vacío, un samovar y una campanilla. En cada parte de la casa, convoco a uno o varios personajes, verifico sus coartadas, expongo una hipótesis y me acerco un poco más a la verdad. Si bien la víctima es la misma que en el Cluedo, la intriga cambia: no me enfrento a un asesinato, sino a una desaparición. La pregunta para la que he de encontrar una respuesta es la siguiente: ¿dónde está escondido el doctor Negro?

DESPACHO



1

Durante mucho tiempo siguió apareciendo en la guía en calidad de médico especializado en gastroenterología. Su teléfono, un modelo de finales de los años sesenta, con un dial rotativo y carcasa de plástico gris, estaba colocado encima de la chimenea del despacho frente al espejo dorado. Sonaba a menudo, sobre todo en horas laborables. Cuando lo descolgaba, al otro lado del cable oía a alguien que me preguntaba, con una voz biliosa o diarreica, pero que a mí se me antojaba de ultratumba, si podía darle cita para una consulta urgente: llamadas desesperadas que me quitaban el habla. En varias ocasiones estuve tentado de dar a aquellos inoportunos una cita a fin de prodigarles, más que cuidados, unas palabras reconfortantes, como tan bien habría sabido hacerlo él. Sin ese reflejo suyo que yo creía vislumbrar en el cristal, sin la presencia de su mobiliario, de sus tratados, de sus libritos de la colección *Que-sais-je?* alineados en apretadas filas en los estantes, sin todo ese decoro que, de pequeño, asociaba yo a su misión salvadora, a sus investigaciones científicas, a su gran obra, los habría recibido, lo más seguro, ataviado, para ser más creíble, con una blusa blanca, un disfraz que él no juzgaba útil adoptar como vestimenta. «El doctor ya no ejerce», se limitaba a contestar Jean-Élie. Lo hacía con un tono impasible, empleando siempre el tiempo verbal de presente. Esperó dos décadas antes de cambiar su contrato a France Télécom y modificar la titularidad de la línea telefónica a su nombre.

2

En esta aletargada habitación, mi tío borra toda huella de su pasado. Duerme sobre el diván donde, tras el almuerzo, su padre se echaba una siesta rápida. Una vez levantado, sepulta, en el fondo de un armario de cerezo que hace las veces de cajón de sastre, sus sábanas, la funda de su almohada y su manta escocesa. Trabaja sobre una mesa de estilo Directorio recubierta de un terciopelo estampado e iluminada por una lámpara opalina que, con forma de champiñón, subraya la oscuridad de la habitación antes que disiparla. Nada más cerrar sus libros y libretas, los hacina en las estanterías o en los cajones. Ni ropa interior olvidada en un rincón, ni papelajos tirados a la papelera ni jerséis colgados del respaldo de una silla. No deja nada por en medio: ningún efecto personal, ninguna carta dirigida a su nombre. Igual que un clandestino en su propio hogar, hace desaparecer, a medida que avanza el día, los menores signos de su discreta vida. En invierno, lo encuentro sentado sobre el radiador de hierro fundido, girado hacia la última de las tres ventanas, o bien en el suelo, delante de un velador de madera clara y tablero octogonal, pegado a la cama,

con sus botines negros junto a un convector, acurrucado como si quisiera ocupar el menor espacio posible cuando, en realidad, su presencia colma la casa entera.

Del mismo modo, puede pasar el final de la jornada en su mecedora comprada mediante catálogo —generalmente de una mediocre calidad, en razón de lo cual ha de cambiarla con regularidad— frente a la televisión conectada a Mezzo, la cadena dedicada a la música clásica y el *jazz*, pero sin sonido. Le gusta observar la silente trayectoria de los dedos sobre los teclados, los movimientos bruscos y vanos de los arcos, los gestos mecánicos del director de orquesta —análogos a los de un robot en miniatura al que le acaban de dar cuerda—, los desesperados esfuerzos de las divas que se han quedado afónicas, los tenores que, a su vez privados de voz, parecen pedir ayuda, con los brazos colgando y la mandíbula desencajada, a todos aquellos pechos que inspiran y espiran al mismo ritmo y de los que nada sale, como unas gaitas bretonas agujereadas, esos músicos inclinados sobre sus partituras blancas, a menos que solo indiquen una letanía de pausas, medias pausas y suspiros. Silenciada, reducida a una sucesión de planos fijos, la ópera no es sino una rígida y grotesca pantomima, una pesada maquinaria que gira en vano. Aquellas imágenes sordas, desprovistas de todo interés que no sea el de ser meras representaciones gráficas, esos millones de píxeles abandonados a su suerte amplifican el acerbo silencio del despacho. Jean-Élie es la omertá.

3

Mientras está a solas, mantiene la araña apagada. Solo la enciende en las grandes ocasiones, cuando recibe visitas. El resto del tiempo prefiere la penumbra de las pantallas de las lámparas, mejor adaptadas a un espacio que le sirve tanto de alcoba como de cuarto de estar. La dura luz proyectada en mitad de la habitación posee el defecto de resaltar la pintura ajada, las paredes vejigosas, las fisuras del viejo parquet en espiga, especialmente ese agujero próximo al comedor, encima del cual se colocó una silla de esquina para evitar caer en él. Con sus brazos de cobre, sus numerosas bombillas abrasadas, sus velas consumidas por la mitad, la lucerna revela a la par el fasto de antaño y el declive que sobrevino después. Pertenece a otra época, corresponde a otra escala. Demasiado grande, demasiado baja: su tamaño, sobredimensionado en comparación con la altura del techo, debió de ser calculado para una población liliputiense. Lo normal es que uno se golpee la azotea con sus caireles. Sujetos a los candelabros por un hilo de hierro oxidado, los cristales entrechocan tintineando y terminan cayendo uno tras otro, como unos frutos demasiado maduros.

Resulta bárbaro el efecto producido por una iluminación, incluso por muy débil que esta sea: basta presionar el interruptor para resucitar el despacho. Una habitación alargada empapelada de color verde botella. A semejanza de otras partes de Rue-de-

Grenelle, esta conservó su antigua denominación. Se la sigue llamando «el despacho», no obstante haber sido habilitada como salón y, sobre todo, pese a la ausencia del escritorio del que extraía su razón de ser. El despacho está privado de su escritorio, una hermosa mesa estilo Luis XIII barnizada, con las patas trenzadas acabadas en forma de bola. Es prácticamente la única cosa que mi padre recuperó. Sobre sus tableros de roble macizo, escribió la mayor parte de sus ensayos, obras de teatro y poemas. Por mucho que viaje un objeto, siempre permanece vinculado a un único lugar. Extraído de su entorno original, apenas lo advierto. Se me ha tornado ajeno. En cambio, me acuerdo del lugar preciso que ocupaba «abajo», en el centro de la habitación. Estaba flanqueado por sendos secreteres y casi rozaba los postigos de la puerta vidriera. Poseía una escribanía de cuero negro que contenía papel con membrete y recetas en blanco. Todavía hoy acostumbro dar un rodeo para evitarlo, por miedo a tropezarme con sus cuatro afiladas esquinas, como el miembro fantasma de un mutilado, esa parte de uno mismo que ya no se posee, mas cuya ausencia puede tornarse obsesiva y dolorosa. Traza un espacio de fronteras invisibles, deja un vacío, pero un vacío pleno, colmado de imágenes fugitivas que una mesa baja, estrecha, extendida, semejante a un banco y cuyo tablero de abeto claro se ha visto pronto cubierto de marcas de copas, trata inútilmente de ahuyentar.

4

La poltrona sigue allí. Aparece en un cortometraje de diez minutos realizado en 1984 por mi abuela y el poeta Raphaël Cluzel. Tomada de espaldas y en primer plano, esta silla de color amarillo mostaza y achaparrada ocupaba incluso el primer lugar, el papel de protagonista. De pie a sendos lados del asiento, un marido —interpretado por un actor profesional— y su esposa —encarnada por mi madre, que realizaba su segunda y última aparición en la pantalla— discutían acerca del destino de un ser indeterminado que yacía sobre el cojín y al que se suponía dormido. La pareja se disponía a salir de vacaciones y discutía, con un apuro mezclado de compasión, las maneras de desembarazarse de aquella carga que podía perfectamente ser tanto un viejo como un animal doméstico. También se entreveía a Ariane, mi hermana pequeña, en el papel de adolescente malhumorada.

La película exploraba el contraste entre la indignación suscitada en aquella época por los perros a los que se dejaba tirados a lo largo de las autovías francesas durante las grandes salidas veraniegas y la indiferencia, casi general, con respecto a las personas mayores, abandonadas a su soledad durante esos mismos meses estivales y desatendidos el resto del tiempo. Para nosotros, aquella fábula revestía una singular importancia, sarcástica al tiempo que dolorosa. La butaca era la suya: aquella en la que le gustaba fumar su pipa, aquella en la que, al final del día, hojeaba sus artículos de medicina, aquella en la que me relataba historias, donde derramaba lágrimas de

emoción al leer un pasaje de Charles Dickens, Fiódor Dostoievski o Victor Hugo. Aquella en la que ya no estaba más.

Durante el rodaje, ¿lo imaginaba ella sentado detrás del respaldo ovalado y acolchado? ¿Lo buscaba con aquella cámara más alta que ella? ¿Esperaba encontrar la huella de él en la película, igual que esos ufólogos que, sin cesar, disparan fotos al cielo al acecho del menor fenómeno óptico? ¿Quería encerrarlo en una cámara oscura? Para rodar la película, la habitación había sido reconvertida en estudio cinematográfico. Una mesa de montaje, prestada por el productor, había surgido en mitad de aquella dependencia que, en esa época, recibía el nombre de «consulta»: una habitación sin ventanas que olía a jabón y a éter, y comunicada con el despacho a través de un estrecho pasillo. Aquella máquina de hierro pesaba una tonelada. Estaba colocada contra la pared, junto a un rudimentario aparato de radioscopia, una camilla de auscultación y un botiquín. Podía pasar por un utensilio médico más, con sus dos tableros, sus núcleos para las bobinas, sus contadores de imágenes y su diminuto visor. Ya obsoleta, permaneció allí durante años, abandonada, hasta que el lugar fue acondicionado como cuarto de baño, con sus inodoros y una bañera provista de respaldo y patas.

5

Yo me quedaba de pie, con el pecho desnudo, mientras él colocaba sus instrumentos sobre un arcón metálico con ruedas. Cuando se disponía a vacunarme, le temblaba la mano. Temía hacerme daño, dudaba sobre el mejor ángulo de ataque, movía la jeringuilla y tenía que hacer varios intentos, prolongando así, muy a su pesar, el dolor del pinchazo. Recuerdo su aprensión a la hora de golpearme la tibia o la rótula con su martillito de cuero, su voz nerviosa cuando me pedía que tosiera o que retuviera la respiración, sus dedos vacilantes entre mis omoplatos conforme buscaban su camino, volviendo atrás, errando sobre mi trémula piel. Le costaba dominarse a la hora de asestar un golpe, clavar una jeringuilla o acechar cualquier anomalía con su estetoscopio. No es que fuera un mal médico. Antes al contrario, se mostraba concienzudo en extremo. Demasiado, incluso. Sus exámenes eran interminables. Por temor a cometer un error en el diagnóstico, auscultaba con una minuciosidad, un cuidado y una lentitud infinitos, pero también con reticencia, a regañadientes, como si cada vez previera lo peor. Temía que se le escapara una dolencia tanto como encontrarla. No le gustaba su oficio.

Era incapaz de curar una herida en carne viva. No soportaba ver la sangre. No podía entrar en una carnicería ni comer una carne demasiado roja sin dejar de desmayarse. Una noche, durante una cena mundana, se puso lívido a la vista de un bistec chorreando hemoglobina. Trató de ocultarlo bajo la mesa, mas fue sorprendido por la anfitriona, que estalló de risa. Muy avergonzado, tuvo que sacar con la punta

de los dedos la carne de su servilleta y volver a ponerla en su plato, con una mueca de asco, como si se hubiera encontrado una rata muerta. La misma repulsión manifestaba por las mollejas, los sesos, las tripas, las manos, las orejas... Le repugnaba la parte carnal de su profesión: aquella confrontación con cuerpos enfermos, inspeccionar todas aquellas glotis, palpar aquellos ganglios, escuchar aquellos rugidos estomacales, tomar esos pulsos, combatir aquellos bacilos. Si el bullir de la vida le daba miedo, más insoportable aún le era la muerte: perder un paciente lo sumía en una profunda tristeza. Prefería la teoría a la práctica: los libros, la investigación, la aséptica blancura de los laboratorios. Ahora bien, sin ilusión. Conocía los límites de la ciencia. Convencido de que el enemigo designado se servía de los mecanismos del cuerpo tanto como de las fuerzas del espíritu, le gustaba explorar territorios ignorados por sus colegas, como el inconsciente, la locura o los problemas psicosomáticos. Habría sido un excelente psicoanalista.

Jamás ponía su caduceo tras el parabrisas del coche. Colocar una placa de rutilante cobre en la calle con la retahíla de sus títulos tampoco era algo que considerara más útil. Seguramente, para no revelar la presencia de un apellido terminado en «ski» en aquel conservador barrio y puede que, asimismo, por no atraer a más pacientes. Lo último que perseguía eran sus honorarios, en razón de lo cual limitaba sus consultas a tres o cuatro horas por la tarde. En esencia, su clientela se componía de mujeres de edad madura que le llevaban siendo fieles desde años atrás y que le profesaban un afecto que rayaba en lo amoroso. Ellas lo veneraban. Él, por su parte, al menos no las despedía al cabo de cinco minutos: las recibía largamente, como a viejas amigas. Aquel hombre que no decía una palabra a sus allegados les hablaba a ellas con calidez. Se tomaba en serio sus preocupaciones, sus migrañas, sus insomnios, sus dolores crónicos. Decía que eran sus «enfermitas mentales»: personas con patologías benignas ocasionadas por factores principalmente emocionales o afectivos. Pero desde el momento en que, en lugar de sus habituales y nimias afecciones, presentaban un síntoma inquietante, en cuanto caían enfermas de veras, proclamaba él entonces su incompetencia, argüía la necesidad de recurrir a otras especialidades distintas de la suya y se apresuraba a endosárselas a un colega.

6

Sus brillantes estudios constelaban la chimenea del despacho, como las medallas el pecho de un general ruso. Redondas o rectangulares, lisas o afiligranadas, todas aquellas distinciones inspiraban admiración por su densidad, por su hondura. Poseían el rostro de una Minerva tocada de su casco, de un Pasteur pensante, de una Higía sanadora. Sobre todo, de Marianne, la madre patria francesa consagrada al saber y a la emulación. Las inscripciones de aquellas piezas metálicas repasaban una escolaridad coronada de éxitos, una trayectoria universitaria intachable y una carrera

ejemplar. Un primer premio, en dinero; una mención honorífica, fundida en bronce. Una juventud meritoria pagada en especie. Los caudales de la República en ocasiones depositados en prenda en el Monte de Piedad en tiempos de vacas flacas, como sucedió con la medalla de oro de la oposición de Medicina, la más preciosa de todas. Se trata del único objeto suyo que he heredado: un centenar de gramos de oro puro adjudicados en 1928 y varias veces empeñados, antes y durante la guerra. Toda medalla tiene su reverso. Todas esas recompensas con forma de moneda alineadas sobre la placa de mármol gris, frente al espejo y junto al teléfono, formaban una suerte de altar a la instrucción pública, a Jules Ferry^[3] y a su obra.

7

De su infancia no conozco más que la edificante historia, muchas veces contada, de una integración lograda y de una ascensión social rápida merced a la escuela republicana. La pareja procedente de Rusia que vive en la miseria en el barrio de Batignolles; los cambios de alojamiento en función de las pagas: el minúsculo altillo, la insalubre planta baja y, por fin, un piso con tres habitaciones que daban al patio y, luego, otro con vistas a la calle. El padre, chapista, que llega tarde por la noche o temprano por la mañana, ajado y tan minado por el trabajo como por los largos intervalos de desempleo. La madre, todavía conmocionada por su súbito desclasamiento, decepcionada, desamparada, huyendo hacia el pasado o el futuro ante un presente que considera triste y vulgar. El hijo único convertido en su avatar en un mundo cuyos códigos y lengua desconoce. Un niño bueno al que, orgullosa, escucha cómo balbucea la canción *Nuestros antepasados los galos*, con su acento de los suburbios; un niño en quien ella va a poner sus desmesuradas ambiciones, su sed insaciable de venganza. Un buen francesito en pantalón corto que llama la atención de sus maestros, siempre el primero y ya entonces solo, dispuesto a abandonar sus canicas y sus tabas para llegar pronto a casa y así hacer los deberes. Las sucesivas becas concedidas por la ciudad de París. Y, a finales de año, los cuadros de honor, los premios, los libros ilustrados de gran formato, las medallas entregadas ante unos padres admirados que, en medio del guirigay, no entienden nada salvo su apellido, el de ellos, pronunciado con solemnidad en la zona cubierta del patio.

Pero ¿era el suyo? Cuando hago esta sencillísima pregunta a mi alrededor, obtengo respuestas confusas y contradictorias. Soy incapaz de descifrar enteramente su identidad. Son personas casi anónimas cuya vida se resume en un puñado de anécdotas. En lo que a Niania se refiere, se limita a un exótico hipocorístico, a una función. Aseguraba ser una Macagon, apellido este que sonaba a ruso, al menos a sus oídos, y que la colmaba de orgullo, como si contuviera una partícula nobiliaria. Lo transcribo fonéticamente, ya que no figura en ningún documento oficial. Hasta tal punto su autenticidad siempre me ha parecido sospechosa que debería

entrecomillarlo. Sus amigos franceses, sus conocidos y, más adelante, sus colegas de trabajo la llamaban Héléne, la versión francesa de Helena. ¿Y su marido, el abuelo, el hombre de estentórea voz procedente de Odesa? Su prematuro fallecimiento, antes de que la familia se mude a Rue-de-Grenelle y acabe confundándose con sus paredes, torna su existencia aún más fantasmal. Se cierne sobre esta historia como una sombra suspendida en segundo plano. Antes de iniciar mis indagaciones, ignoraba hasta su nombre de pila. Mi padre lo había olvidado. Christian, tras un fugaz titubeo, respondió: «David». David Boltanski.

8

No tienen más que un solo punto de apoyo: su hijo. Tanto en el plano administrativo como en el social, nacen con él. Antes, desde el punto de vista del derecho francés, no son nada o casi nada; dos extranjeros en situación más o menos regular. En París, los registros civiles entre 1860 y 1902 están digitalizados: pueden consultarse en internet. Una ventana en la parte superior izquierda de la pantalla permite hacer *zoom* sobre la parte deseada del texto. El apellido aparece en el margen, escrito a pluma, con caligrafía en trazos gruesos y finos, mayúsculas trenzadas, sinuosas eses, tal y como se aprendía en la escuela municipal.

Año mil ochocientos noventa y seis, 5 de marzo, a las tres y media de la tarde, partida de nacimiento de Étienne Alexandre Boltanski, de sexo masculino, nacido el 3 de este mes a las dos de la madrugada, en la Avenue de Saint-Ouen número 105, hijo de David Boltanski, de 41 años, guarnicionero, y de Enta Fainstein, de veinticinco años, sin profesión, casados, con domicilio en la Rue de Tocqueville número 101. Levanta el acta Léon Henri Thiébaud, teniente de alcalde, funcionario del Registro Civil del distrito 17.º de París, caballero de la Legión de Honor, a partir de la personación del niño y la declaración del padre, en presencia de Jacques Lebedinsky, de 24 años, estudiante de Medicina y residente en el número 5 de la Rue Lalande, así como de Martin Redon, de 33 años, jornalero residente en la Rue de Tocqueville número 101, testigos que han firmado con el declarante y conmigo tras la lectura.

Pese a la aridez burocrática, tengo la impresión de estar viendo una foto. Tres hombres intimidados frente a un funcionario que impone respeto con su redingote atravesado por una banda honorífica roja y con su jerga de carcelero. El del bebé en brazos es, efectivamente, David. No me lo imaginaba tan viejo. Cuarenta y un años: una edad avanzada para dejarlo todo, su país, sus allegados, sus costumbres, y comenzar una nueva vida. A su lado, dos testigos conseguidos a marchas forzadas. Martin Redon, un vecino, pues vive en la misma dirección, en el 101 de la Rue de Tocqueville. En cambio, ¿quién es Jacques Lebedinsky? Un compatriota, sin duda. Amigo, primo o mero conocido. A la vista de sus estudios, domina el francés y puede ayudarlo en sus trámites con las autoridades. Finalmente, una ausencia: esa madre que aún guarda cama y cuyo nombre de soltera no es Héléne Macagon, sino Enta Fainstein, al menos según este papel.

¿Qué hay de verdad en todo ello? Un estado civil se falsifica, de forma particular

en la Rusia zarista, ya para librarse del servicio militar, ya para atravesar fronteras, ya para salir de la zona de residencia y vivir en Moscú o San Petersburgo. Tan solo dispongo de una fuente más: polvorientos infolios, en ocasiones todavía intonso, conservados con sumo cuidado en la biblioteca del despacho y firmados con el nombre de Annie Lauran. Ciertamente, se trata de novelas. Claro está que es inútil tomarlos por otra cosa que no sea una obra literaria, leerlos como actas o declaraciones de un ujier, juzgar al autor por la persona, mezclar sus rasgos novelescos y sus frecuentaciones en la vida corriente, limitar sus obras a una interpretación única y literal, o pretender que surgen tal cual de la realidad y no de su imaginación. *Et caetera*. Aun así, ¿cómo no trazar un paralelismo entre Étienne Boltanski y Louis Gatowsky, el héroe de *El pastel del sábado*, «médico con un futuro prometedor» sobreprotegido por su madre, esa mujer «siempre vestida de negro» que llegó a París «una noche de invierno», con «un samovar bajo el brazo»? ¿O ese Michel Barsky, descrito en *La que fui ayer* como un hombre «serio», «sensible», «cándido», «de tez bronceada y cabello negro ondulado» que vivía, también, con su madre? ¿Y ese niño de *Reanimentira*, «nacido tan pronto, el niño de ojos almendrados, no como los de aquí», «hijo de Hélène, de esa ignorante Enta de largas trenzas castañas [...], procedente de Odesa en busca de la libertad»?

La lectura de los libros de mi abuela, inspirados en su familia política, revela hasta qué punto las informaciones proporcionadas a la Junta Municipal del distrito 17.º abundan en errores, ya sean voluntarios o no. El nombre de pila del padre no era David, sino Ilya o Iloucha, la versión rusa de Élie, igual que su nieto, al que no llegará a conocer. La madre se llama efectivamente Enta, Entele, Fainstein, o al menos tal es el nombre que figura en su pasaporte, y no Hélène Macagon, como afirma ella. Miente asimismo sobre su edad: no tiene veinticinco años. Ya lo sabemos: es mucho más joven, incluso menor de edad. Lo ha dejado todo, su ciudad, su país, su familia y su confort por un hombre que podría ser su padre. La pareja vive en el 105 de la Avenue de Saint-Ouen, dice Annie Lauran, entre el portal que lleva ese número y la línea de ferrocarril paralela a los bulevares de circunvalación, en un «bajo hediondo», ocupado hoy en día por una carnicería que hace las veces de asador a la izquierda, y una peluquería a la derecha. ¿O se trata, en realidad, del entresuelo iluminado por minúsculas ventanas? En una de esas aberturas semejantes a unas aspilleras se columbra un busto de yeso de Marianne, con el rostro girado hacia la ventana, como si en lo sucesivo la República hubiera decidido dar la espalda a esa avenida ruidosa y triste que, ceñida por hileras de castaños, conduce al mercadillo. ¿Quién vive entonces en el 101 de la Rue de Tocqueville, un edificio haussmaniano más linajudo que el anterior y ubicado junto a un establecimiento de comida china para llevar situado a dos pasos de la Porte d'Asnières?

Mi abuelo repetía que el patronímico que nos había transmitido encerraba un error. Según él, los Servicios Franceses de Inmigración habían cometido una falta de ortografía, cuando, conforme a las reglas de transliteración del cirílico en caracteres

latinos, debería haberse escrito terminado en i griega, no en i latina. Al parecer, Boltanski deriva de un topónimo: Balta, una ciudad situada a ciento ochenta y tres kilómetros al noroeste de Odesa, cuya población era en su mayoría judía hasta la Segunda Guerra Mundial, y que sucesivamente fue otomana, polaca, rusa, soviética, rumana y, finalmente, ucraniana. Muchas otras grafías habrían sido posibles en aquella Europa del Este en donde estas no han cesado de variar a merced de las conquistas y las continuas demarcaciones: Boltanskij, Baltanski, Baltansky, Baityanski, Baityansky, Baltyyanski, Baltyyanskij, Boltyanski, Boltyansky, Boltyanskij... La insistencia con la que Grand-Papa retomaba aquella equivocación, en realidad anodina con respecto a la espesa capa de misterio que rodea su historia familiar, me incita a creer que le atribuía a aquella terminación algo más que un sonido palatal, algo que atañía a la identidad.

9

En el colegio, Étienne estaba orgulloso de ser ruso. Ruso como Nicolás II, atravesando París en carroza junto al presidente Félix Faure, aquel a quien la prensa satírica apodaba Felixkoff. Ruso como la flota zarista empavesada en la bahía de Toulon o como los bailes ofrecidos en San Petersburgo en honor de los dignatarios republicanos. Ruso como el oso coronado de las caricaturas, pesadilla del káiser Guillermo. Ruso como la niña cubierta de encajes que ornaba las cajas de galletas Exquis Guillout o como los *bonbonof ruskof*, esas golosinas que se vendían en los bulevares. Ruso como aquellos préstamos que todo el mundo se rifaba, esos títulos de deuda en colores pálidos emitidos en rublos, que pronto no serán más que meros trozos de papel. Para sus camaradas boquiabiertos, él pertenecía a aquel poderoso imperio que permitía a Francia salir de su aislamiento y que, según se insistía a porfía, aterrorizaba a Alemania y tornaba inverosímil la eventualidad de una nueva guerra. Tenía la mollera llena de imágenes de Épinal^[4], de postales y sellos que celebraban la alianza francorrusa con estampas que representaban serenísimas altezas barbudas ataviadas con hombreras guarnecidas de flecos o águilas de dos cabezas sobre un fondo dorado. Vivía en un mundo imaginario habitado por cosacos galopando, por emisarios del zar, por Miguel Strogoff haciendo frente a las hordas tártaras.

Y así fue hasta aquella tarde de primavera, templada y soleada: su segundo nacimiento. Tenía nueve años. Contrariamente a su costumbre, su madre había ido a recogerlo a la salida de clase. Lo llamaba «principito» y le acariciaba el pelo mientras descendían por la Avenue de Villiers. ¿Cómo puedo conocer todos estos detalles? La escena está relatada con minuciosidad en *El pastel del sábado* y en *Reanimentira*. También me la han contado varias veces en tono de broma. Étienne reía, se soltaba de la mano para correr y arrancar las hojas verdes que sobresalían de las rejas. Cuando le

tendió a su madre el frondoso ramo, esta se detuvo, lo tomó en sus brazos y lo abrazó fuerte contra su blusa blanca bordada. A su alrededor, el París de la Belle Époque. Los caballos pasaban, los látigos chasqueaban, los sombreros deambulaban por doquier. Ella esbozó una sonrisa forzada. Su voz sonaba extraña. Él no comprendió la pregunta a la primera. «No odias a los judíos, ¿verdad?», le repitió. Le estaba haciendo un poco de daño, casi lo ahogaba. Para liberarse de su abrazo y, puesto que era un niño muy prudente y amable con todo el mundo, respondió que no con su voz de alumno preocupado por dar la respuesta correcta. Vio cómo el rostro de su madre se relajaba de repente. Ella lo besó en la frente y le dijo: «¡Oh! Qué feliz me haces, pues tu padre y yo somos judíos. Tú eres judío, niño mío».

Otra suerte de imágenes anegó entonces su mente: las caricaturas que entrevio en la primera página de aquellos mismos periódicos que celebraban al gran hermano ruso. Dibujos de ogros de labios gruesos y narices corvas, acompañando a innumerables historias cómicas, o consideradas como tales, en los almanaques o los calendarios. Carteles, destinados esta vez a provocar miedo, fijados en las calles en vísperas de las elecciones, denunciando un enemigo invisible. Se acordó de los epítetos que se les gritaba a los tramposos, insultos proferidos por los compañeros de clase durante el recreo con extremada naturalidad, como si subrayaran algo de por sí evidente. Tal vez incluso hubieran salido de su propia boca. Le entraron náuseas. Extrañada de su lividez, le dio un bollo para que merendara. Quizá quisiera conmemorar lo sucedido. Él no tenía hambre. Tuvo que arrastrarlo hasta la pastelería de la Place Pereire y lo regañó cuando dejó que se le cayera su tarta de cerezas sobre el embaldosado de la tienda.

10

Él tenía un gemelo, un doble, pero invertido. Los mismos orígenes, la misma edad con un mes de diferencia, idénticos estudios y dos personalidades, dos destinos tan opuestos entre sí como el agua y el fuego. Théodore Fraenkel era su sombra, su contrario, su diablillo. Ese que él podría haber sido. En Odesa sus padres se conocían. Eran más o menos vecinos. Théodore fue el primero en emigrar. ¿Acaso David o Eliahou —¿qué importa su nombre?— había seguido su ejemplo? Sus dos hijos se encontraron en los mismos bancos de Chaptal, un colegio moderno, dicho de otro modo, sin latín ni griego, situado en el Boulevard des Batignoles. Ambos querían ser escritores. Étienne leía a Alphonse Daudet, Jules Renard y Pierre Loti: autores nacidos para lucir el frac verde de la Academia, muy franceses, dignos de ser laureados a finales de año; escritores de esos libros con los que se solía premiar el mérito escolar, seguramente aquellos que él mismo había recibido. Su compañero hacía gala de unos gustos menos convencionales: Mallarmé, Huysmans, Baudelaire y, sobre todo, Alfred Jarry. Jugaba a ser Ubu. Profería extravagantes palabras, alteraba

el sentido o la forma de otras, inventaba epéntesis, componía pastiches y acrósticos, recurría a los anagramas. Maquinaba también inocentadas, increíbles supercherías que le acarreaban montones de problemas. Fédia, como lo llamaba Étienne, podía ser ingenioso, ameno y cruel. Era su mejor amigo al tiempo que su peor perseguidor, siempre mofándose de su seriedad y de su desamparo. Pronto, Théodore prefirió la compañía de otro condiscípulo a la suya: un joven oráculo de lentos gestos y que andaba con la frente muy alta. Según sus biógrafos, André Breton, al parecer, se fijó en el alumno Fraenkel por su manera de declamar versos, seducido por su risa sardónica y desengañada, su indiferencia, su mente despiadada y su gélida ironía. Los dos estudiantes de secundaria compartían la misma pasión por la poesía, lo insólito, el humor negro, la provocación, el anarquismo, lo prohibido. Admiraban a Jules Bonnot y a su banda de atracadores, de cuyas menores fechorías daba cuenta *Le Petit Journal*. Después de las clases, recorrían a zancadas el museo de Gustave Moreau y fantaseaban con sus náyades ensimismadas y evanescentes. No abandonaron la compañía del otro hasta su inevitable ruptura.

Sin haber sido jamás dadaísta ni surrealista, Étienne formó parte de lo que podríamos considerar el núcleo original de la vanguardia bretoniana: la revista *Le Club des Sophistes*. Una cosa de colegiales, pero que ya presentaba las características de los grupos que vendrían después: reuniones a puerta cerrada, unos discípulos elegidos y un maestro pensante. André Breton, claro está, era el estratega; Théodore Fraenkel, el brazo armado. Ignoro cuál era el papel de mi abuelo. Me cuesta imaginármelo en un cenáculo exaltando la elocuencia y, más aún, asociarlo a esas veladas burlescas regadas con absenta. No creo que colaborara en su revista de poesía, dirigida por René Hilsum, el futuro editor de *Au Sans Pareil*. En 1913, los tres se inscribieron en los cursos de propedéutica médica y, al año siguiente, se matricularon en la Facultad de Medicina, de manera automática, sin que ninguno de ellos sintiera una verdadera vocación, y en una perfecta armonía, como si fueran inseparables. Una vez más, desconozco quién arrastró a los demás. En aquel trío, el taciturno Étienne desentona, a menos que a la sazón fuera una persona por completo distinta, un ser ardiente, creativo, seguro de sí mismo y, ¿por qué no?, audaz.

¿Cómo y cuándo fue presa de la desolación? La primera vez tuvo lugar al mismo tiempo que a millones de hombres: los pies hundidos en el barro, frente a un terraplén cenagoso cubierto de materiales y de desechos diversos, parapetado con caballos de Frisia y alambradas formando matorrales; en un foso estrecho, sometido a violentos temblores, que exhalaba un olor a pis, mierda, sudor y carne masacrada. Podríamos haber consagrado un libro entero a los dos años que pasó en las trincheras, si nos hubiera legado sus recuerdos escribiendo un diario o conservando cartas aun tachadas

por la censura. Mas no dejó nada. Tampoco es que en vida fuera muy disertar. Cuando lo interrogábamos acerca de su guerra, nos remitía de manera sistemática a la lectura de *El fuego*, como si Henri Barbusse, retirado en 1916 por motivos de salud, lo hubiera contado todo en el momento en que fue movilizado: los cuerpos cubiertos de tierra, aletargados, acucillados, con la nariz entre las rodillas, las botas pegadas a la arcilla, el frío intenso, la espera, la detonación de los torpedos, el silbido de los obuses, el ruido atronador de los grandes proyectiles, el soplo lento del obús de calibre 75, todo este arte auditivo que permite saber si viviremos o moriremos, el terror pánico en el momento de franquear el parapeto, el desierto lunar entre las dos líneas enemigas, inmenso, lleno de agua, surcado por las rodadas, sembrado de vigas, maderos, lianas de hierro, los cadáveres apilados en los agujeros reaccionando ante las pisadas o enganchados a las alambradas, transformados en espantapájaros con los brazos en cruz, el continuo alarido nocturno de los heridos, el amigo al que tratamos de reconocer en aquel monstruo inmóvil de ojos achicharrados que está plantado en el suelo como si fuera chatarra.

Podría haber obtenido una prórroga a título de sus estudios. «Si no vas a luchar en la guerra o si no vuelves de ella condecorado, ya no serás mi hijo», le advirtió su madre. Como se suele decir, bajó la cabeza. ¿Se había dejado vencer por la euforia patriótica? ¿O acaso tras dos años de masacre, mostraba él la inanidad de una conflagración que iba a destruir Europa? Procuró acatar la orden materna sin tener que sacrificar su persona. En vez de presentarse como voluntario, no respondió a la convocatoria, pues sabía que en razón de ello lo reclutarían de manera oficial. Una mañana vinieron los gendarmes a buscarlo. El Ejército lo nombró médico auxiliar y lo mandó al Regimiento 54 de Infantería, a la cabeza de una sección de camilleros. El 21 de noviembre de 1916 lo enviaron al frente.

Dirigía un puesto de socorro, un agujero recubierto de tablones, de dos metros de tierra suelta y rematado por un banderín de la Cruz Roja: un privilegiado lugar para observar la muerte masiva, industrial, violenta y anónima engendrada por la guerra moderna. En aquella cadena exterminadora él no era más que un eslabón impotente. Ante la falta de penicilina, que no sería descubierta por Fleming hasta 1928, su acción se limitaba a poner rudimentarios apósitos y escayolas. A continuación, se apresuraba a rellenar una ficha que enganchaba en la ropa del moribundo: apellido, regimiento, naturaleza de la herida, inyección o no antitetánica. Se ceñía a la doctrina vigente entonces en el hospital Val-de-Grâce, fundada en la experiencia de anteriores conflictos. Con las balas purificadas por el fuego, las heridas de guerra se tenían por asépticas. Por lo tanto, para evitar contaminarlas, era preciso no tocarlas: el cuerpo médico del frente debía limitarse a frenar la hemorragia, detener los derrames, inmovilizar las fracturas y evacuar al paciente lo más lejos posible. Antes de percatarse de su error, la facultad militar desaconsejaba las intervenciones quirúrgicas: el soldado de la Primera Guerra Mundial, aseguraba, se curaría por sí mismo. Tardó en darse cuenta de que tres cuartas partes de las heridas estaban

causadas por las esquirlas de los obuses que, mezcladas con el barro, el agua pútrida y el tejido sucio de las guerreras, provocaban infecciones inmediatas. Al final de un viaje de varios días que comenzaba en ambulancias traqueteantes y continuaba después a bordo de trenes abarrotados, los heridos de mayor gravedad llegaban a los hospitales de la retaguardia en su mayoría aquejados de tétanos o de gangrena gaseosa.

El *Journal des marches et opérations*, el diario de operaciones de cada unidad que desde hace poco puede consultarse en internet, no describe los terroríficos seres que afluyen a la enfermería con los rostros cubiertos de tierra, los intestinos al aire, los muñones sangrientos, las nalgas medio al descubierto, la laringe arrancada como si los hubieran degollado, aún capaces de emitir sonidos a pesar de sus cráneos abiertos, los cuales desvelan los meandros de un cerebro escarlata. Tampoco detalla las condiciones en las que se desarrolla el trabajo en el refugio: los heridos que se agarran a la blusa y suplican ser curados los primeros, los hedores de los vómitos, del éter y de la tenaz inmundicia, la lámpara de acetileno apagándose cada vez que un obús cae cerca, el suelo inundado de agua y sangre, los dedos fangosos que, en medio de la oscuridad, buscan a tientas la herida para untarla con tintura de yodo, los despojos inflados y cubiertos de moscas amontonados en el exterior, el sordo martilleo que, a cada instante, te tira al suelo con el riesgo de transformar la galería en tumba. Nada acerca de los pitidos, de los alaridos «¡De frente!» que profieren los oficiales, de la desesperada carrera tras la oleada de asaltos, de los tac tac de las ametralladoras, los gritos, las explosiones, los cuerpos imposibles de levantar de lo pesados que son, la camilla que se tambalea en el cieno, los camilleros muriendo uno tras otro y de los cuales no queda otra cosa que una suerte de lodo rojo, como el mejor amigo de mi abuelo, el hijo de un comerciante judío de Roubaix al que todo el mundo llamaba Filosofón, no por su capacidad para elaborar conceptos, sino por la flema que mostraba en todo momento. Ni una sola palabra tampoco sobre el peor invierno de la guerra. ¡Ah, sí!, algunas lýtotes difundidas al cabo de los días. 26 de noviembre de 1916: «Las condiciones sanitarias se han vuelto desastrosas (numerosas evacuaciones por sabañones en los pies)». 10 de diciembre de 1916: «Relevo nocturno sin incidentes, pero muy arduo a causa de la lluvia y del barro». 15 de enero de 1917: «Marcha de 30 km, tiempo frío». Incluso la guerra aparece descrita con la aspereza de un pronóstico meteorológico, como si se tratara de un intermedio tormentoso. Entre el 10 y el 19 de marzo de ese mismo año: «De ser prácticamente nula, la actividad de la artillería enemiga se torna cada vez más intensa... El deshielo hace que las líneas de trincheras y sus ramales de comunicación sean casi impracticables».

En cambio, este diario de operaciones permite seguir a Étienne paso a paso con la precisión de un GPS, acompañarlo en cada uno de sus desplazamientos, sus interminables movimientos pendulares, sus acantonamientos, sus salidas a campaña al ritmo de las ofensivas, sus marchas y contramarchas, la mayoría de veces

nocturnas, extenuantes, inimaginables para ese hombre que no camina; nos permite conocer sobre todo los lugares donde lo destinaron. Cementerios gigantescos. Primero, la batalla del Somme, a finales de 1916: un millón de víctimas. La granja de Bois-l'Abbé, el espinar de Malassise, el barranco de Bouchavesnes, el bosque de Riez, el molino de Fargny: granja, barranco, bosque ya no son más que puntos en los mapas del Estado Mayor, una debacle de escombros y torsos decapitados. A continuación, el Chemin des Dames, entre enero y mediados de mayo de 1917: quinientos mil muertos en ambos frentes. Soupir, Moussy, Braisne, el bosque de Hauzy, Saint-Mard, la granja de la Montagne, Ostel, Château Ruiné, la Gargousse, el espinar de Chevreigny, las cavernas de Coblentz. Tras estos nombres, una meseta recortada, escarpadas pendientes salpicadas de grutas y, en todo lo alto, una sucesión de obstáculos, una línea inexpugnable bautizada como Hindenburg. Y un buen número de impedimentas y fosas comunes. Ataques cuya absurdidad salta a la vista de quienes los realizan con la misma violencia que los obuses. Disparos demasiado cortos, objetivos demasiado lejanos, burdas tácticas aireadas incluso antes de ponerlas en práctica. ¿Fue él testigo de los primeros actos de desobediencia? ¿Llegó a contemplar él mismo la opción de desertar, de huir de aquella inútil masacre?

Semejante experiencia traumática no era comunicable. En sus *Obras III*, Walter Benjamin afirmaba que la desaparición del narrador se remontaba al primer conflicto mundial, pues, según explica, es la muerte la que transforma la vida en relato. Solo ella hace que una existencia desfile en una serie de imágenes heteróclitas y las ordena de cierta suerte que se asemejan a un destino. No existen ni epopeyas ni cantares de gesta sin un óbito ejemplar. Pero desde el momento en que se la convierte en anónima y se la reduce a una simple operación mecánica, la muerte no puede ya ejercer su rol de sanción ni, por lo tanto, generar la materia de la que están hechas las historias. Los soldados del catorce, celebrados en calidad de desconocidos al haber sido reducidos a un material humano juzgado como abundante e intercambiable, retornaron mudos del campo de batalla. Tanto él como los demás. Su cartilla militar, conservada en los archivos de la Villa de París, señala que se le condecoró con una Cruz de Guerra el 1 de agosto de 1917. Esta medalla jamás anduvo sobre la chimenea del despacho.

12

Esta estaba guardada en el interior del secreter estilo Luis Felipe I de Francia en nogal macizo que estaba situado junto a la ventana del centro. Bien sepultada tras el batiente, al fondo de un compartimento. Quizá incluso olvidada hasta hoy en uno de los escondrijos de ese mueble de las sorpresas donde las niñas de los siglos anteriores acostumbraban depositar su correspondencia galante. Si mal no recuerdo, bastaba apretar el pulsador o tirar de una lengüeta —ya no lo sé muy bien— para abrir una trampilla oculta tras una pilastra. En aquellos cajoncillos, mi abuelo colocaba objetos

diminutos faltos de todo valor comercial o estético, pero provistos de una fuerte carga afectiva que, por su yuxtaposición, adquirirían sentido, dejando entrever su universo o, mejor dicho, su desorden interno. Nacidos con el Renacimiento y los grandes descubrimientos, los gabinetes de curiosidades, ya fueran de naturaleza científica o principesca, también ofrecían una representación del mundo. Antepasados de los museos, encerraban increíbles batiburrillos que incluían desde el turbante del gran eunuco de Constantinopla a la cabeza de un cíclope, pasando por momias egipcias, códices mexicanos o bezoares, esas piedras que se encuentran en el aparato digestivo de ciertos animales y a las que se les atribuía toda suerte de propiedades mágicas. Solían albergar asimismo medallas, monedas antiguas, pergaminos, dinero guardado en compartimentos accionados por mecanismos internos hábilmente disimulados. Sin embargo, el teatro íntimo de mi abuelo solo hacía referencia a una única forma de rareza: la guerra.

Además de la cruz homónima, el secreter albergaba, en desorden, su estrella amarilla —la misma que un día hizo que la sirvienta, por candidez o crueldad, dijera: «En la calle he visto a un señor con una escarapela como la del señor, pero al señor le sienta mucho mejor»—; unos papeles falsos facilitados por uno de sus amigos —un cirujano que, aprovechando los acontecimientos, se había convertido en un diestro falsificador—, y un periódico doblado en cuatro que sacó del cajón una tarde, una vez que su último paciente se hubo marchado, para desplegarlo ante mí. Debía de considerarme lo suficientemente mayor para captar el significado de la palabra impresa en mayúsculas, con caracteres negros y en negrita, que reaparecía en cada línea seguida o precedida por los epítetos «miserable», «agiotista», «parásito», «negroide», «indeseable», «invasor» o «estafador». A diferencia de los semanarios actuales, *Au Piloni* no tenía por vocación informar: como su nombre indica^[5], lo suyo era denunciar. Señalaba a quienes debían ser objeto de la vindicta y, más aún, a los verdugos, asignando a cada grupo categorías precisas dentro de la población. El número tenía fecha del 16 de agosto de 1940. En el ladillo «Purifiquemos Francia», una caricatura representaba a un hombre de nariz ganchuda con un puro en la boca y un reloj de bolsillo colgando sobre su voluminoso vientre, admirando, con gesto satisfecho, un campo de batalla cubierto de cadáveres franceses. A esto seguían las listas de individuos clasificados conforme a categorías profesionales y siempre introducidos por la misma palabra en letras mayúsculas. Dos meses después de la derrota, *Au Piloni* comenzaba su campaña delatora por aquellos oficios que, al estar relacionados con el cuerpo y el espíritu, se consideraban los más sensibles. En la página dos, procedía al inventario de médicos y profesores judíos que estaban al frente de los servicios de la Asistencia Pública de París. En relación con el hospital de Saint-Antoine, se citaban ocho nombres, entre ellos el suyo.

¿Se lo dio alguien o se precipitó él hacia el quiosco del Boulevard Raspad para comprarlo? Me lo imagino escrutando el periódico, deslizado su dedo sobre el papel con el mismo desasosiego con el que hojeaba los resultados de los exámenes colgados en el vestíbulo de la facultad, en el Boulevard Saint-Germain. Una vez que hubo pasado su estupor, seguramente tratara de tranquilizarse. Aquella lista también le es familiar. ¿Cuántas veces se ha encontrado su patronímico tachado sobre el tablón de guardia y sustituido por el de «sucio judío» garabateado con tiza? Las valoraciones consignadas año tras año en su ficha administrativa —«excelente alumno digno de ser nombrado médico interno residente», «extraordinario médico externo desde todos los puntos de vista», «interno muy serio, concienzudo»— no cambian nada. Desde el comienzo de sus estudios, se somete a un examen contra el que no puede luchar. Cuando hubo alcanzado la segunda posición en el examen escrito de la oposición para la cátedra de Medicina, su médico jefe lo disuadió de presentarse al oral: «Inútil», le dijo. «No lo cogerán. El año pasado ya se nombró a un judío». La Caisse des Dépôts et Consignations^[6] rechazó su candidatura a un puesto de médico laboral sin ni siquiera estudiarlo. «Nos sentimos muy incómodos», le respondió el director. «Nos habría complacido contratarlo, pero nos han dicho que es usted de confesión judía».

La costumbre lo incita a subestimar la amenaza. Confía en un enemigo aquejado de fiebre por una enfermedad crónica que él conoce muy bien. Su medio, supuestamente hospitalario, inmaculado y en el que se presta juramento, alimenta un virulento antisemitismo. Durante el periodo de entreguerras intentó ignorar ese odio que crecía sin cesar. Las bromas de los estudiantes de Medicina acerca de su cara de «rastacuero», las escaramuzas en los alrededores de la facultad al son de los gritos de «¡Fuera los metecos!», las peticiones en las reuniones sindicales para expulsarlo a él y a sus semejantes de la Asistencia Pública, las reflexiones de eminentes colegas sobre esa gente que «nos manga a los clientes» y les quita el puesto a «los buenos franceses», o ese artículo del «Dr. Bosc», aparecido en *Le Journal de la association des externes de Paris* y en el que se fustiga a esas «hordas de hunos», esos «inverosímiles esquejes levantinos» que han comenzado «su asalto a la medicina francesa», y que —ya por aquel entonces— confecciona listas de estudiantes con apellidos de difícil pronunciación.

Su estatus de antiguo combatiente le permite librarse de las primeras leyes promulgadas por el régimen de Vichy, las cuales primero prohíben a los judíos ser miembros de una Administración Pública y, por tanto, ejercer un cargo hospitalario, y después limitan su número a un dos por ciento del cuerpo médico. Durante un

tiempo, pasa consulta en Saint-Antoine. Ya no es más que un hombre con sus días contados, despojado de sus atavíos de gran jefe médico y pronto reducido a su estrella cosida sobre su camisa blanca. «Es completamente normal que luzca una señal distintiva —le explica una de sus internas con un tono docto—. ¿No llevaban ya en la Edad Media la insignia redonda y amarilla?». Continúa recibiendo en su domicilio a una clientela cada vez más escasa. No puede citar a los enfermos: le han confiscado el teléfono, lo mismo que su coche y su transistor inalámbrico. Desde agosto de 1941, las redadas no solo tienen como objetivo a los extranjeros, sino también a los franceses. Sabe que lo pueden arrestar y enviar a ese lugar, al norte de París, del que todo el mundo habla: una construcción en forma de herradura rodeada desde hace poco de atalayas y cuyo nombre es Drancy. «¿Qué hace usted, doctor?», le pregunta una enferma buscándolo con la mirada. Él estaba sentado haciéndole su receta cuando, de golpe, ha desaparecido de su campo de visión. La mujer se inclina hacia delante y lo encuentra acuclillado en el suelo: al oír el timbre, presa del miedo, se ha metido debajo del escritorio Luis XIII.

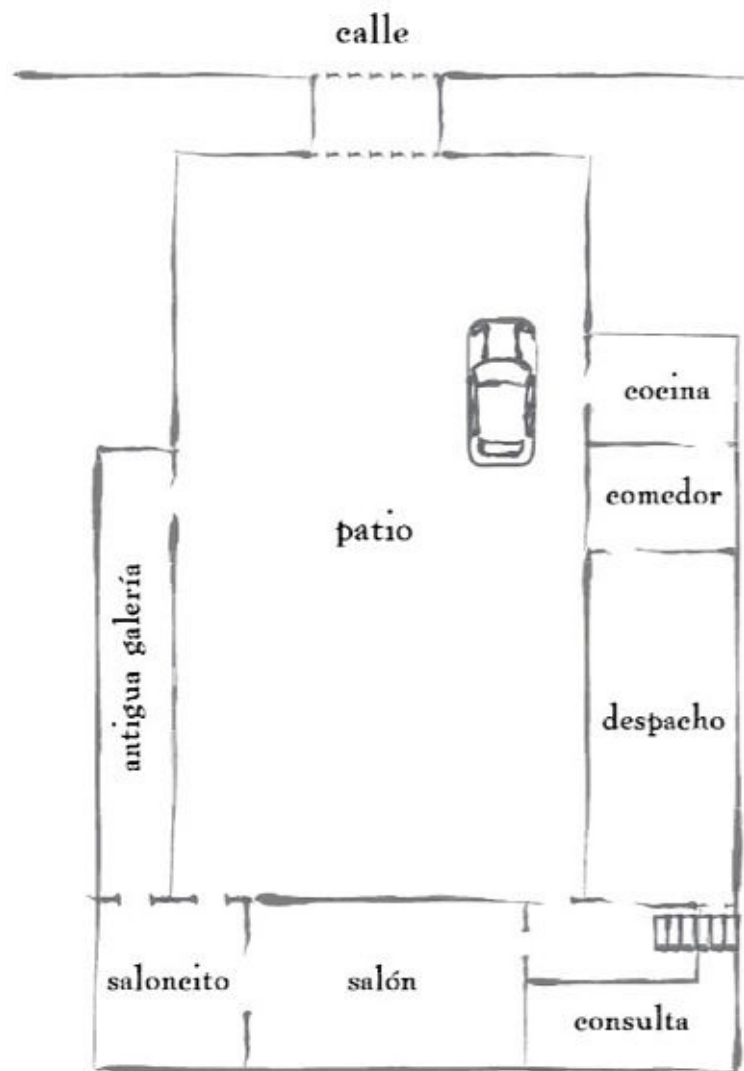
Durante su sesión del 3 de diciembre de 1942, el Consejo de Vigilancia de la Asistencia Pública de París, presidida por un tal «Sr. Brodin», decide la excedencia forzosa de tres miembros del cuerpo médico de los hospitales que, «por razones diversas, han dejado de prestar su servicio desde hace algún tiempo». Los médicos afectados por estas medidas son: «Los Sres. el doctor Boltanski, médico, jefe del equipo del hospital Saint-Antoine; el doctor René Bloch, cirujano, responsable del departamento médico en el hospicio Saint-Vincent-de-Paul; el doctor Maduro, otorrinolaringólogo de hospitales».

15

La firma con tinta violeta del jefe de división de la prefectura de policía está falsificada, así como el sello del Estado francés, sin duda, tallado en linóleo. El carné de identidad es verdadero. Nada hay más simple. Todas las bibliotecas los venden: su titular lo compra en blanco y a continuación pide que se lo rellenen en la comisaría. En la parte superior derecha aparece un número de cuatro cifras compatibles con su fecha de emisión y un timbre fiscal de 13 francos estampado con un sello igualmente falso. Los datos antropométricos se ciñen de modo aproximado a la realidad: altura 1,60 m, cabello moreno, ojos marrones, nariz rectilínea, tez oscura, cara con forma ovalada. El apellido ha sido elegido a fin de despertar las menores sospechas posibles: Giraud suena muy francés. Es común sin resultar demasiado vulgar. En cambio, el nombre de pila puede sorprender: Jeanine. Lo mismo sucede con la foto en blanco y negro que lo acompaña: Grand-Papa luce una peluca ondulada que le cuelga por los hombros, un collar de perlas y un vestido que podemos adivinar de seda. Con tan estrambótico atuendo presenta un vago parecido, en versión masculina, a Miss

Marple. «¡Siempre puede volver a servir!», repetía él con una sonrisa ladina toda vez que sacaba sus papeles falsos del cajón. Pero ¿los ha utilizado? No veo cómo podría haber engañado a nadie con tan grotesco disfraz.

SALÓN



Son dos. El de menor estatura aguza el oído frente a la puerta mientras lanza miradas por encima de la marquesina de cristal. El otro se pasea arriba y abajo en el patio adoquinado. En el momento en que se disponen a buscar un cerrajero, ella acaba abriéndoles. «Unos franceses muy bien vestidos, con rostros muy dulces», escribirá ella años más tarde. El primero se asegura de limpiarse los pies en el desgastado felpudo y de desgorrarse antes de entrar. El segundo mantiene su sombrero de fieltro gris de ala ancha sobre la cabeza. Ella les explica que su marido ya no vive allí. Ignora su paradero. Además, están divorciados. Ordena a su hijo, Jean-Élie, que vaya a buscar el libro de familia que lo acredita. Le piden permiso para registrar la casa. Ellos la siguen con sus pesados pasos que resuenan sobre el parqué a través de un largo pasillo. El salón y el saloncito están ahora comunicados con el exterior mediante una galería practicada en el ala derecha del inmueble y que, tras la guerra, será cedida a los vecinos. Ella anda despacio, apoyándose en los muebles y en los rebordes de las ventanas. Los dos hombres que, con abrigos negros, caminan quedamente tras ella ponen cara de estar impacientándose. Sus consignas son estrictas. La circular del 13 de julio de 1942 los conmina a «proceder con la mayor celeridad posible, sin palabras ni comentarios». ¿Pertenece a la Sección de Investigación y Control, o los ha enviado el comisario de la Rue Perronet? Constatan que la habitación que, unas semanas antes, servía de sala de espera, ha sido transformada en despensa. Por poco se tropiezan con los tarros de comida apilados entre dos sillones cubiertos de polvo. Acostumbrados a batir el mercado negro, es probable que echen una ojeada de sospecha en el enorme depósito de metal adosado a la rotonda acristalada donde unos globulares huevos blancos maceran en un agua salobre. Tras un lapso de tiempo que parece infinito, salen con las manos vacías.

Las Navidades transcurren sin el padre, alrededor del abeto decorado, a modo de mofa, con su estrella amarilla. Luc ya no se acuerda muy bien de aquel hombre que lo acompañaba hasta las Tullerías y lo miraba jugar a través de las rejas de un jardín al que no tenía derecho a entrar. Su madre le promete que él regresará cargado de regalos, pero ningún personaje desciende por la chimenea. Solo perturban el silencio de la casa el repentino ulular de las sirenas, las explosiones en lontananza, semejantes a los bramidos de los truenos y, a horas fijas, el regular martilleo de las botas sobre el asfalto. La guerra se resume en un fondo sonoro filtrado por los batientes del portal. Nacido con ella, el niño está a la escucha de sus menores ruidos. Apenas si sale.

Confinado en una larga serie de habitaciones sombrías y desiertas, mantiene la nariz pegada al cristal tratando de adivinar lo que puede estar sucediendo al otro lado del patio. Contempla durante horas ese espacio mineral cercado. Se deja acunar por el rumor de la calle; una voz jubilosa chapurrea la canción *Lili Marlène* que entonan los soldados mientras desfilan. En ocasiones, al vislumbrar a través del porche sus piernas empinadas y sus perros atados con correa, los aplaude, como si estuviera en un espectáculo, ante el gesto desaprobador de su hermano.

3

Era un paisaje devastado, con las paredes de papel cortadas con tijeras, que perfilaba los vanos de las puertas, mitades de ventanas, como si las casitas hubieran sido decapitadas por una inmensa guadaña. Estaba rodeado por dos líneas de muros perforados con aspilleras y provistos en algunas partes de un camino de ronda. Una masa de madera blanquecina que imitaba a la nieve sucia recubría las callejuelas tachonadas de escombros. Los trozos de tejados salpicados de cerillas ennegrecidas podían servir como torres de vigilancia. Los raíles del ferrocarril conducían hasta una especie de ciudadela como la de Vauban, encaramada a una colina. En medio fluía un río azulado que, un poco semejante al Sena en París, trazaba una curva y en su parte más angulosa ceñía un minúsculo islote. Los defensores solían ser nazis de polietileno inyectado de color gris plateado y no más grandes que unos huesecillos. Los asaltantes, de igual tamaño, pero moldeados en plástico verde, pertenecían a diferentes ejércitos aliados. Estas figuritas reducidas a una escala de 1/72 las vendía la marca Arfix en cajas de cuarenta unidades. Yo conservaba con sumo cuidado los envoltorios, decorados con escenas de guerra. Uno de ellos mostraba unos marinos desembarcando en una isla del Pacífico; otro, paracaidistas, igualmente americanos, aterrizando en un campo yermo, algunos arrodillados, otros todavía suspendidos en el aire. Mi dibujo favorito representaba unos comandos británicos cuyos miembros, con la cabeza tocada con un gorro de lana estriada, saltaban de sus canoas para asaltar un acantilado de tierra caliza.

La ciudad bombardeada ocupaba casi una cuarta parte del salón. Estaba construida sobre cuadros realizados por mi tío en su adolescencia. A la manera de un Van Gogh que vuelve a pintar sobre sus lienzos con objeto de economizar, él utilizaba sus obras de juventud almacenadas en la bodega como soporte para nuestras batallas. Se trataba de seis grandes planchas de contrachapado que, antes de desaparecer bajo un cúmulo de pegamento, cartón y restos diversos, evocaban en sí mismas unos entornos urbanos por lo general en llamas. A semejanza de esas ciudades de la Antigüedad mil veces arrasadas y reconstruidas, nuestros escombros reposaban de ese modo sobre otras ruinas. Christian destruía o, para ser más exactos, ocultaba y manchaba sus pinturas antiguas, no a título de experimentar como un Duchamp

explorando la cuarta dimensión, aquella del tiempo que pasa, sino más bien por el rechazo hacia un periodo figurativo y balbuciente de su arte, así como por un gusto por lo frágil, lo efímero y la futilidad de la actividad humana, algo que, más o menos en la misma época, revelan sus ensayos de reconstrucción de los recuerdos de la infancia en plastilina.

Respetábamos unas reglas precisas de alistamiento y desplazamiento. Cada vez que los soldados de infantería avanzaban un metro, los elementos motorizados avanzaban dos. Disparábamos con monedas de diez céntimos o de cinco francos en función de las armas empleadas. Los combates enfrentaban a centenares de hombres, decenas de carros y cañones, aviones de caza y bombarderos. Las maquetas olían a gasolina y a pegamento fuerte. A fuerza de sufrir golpes, la mitad de ellas estaban rotas. Nos pasábamos con ellas las tardes enteras de los miércoles, los fines de semana y los días de fiesta. Algunas de nuestras batallas duraban varios días. Se extendían por toda la habitación y, de vez en cuando, acababan invadiendo el saloncito. Los tapices persas de tintes descoloridos se convertían en mares o en ríos surcados por acorazados y pontones de desembarco; los mecanos de Sarkis y una barra multicolor de André Cadere —una de las primeras de la serie, de sección cuadrada, pues las redondas no nos habrían servido— hacían las veces de puentes móviles; los tejidos en fibra de lino que colocábamos sobre las pilas de libros formaban montañas infranqueables; las cómodas estilo Luis XV, el reclinatorio, el canapé estilo Directorio, el reborde de mármol de la chimenea y los pies de las mesas constituían obstáculos naturales, escondites donde las fuerzas, congregadas en un gran número, aguardaban pacientemente al adversario.

En aquel lugar de vetusta solemnidad, casi ridícula, con aquellos muebles añejos y sus abalorios de vidrio, habíamos recreado el universo. Un microcosmos que, si bien es cierto que era violento, estaba perfectamente dominado, y del cual nosotros éramos sus comandantes en jefe. Nuestros campos de batalla satisfacían tanto nuestros deseos de evasión como nuestra *claustrofilia*, nuestra querencia por la reclusión y el viaje. Por lo general, era yo el vencedor. Creo que, por deferencia, Christian se las arreglaba para dejarme ganar. ¿Acaso deseaba la derrota de su propio campamento? De manera sistemática, yo elegía a los aliados y a él le tocaban las fuerzas del Eje. Afirma que, jugando a los soldaditos, aprendió mucho acerca de su trabajo: sobre la ironía de lo minúsculo, sobre la capacidad de los objetos menudos para erigirse en monumentos, sobre lo falso que permite acceder a una verdad más profunda, sobre los lazos que unen la infancia y la muerte. Le gustaba aniquilar sus creaciones lo mismo que aquellas ciudades hechas de cartón y azucarillos que incendiábamos una vez terminado el juego. Expuestos al fuego, los parvos adoquines blancos se fundían y burbujaban despidiendo un aroma a caramelo tostado. Aquellas casas tan naïfs, tan minúsculas cuando estaban en pie, rematadas con sus tejados a dos aguas y sus ventanas señaladas con trazos negros revestían, al quedar consumidas por las llamas, un aspecto trágico que nos procuraba un placer un tanto neroniano.

Hasta el final de mi pubertad, Christian fue mi principal, cuando no el único, compañero de juegos junto a mi tía Anne, apenas un poco mayor que yo. En mitad del curso de tercero de secundaria, decidí darle mi colección de figurillas a un chico que se llamaba Roland, sobrino de una amiga de mi padre, para, unos meses más tarde, enrolarme yo como soldadito en el seno de las Juventudes Comunistas.

4

El edificio, concebido en origen para una única y misma familia nobiliaria, estaba mal adaptado a su redistribución en varias estancias que desempeñaban diversas funciones. Cada vez que resonaba el timbre del salón, tenía que abandonar mis tropas. El *ring* metálico y, a continuación, el ruido seco de la cerradura daban la señal para la huida. Durante un tiempo, la puerta-ventana la accionaba a distancia, mediante un interruptor eléctrico, un hombre con librea blanca, doble de Nestor, el mayordomo del castillo de Moulinsart, el cual jamás abandonaba su mesa de media luna al fondo del vestíbulo ni su estudiada actitud. A principios de los años setenta, la clientela fue escaseando cada vez más, y el señor Roger, este era su nombre, desapareció. Los pacientes me aterrorizaban, como si fueran portadores de la peste o el cólera. En cuanto entraban en casa, yo retornaba a los pisos de arriba. Jamás tuve contacto con ellos. Tan solo recuerdo sus siluetas bordeando la cristalera de la rotonda y sus voces, apagadas y resignadas, a través del tabique del despacho. Durante las horas de visita, toda la parte inferior quedaba clausurada. Con el fin de respetar el silencio a propósito para llevar a cabo la actividad médica, la zona prohibida incluía la cocina y el comedor que, en cualquier caso, quedaban inaccesibles salvo a través del jardín. Era menester hacer el menor ruido posible y quedarse escondido hasta que se fueran los últimos invasores.

5

Conforme a la norma, el salón constituía un espacio híbrido situado en la frontera entre lo íntimo y lo social, lo interior y lo exterior, el trabajo y la diversión, el sufrimiento y el alborozo. Era un local profesional, una sala para el fasto, un lugar de representación, de prestigio, anquilosado en su decoración al estilo del barrio de Saint-Germain, cuya pintura ajada y paredes vejigosas acentuaban su artificioso carácter. Comoquiera que siempre andaba a gatas y con la mirada clavada en mi mundo en miniatura, he olvidado precisamente todo cuanto quedaba por encima de mi cabeza. No poseo más que una imagen borrosa de los cuadros, los candelabros de las paredes, los tremós de marcos dorados y el papel pintado con festones. Lo que por encima de todo quedó grabado en mi memoria es la moqueta azul descolorida que,

extendida sobre el suelo levantado, daba la sensación de tratarse de una superficie plana. Era un teatro y en él se interpretaba un vodevil. Una farsa cuya principal trama consiste en hacer desfilar sobre el escenario, en medio de una vorágine cada vez más desenfrenada, a los personajes —marido, amante, mujer adúltera—, los cuales en ningún caso han de cruzarse so pena de montar un escándalo. En la habitación no resonaban ni gritos ni portazos. Sin embargo, acogía a públicos desemejantes, incluso enfrentados, cuyos inevitables encuentros producían un extraño efecto casi burlesco. Solo nuestros soldados estaban allí de manera continuada. Durante mucho tiempo me pregunté si nuestras ciudades destruidas y desplegadas en medio de toda aquella exhausta pompa no molestarían a los visitantes que venían a saber si estaban enfermos o sanos.

6

Las invitaciones no procedían del doctor, sino de su esposa. En tanto que él rehuía el trato con la gente, ella lo cultivaba. Decía que lo hacía por él, por su interés, para complacerlo, cuando, en realidad, era ella la única que resplandecía en medio de sus invitados, sus incondicionales, a quienes ella hacía pasar por los de su marido. Ella era la reina o, mejor dicho, la regenta de las veladas que organizaba en nombre de su marido y ante su remisa presencia. Ella recibía a sus semejantes —aquellos que también habían salido aturridos de la noche oscura—, quienes por respeto se giraban hacia él y, sin embargo, no conversaban más que con ella. Él los escuchaba mientras lucía en sus labios aquella eterna sonrisa suya que parecía estar teñida de ironía. Aun cuando habría preferido estar solo, los tenía en alta estima. Habrían sido sus amigos en el caso de que hubiera tenido alguno. Entre ellos estaban algunos de sus internos, médicos y psicólogos. Varios colaboradores, como él, del Instituto Nacional para el Estudio del Trabajo y la Orientación Profesional, el INETOP, un laboratorio social que durante mucho tiempo fue un bastión comunista. Pero lo que los unía no era su carrera, a menudo nueva y ligada, como el resto de cosas, a las circunstancias. Todos habían cambiado de vida, de apellido y, a veces, de familia. Tan solo aspiraban a la seguridad. No estaban seguros de nada. Pese a la provisionalidad, aquel palacete que hacía las veces de casa de acogida, convenía a esas gentes en tránsito, dispuestas a salir huyendo sin saber adónde, como si tuvieran siempre una maleta al alcance de la mano. En aquella sala de espera encontraban finalmente su lugar.

Eugène Bencz poseía una pequeña central de compras. Compraba a los editores libros a bajos precios para revendérselos a las bibliotecas y otros colectivos. Su tienda se ubicaba en la esquina de la Rue Guynemer con la Rue de Fleurus, frente a la entrada del Jardín de Luxemburgo. Mi abuela, que, aparte del Fiat, no disponía de otro lugar adonde ir para aislarse, en ocasiones iba a trabajar allí por las mañanas. Él se sentía humillado por su condición de comerciante y se consideraba un intelectual.

Antes de la guerra había defendido una tesis de filosofía en la Universidad de Toulouse y había publicado en las Éditions de la Renaissance una antología de poesía húngara del siglo XIX. De vez en cuando, invitaba a mi familia a Czardas, un restaurante de la Rue Lafayette.

Adolphe Nuchi vendía en los mercadillos bolsos de plástico que él mismo confeccionaba en su fábrica. Había sido uno de los primeros en importar máquinas de coser para polipiel. Un jefe de lo más curioso que, antes de las elecciones, siempre animaba a sus obreros a que votaran a los comunistas. También era escultor y dirigía una revista de poesía, *Osmose*, junto a un personaje de Saint-Germain-des-Prés, Bernard Citroën, el hombre de la capa verde, compañero de viaje de mis abuelos. Un apasionado de la literatura, Adolphe escribía textos en prosa y se ocupó de que Mère-Grand descubriera a autores como Henry Miller o Georges Bataille. Ella lo había conocido a través de su esposa, Alice, bueno, en realidad lo hizo vía la madre de esta —en cuya zapatería se compraba el calzado—, una anciana que apenas hablaba francés. Poseía un tenderete en el Village Suisse, un barrio creado para la ocasión de la Exposición Universal, entre las avenidas de la Motte-Picquet y Suffren, y que se había convertido en un mercado para traperos tras la destrucción, en 1937, de la gran noria.

Después de Auschwitz, Zina Morhange ya no ejercía la medicina. Era dueña de una tienda de ropa en Marsella que había heredado tras el suicidio de su segundo marido, Joe Saltiel. En cuanto podía, desatendía esta actividad que la horrorizaba y se volvía a París.

Su cuñado, el poeta Pierre Morhange, también formaba parte de los asiduos. Acudir a estas reuniones constituía una de sus escasas salidas. Desde la Shoah y la revelación del antisemitismo de Stalin por el asunto de las camisas blancas, solo en raras ocasiones salía de su piso de la Rue Saint-Agustin. Surrealista y, a continuación, comunista, había roto con estas dos familias sucesivas. A fuerza de ser un excluido, vivía recluso. Solía venir con Motia, su mujer, una pintora posimpresionista nativa de Odesa, y con Joseph Constantinovsky, el hermano de ella, escultor de animales con el seudónimo de Joseph Constant y novelista al estilo de Isaac Babel con el de Michel Matveev. Una triple identidad destinada, sin lugar a dudas, a enmarañar las pistas.

Ella los invitaba a «unas insignificantes cenitas», según la fórmula de la duquesa de Guermantes, solo que, en su caso, aquella insignificancia rayaba en la nada. Les servía unos panecillos redondos rellenos de paté, en una cantidad siempre insuficiente, junto con un pésimo *whisky* trasvasado a una botella de marca reputada, seguramente un regalo. Si, por un lado, asociaba la ausencia de comida a un espíritu bohemio, por el otro, aquella frugalidad constituía también su venganza contra aquellos amigos que, miembros o simpatizantes del Partido, la tomaban por una burguesa y se burlaban de su salón estilo siglo XVII, como por ejemplo aquel físico nuclear nacido en Berlín y criado en México, cuya madre presidía entonces la unión

de escritores de un país del Este. Las ya exiguas raciones de comida continuaban amenguando año tras año.

Frente a esta deriva anoréxica, algunos acabaron por llevar comida. Pierre Estenne, el cirujano falsificador a quien mis abuelos continuaban llamando por su nombre de pila de antes de la guerra, traía consigo el chucrut y el *leberwurst* de su Alsacia natal. Alfred Szabados invadía la cocina y, durante horas, con un aire grave, como si estuviera entregado a un culto secreto, preparaba un *goulash* especialmente succulento.

Jamás hablaban de aquello que, en el fondo, los unía. Silencio acerca de un antes lleno de fantasmas. Omisión de lo que está en suspenso. ¿Contar cada cual su parte de lo indecible? ¿Evocar el manicomio que les había servido como refugio? ¿La esposa y los dos niños gaseados? ¿El arresto en la escuela del pueblo? ¿Las experiencias de los médicos de las SS en la enfermería de Birkenau? ¿El padre fusilado contra una tapia? ¿Cómo podrían haberlo hecho? Tampoco referían gran cosa acerca del después, salvo el relato de algunos sucesos violentos. El amante matemático asfixiado con su madre a causa de una calefacción de carbón defectuosa. El agregado comercial que sucumbió de una bronquitis a su regreso de los campos. El que fuera deportado, convertido ahora en un depresivo que, tras una mala caída en una piscina, acaba poniendo fin a sus días. Muertes todas que se presentaban como accidentales y que, en razón de ello, perdían su infabilidad cuando, evidentemente, nada debían al azar. No mucho más que sus vidas caóticas, dobles o triples, seguidas de adulterios, divorcios y niños a los que se esconde. El pasado tan solo resurgía, bien de un modo anecdótico y fútil, o bien mediante tortuosas sendas.

Fred y Fritzi Brauner no dejaban de pelearse por el buen uso del alemán. Él se había criado en Viena. Ella había nacido allí. Medio psiquiatras infantiles medio educadores, llegaban con un enorme proyector y nos enseñaban las películas que realizaban sobre sus grupos de autistas y niños con síndrome de Down. Los trabajos que efectuaban en su centro de Saint-Mandé formaban parte de la línea directa de su actuación junto a 426 niños supervivientes de Buchenwald a los que, en el momento de la Liberación, habían dado refugio en un antiguo preventorio en Écouis, en el departamento del Eure, y junto a aquellos a los que habían socorrido ocho años antes en España cuando estuvieron alistados en las Brigadas Internacionales. En cambio, nada decían sobre aquella parte anterior de sus vidas. Fred solía jugar con Anne, con mi hermana Ariane o conmigo como si fuéramos unos cobayas de su laboratorio. Se divertía incordiándonos, sacándonos de nuestras casillas y, desde el momento en que comenzábamos a pegar brincos por doquier y a chillar, con voz cantarina, exclamaba dirigiéndose a los adultos: «¡Alguien tendría que calmarlos!».

Ella los recibía de pie, apoyada sobre la mesa de juego de marquetería, muy erguida para hacerles creer que era una persona saludable. Una vez acabados los saludos, se colocaba en medio de ellos sin abandonar más su butaca durante la velada, con sus piernas inertes semejantes a las de una marioneta articulada, posadas

o, para ser más exactos, colocadas una junto a la otra sobre el reborde de terciopelo. Imperturbable, sonreía entrecerrando los ojos bajo el efecto del humo de un Kool mentolado, un cigarrillo de sabor azucarado que siempre sostenía con la punta de los dedos, como si el filtro estuviera ardiendo. La posición central que ocupaba en el salón se veía reforzada por su inmovilidad. Ella era el punto fijo en torno al cual giraba aquel mundo colorido y excéntrico. Todos venían a ella. Cuando se incorporaba sobre el chaquete con engarces de mármol, ellos se inclinaban para apretar la mano huesuda que ella alzaba al desgaire. Una vez sentada, los demás acercaban sus asientos al suyo, se esforzaban por llamar su atención y le ofrecían uno de sus sándwiches minúsculos, que ella declinaba con un mohín de desagrado. Ella no comía nada y se contentaba con beber a sorbitos un licor marrón o amarillo, del tipo Baileys o Advocat. Mantenía unos lazos estrechos con cada uno de ellos. Confiaban en ella. Ella conocía sus secretos; y ellos, los de ella.

7

Su hermano casi tocaba la araña de cristal con su enorme cuerpo enjuto, su cabeza afilada como la de un ave de presa y, sobre todo, con sus desmedidos gestos de eminente abogado. Vestía una camisa blanca y un traje oscuro raído, seguramente el único decente, tal vez el mismo que llevara en su entrevista, un cuarto de siglo antes, con el presidente René Coty, en el momento culminante de su breve carrera política. Afectaba el aire atareado de alguien que encadena sucesivas citas importantes, como si todavía estuviera dirigiendo la asamblea territorial de las islas australes. Bébé, su esposa, lo acompañaba. Apodaba así a todas las mujeres con las que había vivido, a menudo de manera simultánea, tanto por una especie de indolencia como a fin de evitar confusiones. Ella era mucho más joven que él, y aquella era su primera salida del archipiélago de Polinesia. De corta estatura, largos cabellos negros muy lisos, cuerpo rechoncho y una edad difícil de precisar, le costaba expresarse en francés, a pesar de los años que llevaba con él. Casi muda, escuchaba, meneaba la barbilla y alzaba los ojos en señal de asentimiento. Desconozco su verdadero nombre.

Él le contaba a su hermana complicadas historias de cábalas, injusticias sufridas unos años antes allí, en Papeete, la capital, o en Tubuai, su isla perdida, la última antes de los hielos del Sur. Apretaba contra su pecho varias copias de unos expedientes con las esquinas dobladas que debían probar su declaración. «Noël Ilari, excapitán de artillería de reserva. Combatiente voluntario en Verdún, Polonia, el Loira, herido en dos ocasiones, citado seis veces. Exdirector del Servicio de Deportes y de la Juventud en Tonkin...». Su firma ocupaba el espacio de una decena de líneas en la parte inferior de sus cartas, escritas a máquina y dirigidas a toda suerte de autoridades. En sus misivas denunciaba los ensayos nucleares, las fechorías de los representantes locales, la acción necesariamente oculta de la francmasonería, la

maffia, palabra que escribía con doble efe para subrayar mejor su carácter nefasto. Con la distancia, el tiempo se contraía como por un efecto de perspectiva. Saltaba de una época a otra sin preocuparse por la cronología, relataba cualquier acontecimiento remontándose medio siglo atrás con el mismo entusiasmo y frescura que si datara de la víspera. Ya no sé cómo acabó evocando su llegada a Vichy durante el verano de 1940, sus visitas al hotel du Parc, sus cenas mundanas en el restaurante Chantecler^[7] y su contribución a la «recuperación nacional». Hablaba de ello sin recaudo, sin esa tendencia a hablar de manera implícita de los hombres de su generación, marcados por el mito gaullista de una Francia resistente, como si, del hecho de su alejamiento, se derivara que había estado hibernando durante todos esos años, a semejanza de aquellos soldados japoneses olvidados que, ignorantes de la capitulación de su país, continuaban escondiéndose en la jungla con sus viejos fusiles.

No cometió ningún delito punible por un tribunal militar. En el seno del primer gobierno de Laval fue consejero de Jean Borotra, el ex jugador de tenis a quien pusieron al mando de la cartera de Deportes, una actividad particularmente preciada que exaltaba la fuerza y la disciplina. Su papel se limitó a inaugurar estadios y elaborar dosieres de prensa. Un puesto obtenido merced a «una excelente amiga» que, según daba a entender, concedía generosamente sus favores al ministro. De manera incontestable, poseía el perfil idóneo para aquel trabajo: ultranacionalista, católico educado en colegios de curas, antiguo miembro de la Cruz de Fuego y de las Juventudes Patrióticas, admiraba a los hombres fuertes: al mariscal, y más aún al emperador, de quien se proclamaba descendiente en virtud de una vaga parentela entre Napoleón Bonaparte y su abuela, Camilla Ilari (aunque, en realidad, esta no fuera más que su niñera). Para animarlo a ejercer sus derechos, durante un tiempo inundó a su heredero, el príncipe Luis, con falsas cartas de apoyo que, supuestamente, emanaban de las profundidades del pueblo y que él firmaba con los nombres de carboneros, sombrereros o repartidores de Les Halles. Más allá de una convergencia ideológica, su entusiasmo hacia Borotra estaba dictado por su deseo de recuperar lo antes posible su peñasco del Pacífico, donde había dejado a una indígena y al hijo de ambos. Quería regresar a su hogar, de ser posible dotado de cierta autoridad para así volver a ver a su hijo y, por encima de todo, para saldar sus cuentas con el gendarme, el chino, el gobernador, el venerable de la logia de Papeete y el resto de sus miles de enemigos reales o imaginarios.

En 1934 lo había dejado todo, su empleo como asesor en una aseguradora, su precioso piso cerca de Étoile, sus «guatequitos» en el barrio de Passy, así como su matrimonio bendecido por el obispo y su distinguida esposa, para embarcarse a bordo de una goleta de ochenta toneles, un barco en estado lamentable que estuvo a punto de no llegar a Tubuai y navegar hacia el polo. Las razones de su partida precipitada al otro extremo del mundo siguen siendo un misterio. ¿Una excentricidad? ¿Una crisis existencial? ¿Los fantasmas de Gauguin en combinación con la búsqueda del paraíso y la atracción por las mujeres muy jóvenes? En la Polinesia había descubierto a las

jóvenes tahitianas de amores libres y a las esclavas. Por una mezcla de paranoia, donquijotismo y clarividencia, desde su llegada al archipiélago no había dejado de enfrentarse a la Administración local, asociada en su mente a la eterna *maffia* que lo perseguía allende los mares, y a un sistema colonial fundado sobre los trabajos forzados y los préstamos usurarios. De ahí sus múltiples sinsabores comerciales —en vano intentó vender café— y, pronto, los políticos. Sus infinitos conflictos, sus duelos con revólver reglamentario, sus juicios entablados a la menor ofensa, sus interminables arengas bajo los cocoteros, sus desfiles a caballo con botas de Chantilly, su chaquetilla *spencer* de lino y sus guantes blancos provocaban la risa en toda Oceanía cuando volvió a Tahití, en octubre de 1940, con sus sueños de venganza y su hoja de dietas sellada con una francisca. Llegaba demasiado tarde: los partidarios de De Gaulle acababan de tomar el poder. Le impidieron desembarcar. Siendo como era un hombre acostumbrado a caminar con la cabeza bien alta frente a la metralla, quiso probar su habilidad. Sus superiores le ordenaron que fuera a Saigón para dirigir allí las Canteras de Juventud. Solo recuperó su laguna una vez que hubo finalizado la guerra.

Mère-Grand lo visitó en mitad de los años setenta y le sirvió de inspiración para una de sus mejores novelas, *La Isla de la Santa Infancia*, cuya languidez y asfixiante atmósfera recuerdan a Marguerite Duras. A la sazón, su hermano vivía aislado en su propiedad, pomposamente bautizada en recuerdo de Napoleón como el Retiro de Santa Elena, detrás de un cartel sobre el que había trazado la palabra «tabú»: prohibido. Después de la paliza electoral, no quería ver a nadie y renegaba de sus antiguos administrados: «Se han aprovechado de mí. Pase lo que pase, jamás seré uno de los suyos». Había luchado por su independencia, había ido a la cárcel, lo había sacrificado todo por ellos, le repetía él con amarulencia. De nuevo se consideraba una suerte de prisionero en aquel extremo del mundo, del cual por fin se había percatado de que no era el suyo. Mal que bien, subsistía con una exigua pensión de maestro y rodeado de algunos muebles de familia que ella reconocía, a despecho de su reaparición en un contexto del todo distinto. Ella decía que él había recreado en los trópicos el piso de Rennes de su infancia, tanto en apariencia como en mentira, burgués y miserable a la vez. Al verlo comer en la cocina, por falta de personal o para esconderse, por miedo a que lo vieran los vecinos, le recordaba a su padre, el padre de ambos, aquel vencido de salud perturbada que se pasaba días enteros arrellanado en su sillón verde. El mismo camisón de lana raída, los mismos esfuerzos ridículos por ocultar su miseria. Lo único de lo que se preocupaba era de su posteridad. Desde la carretera que bordeaba la laguna, los escasos turistas fotografiaban, ante la ausencia de cualquier otro edículo notable, su monumento, el único de la isla: un mausoleo que había mandado construir en medio de sus terrenos después de una última batalla jurídica con la Administración. El monumento en memoria de Santa Elena. Fragmentos de conchas negras pegadas unas tras otras trazaban su nombre corso. Solo faltaba una fecha. El epitafio ya había sido grabado: «Murió fiel a su dios,

a su familia, a sus ideas y a su ingrata patria tras largos años de padecimientos morales en el aislamiento y la soledad de este lugar». Aquella fue su última protesta.

8

Ella se encontraba sobre una falla, una zona sísmica, en algo que iba a desmoronarse, en la intersección entre dos mundos divergentes: el que había elegido y el que había rechazado. Sus amigos eran todos supervivientes. Judíos de identidad borrosa, comunistas que pronto irían a la deriva, homosexuales atrincherados en su santuario de Saint-Germain-des-Prés. Parias, a pesar de su estilo de vida burgués. Seres a la par brillantes y deshechos, náufragos sin puntos de referencia, liberados de toda atadura, animados por un agudo sentimiento de lo provisional. Su sentido de lo relativo y su conciencia de la precariedad del orden social los tornaba más libres, más abiertos, más indulgentes, no obstante sus vidas llenas de muertos.

Su familia estaba enredada en una inextricable madeja de convenciones y costumbres que había que respetar, del rango que había que conservar, de falsos pretextos. La madre de apellido con partícula que, en la calle, reservaba sus saludos para la gente bien y apartaba la cara ante otros; el padre, abogado sin dinero, condecorado por el Vaticano con la Orden de San Gregorio el Grande y morfinómano que, en los periodos en los que sufría el síndrome de abstinencia, furioso y desesperado, enviaba a su esposa —ella, tan preocupada siempre por el qué dirán— para que se recorriera todo Rennes implorando a los boticarios, cada vez más reacios a dársela; el hermano descendiente del marqués de Ilari, de Napoleón I, de los reyes de Tubuai y de no sé cuántos más, cuyo destino jamás estuvo a la altura de sus sueños de grandeza; una sirvienta, porque es necesario que haya una, que fue negociada a un bajo precio junto a un orfanato, y que, descontenta con su sueldo, no llegó a quedarse mucho tiempo; la hermana carmelita en el convento; la otra, que se volvió loca tras enamorarse de un sacerdote, y la tercera, icónica esta vez, su «santita» Thérèse de Lisieux, casi una vecina, a la que ponían como modelo ante ella, una niña salvaje. Ellos pertenecían —ya se comprende— a otro medio completamente distinto: de derechas, patriotero, tradicionalista, antirrepublicano, profundamente marcado por la doctrina social de la Iglesia e impregnado de un viejo antijudaísmo cristiano. Algunos se habían comprometido con el ocupante. Su entorno se agarraba al presente, en tanto que sus padres se volvían hacia el pasado.

9

Ella era la séptima. Madeleine, Suzanne, Marie-Thérèse, Anne, Noël, Adrienne: un nacimiento por año. Finalmente, ella, Marie-Élise, la pequeña, la última. La hija

demasiado deseada por el confesor, quien, tras cada embarazo, ordenaba a la exhausta madre cumplir de nuevo con sus obligaciones conyugales. Una carga insoportable. Una hija de más. Otra dote u otro convento por encontrar. Sobre todo, una enésima boca a la que alimentar en una familia obligada, según una leyenda digna de una historia sagrada, a comer recortes de hostias, fragmentos de trigo estirados a fuerza de rodillo y con gusto a cartón, como las piezas de un puzle, comprados por dos duros en la panadería. No había sitio para ella en aquella familia que, el 1 de enero, no ponía un pie fuera de su casa para evitar tener que dar el aguinaldo al portero.

Su padre, Adrien, lloró en su bautizo. ¿Sabía ya que no estaba celebrando un rito de paso sino de traspaso? Había encontrado para ella algo más que una simple madrina: una tutora, una amiga acaudalada dispuesta a criarla y que, a su muerte, la convertiría en su legataria. Sin que la niña comprendiera ni se percatara de lo que estaba sucediendo, el padre esperó a que tuviera edad para ir al colegio para confiársela a su bienhechora. La arrancaron de los suyos, del dormitorio que compartía con sus hermanas, de su villa con paredes de granito, de todo cuanto le era familiar, incluso del nombre que había recibido ante el altar. Su madre adoptiva la volvió a bautizar, lo mismo que habría hecho con un animal doméstico. Marie-Élise se convirtió en Myriam. En Bretaña estaban de moda los nombres bíblicos. A partir de ese momento, ella era su hija. Su hija de compañía. Se encontraba a su servicio. La habían vendido ante las fuentes bautismales a una mujer sola que llevaba una vida de retiro y que le prodigaba sermones salpicados de besos secos apenas esbozados.

Conforme a su lógica de niña, debía de haber cometido una falta. Demasiado retraída como para tenerse por una niña traviesa, creyó que la habían rechazado a causa de su ingrato rostro. Sus padres le decían que se parecía a la abuela Flora, la lejana *mammone* corsa, con su melena negra y sus inmensos ojos, con un físico extraño que no era de aquí, de este gran Oeste húmedo. Ella iba a verlos dos semanas al año: un breve derecho de visita previsto por un contrato. Tan solo conoció a un padre sentado que pasaba sus días, tocado con una gorra, atizando el fuego, como si siempre tuviera frío, en su mugriento apartamento con vistas al río Vilaine, con cortinas y manteles remendados, pero donde no faltaba una moldura. Apenas ejercía ya, salvo por el par de clientes que le enviaba un procurador. «Mi pequeña Lise, has llegado en mal momento», le repetían sus hermanas. «No es ni la sombra de lo que fue». Ellas le contaban su periodo de gloria, un relato que le sonaba a cuento de hadas: el decano más joven de todos los colegios de abogados de Francia, defensor de la Iglesia, recompensado por el papa tras sus procesos contra los inventarios de los bienes eclesiásticos y, sin embargo, pobre, pues a los grandes honorarios prefería las grandes causas. Incluso las perdidas. Entre los rasgos que compartía con su hijo Noël, estaban su gusto por los combates solitarios y desesperados, una propensión a sentirse incomprendido y mal amado, una predilección por lo trágico, un lado grandilocuente. Unos rasgos estos que tal vez se debían a una saga familiar salpicada, como es debido en esta parte de Francia situada en la parte inferior del mapa, de actos heroicos,

vendettas y crímenes de honor.

¿Aquellas ofensas contra las que protestaba a voz en cuello eran la causa o la consecuencia de su declive? Tras ser candidato a las legislativas en la primera circunscripción de Saint-Nazare, jamás se repuso de su derrota frente a un allegado de Aristide Briand; una decepción tanto mayor cuanto que los resultados, en la tarde de la primera vuelta, lo daban por vencedor. Cuando por la noche se declaró la necesidad de una segunda vuelta, puso el grito en el cielo afirmando que había habido fraude y, una semana más tarde, fue derrotado. Su fracaso se debía también a un posicionamiento indefinido sobre el tablero político de la época. «Social, porque soy católico», proclamaban sus panfletos. Demasiado social para la derecha y demasiado clerical para la izquierda, perdió en ambos tableros. Después, todo se desmoronó. Comenzó a quejarse de la ciática: crisis agudas que le hicieron recurrir a los opiáceos en dosis cada vez mayores. Aquella adicción suya, a la que cierta literatura equiparaba con el libertinaje, seguramente acabó sabiéndose. Toda la sociedad biempensante de Rennes debía de chismorrear sobre aquel hombre deshecho que apenas salía. En cada visita, su hija lo veía sufrir más: temblaba de cólera para acabar suplicando que se pusiera fin a su calvario. Ella acechaba desde la escalera los pasos de su madre, que había salido corriendo para buscar las ampollas y que, muy a menudo, solía llegar con las manos vacías y roja de vergüenza después de haber tenido que soportar las reprimendas del farmacéutico. Cuando lograba convencer a este, la niña asistía horrorizada al ritual. La funda jamás se limpiaba; la jeringuilla, una vieja Pravaz de plata, deteriorada; la aguja inmensa, aterradora; el brazo plagado de misteriosos tatuajes; el sudoroso rostro que, de repente, se relaja, y, finalmente, la puerta del despacho cerrándose y el «¡Chitón! Está durmiendo» que murmura la hermana mayor con el dedo sobre los labios.

10

De su padre ella conservaba un reloj de pared en mármol negro, colocado bien a la vista sobre la chimenea del salón, el cual ella comparaba a una piedra funeraria, una estela en recuerdo de los ratos cronometrados que pasaba junto a él o, más bien, que lo velaba. En mi época su maquinaria ya no funcionaba. A nadie se le había ocurrido repararlo ni simplemente darle cuerda, como si fuera la prueba manifiesta, bien del rechazo hacia el tiempo que pasa —una actitud bastante extendida en Rue-de-Grenelle—, bien de una vida adormecida. Cuando, a despecho de su mecanismo defectuoso, robaron el objeto hacia finales de los años setenta, mi abuela no mostró ninguna tristeza especial. Se interesaba poco por las cosas materiales y mantenía unas relaciones difíciles con los Ilari. Su incompreensión mutua resultaba de una confusión. Ella les guardaba rencor de tanto como los había echado de menos. Ellos la envidiaban: de pequeña, por sus vestidos; de adulta, por todo cuanto a ellos se les

había negado: dinero, libertad, independencia. Ella les reprochaba su soledad: ellos la habían abandonado, la habían encomendado a un extraño a fin de respetar las conveniencias sociales. Ellos no comprendían su cólera: consideraban que ellos habían sufrido más que ella. Los prejuicios propios de la clase de ellos, sus hipocresías engalanadas de virtud la indignaban. Le resultaba tanto más sencillo denunciar el orden familiar que ellos representaban cuanto que la habían rechazado. Ella era una rebelde. Ellos veían en ella a una heredera.

11

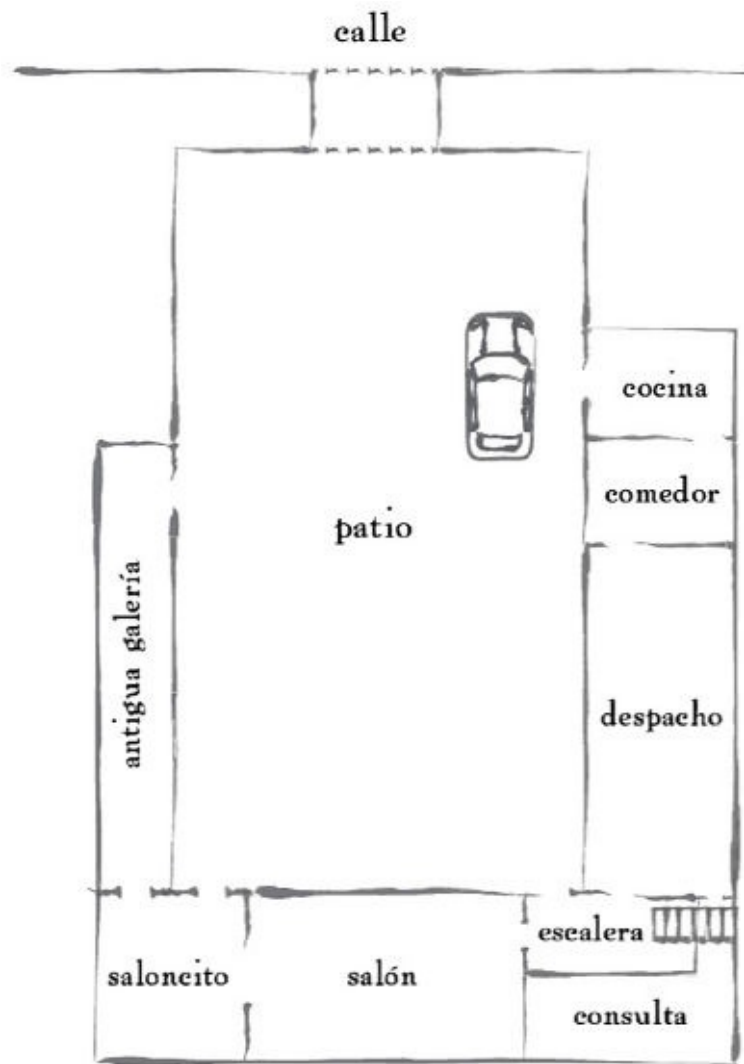
Conforme fue envejeciendo, cada vez iba menos a sus tierras. Partía por la mañana e intentaba regresar por la noche, a pesar de las cinco o seis horas de carretera. Nacionales, comarcales interminables flanqueadas por árboles y atestadas de camiones. Por regla general llovía. Nos acunaba el constante balanceo de los limpiaparabrisas. Hacia el final, atravesábamos pueblos desolados con tejados de pizarra chorreando agua. Jean-Élie iba al volante. Sentada a su lado, ella iba dormida y no se despertaba hasta que se veía el campanario gris de Désertines. Ella aborrecía aquella región de Mayenne húmeda, triste, fría y fangosa donde había pasado una parte de su juventud. Cualquiera excusa era buena para no alojarse en el «castillo», como lo llamaban los aldeanos subrayando la O de la última sílaba: una vasta residencia cubierta de hiedra, intacta desde la muerte de su madrina, desprovista de calefacción y de sanitarios, y que olía a madera húmeda y a tapicería mohosa. Dos grandes abetos negros plantados a un lado y a otro sumían la casa en una penumbra perpetua. En el otro extremo del jardín se desplegaba un cementerio. Tenía que subir una escalinata de piedra. Nada más llegar, se metamorfoseaba en un ama del castillo de épocas remotas. Sin despojarse de su abrigo, se arrellanaba en una de las sillas tapizadas de terciopelo rojo que había en la gran sala, situada en la planta baja. Una maceta de cobre que había sobre una enorme mesa contenía dalias recién cortadas. En la cocina se enfriaba la comida, siempre la misma: una sopa de leche y cebolla, seguida de un redondo de cerdo con patatas. Una vez terminado el almuerzo y con la pelliza a la espalda, convocaba a su gente. Granjeros, guardas y notarios desfilaban en fila india por la glacial habitación, a pesar del fuego de la chimenea. Sostenían sus gorros en las manos y venían a presentar sus cuentas y sus quejas. Acuciada por su deseo de regresar a París, los escuchaba con una impaciencia apenas disimulada.

12

Una vez al mes albergaba reuniones de la célula en el salón estilo Luis décimo no sé cuántos. Los destinatarios de *L'Humanité dimanche* estaban todos allí. La velada

tenía más que ver con una ceremonia mundana que con un soviét preparando la toma del Palacio de Invierno. El poeta evocaba sus problemas de salud y a su querida musa, desaparecida. El banquero de la URSS jamás hablaba acerca de dinero y menos todavía sobre las impenetrables sendas de las finanzas internacionales. «Hemos perdido una batalla, pero no la guerra», repetía la editora tras cada derrota. Una militante hablaba de Rusia como si lo hiciera de una de sus viejas amigas: «Ella no sabe. No está informada —insistía ella—. No le estamos contando lo que sucede». Se trataban diversos temas, principalmente los de tener un puesto; vender muguets, sellos o viñetas; la distribución de periódicos o las ingratas tareas de las que cada cual quería desembarazarse, todo ello sin dejar de lado la cortesía y manifestando un entusiasmo de fachada. ¿Qué hacía ella en medio de todos ellos? En todo presentaba ella un doble rostro: terrateniente y comunista integrada, excluida y eludida, adoptada y dotada, la abuelita y el lobo feroz, discapacitada y trotamundos, impotente y omnipotente.

ESCALERA



Ella zigzagueaba entre los obstáculos conforme a una geografía inmutable. Siempre flanqueada por Anne y Jean-Élie, como apresada y oprimida por sus brazos y atenazada por sus cuerpos. El carácter repetitivo y la lentitud de sus gestos, así como la gravedad con la que mi tío y mi tía la ayudaban a avanzar otorgaban a cada uno de sus desplazamientos un aire solemne semejante al de una procesión. No obstante sus andares renqueantes, era como una reina desfilando a horas fijas fuera de sus aposentos en compañía de su séquito. Su irrupción iba precedida de chirridos de puertas, de ruidos de muebles desplazándose, del crujido de las ropas, de su irregular taconeo sobre el parqué. Tenía que desplegar una increíble energía para pasar de una planta a otra. Iba a tientas por su jaula con forma de escalera, así con sus garras de pájaro la barandilla metálica que abrazaba la curva de la pared, suplía con la firmeza de sus brazos y puños la inmovilidad forzada del resto de sus miembros; alzaba la pelvis para levantar una pierna que, a continuación, posaba sobre un escalón y le servía de apoyo, como si fuera una extremidad de madera; giraba la segunda pierna, la ponía delante, con los rasgos contraídos, y, agarrándose con todas sus fuerzas a sus hijos, comenzaba a subir lentamente, con esa temerosa majestad de quienes están impedidos.

Libraba el mismo combate entre dos y cuatro veces al día, a veces más. Tres metros de desnivel, franquear dos plataformas desprovistas de agarraderos naturales y, nada más girar, negociar con peligrosos escalones tan afilados como cuchillas. Cuando estaba al borde del abismo, adquiría el aire concentrado de un campeón justo antes de la competición. Inclina la cabeza para evaluar las distancias, sacaba la lengua, sacaba músculos, al menos aquellos que se habían salvado de la polio, músculos ignorados por la gente sana, anidados en los pliegues y articulaciones de sus miembros. Todo su ser amputado se dirigía hacia un punto invisible en lontananza, delante de ella. De repente se ponía agresiva, como si hubiera ido al frente, emitía una suerte de jadeo, un gruñido de cólera. Luchaba contra esa parte de sí misma que no dominaba y también contra todo cuanto la rodeaba: ranuras, lengüetas, tablas, barras, abismos, huecos, muñecas, codos. Una vez en marcha, clasificaba objetos y sujetos en dos campos irreconciliables: los aliados, sobre los cuales se podía apoyar; y los enemigos, *grosso modo*, todo aquello que le ponía trabas o le hacía sentir una carencia, un conjunto de plenitudes y de vacíos. En aquel espacio helicoidal, yo pertenecía a la segunda categoría. Tanto durante su descenso como en su ascenso, yo tenía que desaparecer de su vista: era demasiado pequeño para ayudarla, por lo que podría estorbarla o acuciarla, y, por encima de todo, ser testigo de una mala caída, un traspíe o una contorsión humillante. En un instante podía verse en el suelo, hecha un trapo. Yo ni siquiera tenía derecho a estar allí. Cuando me

detenía en el rellano, les decía a sus escuderos, lo suficientemente fuerte para que yo lo oyera: «¡Quiero que se vaya!».

2

Su madrina la presentó ante las damas de la ciudad, muy pulcra, emperifollada con lazos, como un huevo de Pascua y engalanada con uno de los vestidos nuevos que acababa de comprarle. En uno de los tés que daba a las cinco de la tarde, explicó que la había elegido con cuidado, después de recabar la información necesaria de varias personas prudentes que conocían a la familia y sus eventuales taras. «Una se puede llevar una terrible sorpresa con esas desconocidas enfermedades hereditarias», les decía. Sin dejar de mordisquear las pastas, sus invitadas la felicitaron por su elección. Se quedaron embelesadas ante la espesa mata de pelo de la niña y sus enormes ojos tristes, y tuvieron la delicadeza de no mencionar su estatura, casi enana. Marie Nélet estaba orgullosa de su última adquisición, a la que trataba de valorar desde la perspectiva de un domador. Tenía que reflexionar acerca de los trucos que le enseñaría. La llamaba su «negrita», debido a su melena, y tomaba su retraimiento por una página en blanco sobre la que ella podría imprimir su huella.

Coleccionaba niños igual que otros coleccionan trofeos. En su juventud la había atraído la vida monástica. Al casarse con un juez, quiso ser madre. Finalmente, viuda y sin descendencia, tal vez estéril, se convirtió en profesora. En Fougères dirigía una casa de la caridad instalada en la antigua hilandería de su padre. Una «enorme jaula abierta», como decía ella, en la que retenía a sus pordioseras con el fin de apartarlas —y vuelvo a citar sus palabras— de «las ignominias de la calle». Las sacaba de entre el proletariado de origen rural, en su mayoría femenino, que trabajaba en las numerosas fábricas de zapatos de la ciudad. Su enseñanza, dispensada por las tardes o durante las vacaciones, se resumía en el catecismo y la costura. No las preparaba tanto para cumplir el único destino que se les ofrecía —el de comulgantes y zapateras— cuanto para aceptarlo. Las plegarias, los rosarios, las nubes de incienso y las agujas constituían sus principales herramientas pedagógicas. Era una misionera. Respondía a la llamada de su papa, quien acababa de descubrir la cuestión social. Luchaba contra la miseria obrera, así como contra aquellos que, a su juicio, la explotaban y que, de hecho, eran sus competidores directos, a los cuales llamaba «defraudadores de ideales», «agitadores» y «extranjeros» que exaltaban a las masas y desviaban a sus protegidas del immaculado camino que ella les había trazado. Durante la huelga general del invierno de 1906, descubrió consternada que algunas de aquellas alumnas a las que unos meses atrás les había hecho recitar el *pater* estaban ahora entre los rebeldes.

Tenía otras seis ahijadas a quienes, los días de fiesta, llevaban ante ella vestidas de princesas para demostrarle el buen empleo de su dinero. Si bien las cubría de

dádivas y de preceptos, su fortuna solo la destinaba a Marie-Élise o, mejor dicho, a Myriam. «Te han confiado a mí por tu bien», le repetía ella. «En el futuro lo comprenderás». Mi abuela jamás llegó a comprenderlo del todo. Sus hermanas ante Dios, los padres de estas, el personal de la casa y las damas del té de las cinco se preguntaban lo mismo: ¿por qué ella? Consideraban a aquella enclenque legataria con una mezcla de compasión y envidia, preguntándose qué podría ver en ella su madre espiritual. «En el futuro todo esto será suyo», le soltaban sin cesar con un tono codicioso. Todos la miraban como si al mismo tiempo fuera una persona de escaleras abajo y estuviera en lo alto de la escalera. La juzgaban conforme a una escala por la que ella no quería ascender. Se contenía para no gritar. No, ella no venía del arroyo. Tenía una familia, un apellido. No era una bastarda, ni una cenicienta ni una cualquiera, menos aún una aprovechada. Es más: ella no le había pedido nada a nadie.

3

Rue-de-Grenelle no difiere de esas casas de la cuenca mediterránea que cuentan con fastuosas habitaciones accesibles a los visitantes, abiertas a la altura de la calle y a veces con vistas a un patio, así como partes privadas —dormitorios, cuartos de baño, gineceo— especialmente reservadas para las mujeres y los niños, y construidas en la parte trasera o en lo alto. Cuanto más penetramos en el edificio o cuanto más ascendemos dentro de él, tanto más nos acercamos a lo íntimo, palabra que viene del latín *intimus*, la forma superlativa del adjetivo *interior*, lo que está dentro. Literalmente, «íntimo» designa aquello que está contenido en lo más profundo de un ser. O de un lugar. La primera planta era feudo de mi abuela. Para regresar a sus aposentos, pasaba por las «partes traseras», como decían en la corte de Luis XIV, esos trascuartos reservados a la familia. Jamás tomaba el otro camino posible, una pequeña plataforma seguida de varios escalones que comunicaba su dormitorio con la escalera, pues aquel espacio desnudo estaba privado de apoyaderos. Lo llamábamos, equivocadamente, «el descansillo», cosa que implica una pausa entre dos tramos de alturas diferentes, cuando, en realidad, se trataba de una escalera en toda regla.

Yo había invadido aquel *no man's land* por el mismo motivo de impracticabilidad por el que mi abuelo lo había abandonado. Me sentaba en los escalones y me inventaba historias con mis soldaditos, utilizando como tablero de juego los rebordes a ambos lados de los escalones. Era un puesto de observación ideal que permitía vigilar cuanto acontecía tanto en el patio como en el interior de la casa. Su pared única, situada enfrente de la ventana, estaba agujereada por una claraboya ciega. En el lado izquierdo había un cuadro. El lienzo recordaba a Magritte. Representaba una gigantesca cabeza, muy redonda y tocada con un bombín que parecía corresponderse con aquel ojo de buey tapiado. Creo que se titulaba *Joven inglés*. Cuando entrábamos por el porche, la primera cosa que vislumbrábamos era aquel vigilante de mirada fija

y misteriosa. En mi imaginación, nos protegía de los ladrones.

4

Además de sus actividades pedagógicas, Marie Nélet asimismo escribía novelas bajo el nombre de Myriam Thélen: textos impregnados de religión y de feminismo. Aunque jamás fueron reeditados, la mayoría de ellos se venden a través de internet. Principalmente, *Al alba*, publicado en 1905 por Perrin. Cuando lo recibí por correo, descubrí que estaba dedicado por ella con tinta turquesa: «Al papá y la mamá de los tres preciosos apóstoles Felipe, Juan y Pedro está dedicado este libro que les hablará de la tierra de Jesús y les transmitirá el enorme afecto de la autora». Su obra, destinada más a almas —preferentemente jóvenes— que a lectores, de hecho se desarrolla en Judea en la época del rey Herodes. Forma parte de toda una literatura edificativa y *peplonesca* en boga a finales del XIX, tras los éxitos mundiales de las novelas *Ben-Hur*, del americano Lewis Wallace, y *Quo vadis?*, del polaco Henryk Sienkiewicz. A grandes rasgos, es la historia de una mujer oprimida por su padre, pastor de Hebrón, casada después a la fuerza con un marido infiel y que, a una edad madura, logra alcanzar su libertad a través del conocimiento, del trabajo y de una fe cristiana que siente nacer con fuerza. La sucinta trama, el relato un poco cursi, el estilo ampuloso y las múltiples citas sacadas del Antiguo Testamento hacen que su lectura hoy en día resulte complicada. Ahora comprendo mejor por qué mi abuela nunca tuvo intención de leerlo.

Mientras lo hojeaba, volvían a desfilar ante mí imágenes color sepia de palmeras, camellos, campesinos tocados con sus kufiyas y gentes con sotana. En Désertines las había por cientos, impresas en placas de cristal. Vistas dobles, pero ligeramente desfasadas con el fin de dar una sensación de relieve, que yo visionaba en una enorme caja de caoba pegando mis ojos a un par de gemelos. Un espejo colocado en lo alto de la cámara captaba la luz ambiental. Unos botones dorados a los lados permitían regular la nitidez del objetivo. El estereoscopio, recubierto de un barniz, una pátina de viejo violín, estaba colocado sobre una ventanita desde la que se atisbaba el campanario del pueblo. Las fotos las había tomado la madrina durante su peregrinación a Tierra Santa, un rito obligatorio para todo escritor católico. A partir de su viaje, realizado en los albores del siglo XX en compañía de un joven asuncionista, albergaba una pasión por un Oriente bíblico e inmutable. De ahí la elección de Myriam —la María hebraica, la madre de Jesús, o la profetisa, la hermana de Moisés y Aarón— como seudónimo, pero también como nuevo nombre de pila para su ahijada. Firmó con el mismo seudónimo sus dos obras principales.

Mem, resh, yod, mem: Myriam. Le gustaba poner su firma en sus bienes más preciados. Las cuatro letras hebraicas están grabadas en cada una de las obras que le ha legado. Libros de gran formato en polipiel veteadas con los cantos dorados y hechos por un artesano de Fougères. Cuando yo era niño, colmaban la biblioteca de cristal que se encuentra en el vestíbulo, bajando la escalera. Después fueron repatriados al despacho o, mejor dicho, olvidados allí. Se trata sobre todo de novelas o relatos de viaje. *El miedo de vivir*, de Henry Bordeaux; *Las vírgenes de las rocas*, de Gabriele D'Annunzio; *Siria, Palestina, el monte Athos* y *Los muertos que hablan*, ambos de Eugène-Melchior de Vogüé; *Tierras de España*, de René Bazin; *La conquista de Jerusalén*, de Myriam Harry, que recibió el Premio Femina. Escritores en su mayoría monárquicos, católicosociales o nacionalistas. Encontramos también *El alma judía*, del padre Stéphen Coubé, un predicador de la iglesia de la Madeleine célebre por sus peroratas sobre el pueblo deicida: un polémico libro antisemita dedicado, como los demás, a Myriam Thélen.

La chiquilla se avergonzaba de su tutora, de su voz demasiado alta, de su sombrero demasiado grande, de sus modales de gran dama excéntrica que, en un autobús, le gritó: «¡Myriam!, ¿te has lavado las orejas?». En su presencia, trataba de pasar desapercibida. Se esforzaba por desaparecer. Tenía que ser buena, no hacer ruido. Su bienhechora la quería a su manera: simplemente, no sabía cómo ocuparse de un niño. A pesar de su papel de madre, había mantenido sus costumbres de viuda. Exigía silencio, cenaba pronto y comía ligero. Recibía a pocas personas y despreciaba la estrechura de espíritu de las ciudades pequeñas. Ocupaba una silla de la Sociedad de Literatos. Uno de sus libros, *El carbonero* —diario de su experiencia educativa en Fougères—, había recibido el premio de la Academia Francesa. Era un texto que se debatía entre sus veleidades feministas, sus ambiciones literarias y su beatería. Su cuerpo era una mole; su rostro, redondo y lleno de acné. Se vestía sin gracia. Todo en ella parecía viejo. La chiquilla la llamaba «yaya», un término que, pronunciado muy rápido, puede confundirse con «mamá». Cuando, al despertarse en medio de una pesadilla, reclamaba a su madre biológica, su madrina, creyendo oír su diminutivo, acudía en un santiamén. Su relación se fundaba sobre un malentendido.

Jamás decía que había tenido polio. A quienes la interrogaban acerca de su minusvalía les respondía: «¡Me caí de un pico!», como si regresara con un esguince tras practicar deportes de invierno. Hasta el final rechazó el uso de aparatos ortopédicos, incluso de los más discretos. Que un par de muletas llamaran la atención de alguien y, peor aún, que le inspiraran compasión, le parecía insoportable. Tampoco iba con ella emplear una silla de ruedas en el aeropuerto, un servicio que, sin embargo, se le ofrece a todo pasajero cuya movilidad esté mínimamente reducida. En la víspera de cada prueba, ella se preparaba. Cuando en 1974, de repente, apareció el Roissy-Charles-de-Gaulle en medio de campos de trigo y remolacha de la llanura francesa, estudió de cerca el acceso a las salas de embarque repartidas en forma de estrella alrededor del «camembert». Para no resbalar mientras tomaba las interminables escaleras mecánicas del área central, los domingos por la mañana se ejercitaba en los pasillos rodantes de la estación Montparnasse-Bienvenüe que, a la sazón, eran los más largos del metro parisino. Se entrenaba como una deportista, efectuando varias travesías en ambos sentidos. De forma particular, se aplicaba en saltar a los extremos de la cinta transportadora. Lo más duro es saltar y abandonar la cinta mecánica en el momento en que esta ha realizado su rotación. Quería pasar desapercibida, llevar una vida normal. Podría haber acondicionado el interior de Rue-de-Grenelle con el fin de facilitar sus idas y venidas, pero para ella era inconcebible transformar su casa en un hospital. No fue sino al final de sus días cuando quiso instalar un montacargas en un lugar que probablemente deseaba destruir. Tal vez este fuera el verdadero objetivo de tal operación. Retomaré el tema.

Se consideraba igual a los demás. Era una mujer preocupada por su aspecto, atenta a su aseo, amante de complacer, salir y viajar. En su interior todo funcionaba. Daba rienda suelta a su imaginación. Desbordaba energía. Era un puro nervio. No se defendía tanto como un animal herido, cuanto como una fiera atrapada en una red. Solo era una inválida ajuicio de quienes gozaban de buena salud. Desde que advertían su paso inestable, ella ya no era más que eso, una discapacitada a la que se trata de ayudar ofreciendo el brazo, sujetando una puerta, apartándose con una mirada colmada de conmiseración. Para toda esa gente ella era la ocasión de realizar un acto de generosidad al que ella respondía con insultos a espuestas, pues prefería la repulsión a la misericordia. Cuando menos, el temor que de repente inspiraba la tornaba en una igual. Se negaba a estar encerrada en una casilla. Únicamente sufría de un problema de coordinación: cuando les decía a sus piernas que se movieran, estas no ejecutaban ya sus órdenes o lo hacían de manera exigua y con retraso. Aun cuando esta traba la incomodara en su vida cotidiana, no hacía de ella alguien diferente.

La elección de sus zapatos necesitaba una larga expedición en familia, como era costumbre. Siempre se abastecía en la tienda de la madre de Alice Nuchi, una zapatería en el Village Suisse que parecía un trastero de tan estrecha como era y abarrotada como estaba.

Mère-Grand se probaba decenas de pares antes de dar con el bueno, por lo general unos zapatos con punta ojival y tacones altos cuadrados. Gesticulaba al contemplar en el espejo sus minúsculos pies sobrenadando en un mar con varias capas de papel pinocho. Para conciliar su preocupación por su apariencia con sus limitaciones físicas, hacía que le abrieran prácticamente todas las cajas del tenderete. Habida cuenta de su discapacidad, debería haberse comprado unos botines planos que le recogieran el pie, pero ella quería crecer unos centímetros, ser elegante y, lo más importante: ser como las demás mujeres. Una vez que se había comprado los zapatos, solía llevarlos a un zapatero para que redujera la altura del tacón. El artesano vivía lejos, en las afueras. Le había costado sobremanera encontrarlo. Acaso para corregir una malformación del puente del pie, el hombre debía cortar el extremo de los tacones conforme a un plano ligeramente oblicuo. Ella lo observaba mientras este tallaba la pieza de madera con el bisel. Ella daba unos pasos, a modo de prueba, y se iba con sus zapatos cojos. Aquello era bricolaje. Cualquier cosa con tal de evitar los podólogos y las tiendas especializadas.

8

Al alcanzar la adolescencia, se rebeló. En *Los padres abandonados*, evoca una fuga seguida de una larga explicación. Anunció que ya no soportaba más los sermones eclesiásticos, el amor a cambio de una renta vitalicia ni la ternura que se brinda solo para cumplir. Se excusó por no haber sido una buena inversión y anunció que liquidaría su cuenta. Contrato rescindido por cláusula abusiva. Marie Nélet la escuchó, acaso por vez primera. Cuando hubo terminado la perorata, le dijo: «Vístete, querida, iremos a un restaurante y hablaremos tranquilamente».

Comoquiera que no había sabido ser madre, se esforzó por convertirse en su amiga. La llevó a Italia: Roma, el Vaticano, las catacumbas, la tumba de san Pablo. Para ella, el turismo y la peregrinación eran una misma cosa. La jovencita desdeñó los objetos religiosos, no prestó atención a los desfiles fascistas —Mussolini acaba de acceder al poder— y descubrió el encanto que tenía para los chicos. Le entusiasmó su viaje. Entre ella y su carabina nació una cierta complicidad. Perdonó a la predicadora y aprendió a respetar a la sufragista. Comenzó a ver en ella a una emancipadora que, tras haberla comprado, la liberaría. Sus hermanas vivían en la miseria bajo el yugo de un padre corso que, durante la guerra del catorce amenazaba con matarlas a fin de preservar el honor en caso de que los «teutones» llegaran hasta Rennes. Ella era libre. Pronto sería rica. Por encima de todo, comprendió que su madrina la quería: «Mi

felicidad fue el mayor, tal vez el único, objetivo de su vida», escribió.

Inició estudios de Medicina, probablemente bajo su influencia. Unos años antes, Myriam Thélen había publicado *El interno*, junto a la doctora Marthe Bertheaune, otro seudónimo. Un relato en parte autobiográfico. Su coautora había sido una de las primeras mujeres en Francia en aprobar la oposición para ser médico interno en los hospitales. Anne Darcagne-Mouroux, ese era su verdadero nombre, había sido una pionera. Además de ginecóloga, dirigía un ambulatorio en Fougères. Quería liberar el cuerpo de la mujer, en particular mediante la cultura física, y presidía una sociedad deportiva femenina. Vivía separada de su marido. A quienes se sorprendían con la ausencia de este, siempre les daba la misma respuesta: «¡Se ha ido de caza!», decía sin precisar la naturaleza de su presa. Myriam Thélen la había iniciado en la literatura y la había seguido hasta París. Eran inseparables y coescribieron otra novela titulada *La doctora Odile*. Más adelante, ella escribió a solas varios libros llamados «de aprendizaje» y publicados en la colección para jovencitas y niñas de la editorial Fayard. Sus heroínas, ante cualquier dilema, siempre acababan decantándose por el deber antes que por los sentimientos. Mi abuela no podía soportarla, pero seguía sus pasos.

9

Es lógico que, tras semejante infancia, recreara sin cesar aquello de lo que le habían privado: una familia concebida como un bloque compacto. No se desplazaba si no era rodeada de los suyos. «Mis hijos son mis bastones», decía. Era una manera, claro está, no solo de tenerse ella en pie, sino de tenernos controlados a nosotros; de que sus criaturas permanecieran pegadas a ella o, para ser más exactos, esposadas a ella; de tenerlas al alcance de la mano en todo lugar, en todo momento. Jean-Élie, a la derecha; Anne, a la izquierda. Y detrás, cualquiera de sus otros hijos. «Durante mucho tiempo, siempre tuve el brazo doblado para ayudarla», cuenta Christian, quien en ocasiones llega a preguntarse si ella no exageraba su sufrimiento para mantenernos mejor bajo su poder. Alguna vez le serví de apoyo. Sentía sus garras en mis dedos, su esqueleto agarrotándose, su peso entero sobre mí. Era la única que casi constantemente hacía sentir a los demás su propio cuerpo. Nosotros éramos sus miembros faltantes, sus escabeles o sus arrimos móviles, igual que las sillas que empujaba delante de sí. Formábamos parte del mobiliario. ¿Podría ser que incluso no hubiera diferencia alguna entre nosotros y los objetos inanimados que nos rodeaban? Nosotros constituíamos su casa.

10

¿Cómo y dónde lo conoció ella? ¿En un anfiteatro con ocasión de una de sus ponencias sobre «el cáncer de colon» o «el tratamiento de adherencias y perivisceritis abdominales»? ¿En torno a un café en la terraza del Bullier? ¿En un pasillo del Hôtel-Dieu? ¿Formaba ella parte de su cohorte de alumnos en prácticas y enfermeras que, paso a paso, lo seguían entre las literas de hierro y las camillas? ¿O fue por mediación de Zina, su cómplice desde los primeros días de la facultad? Él era director de hospital, aureolado con su medalla de oro en el concurso para ser médico interno residente. Ella debía de estar en el segundo o tercer año de Medicina. Se parecían entre sí. Ambos miraban el mundo con incompreensión. A ella le sedujo su tez oscura, su cabello negro ondulado, su bigotito en punta, así como la dulzura y la humanidad con las que trataba a sus enfermos. Al contrario que muchos de sus eminentes colegas, jamás se mostraba indiferente ante el sufrimiento. Aquella jovencita de veinte años carente de vínculos y de prejuicios lo embrujó. Desde una perspectiva legal, ella todavía era menor de edad, pero ya no estaba sujeta a ninguna tutela. Dado que Marie Nélet acababa de desaparecer, ella podía dar el sí a quien quisiera, nadie se opondría a ello. Desde luego, no su familia biológica que, al abandonarla, había perdido todo derecho sobre ella. Solo su padre habría podido cuestionar su decisión, pero él también estaba muerto.

La doctora Anne Darcagne-Mouroux los recibió y los bendijo. Se casaron el 10 de julio de 1929 en Désertines, en las tierras que ella acababa de heredar. Todavía iba de luto por su madre adoptiva. La ceremonia se celebró por la noche, casi a escondidas, por respeto a la difunta. ¿O era por discreción? ¿Para evitar levantar una tempestad de protestas? Las habladurías tienden a disolverse en la oscuridad. A excepción del patriarca, los Ilari estaban todos presentes, incluidos los primos. Los Boltanski se reducían a Étienne y su madre.

Niania llegó con su acento, su nombre falso y un oficial que hablaba alto y hacía las veces de galán. En la plaza del pueblo solo se murmuraba de ella, de «sus malos modales», de «su vulgar amante». El escándalo estalló al final del día en el Ayuntamiento, en el momento de presentar los libros de familia. En los papeles, ella no se llamaba Hélène Macagon, sino Enta Fainstein. Aseguraba que era rusa. A juicio de la futura familia política, ella no era más que una judía. La acusaron de usurpación de identidad, de fraude. Ella explicó que, en su país, quienes debían hacer el servicio militar eran elegidos por un sistema de lotería. Para evitar el reclutamiento, uno de sus antepasados Macagon, al parecer, cambió su apellido con un chico que se había librado de esa suerte, un tal Fainstein. Su confusa historia, proferida en un pésimo francés, no convenció a nadie.

Delante del alcalde, Myriam tenía a su lado a su hermana mayor, Madeleine. Étienne llevaba como testigo a un tal doctor Georges Lebedinsky, como aquel misterioso Lebedinsky, estudiante de Medicina que, treinta y ocho años antes, había acreditado su nacimiento ante el alcalde de París. El de entonces se llamaba Jacques.

¿Era el mismo de ahora, o de nuevo se trataba de un error de transcripción? Internet menciona a un Georges Lebedinsky, «muerto por Francia» en 1944 en el campo de Buchenwald a la edad de veintidós años, hijo de un tal Jacques Lebedinsky fallecido antes de la Segunda Guerra Mundial.

Debían de ser más de las diez cuando los esposos salieron de la iglesia. Tomaron una calesa y se dirigieron a la enorme casa oculta tras los abetos, donde les esperaba una fiesta. En la estancia principal, iluminada con lámparas de petróleo, una quincena de granjeros endomingados dio la bienvenida al niño circunciso de Batignolles al grito de: «¡Viva nuestro nuevo amo!».

11

Dos veces al día Jean-Élie bajaba volando por las escaleras en sentido inverso. Descendía a la bodega para rellenar la caldera calorífica con carbón. Cada vez que despertaba a aquel monstruo impotente y obeso en equilibrio sobre su base de hierro fundido, las paredes comenzaban a temblar. Los ruidos de la pala, de las bolas de carbón entrechocando entre sí y de la palanca, que mi tío accionaba con una mano vigorosa para que cayeran las cenizas de la reja, ascendían por los conductos resonando en todas las plantas. Rue-de-Grenelle era un ser vivo. Si empleo el pasado es porque, con el tiempo, volvió a adquirir su inmovilidad de inmueble. En la época de mi abuela estaba compuesta por órganos. La cocina hacía las veces de orificio. En el despacho, el cerebro se entregaba a las tareas intelectuales. El salón formaba una cubierta carnal. En esta anatomía habitacional, las piernas eran la escalera. Estábamos sepultados en el vientre de la ballena. El filósofo Thomas Hobbes definió el Leviatán como la antítesis de la brutalidad, como una autoridad absoluta capaz de establecer un orden político, de hacer que reinaran la paz y la secularidad, en contraste con un estado de naturaleza violenta y salvaje. Habíamos encontrado nuestro refugio en los limbos para huir del caos exterior.

12

Todo comenzó con una altísima fiebre, un terrible dolor de cabeza, una rigidez en la nuca semejante a una tortícolis y unos escalofríos en lo más profundo de los huesos, como si su esqueleto estuviera transformándose en un témpano de hielo. Creyó ella que se trataba de una gripe, de un simple resfriado a pesar del calor canicular. Al día siguiente, se desplomó cuando trataba de dirigirse al cuarto de baño, como si unas cadenas apresaran sus pies. Le castañeteaban los dientes sin cesar. Se cubrió con bolsas de agua caliente de plástico que gorgoteaban bajo su manta escocesa. Su estado empeoró en los días que siguieron. Náuseas, vómitos, fatiga intensa y unos

dolores atroces en las piernas, sobre todo en la derecha. Imposible abandonar la cama, ni tan siquiera podía moverse. Yerta entre sus sábanas húmedas, profería gritos de niña pequeña. La parálisis se apoderó de su brazo izquierdo. Un médico le martilleó sus tórpidas rodillas y diagnosticó una poliomielitis anterior aguda. La enviaron a un servicio para contagiosos, la aislaron, la intubaron, la sondaron. Al cabo de una semana, la temperatura descendió brutalmente. Miró su cuerpo extenuado sobre el colchón: no es que hubiera cambiado; sin embargo, ya no le obedecía. Era como si sus miembros se hubieran desligado de ella.

Evitó morir asfixiada y, poco a poco, fue recuperando su brazo. Ante la ausencia de remedio, se sometió a tratamientos «de lo más novedosos» consistentes en descargas eléctricas, en interminables sesiones de estiramiento de los músculos, en posturas cinco o seis veces al día, en compresas calientes alrededor de las piernas y los brazos, en operaciones quirúrgicas que la tuvieron escayolada durante meses. Quiso fugarse del hospital, aquel teatro de la pasión. Esos «desahuciados» ante los cuales el personal no pierde un solo instante y cuya cama encuentran vacía al alba, con las sábanas lisas, sin la menor arruga y, a su alrededor, el ir y venir de los celadores y las enfermeras. El jefe, seguido de su cortejo, profiriendo su sentencia sobre la cama de hierro sin mirar al condenado. Los seres humanos considerados, desde el momento en que están en decúbito, como ratones cortados en dos listos para que los disequen. El silencio general enfrentándose a las preguntas de los pacientes y de sus allegados. Ella ya conocía todo esto. Había pasado justo del escenario a la orquesta. Comenzó a odiar el espectáculo. Hasta el final de su vida execró la medicina y a sus siervos. Se rebeló contra la enfermedad, contra la gente sana, contra cuantos querían encasillarla en su nueva condición.

13

Los días que Grand-Papa no pasaba consulta, generalmente los sábados o los domingos, Anne, Ariane y yo transformábamos la escalera en tobogán. Nos precipitábamos por la pista formada por dos colchones sintéticos colocados de un extremo al otro. Enormes almohadas nos servían de trineos. En la curva, apretujábamos unas colchas para meterlas en la junta de las dos colchonetas. La mayoría de las veces la rugosa lana desviaba nuestro curso y nos empotrábamos contra la curva de la pared. Jean-Élie siempre tenía miedo de que nos hiciéramos daño. En concreto, temía que se nos quedara atascada la cabeza entre los montantes metálicos de la rampa, una hipótesis altamente improbable a la vista del tamaño de nuestros cráneos y que, sin embargo, lo obsesionaba. También nos gustaba subir la pendiente, siempre sentados sobre nuestros almohadones, a pulso, agarrándonos a los barrotes. En cuanto nos soltábamos, descendíamos nuevamente. Enseguida volvíamos para asaltar la cima. A todos los niños les gusta jugar a ser Sísifo. ¿Acaso nosotros

también tratábamos de imitar a Mère-Grand mientras empujaba su pesadumbre cuesta arriba?

14

¿Cómo se había contagiado? El virus penetra por la boca, se multiplica en los ganglios linfáticos cervicales y alcanza las regiones motrices del sistema nervioso. Su transmisión se produce exclusivamente entre humanos y tiene lugar mediante agua impura o alimentos contaminados por heces. Comoquiera que en aquella época nadie conocía la fuente del contagio, podía sospecharse de cualquier cosa. Acusó a su marido. Al descubrir que había tenido amantes antes de su matrimonio, lo cual no era sorprendente teniendo en cuenta la diferencia de edad (él tenía doce años más que ella), había perdido los estribos y cayó enferma al poco tiempo. Ella atribuyó su polio al choque psicológico. Luego, culpabilizó a las aguas estancas del lago inferior del Bois de Boulogne, que, al parecer, había ingurgitado por descuido durante un paseo en barca. Toda vez que se desataba con fuerza una epidemia, los médicos recomendaban no beber agua de las fuentes públicas. Lo más probable es que se contagiara mientras trabajaba en el hospital. Jamás terminó sus estudios de medicina.

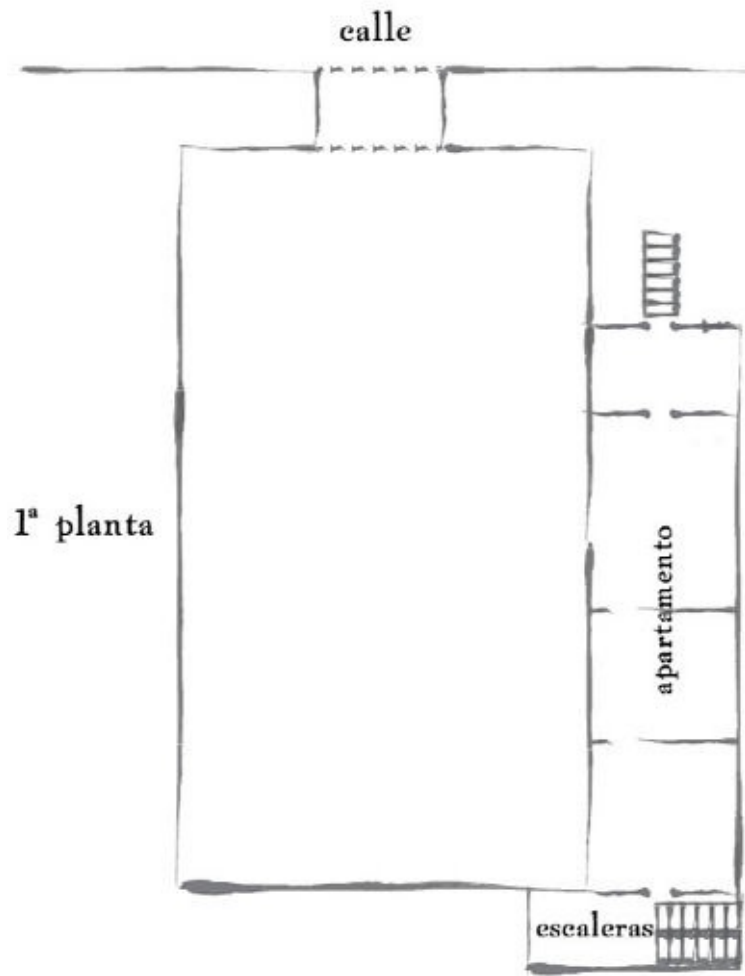
En apenas unos meses había cogido treinta kilos. Su cuerpo se había deformado. Corría el riesgo de acabar postrada en la cama, como esos enormes obesos. Contempló el suicidio. Pero ¿cómo llevarlo a cabo sin cómplices? Étienne le explicó que la mujer a la que amaba estaba, en su opinión, intacta, que la normalidad no existía y que la esencia de un ser no residía en sus apéndices. Perdió peso y tuvo que aprender a andar, esta vez con la ayuda de unas muletas de madera colocadas bajo sus axilas que la horrorizaban y a las que bautizó como «sepultureros». Todo cuanto llegaba corriendo a sus pies se tornó peligroso y hostil. A costa de innúmeras caídas y esguinces, aprendió a escalar montañas, a franquear abismos y, más aún, a dar el pego, a desarrollar toda suerte de estratagemas con el objetivo de ocultar su minusvalía. Cuando se caía, en ocasiones se veía incapaz de levantarse y tenía que esperar durante horas tumbada en el suelo a que llegara una mano caritativa. Ya no podía estar sola. La visión de gente corriendo en la calle, saltando para subir a un autobús de dos pisos o descendiendo por la boca de metro la desquiciaba. Buscaba con su mirada a los otros, a los enfermos. En aquel París de después del catorce no le era difícil encontrarlos: hacía el recuento de los mutilados de guerra como antes lo hiciera de los jóvenes bien plantados.

15

A principios de 1944, Luc sube solo la escalera. Al llegar al rellano, por el marco de

la puerta viesa las cortinas moviéndose y unos pies que asoman bajo el tul. Baja gritando que ha visto un fantasma. Su madre palidece. Espera varios minutos antes de pedirle que vuelva a subir al primer piso. Nervioso, sube los escalones de uno en uno. Cuando llega arriba, descubre a su hermano mayor, Jean-Élie, disfrazado con la bata de su padre, escondido tras el visillo. «¡Querías asustarme!», le suelta el niño riéndose.

APARTAMENTO



En la primera planta, la puerta de la derecha está tapiada. Al otro lado, Anne, mi tía, vive en un pisito independiente de dos habitaciones, con cocina y baño. Accede a él por la escalera colectiva que da al patio. Tiene cuatro años y medio más que yo. La considero como si fuera mi hermana. Antes ella no vivía allí. Tenía su cuarto, un cuarto infantil pegado al de Mère-Grand y Grand-Papa. Cuando me cuidaba, pasábamos muchas tardes enteras confinados en su diminuto espacio escondido al fondo de la casa. Imaginábamos que estábamos perdidos en mitad del océano. Para evitar ahogarnos, nos encaramábamos a su litera. Desde ahí, saltábamos sobre el reborde de mármol de la chimenea y, después, sobre la mesa de caballete. Una escalera de mano atravesando una silla nos permitía volver a nuestro punto de partida. El juego consistía en dar la vuelta a la habitación sin posar jamás los pies en el suelo. También jugábamos a los dardos. Lanzábamos nuestros proyectiles de cualquier manera. Un cuadro de Christian colgado encima de la chimenea, el primero que hizo y el cual hoy ocupa un lugar de honor en mi casa, luce varias cicatrices. Podíamos hacer casi todo lo que queríamos sin correr el riesgo de que nos reprendieran lo más mínimo. Por entonces, ella no se llamaba Anne, sino Françoise, y en el colegio del barrio llevaba un patronímico de sonoridad española: Fondevilla. Pero eso yo no lo sabía.

A los siete u ocho años, me enteré de que no era mi tía biológica. Mi otra abuela, mi yaya, me lo anunció una mañana, sin contemplaciones, con su tono de antigua maestra de escuela municipal: «¿Françoise? ¡Es adoptada!». Ante mis negativas, su voz se tornó dura, casi sarcástica, como si acabara de desenmascarar una impostura y se burlara de mi credulidad. «¿En serio no lo sabías? ¿Nadie te lo había dicho?». Creí que me habían estado ocultando algo digno de vergüenza. Peor aún, que me separaban de mi tía, de mi hermana mayor, que me arrancaban una parte de mí mismo. Prorrumpí en sollozos. Recuerdo que lloré durante horas sobre el sofá de su salón, en Poissy, y que ella me decía, sin abandonar un instante esa voz marcial de instituto de la Tercera República, que dejara ya de «montarme películas en la cabeza».

Después, o acaso antes incluso de aquel descubrimiento, tuve la sensación de que Rue-de-Grenelle me había acogido. «Si queréis salir, dejadme en casa de los Bolt», fue, al parecer, una de las primeras frases coherentes que pronuncié delante de mis padres. Llevo mucho tiempo identificándome con Françoise. Ambos llegamos casi a la vez a casa de «los Bolt», ese diminutivo que designa el kibutz familiar y que resuena como una salve eléctrica. Ella era todavía una niña; yo, un bebé.

Al adoptar a su vez, ¿quiso Myriam, la huérfana, encontrar una doble? ¿Reproducir el gesto de la madrina? ¿Crear una nueva línea fundada no en la sangre,

sino en la elección? ¿O colmar un vacío? Unos meses antes, uno de sus hijos, Luc, mi padre, había cometido el imperdonable pecado de irse a vivir a otro sitio por motivos de matrimonio y alumbramiento. Ella jamás se repuso de aquella deserción que vivió como un fracaso personal, hasta el punto de consagrarle un libro de título evocador: *La máquina ha señalado falta*. La falta en cuestión era, en definitiva, mi llegada al mundo, imprevista cuando no prematura. Nunca admitió su derrota por tan poca cosa y continuó jugando a la máquina de *pinball*. Tras haber perdido una partida, incluso ganó dos bolas extras: Françoise y yo.

2

A Françoise no le gustaba su nombre, demasiado anticuado y, por añadidura, elegido por una madre desconocida que la había abandonado, aun cuando tuviera sus razones para ello, las cuales descubrió ella más adelante. Cuando comenzó a dedicarse a la fotografía, decidió firmar su trabajo con una nueva identidad: Anne Franski. Una mezcla, claro está, de Boltanski y Ana Frank. Siempre la misma obsesión con la guerra, la muerte, la reclusión. Nunca me contó por qué había elegido ese nombre. Además de una evidente alusión a nuestra historia familiar, veo en ello otra razón. Su vida también depende de un espacio cerrado, de una cubierta protectora, de un caparazón. Cada semana, en días alternos, acude sola a su «anexo», un centro médico donde desaparece tras los tubos y las placas metálicas. El zumbido de un motor acompaña su renacimiento. Durante la hora siguiente, puede comer lo que quiera. El resto del tiempo, se va envenenando poco a poco. Nació con un único riñón que dejó de funcionar cuando contaba unos veinte años.

Sus fotos más inquietantes son las tomadas durante sus largas sesiones de diálisis. Cuatro horas de un tirón durante las cuales la sangre, activada por una bomba, sale a grandes chorros de una vena dilatada, suerte de nervadura azul y temblorosa, toma una de las dos agujas plantadas en el brazo, desaparece en medio de un revoltijo de conductos, válvulas, ventallas, filtros, toda una fontanería que palpita a su ritmo, agiliza su circulación, la purifica, la libera de sus residuos y le aporta los minerales que le faltan. Anne capta cuerpos enfermos envueltos en sábanas y conectados, como ella, a unas máquinas. Seres híbridos, medio humanos, medio robots. No fotografía los rostros y solo desvela algunos detalles: una melena que sobresale por una sábana, unas muñecas inflamadas colgando en el vacío, miembros entubados por doquier a enormes máquinas blancas de otra época salidas de una novela futurista al estilo de las de Julio Verne. Asimismo, filma seres perdidos frente a la inmensidad de la naturaleza o de la ciudad, de contornos siempre borrosos, sombras negras en las que nadie repara, apoyados contra unas columnas de piedra y de quienes, una vez más, solo advertimos unas manos tendidas o alargadas. Todas sus imágenes muestran la intimidad y la fragilidad del ser humano.

3

Françoise Fondevilla, Anne Franski, Marie-Élise Ilari, Myriam Guérin, Annie Laurant, Marie Nélet, Myriam Thélien, Étienne Boltanski, Jeanine Giraud... Esta familia no es más que una larga sucesión de seudónimos, apodos, alias comprados o imaginarios. Nombres tanto más propios a fuerza de ocultar otros, todos los cuales plantean la misma pregunta: ¿quiénes somos?

4

Hélène Macagon —a menos que se trate de Enta o incluso de Entele Fainstein— también vivió allí hasta su muerte, a finales de los años cincuenta, ignoro la fecha exacta. No habría soportado estar alejada de su hijo, de ese «principito» destinado a un futuro radiante. Jamás se separaron, excepto en dos ocasiones durante la guerra.

Los seis primeros años de su matrimonio, Étienne instaló a su esposa en la exigua vivienda que compartía con su madre en el número 84 de la Rue de Grenelle, justo encima de la Sociedad de Horticultura. Una vez que lo nombraron responsable del Servicio de Hospitales de París, se enteró de que se alquilaba el palacete situado un poco más arriba en la misma calle. Al menos, su parte central y las dos primeras plantas de su ala izquierda. En 1935 la pareja se mudó allí junto a Jean-Élie, que acababa de nacer, y, por supuesto, con Niania. Esta se quedó con el apartamento del primer piso que, merced a su entrada separada, le permitía disfrutar de una cierta autonomía, pero que a la vez se comunicaba con el resto de la casa. A pesar de vivir al lado, era como si viviera allí mismo. Todos los días, hacia las 17 horas, atravesaba la puerta del rellano que, a la sazón, estaba abierta, para pasar la tarde con su hijo y su nuera.

Durante el día, recibía en su cuarto, reconvertido en consulta, a pacientes jóvenes aquejados de una deformación de la columna vertebral. Los manipulaba aquí y allá, les gritaba «*¡Ponnte ressto!*» y, una vez terminada la sesión, mandaba a los padres de los niños que rellenaran ellos mismos las recetas. Sostenía que esto formaba parte del tratamiento. A decir verdad, no dominaba el francés: lo leía, mas no sabía escribirlo. No poseía título ni diploma alguno. Su vocación médica se remontaba a las trincheras. ¿Había querido servir al país que la había acogido o, más bien, reunirse con su hijo en el frente? Probablemente ambas cosas. Se había alistado, como él, en 1916, en una Unidad de Medicina del Ejército. Salió al cabo de dos años con el grado de enfermera mayor y una chapa de metal prendida de su capa de fieltro. De regreso a la vida civil, se convirtió en auxiliar de enfermería en el hospital de Laennec. Mientras estuvo de encargada de la gimnasia ortopédica en la clínica quirúrgica

infantil, inventó junto a un médico, el doctor Marcel Lance, una serie de movimientos contra la escoliosis, método que prodigaba a domicilio.

No hablaba mucho de su juventud, como si definitivamente hubiera pasado la página de aquel periodo. Su pasado le venía a las mientes en oleadas y en determinadas épocas. En septiembre, recorría todo París en busca de mazorcas de maíz, un producto hoy vendido al vacío en cualquier supermercado, pero que por entonces apenas si se encontraba. Cuando se acercaba el invierno, almacenaba toneladas de chucrut en la bodega. No evocaba a su familia sino mediante retazos. Borraba de manera sistemática los detalles dolorosos. Destilaba las anécdotas aureoladas de magia y de gloria. De buena gana se habría descrito a sí misma como una princesa perseguida por los bolcheviques. Su padre, repetía, jamás había cargado con fardo alguno. Contaba asimismo que, antes de la Revolución, uno de sus primos poseía pozos de petróleo en los alrededores de Bakú. Además, estaba el trineo parecido a un juguete tirado por cuatro caballos, deslizándose a toda velocidad sobre la nieve al son de las campanillas. En esa novela rusa probablemente inventada en parte, solo faltaba un palacio de invierno, una dacha, un administrador y unos *muyiks*.

Afirmaba que no sabía una sola palabra de yidis, cosa que era mentira. Étienne conversaba con ella de vez en cuando en ruso, lengua cuyos rudimentos conocía, una música que escuchó en su niñez, y que tampoco trató de transmitir, si bien algunas expresiones le han sobrevivido, las más groseras: «*Nie Marotch Mne Japou!*» («¡Deja de joderme la marrana!»), «*Sabaka!*» («¡Perro!») o «*Ke Tchortou!*» («¡Que se vaya al cuerno!»).

No entiendo muy bien cómo Marie-Élise podía soportar la cohabitación con su suegra. Creo que la quería mucho. Apreciaba su carácter fantaseador, su férrea voluntad y su increíble energía. Hacia el final de sus días, Niania continuó recibiendo a sus alumnos aun cuando apenas si podía ya andar. No sabía la edad que tenía o fingía ignorarla. Cuando le preguntaban, acostumbraba a responder: «Hijos míos, no debo de ser muy joven».

5

Tras su muerte, creo que a principios de los años sesenta, los Bolt decidieron ir a Odesa. Partieron, como siempre, en coche. Un viaje largo y difícil. Al cabo de 2600 kilómetros de conducción y una sucesión de problemas mecánicos, Grand-Papa resolvió que no iría más allá. No le quedaba más que una hora de camino hasta su destino. Se detuvo en un cruce, giró al este, bordeó el mar Negro y continuó hasta Rostov del Don, donde al Renault 16 se le acabó estropeando una biela a causa de un aceite defectuoso. Fueron varias las veces que regresó a la Unión Soviética. Iba a todas partes: a Kiev, Minsk, Moscú, Leningrado. Incluso, a Irkutsk y a Vladivostok cogiendo el transiberiano. Jamás a su ciudad de origen.

Durante mucho tiempo me pregunté por qué. De pequeño, me decían que él no había querido confrontar los relatos de su madre con la realidad para no cogerla en flagrante mentira. Había querido respetar sus sueños de joven princesa, sus maravillosos recuerdos del «pequeño París de las estepas». A mi entender, hay otra razón: tuvo miedo de lo que pudiera descubrir en Odesa, así como de lo que quizá no encontraría allí. Tal vez, por encima de todo, temiera la ausencia de huellas. La nada. Yo mismo he pasado por ello.

6

Cuando tengo que explicar de dónde viene mi apellido, no digo que procede de Rusia, menos aún de Ucrania, sino de Odesa. Cuando me preguntan por mis orígenes, respondo: «Odesa». En mi cabeza, con eso basta. No hay necesidad de añadir nada más. Los que saben comprenderán. Como si la pertenencia a esa ciudad portuaria caída en el olvido y habitada esencialmente por fantasmas hiciera las veces tanto de nacionalidad como de religión, incluso de oficio. Esto enseguida otorga al asunto un aire un tanto artístico. Teniendo en cuenta el batiburrillo de identidades en el que me debato, como último recurso me permite eludir preguntas embarazosas. Odesa: es fácil y de buen gusto. Resulta curioso que uno se reivindique de una localidad en la que jamás ha osado poner el pie. Después de que mi abuelo se negara a penetrar allí, llegó a convertirse en una zona prohibida, una utopía, un lugar imaginario. O, quizá, un punto de fuga, ese punto de referencia hacia el que dirigimos la mirada y que, sin embargo, no vemos.

7

En julio de 2014 quebranté el tabú familiar. ¿El pretexto? Un reportaje sobre una matanza cometida dos meses antes en Odesa. El lugar del crimen estaba junto a la estación central de Vokzal, de donde mi bisabuela se dio a la fuga. La sede de los sindicatos se erige en mitad de la plaza Kulikovo, una vasta explanada rodeada de coníferas. Al divisarla en lontananza, entre los pinos, da la impresión de que la Unión Soviética sigue existiendo. Una federación de repúblicas construida para durar eternamente, imponente, poderosa como un templo griego. Es preciso acercarse a sus columnas dóricas para advertir el hollín que recubre el perímetro de las ventanas. Un cerco metálico impide el acceso, pero puede adivinarse que en su interior todo está carbonizado. Ya no es más que una enorme armazón vacía.

Acudí allí al día siguiente de mi llegada, acompañado por Sacha, mi traductor. Aquella tarde, doscientos activistas prorrusos ocupaban la explanada convertida en santuario, jubilados en su mayoría: viejos soviéticos y *babushkas* con pañuelos en la

cabeza que una noche se acostaron en la URSS y, al día siguiente, despertaron en otro país. También había jóvenes, casi críos, que lucían en sus muñecas un lazo naranja con tres bandas negras. En un silencio religioso, escuchaban la soflama de una mujer de cierta edad, embutida en una ajustada ropa roja. Se trataba de una devota del antiguo presidente huido que respondía al sobrenombre de Miss Barricade. Aquello no era un mero discurso: los estaba injuriando. Les decía que «levantasen el culo», que «se cargaran» a aquellos «fascistas» ucranianos. Las palabras que empleaba eran violentas. *Grosso modo*, los estaba exhortando a matar a sus vecinos.

Aquella gente se había reunido para conmemorar lo que por entonces era una de las jornadas más letales de la guerra en Ucrania. Sus camaradas habían perecido en aquella misma plaza en circunstancias aún sin esclarecer. Una marcha pacífica de nacionalistas ucranianos en el centro de la ciudad. Tiros. Los primeros cadáveres. Después, la venganza. El asalto a los prorrusos congregados en la plaza Kulikovo. La sede sindical, transformada en campo atrincherado y cercada por una marabunta ebria de cólera. Más disparos. Estalla un incendio, sin duda a causa de los cócteles molotov. Los asediados caen en la trampa, quemados o asfixiados. Otros prefieren lanzarse al vacío. Cuerpos hechos papilla sobre la grava. Los supervivientes, azotados, a veces linchados. En total, cuarenta y ocho muertos y cientos de heridos.

Los manifestantes habían encendido velitas que escribían sobre el suelo las palabras *nie zabouidiam*, que en ruso significa «no olvidaremos». En realidad, Odesa ya había olvidado.

Era verano. En el bulevar Primorsky, las parejas bailaban el tango alrededor de un busto de Pushkin, rozándolo casi, como si quisieran arrastrarlo a su corro. Un poco más allá, un cine al aire libre proyectaba una película de acción. La pantalla, encuadrada por las columnatas y rematada con un frontón, recordaba un poco a la fachada de arquitectura estaliniana de la sede de los sindicatos. A lo largo de la calle peatonal Deribas, las terrazas estaban abarrotadas. Ni militares ni policías a la vista. Solo familias devorando sus helados ante unos inmuebles de color pastel chorreando estuco. En el parque municipal, una fanfarria tocaba una canción aburrida, en tanto que, más hacia el este, los combates seguían haciendo estragos. Durante toda mi estancia, solo fui testigo de un acto de violencia. Un hurto al descuido. La víctima, una joven rubia de figura longilínea que salía de un coche con los cristales ahumados, reaccionó agarrándose con todas sus fuerzas a las asas de su bolso de cocodrilo. El agresor huyó con las manos vacías ante unos impassibles mirones.

Un poeta de barba blanca, Boris Khersonski, me había citado en una cervecería de la calle Zhukovskogo que él frecuentaba. Comenzó contándome que, en los años noventa, un mafioso local se había hecho con el establecimiento en el que nos hallábamos. A cambio, el antiguo propietario había obtenido unas cuantas grivnas y había logrado salvar su vida. Al parecer, una práctica corriente en la época. Yo quería saber cómo habían reaccionado los habitantes a todos aquellos sucesos. «Simplemente se durmieron», me dijo. «Los días siguientes, casi no había un alma

por la calle».

Al igual que la mayoría de mis interlocutores, él creía que detrás había un complot, una maniobra de Vladímir Putin y sus agentes. El tiroteo y, a continuación, la ocupación de la plaza Kulikovo debían de ser las primeras acciones de la reconquista por parte de la Gran Rusia de aquel puerto estratégico del mar Negro.

«Se suponía que aquella chispa provocaría un caldeamiento generalizado», explicó. «Sin embargo, los conspiradores pasaron por alto un detalle que caracteriza a la gente de Odesa: su *belle indifférence*».

Pronunció sus últimas palabras en francés, subrayando cada sílaba. Boris Khersonski ama su ciudad, pero no cree en su ligereza ni en su pretendido aperturismo, como tampoco en los mitos que guarda en su memoria. «Los peores pogromos de Rusia se cometieron aquí». Enumeró una sucesión de fechas: 1821, 1859, 1871, 1881, 1900, 1905, 1919. Una carnicería casi cada diez años. Añadió: «Odesa también se mostró muy tolerante con respecto a los crímenes de Stalin», no tanto por miedo, según él, cuanto por una suerte de indiferencia.

Durante la guerra, una parte de su familia fue exterminada por los nazis y sus tropas de refuerzo rumanas. Los judíos, al menos aquellos que no habían huido, es decir, cerca de doscientas mil personas, desaparecieron de modo fulminante en el otoño de 1941. Se plantaron abedules en la plaza Khvorostovskaya, de donde los deportados partían rumbo a los campos de Transnistria. Uno por cada persona justa. «Solo hay veintiuno», exclamó Boris Khersonski. «¡Veintiún árboles para un millón de habitantes! Y por ese puñado de justos, ¿cuántos delatores, traidores, aprovechados, acaparadores de bienes?».

8

Niania debía de haber conservado vivo el recuerdo de los motines de 1881 que siguieron al asesinato del emperador Alejandro II: varios días de pillaje y asesinatos perpetrados por canallas embriagados por el vodka con el consentimiento de la policía secreta. Según sus papeles, ella acababa de cumplir diez años. Una fecha de nacimiento ficticia, como todo lo demás. Seguramente hubo de aparentar más edad para poder abandonar ella sola la Rusia zarista. Aunque hubiera tenido un par de años menos, habría seguido teniendo edad para comprender lo que sucedía. ¿Habían saqueado su casa? ¿Habían vejado a su padre? ¿Se había refugiado ella en el olvido o había hablado de ello a sus allegados? En una de sus novelas, mi abuela describe a una Enta «agazapada en el armario, jadeante, aguzando el oído por si había gritos y a la espera de posibles pogromos». La formulación es extraña. Los pogromos son evocados como una eventualidad, como un hecho del pasado, como una pesadilla que la perseguía incluso hasta su exilio. Desconozco si un día rasgó el encantador velo de sus recuerdos. En todo caso, aquel miedo suyo a la muchedumbre, al brusco estallido

de violencia colectiva, se lo transmitió a su hijo y más allá.

Su decisión de abandonar a los suyos y de atravesar toda Europa en tren entrañaba asimismo su deseo de huir de aquella amenaza, la cual regresaba cada año en la Pascua, al mismo tiempo que el granizo y los primeros brotes. Desde París, David le enviaba cartas de amor y de esperanza. «Es una ciudad sorprendente», le escribía él, «donde los policías te miran caminar sin arrestarte, incluso sin injuriarte». La veo recorriendo las avenidas trazadas a cordel y bordeadas por acacias en flor — por las que un año antes se paseara con su amante—, con la carta guardada en el bolsillo y ladeando la cabeza toda vez que aparecía un uniforme. Seguramente tuvo que asediar al *ouriadnik*, el agente de policía, para obtener su pasaporte falso lleno de sellos y matasellos en cirílico. Con un gesto torpe, tal vez hubo de sobornarlo con sus ahorros. Concedoras del secreto, sus dos hermanas menores, que aún no se llamaban Katia y Rita, sino Kela y Rouklia, la acompañaron hasta la estación. Antes de subirse al vagón, lloró en sus brazos y, después, desapareció en un compartimento con su canotier y su samovar.

9

Primero me dirigí a la sinagoga central, que, por casualidad, se hallaba pegada a mi hotel, en la calle Yevreyskaya, «la calle judía». Delante de la escalinata, un quiosco de tejado bizantino ofrecía «*falafels* de Jerusalén». En el cabal momento en que empujaba la puerta, una nube de chiquillos salía de allí con sus *tsitsits* flotando por encima del pantalón. El edificio, que durante el periodo comunista sirvió sucesivamente como *cabaret*, museo y, finalmente, gimnasio, estaba en plena resurrección desde la llegada, a finales de los años ochenta, de un rabino de Israel. Aquella mañana, el *rav* Shlomo Baksht no estaba. Su ayudante me mandó a los archivos regionales, instalados desde 1921 en otro lugar de culto, un poco más abajo en la misma arteria: la sinagoga Brodsky, célebre en otros tiempos por sus coristas y sus jazes. ¿Acaso cantó David allí alguna vez?

Hoy en día es un edificio tambaleante de estilo morisco, recubierto con un enlucido de color negro semejante al alquitrán. Para no derrumbarse, reposa sobre dos tablones de madera inclinados. La fachada desaparece bajo su corsé protector. La sala de rezos ya no existe. La antigua nave alberga una suerte de colmena burocrática, decenas de alveolos apretados unos contra otros y repartidos en cinco plantas. La conversión de este prominente centro de la vida judía, mencionado en los *Cuentos de Odesa*, de Isaac Babel, en un lugar para almacenar documentos administrativos, en particular ficheros del Registro Civil, revela la ambivalencia de la ciudad con respecto a su historia. Odesa se comporta un poco como un ordenador que no cesa de acumular datos al tiempo que limpia su tarjeta de memoria.

Me encontré en una celdilla iluminada por neones que encuadraban una ventana

ojival frente a un hombre rubio de ojos azules y aspecto fatigado que hablaba por un teléfono de baquelita. En su mesa se hacinaban viejas carpetas polvorientas, una cruz ortodoxa, un archivador para las firmas y un sacapuntas de manivela que debía de ser de una época en la que había pactado no echar a perder el mobiliario del despacho. El empleado me preguntó a qué se dedicaba mi bisabuelo. Con una voz vacilante le respondí: «Cantante de ópera».

«¡Ay, qué pena!», soltó con la satisfacción del funcionario que acaba de detectar un error en un formulario. «La Unión Soviética no conservaba los expedientes relativos a esa profesión». No me atreví a preguntarle por qué el régimen comunista quería borrar la memoria de aquel oficio, *a fortiori* en una ciudad célebre por sus músicos. «¿Dónde vivía él?». Yo no tenía la menor idea. En mi casa se decía que pertenecía a una familia muy religiosa del gueto. Ahora bien, en Odesa no había gueto alguno. Los judíos podían instalarse en cualquier parte. Los más pobres, lo cual debía de ser su caso, vivían en Moldavanka, un vasto barrio de las afueras que se extiende al norte del gran mercado Pryvoz y que sirve también como marco a los cuentos de Babel.

«¿El barrio de Moldavanka?». Pareció percatarse de mi apuro. «Está bien, pero es grande», añadió con una sonrisa irónica. Quiso saber cuándo había emigrado mi abuelo. «¡Qué mala suerte! Por tres años. Se fue justo antes del censo de 1897». Estuve a punto de decirle que no estaba seguro de las informaciones de las que disponía; que la fecha de nacimiento de David el «4 de mayo de 1854» se me antojaba dudosa: cuarenta y un años parecían muchos para cambiar de vida. Podría haber mentido acerca de su edad para librarse de la circuncisión, pero tuve miedo de formular esta hipótesis ante un representante de la autoridad, no fuera que con ello agravara su caso y también el mío. Me disponía a preguntarle acerca de Enta Fainstein/Hélène Macagon cuando comprendí que estaba impacientándose. Se quitó las gafas rectangulares, pasó el revés de la mano sobre sus ojos exhaustos y concluyó: «De todos modos, no puedo hacer nada: la sala de lectura está cerrada».

Fue entonces cuando conocí a Yulia, una bibliotecaria de la Universidad de Odesa. Castaña con un aire triste, me invitó a beber un té en el parque municipal. Las sillas de las terrazas eran acolchadas, como en el Prado de Viena. El rumor de una fuente se mezclaba con el de los clientes. Su contacto me lo había dado el padre de un amigo que buscaba a uno de sus antepasados. Ella se ofreció a ayudarme, cosa que ya había hecho por otros por una suma módica. Le interesaba el pasado judío de la ciudad y se ganaba un dinerillo extra explotando la reciente pasión del público por la genealogía.

Ella trataba de tranquilizarme. Sin duda tenía que subsistir alguna huella en alguna parte de los archivos. Durante sus investigaciones nunca se había topado con ningún Boltanski: «¡Este apellido no me dice nada! ¡En cambio, Boltyanski, con i griega, está extendidísimo! Igual que Fainstein». Me confirmó que los errores de transliteración del cirílico eran frecuentes. La sílaba «té» bien podía convertirse en un

«cha» o un «tié». ¿Acaso ese célebre sonido palatal de cuya presencia sospechaba mi abuelo se escondería no al final, sino en la mitad de nuestro patronímico?

¿Podría David haberse registrado en otro lugar? ¿En Balta, por ejemplo, aquella localidad del oeste de Ucrania de donde quizá extraía él su nombre? «Es posible», prosiguió Yulia. «En ese caso, será preciso dirigirse a los archivos regionales de Khmel'nitski». Para encontrarlo, parecía dispuesta a consultar toda suerte de bases de datos, a desplazar montañas de papelajos, a escarbar en las entrañas administrativas de la Rusia zarista. Por el contrario, no creía demasiado en aquella historia del nuevo Chaliapine: según ella, David no habría podido unirse a una *troupe* de ópera debido a su religión. Volvió a lucir el mismo semblante desanimado del principio: «¿Está usted seguro de que, en realidad, no actuara en una pequeña compañía teatral judía?».

10

No sabía muy bien lo que había venido a buscar. ¿Acaso una dirección? ¿Un inmueble? ¿Elementos biográficos? ¿Tumbas? ¿A los muertos o a los vivos? Caminaba sin un objetivo preciso. A la entrada del barrio de Moldavanka, un trolebús azul surgió en medio de un estrépito de ejes de transmisión. Unos rostros barbudos dibujados con plantilla, probablemente unas figuras heroicas que venían desde muy atrás en la historia del mundo, destacaban sobre una deslustrada tapia. A ambos lados, las bajas casas parecían abandonadas. Balcones devorados por viñas. Herbajes y girasoles crecían en medio de la acera, como si la vegetación hubiera salido aventajada tras un cataclismo. Por todas partes, porches que daban a callejones sin salida, diminutos patios plantados de avellanos, jardines rodeados de empalizadas de madera desconchada. El silencio. Tan solo se oía el rumor de la hojarasca de minúsculas hojas secas empujadas por el viento sobre el asfalto, como un leve canto de cigarras. Ningún coche, salvo un Jigouli viejísimo que un anciano trataba de arrancar empujándolo por la calzada, ni transeúntes, o pocos: un tipo con el torso al aire y un botellín de cerveza en cada mano; otros dos hombres en pantalones cortos con el aliento exhalando alcohol. Temblé al cruzarme con ellos. Pensé que en la época de mis bisabuelos aquellos efluvios señalaban la presencia de un enemigo.

Al volver sobre mis pasos, me llamó la atención un tumulto ensordecedor. En un garaje al descubierto, los mecánicos que lavaban los coches, medio desvestidos y tatuados hasta los huesos, bailaban al ritmo de un desenfrenado rap ucraniano en torno a un Land Cruiser que era el último grito. Boxeaban contra el aire alrededor de sus mecánicas de acero, se sacudían por el efecto de las mangas de incendio, pegaban brincos en medio de charcos blanquecinos. Sus chorros de agua difractaban la luz estallando en un halo espumoso contra las rutilantes carrocerías. Un miliciano con uniforme verde, apostado en el otro lado de la calle frente a un edificio oficial, observaba aquella ópera tecno mientras hacía crujir las pipas de girasol entre sus

dientes.

Mi búsqueda se malogró. Me lanzaba sobre los menores elementos susceptibles de apuntalar los fragmentos de memoria que habían llegado hasta mí. En el mercado Pryvoz, me extasié ante los puestos de anguilas, caballas y arenques ahumados. Por la tarde, sentado en la Tavernatta, que se había convertido en mi cafetería habitual, engullía *varenikis* comparándolos con los de Mère-Grand. Trataba de poner imágenes, sonidos y olores tras unos jirones de historia.

El día de mi llegada había corrido hasta la escalera de los Gigantes. Al llegar a la cornisa, me decepcionó. Ignoraba yo que desde lo alto de la estatua de Richelieu no se ven sus ciento noventa y dos escalones, sino sus seis rellanos formando un mar en calma color estaño. El gigantismo de la obra solo es perceptible desde abajo, desde el puerto, un cúmulo de cemento. No descubrí la superchería hasta tres días más tarde, con ocasión de una visita al puerto. Fue entonces cuando comprendí por qué Eisenstein había situado en este cabal lugar el aplastamiento de la revolución. La escalera representa el poder o, para ser más exactos, su ilusión. Parece casi imposible que las humildes gentes congregadas a sus pies puedan escalarla. Por el contrario, aquellos que se encuentran en su cima, los ricachones, creen contemplar una superficie plana. La jerarquía, para el pueblo. La horizontalidad, la igualdad, para la élite. Después de ver *El acorazado Potemkin* cuando era niño, durante mucho imaginé que el bebé del carrito que se embala escaleras abajo era mi abuelo, idea de todo punto absurda, puesto que nació veintinueve años antes, en Batignolles para más señas.

11

No había manera de encontrar a los principales protagonistas de la masacre de la plaza Kulikovo. Cada vez que me mencionaban un apellido, acto seguido me precisaban que la persona estaba huida, refugiada en algún lugar, casi siempre en Moscú, o que se la había dado por desaparecida. Probablemente muerta, asesinada. Ni una sola huella del autor de los primeros disparos en el centro de la ciudad, un gánster apodado el Marino, ni tampoco del comisario adjunto de la Policía, un tal Fuchedzhi, sospechoso de ser uno de sus cómplices. Imposible también encontrar a los *hooligans* proucranianos del Chernoye Morets, el club de fútbol de la ciudad, que habían asaltado la sede de los sindicatos. Podemos comparar Odesa con una enorme lavadora; con una inmensa escena del crimen donde cada cual se esfuerza por enmarañar las pistas y borrar de manera progresiva sus menores huellas.

La víspera de mi partida conseguí las señas de un tal Alexandre. Me dijo por teléfono que nos viéramos delante de la ópera. Que me citara en semejante lugar, aunque fuera por mera comodidad, me divirtió. Vi llegar a un tipo cachas de uno noventa acostumbrado a recibir golpes y, sobre todo, a asestarlos. Patrono de una

fábrica de conservas, jamás salía sin su casco ni su bate de béisbol. Por si acaso, decía. «En cuanto recibo una alerta por SMS, me dirijo de inmediato al lugar indicado con mi material».

El 2 de mayo de 2014 había participado en el ataque contra los prorrusos. No los designaba por otra cosa que no fuera el apodo «*kolorades*», los doríforos, debido al lazo naranja con rayas negras, los colores de la Orden de San Jorge, que llevan todos ellos en las muñecas. Al inicio de los combates, arrojó varias botellas incendiarias contra su barricada, erigida detrás de las columnas. «Este edificio construido por Stalin es sólido», subrayó. «Pero en la puerta de roble acabó prendiendo el fuego». Afirmaba haber ayudado a los sitiados a escapar de la hoguera animándolos a saltar una valla. Juró haber evacuado a heridos graves hacia las ambulancias. «Pero a los que estaban en forma, los poníamos de rodillas y les dábamos una somanta de palos. Es normal. Estábamos enfurecidos».

12

Existe una última explicación para que Grand-Papa rechazara conocer Odesa: el temor a no encontrar su sitio en el lugar mismo donde sus padres nacieron y crecieron; a sentirse un extraño allí; a descubrirse a sí mismo diferente, no de los demás, sino de los suyos. Temor a percatarse de la inmensidad de cuanto no le habían transmitido, todo lo que habían sepultado en lo más profundo de su ser o lo que habían logrado olvidar: las pilas de panes trenzados en los escaparates de las panaderías; los olores a ajo en los patios; el chirrido del tranvía; el vendedor de periódicos puerta a puerta; los ruidos que se atenúan lentamente el viernes por la tarde; en definitiva, todas esas pequeñas cosas que formaban su día a día. Y también ese vértigo por no deber la vida más que al exilio o al azar; al hecho, precisamente, de estar fuera. Vértigo por saber que el asesinato aguardaba a cuantos se habían quedado allí. En sus *Relatos de Ellis Island*, Georges Perec escribe que él podría haber sido «argentino, australiano, inglés o sueco», pero «en el abanico prácticamente ilimitado de aquellas posibilidades», una única cosa le estuvo «precisamente prohibida: la de nacer en el país de mis antepasados, en Lubartow o en Varsovia, y crecer en la continuidad de una tradición, una lengua, una comunidad».

13

Como cada tarde, actuaba una orquesta de *klezmer* muy conocida en la cervecería Gambrinus. El repertorio era clásico. Tras interpretar *A orillas del mar Negro*, la canción más célebre de Odesa, el cantante entonó *Tefillin* tanto en ruso como en yidis. Finalizó su recital con un himno comunista antes de explicar, en tono de broma, a un

público escaso, que aquel incómodo pasado era cuanto le quedaba. Después se peleó con los demás músicos por el reparto de los ingresos.

Odesa es una ciudad judía sin judíos. En cualquier caso, sin judíos de aquí, a excepción de algunos supervivientes. De ese pasado tan solo subsiste una mentalidad, un cierto espíritu en el mismo sentido en que hablamos de los aparecidos. Espectros que, según cuentan, frecuentan los castillos. Sobre todo, un humor que se ha convertido en su marca comercial, con su festival anual y sus divertidas historias repetidas en bucle. Una risa: eso sí, de ultratumba.

Anna Missuk me aguardaba frente al Museo de Literatura, donde trabajaba como conservadora. Hacía buen tiempo. Propuso que fuéramos a un jardín colindante lleno de esculturas burlescas inspiradas en novelas acerca de Odesa. «Para los habitantes de Odesa, bromear es como respirar», declaró ella frente a una estatua ubicada a la entrada del jardinillo que representaba a un «Rabinovitch» —aquí, el judío de los chistes se llama siempre Rabinovitch— con su gorro encasquetado en la cabeza, una maleta en la mano y la mirada dirigida al cielo. Según un letrerito, el Altísimo está diciéndole: «¡Quédate! Es necesario que en Odesa haya al menos un Rabinovitch». Anna Missuk se había quedado. De pequeña, a veces acudía a la única sinagoga aún activa, relegada a las afueras de la ciudad. Cada año, en las vísperas de la Pascua, llevaba harina para preparar pan ázimo. Su padre, funcionario, miembro del Partido, no se atrevía a ir allí. En la sala de oraciones, se cruzaba con algunos fieles: «Gente muy mayor que ya no temía a nada más». Aun cuando la comunidad estaba renaciendo, ella hablaba de aquel mundo como si hubiera desaparecido. Estaba desasosegada. Desconfiaba tanto del «imperialismo ruso» como del «estúpido nacionalismo ucraniano», si bien, de entre los dos males, se quedaba con el segundo. «Putin nos ha arrastrado al cementerio», soltó. Al irme, le di mi tarjeta, como para reparar un descuido. La leyó y, sin manifestar ninguna curiosidad concreta, me dijo, al tiempo que me estrechaba la mano: «Uno de mis familiares también se apellida Boltyansky. Vive en Nueva York».

14

Al regresar a Francia, inicié los trámites administrativos para respaldar a Yulia en sus investigaciones. Antes de acceder a la sala de lectura de los Archivos Nacionales, en Pierrefitte-sur-Seine, es menester depositar los efectos personales en una taquilla del vestuario. Uno se despoja de cuanto tiene, tal como un peregrino a La Meca, de cuanto es, de cuanto nos sirve de interfaz con los otros: abrigo, bolso, teléfono móvil. Incluso los bolígrafos están prohibidos, como si fuera preciso dar muestras de humildad, abnegación y ascetismo antes de afrontar su pasado. Aislado del mundo y en una situación de completa desnudez, abrí la funda gris que contenía el expediente de naturalización de mi bisabuelo, David Boltanski.

Su solicitud databa del 22 de noviembre de 1906. Se trataba de una carta modelo escrita a mano y dirigida al ministro de Justicia: «Señor ministro, tengo el honor de solicitarle que tenga a bien concederme la condición de francés». Por entonces vivía en el 12 bis de la Rue Descombres, siempre en el distrito 17.º. Una vez más declaró que había nacido el 4 de mayo de 1854 en Odesa, pero a modo de partida de nacimiento no presentaba más que «un acta de notoriedad», una declaración hecha por unos testigos ante el juez de paz. En la ficha de la Policía figuraba el nombre de su padre: Moïse. A continuación, había un cuestionario:

- ¿Montante del salario del candidato? 350 francos.
- ¿Posee una fortuna personal? No.
- ¿Por qué motivo solicita el candidato la naturalización? Porque todos sus intereses están en Francia.
- ¿Cuál es su postura política? Ninguna.
- ¿Ha abandonado, como según parece, toda voluntad de regresar a su país? Sí.
- ¿El candidato todavía tiene padre y madre? No.
- ¿Tiene hermanos o hermanas? No.

La lectura del acta procuraba un sentimiento de vacío. David Boltanski flotaba en el espacio. Ya nada lo unía a su base de lanzamiento. Había perdido el contacto con la tierra. Sin familia, a excepción de la que acababa de crear. Un huérfano. Un renacido. A menos que todo fuera falso. Sus respuestas podían estar únicamente destinadas a facilitar la aprobación de su expediente. En la prefectura, se prefiere a un inmigrante libre de toda traba, lo cual facilita la integración y aleja el peligro de un reagrupamiento familiar.

Hice partícipe a Yulia de mis parvos descubrimientos. Yo pensaba que el nombre del padre de David, Moïse, podría serle útil. Me respondió al cabo de dos semanas. Un breve correo electrónico redactado en inglés, nuestra única lengua común:

«Unfortunately I have no more information for you. I looked for Boltansky family in Odessa and Balta documents, but found nothing. Sincerely, Yulia»^[8].

No conocí a Niania. Por el contrario, guardo un vago recuerdo de su hermana, Katia, en su casa, un apartamento situado detrás de Saint-Philippe-du-Roule. Se trata de una visión a la altura de un niño, al ras de la mesa baja, de unos vasos de vidrio grueso con el borde de latón posados sobre un tapete de encaje y, por encima, una mujer fuerte, vestida con una blusa de chorreras, sirviendo un té hirviendo y preguntando — a voz en cuello y con un fortísimo acento— a sus invitados, visiblemente horrorizados, si querían una rodaja de limón. Seguro se trate de un sueño o de una reconstrucción *a posteriori*. Lo mismo que la imagen de su marido, Gaston, en la que

se me aparece como un viejo de aspecto enfermizo, sentado aparte en su sillón, refunfuñando entre medias de sus ataques de tos, de aspecto parecido a Noël Roquevert en su papel de funcionario jubilado en la película *El asesino vive en el 21*, de Clouzot.

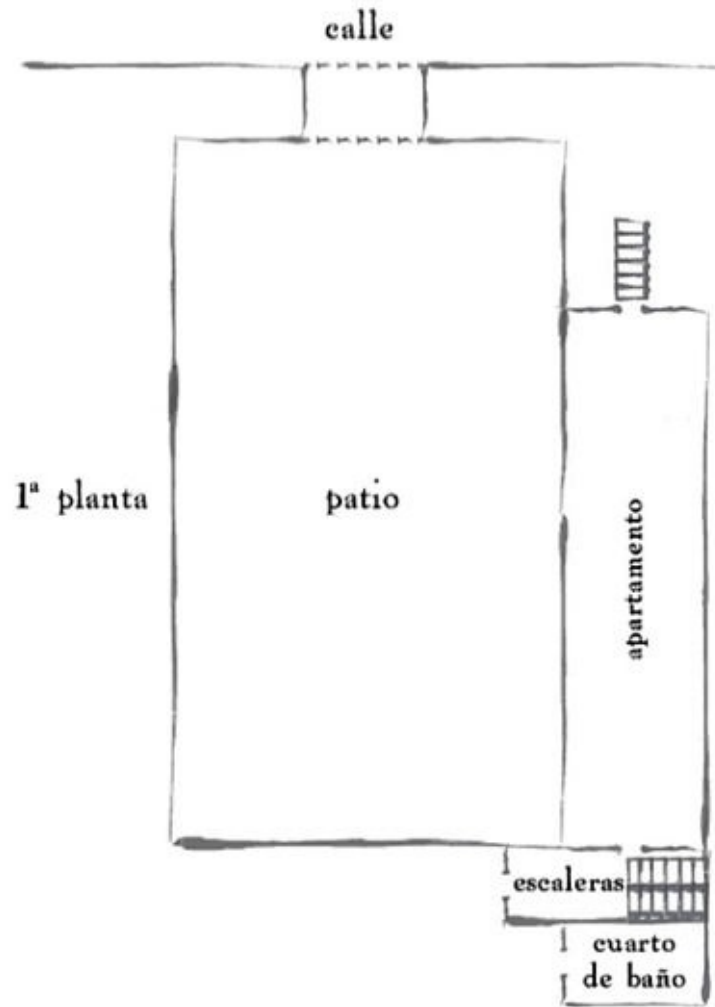
Cuando de niño Christian iba a verlo, su madre lo avisaba: «Ojo, es el tío que no sabe nada». Gaston lo ignoraba todo o casi todo: que su cuñada pertenecía al Partido Comunista Francés; que su esposa no se llamaba Katia, sino Kela, y que acudía a las iglesias ortodoxas sin realmente conocer los ritos; que la lengua gutural en la que conversaban ella y su hermana era germánica mezclada con hebreo, y no eslava; que la comida que él tomaba apenas tenía nada de rusa. Se habían conocido en un hospital de campaña durante la Primera Guerra Mundial. Ella, enfermera, voluntaria igual que Niania; él, convaleciente. Cada cual permaneció en su papel durante el resto de sus días. Él jamás se repuso de sus heridas. Siempre estaba enfermo, descontento. Un pintor fracasado que trabajaba como ilustrador para las guías Michelin, un alsaciano reaccionario y antisemita. Durante la Ocupación, acabó oliéndose alguna que otra cosa. Desde entonces, de vez en cuando decía apretando los labios: «Mi mujer tiene un origen un poco judío».

Katia fue la primera en reunirse con su hermana, en la primera década del siglo xx. Rita emigró mucho más tarde. Durante la guerra civil en Odesa, había conocido el terror blanco, los pogromos, el embargo, la hambruna. Cuentan que su padre había muerto de hambre en sus brazos. Consiguió escapar de Rusia con un inglés, un antiguo corredor de automóviles convertido en representante de material agrícola. Vivían en Brighton, en una enorme casa sumida en una perpetua penumbra. Sin blanca y casi ciega, pasaba largas temporadas en Rue-de-Grenelle, sobre todo, al final de su vida. Niania la alojaba con ella y la llevaba a Bourbon-Lancy, una estación termal de Borgoña. Rita afirmaba que los hoteles estaban siempre sucios e insistía en llevar sus propias sábanas y cubiertos. En público, adoptaba modales excéntricos que ella confundía con señales de elegancia. Una vez, al regresar de su cura, le deslizó en el bolsillo una moneda al chófer del automotor: «*Ha condussido usté vienn. ¡Tenga, vinte séntimos!*». También llegó de Rusia, con una ópera compuesta por él, un extraño visitante que aseguraba ser un primo lejano. No se separaba jamás de su *libretto*, ni siquiera por la noche. Al cabo de quince días, anunció lo siguiente: «Me voy a Estados Unidos. Oiréis hablar de mí». Mi abuelo nunca volvió a tener noticias suyas.

Niania sale todos los días vestida con su capa de enfermera. Encima de su estrella amarilla ha colocado su cruz de guerra guarnecida con una palma, como si esos dos signos distintivos se anularan el uno al otro. Se cree protegida por esta rudimentaria

aritmética. Más uno, menos uno, un valor absoluto igual. Seguro que, mientras camina, recita mentalmente las palabras codificadas que acompañan la entrega de su condecoración, como si de fórmulas mágicas se tratara: «prestó su servicio con valentía», «no teme a», «a despecho de la intensidad de los disparos de la artillería enemiga», «en concreto, en el hospital...». Se equivoca de guerra. Sigue rindiendo culto a Philippe Pétain, «el héroe de Verdún», y prefiere fustigar a los de su entorno, a pesar de las leyes antijudías firmadas y ejecutadas por él mismo a fin de hacerlas más rigurosas todavía. Adora a los militares, en especial los que lucen galones. Uno de sus amigos más próximos, Gustave Manton, es jefe del Consejo del Ministerio de Guerra, un funcionario, antiguo oficial, que sabe interpretar la política que subyace bajo la frialdad de los textos oficiales. Él y su esposa le suplican que se muestre más prudente. Dicen que están dispuestos a esconderla en su casa, en el número ocho de la Rue de l'Assomption, en el distrito 16.º. Ella acepta, pero continúa deambulando por París con su grisgrís. Ya no vive en Rue-de-Grenelle. Desde entonces, el apartamento del primer piso está vacío.

CUARTO DE BAÑO



Encaramada a un taburete, se contemplaba haciendo muecas. Inclina la cabeza, la giraba a un lado, al otro, alzaba los ojos, fruncía el ceño, estiraba la boca, adelantaba los maxilares, mostraba los dientes, inflaba las mejillas, encogía el cuello. Modificaba constantemente el ángulo de visión para poderse mirar en su plenitud. El espejo extendido por encima del lavabo devolvía una imagen fragmentada de ella. Marie-Élise, Myriam o Annie Lauran aparecía multiplicada por las cuatro placas de cristal azogado que componían aquel inmenso espejo. Cada panel, recubierto en su parte posterior de finas hojas metálicas creando curvas, formas onduladas semejantes a siluetas femeninas, reflejaba una porción diferente de su anatomía. Los cristales recortaban su cuerpo en rodajas, como para así resaltar su desarticulación interior, sus miembros inertes, sus músculos atrofiados, aquellos nervios que ya no respondían. Las bombillas incandescentes, alineadas de cuatro en cuatro alrededor del marco de madera blanca, arrojaban una luz cruda sobre el mosaico de su rostro, brindando al cuarto de baño la apariencia del camerino de un artista.

Incluso en ese lugar que, tal y como revelaba la presencia de un cerrojo en la puerta, supuestamente preservaba su intimidad, apenas si se desvestía. Se vislumbraban sus antebrazos, su cuello descarnado, en ocasiones sus hombros huesudos o el inicio de sus pequeños senos por el escote de su camiseta sin mangas. Después de un lavado rápido por medio de compresas húmedas, reparaba sus miembros desiguales untándolos de sustancias pegajosas. Se embadurnaba de polvos, base de maquillaje, espumas, emulsiones, leche regeneradora, aceites esenciales, agua termal, espray, una máscara de barro. Rosa brillante para los labios, sombra azul en los párpados, colorete en las mejillas, una raya dibujada al ras de las cejas con el lápiz de ojos, crema autobronceadora en las manos. Recurría a una loción diferente para cada una de las piezas del puzle que se desplegaba ante ella. No se lavaba, se maquillaba, se preparaba como un actor antes de entrar en escena, ensamblaba las extrañas partes visibles de su persona, creaba un papel y lo interpretaba, como si fuera su muleta, a fin de no caerse.

Parecer. No otra, sino alguien como todo el mundo. Rechazar todo cuanto distingue, todo cuanto condena al oprobio: la mancilla, los estigmas del hierro candente, la pierna tórpida, el pie zopo, el paso renqueante, la estatura enana. Borrar hasta las marcas más insignificantes: el tono pálido, las grietas de la epidermis, los surcos cutáneos aparecidos en la comisura de los labios y en la frente, los poros dilatados, las mejillas caídas, las bolsas debajo de los ojos, las patas de gallo, las cejas hundidas, las canas que se obstinan en volver a salir después de cada tinte. Desde la aparición de las primeras arrugas, a mediados de los años sesenta, optó por la cirugía estética. Se sometió a un *lifting* facial, al igual que una estrella de Hollywood. Le

tensoron la piel, le suturaron los músculos, le restauraron la redondez del rostro, le pulieron el ángulo del cuello. Un secreto perfectamente guardado. Una clínica privada. Una operación clandestina. Cicatrices invisibles que pasaban por debajo del lóbulo y ascendían hasta el pliegue de la oreja. Un tema prohibido, incluso por alusión.

2

Sus esfuerzos no estaban tan dirigidos a retrasar su inevitable senectud o a recuperar su juventud —¿recuperar el qué?, ¿el abandono del cual había sido víctima?, ¿a su madrina?, ¿su polio?, ¿la guerra?—, cuanto a sustraerse al paso del tiempo. Sin principio ni final. Sin tener que recorrer un camino sembrado de trampas. No quería que se supiera su edad. Una edad ni tierna, ni ingrata, ni verde, ni madura ni canónica, sino indeterminada o ausente. Le habría gustado flotar en un estado vago, en un eterno entre dos aguas. Un contador bloqueado, un vuelo suspendido, una cadena de frío que nunca se interrumpe, un cuerpo criogenizado o biónico. Se maquillaba durante horas para parecer una muñeca de cera. Vivía en un presente perpetuo. No miraba hacia atrás y mucho menos hacia adelante. Practicaba el olvido y evitaba pensar en el futuro. Las raras veces que estaba a la espera de algo, ya fuera una noticia, ya un resultado, ya una llegada, siempre presagiaba lo peor.

En Rue-de-Grenelle jamás celebrábamos cumpleaños alguno, ni el propio ni el de los demás. «Eso es algo que solo satisface al que felicita, contentísimo por su buena memoria», se mofaba ella. Felicitaciones y regalos estaban proscritos. La fecha de nacimiento de cada cual debía seguir siendo un misterio. Ella, que tenía un poder absoluto sobre todos nosotros, odiaba cualquier ceremonia centrada en su persona. No soportaba las meras palabras «nacida el»: cuando esperaba su pasaporte en una frontera, hacía toda suerte de contorsiones para impedir que leyéramos las cifras que aparecían tras la deshonrosa fórmula. Todavía veo al oficial, intrigado por sus ladinas artimañas, escrutando sus papeles con minuciosidad, y yo, presa del pánico, temiendo ser arrestado por fraude. En muchos documentos, bien dejaba la casilla en blanco, bien mentía. Muy despacio, escribía el día, el mes, luego se echaba atrás, tachaba la hoja, cambiaba un cero por un dos y se quitaba veinte años de encima. Prefería privarse de una remuneración, por importante que fuere, de un pago de la Seguridad Social, de una tarjeta de descuento tipo Vermeil o de una cartilla de ahorros antes que tener que revelar su edad.

A fuerza de rechazar todo cuanto señalara el paso de los años, mi abuela había acabado extendiendo esta prohibición a cualquier forma de conmemoración. Detestaba las festividades impuestas en fechas fijas: los festejos obligatorios, el alborozo popular por cumplir, los besos que se dan a golpe de silbato. Con la edad, su aversión hacia las alegrías colectivas se extendió incluso hasta el día de Navidad,

fiesta que sí había celebrado antes, en una época que no llegué a conocer, con fastos y generosidad. Cuando se acercaban las cenas de Nochebuena y Nochevieja, se tapaba tanto los ojos como los oídos. Esperaba a que pasaran. Desdeñaba la televisión, que vomitaba guirlandas, confetis y una falsa felicidad. Evitaba pasar por delante de los estridentes escaparates de los grandes almacenes, maldecía de la aparición, cada año más temprana, de los copos luminosos y los abetos blancos en las calles, y, en el momento en que toda Francia se daba una comilona, ella se encerraba en su casa o iba a refugiarse al cine, en sus salas oscuras y vacías. Una vez, un 24 de diciembre Christian la llevó a cenar a un restaurante *kasher*.

3

No sentía nostalgia por el pasado y desconfiaba de los recuerdos. ¿Es esta la razón por la que existen tan pocas imágenes de ella? Aparte, eso sí, de una foto que encontré por casualidad en *La máquina ha señalado falta*, atrapada entre dos páginas de un libro intonso, como si alguien hubiera querido esconderla. En la parte trasera, una fecha escrita con un bolígrafo Bic, no por ella, desde luego: 1976.

Aparece sentada. Viste una camisa de leñador de cuadros grandes, con las mangas remangadas. Lleva el pelo castaño cortado por los hombros. Su tez está anaranjada, ¿se debe a un *flash* demasiado poderoso o a la crema autobronceadora? Cierra los párpados delante del objetivo, manifestando así su negativa a posar, a prestarse a esa repetición de la muerte, a ofrecer esa mirada fija semejante a la de un cadáver arreglado para un velatorio, a mostrar lo que ha sido y nunca más volverá a ser, a poner buena cara a sabiendas de que esa cara permanecerá cuando todo haya desaparecido. Con todo, esa actitud de resistencia frente a la cámara, expresada a través de sus ojos cerrados, está corregida por una hermosa sonrisa, un ligero movimiento de la boca que le otorga un aire travieso y que revela el placer que siente al ser observada, al ser, una vez más, el centro de atención.

4

Era coqueta. Cuidaba mucho su aspecto, de forma particular su cabello, que se teñía de castaño oscuro y llevaba cortado en forma de casco, con un ligero degradado alrededor de la nuca. Para evitar tener que salir, transformaba su palacio de espejos en salón de peluquería. Como de costumbre, confiaba estas labores al señor Bondu, un hombre más que propenso al alcohol, que manejaba todo tipo de herramientas cortantes y que, al parecer, unos años más tarde murió del cuchillazo que le asestó su hijo único durante una comida familiar. Fue él quien puso los baldosines azules e instaló el espejo. Un peluquero profesional venía una vez al mes, preferentemente los

sábados, para retocarle el corte y el color.

Mère-Grand tomaba asiento en un balancín, con la cabeza inclinada hacia atrás sobre una palangana en forma de U que evacuaba los amarronados raudales en la bañera. Acto seguido, su cabeza desaparecía bajo el secador de casco de aire caliente, semejante a aquellos con los que estaban equipados los salones de la época. Un ruido de ventilador, olor a perro mojado, cavidades nasales y boca pellizcadas sobresaliendo por el casco, una mujer máquina petrificada durante horas. Una vez que su cabello estaba del todo seco y sus reflejos color caoba recuperaban el brillo, se entregaba a un par de tijeras afiladas, antes de rociarse con cierta laca envasada en un atomizador que hizo millonario a un grupo francés de cosmética.

5

El aseo no era para ella —y, por extensión, tampoco para nosotros— una cuestión de limpieza, sino de disimulo. Un poco como en la corte de Versalles, los productos de belleza le servían esencialmente para enmascarar los malos olores. Evitaba la bañera por la propensión de esta a romper cuellos de fémur y, como hemos visto, nada más se desvestía de manera parcial. Jamás estaba verdaderamente sola. Una limpieza a fondo habría requerido unas posturas un tanto arriesgadas, así como una desnudez que, ante sus hijos, la intimidaba.

De modo más general, el agua daba miedo. Se la juzgaba peligrosa. «¡Cuidado, que está helada!», «¡Cuidado, que está hirviendo!», «¡Cuidado, que se sale!». Solo podía estar o muy caliente o muy fría, como si el grifo que mezclaba ambas no existiera. El agua estancada en una cavidad cúbica evocaba para ella cosas horribles: ahogamientos, quemaduras, inundaciones, anginas de pecho, infecciones pulmonares o sótanos de la Gestapo. Nada más sonar el despertador, Jean-Élie me traía un café solo que recalentaba en un hornillo situado al fondo del cuarto de baño. Cuando se me ocurría la absurda idea de lavarme, me suplicaba que no comiera nada antes de salir del agua, por miedo a una hidrocución: nada, ni tan siquiera esa bebida azucarada que se entibiaba en mi taza. Mi tío todavía creía en ese rumor que ligaba el choque térmico a la actividad digestiva más elemental.

El frío polar, que persistía durante un largo tiempo después de encender la caldera, no incitaba a largas abluciones. El cuarto de baño tampoco se prestaba a ocupaciones íntimas. Me era imposible hojear tranquilamente las páginas de lencería del catálogo de La Redoute sin que de inmediato alguien golpeará la puerta. Era un lugar de paso, una corriente de aire que mi abuela tomaba meneando la pelvis y saliendo por patas toda vez que abandonaba o regresaba a su cuarto. Nuestra promiscuidad extrema iba acompañada de un inmenso pudor. Aquellos cuerpos que se rozaban debían ignorarse. No se ofrecían como espectáculo. Por todas estas razones, Rue-de-Grenelle no había sido invadida, pese a su vocación médica, por ese

gran principio de salubridad pública que consiste en consagrar cada día un poco de tiempo a la higiene personal. Christian jamás vio a sus padres dándose un baño y asegura que él mismo tuvo que alcanzar la edad adulta antes de proceder a un aseo completo de su persona. «Fue una ducha», precisa.

6

Éramos sucios. Yo el primero: uñas negras medio comidas; el reguero azul dejado por una pluma estilográfica de la marca Sheaffer en el borde de mi mano izquierda, que es con la que escribo; unas greñas largas y mugrientas, el pelo rizado lleno de nudos que mi segunda abuela, muy exigente respecto a la limpieza, al contrario de la primera, atacaba con un escarpador, suerte de rastrillo que laboraba el cuero cabelludo. La moda de la época tampoco ayudaba nada: unas patas de elefante deshilachadas, un abrigo afgano que todavía olía a animal, una parka verde con capucha guarnecida de una piel falsa que yo me entretenía en arrancar mechón a mechón. Una ropa que me volvía a poner un día tras otro por una mezcla de descuido y superstición; en concreto, una camiseta de rayas anchas en naranja y blanco que, supuestamente, me daría suerte; un par de Clarks hechos polvo transformados en pisamierdas; unos calcetines Tati que enseguida liberaban un olor a gas ciudad (un día, mis padres, creyendo que había habido una fuga, marcaron el número de emergencias y vieron cómo desembarcaba una cuadrilla entera de bomberos con su camión rojo, su escalera telescópica, bombas de incendios y hachas).

En sexto, el profesor de mates, un hombre seco con una silueta larguirucha, no sé con qué pretexto confiscó mi cartera, una mochila del ejército americano que había comprado en una tienda de excedentes militares situada detrás de la estación de Montparnasse, y recubierta de diversos garabatos, entre los cuales no podía faltar el inevitable símbolo de la paz, un círculo trazado por una mano torpe y atravesado por una barra central y una uve del revés. Con una mueca de repugnancia, blandió su trofeo delante de la clase, lo puso bocabajo agitándolo y lo soltó. Las correas no estaban cerradas, de modo que la bolsa y su contenido se esparcieron por su mesa. Sentado a mi pupitre, asistí, ante las burlonas miradas de mis compañeros, al último suspiro de aquella especie de joroba color caqui que no me había abandonado en dos cursos enteros, al destripamiento de aquella flácida excrecencia de mí mismo, a mi propio colapso. En medio de manuales con las esquinas dobladas, de libros con la portada rasgada, de hojas volantes, de bolas de papel y los despojos del US Army, flotaban algunos clínex usados, secas y acartonadas cáscaras de clementina, bolígrafos que perdían tinta y con el extremo mordisqueado, así como migas de galleta. Un espectáculo que, sumado a mi atuendo, me valió durante mis dos primeros años de instituto el apodo de Clodo^[9].

En calidad de antiguo vicepresidente de la Unión Internacional de Higiene y Medicina Escolar y Universitaria, Grand-Papa había teorizado sobre esta desidia general: «En un mundo limpio, es preciso estar sucio —repetía él—. Las bacterias nos protegen». No lavarse era, a su parecer, un medio para reforzar nuestras defensas. A todas luces, estaba pensado en el único microorganismo que había azotado esa casa: la polio.

Las primeras campañas de lucha contra el virus, en los albores del siglo xx, exhortaban a la población a desinfectar la taza del inodoro y las paredes del baño, a obligar a los niños a lavarse las manos de manera constante, a velar por que todo estuviera de un limpio inmaculado. Durante la epidemia de 1916, en algunas ciudades americanas a las señoras de la limpieza de color se les prohibía la entrada en los barrios blancos. En opinión de todos, los vectores del mal no podían ser sino la miseria, la inmundicia, la polución, la superpoblación y la insuficiencia de las instalaciones sanitarias. Cuando, a sus treinta y nueve años, Franklin Delano Roosevelt, el futuro presidente de los Estados Unidos, se contagió en una isla próxima a la frontera canadiense, la percepción de la enfermedad comenzó a cambiar: ya no se trataba de un niño de corta edad ni de un pobre inmigrante, sino de un hombre robusto perteneciente a una familia acomodada.

Los médicos descubrieron que el índice de propagación de la poliomielitis era inversamente proporcional al de la mortalidad infantil. Las epidemias se multiplicaron a medida que progresaron las condiciones sanitarias, la educación y el nivel de vida. La polio era, en realidad, una enfermedad de las clases medias, de una población obsesionada con la higiene, una plaga que afectaba, sobre todo, a los países industrializados abiertos al mundo. Cuanto más protegían de la suciedad los padres a sus hijos, tanto menos desarrollaban estos su sistema inmunitario y tanto más los exponían así al virus durante la edad de escolarización.

En la casa de Désertines, el «castillo» en el que solía yo pasar mis vacaciones, no había cuarto de baño. Sí que había en la planta baja una glacial dependencia, atravesada por una corriente de aire debido a un azulejo roto y con las paredes desconchadas, que debió de garantizar esta función un siglo antes, tal y como revelaba la presencia de una mesa de mármol blanco provista de una pila y un jarrón de loza: un mueble abandonado, jamás unido a canalización alguna, cubierto de hollín y de telarañas. Para que recuperara su empleo inicial, habría sido preciso subir a pulso desde la cocina unos barreños llenos, deseablemente de agua caliente a 45 °C

o más para compensar el frío ambiental y, por lo tanto, una estufa que funcionara o una fogata en la chimenea grande, en definitiva: vaivenes de un extremo al otro de la antigua vivienda y toda una organización, incluida una importante servidumbre, de la que se carecía.

Una bomba manual situada en la linde del huerto permitía extraer agua congelada de un pozo. En verano, cuando hacía bueno, colocábamos unos biombos alrededor de la fuente de hierro fundido y nos duchábamos con una regadera, gorgoriteando como los pájaros, nuestros pies dando saltitos en el barro arcilloso. Si el sol escaseaba, el aseo, todavía más. Para hacer nuestras necesidades, era menester salir, la mayoría de las veces, en medio de la lluvia y del viento. Una choza de madera al otro lado de la explanada, frente a la escalinata, hacía las veces de letrina: un lugar aterrador para un niño, oscuro incluso a plena luz del día, estrecho, lleno de moscas y que exhalaba una curiosa hediondez a materias fecales mezclada con el tufo del compost, de las plantas putrefactas. El asiento se componía de un tablón con un enorme agujero negro por el que revoloteaban trozos de papel de periódico. En la caseta a veces uno se encontraba revistas porno, abandonadas tras ser utilizadas por los jóvenes del lugar.

Myriam odiaba la tierra que la había adoptado, esa región en la que no dejaba de tiritar, ese jardín inmenso que no podía recorrer, aquella casa solariega que bien podría haber servido como decorado en una película de terror. Désertines le traía a la memoria sus vacaciones, su vida de huérfana y de heredera, el desdén que de pequeña adivinaba tras los signos de deferencia, aquellas miradas que le decían que ella no era de allí y que no se merecía aquella casa, y menos todavía las cien hectáreas y las ocho granjas que se le sumaban. Para vengarse, había dejado el lugar en el mismo estado en que lo había recibido. Después del fallecimiento de su testadora, no había tocado nada, no había realizado ningún acondicionamiento. Ni calefacción ni sanitarios. El mismo papel pintado, la misma disposición del mobiliario. Era como si la madrina hubiera sido emparedada. En vano buscábamos su momia en su dormitorio transformado en cripta, en el primer piso. Casi distinguíamos la marca dejada por su cuerpo en la mohosa tela que recubría la cama de caoba. En un rincón de la habitación había una hiladora, una rueca con la que toda la familia debió de pincharse antes de sumirse en un sueño eterno.

El agua venció a aquella casa sin cañerías. Un agujero en el tejado jamás reparado. Una pizarra arrancada de la vertiente más expuesta al viento oeste. Infiltraciones continuas. Las lluvias azotándolo durante varios inviernos seguidos. Las vigas atacadas por microhongos. La madera ennegrecida y blanda. La podredumbre apoderándose del resto del edificio por capilaridad. La formación de ampollas y el abombamiento de los yesos. La corrosión de los objetos de forja. Las juntas entre los ladrillos que se desprenden como si de polvo se tratara. La lenta descomposición de las alfombras, las cortinas, los enormes libros de cubiertas rojas ilustrados por Gustave Doré. Las primeras grietas. El armazón que se desmorona seguido de una parte de la fachada. Una última venganza: mi abuela, en los últimos

años de su vida, dejó que Désertines periclitara. La prisión de su infancia no debía sobrevivir a ella. Los robos en serie la desposeyeron de los pocos muebles que se habían salvado de las aguas. No quedaba nada. La casa se vendió al precio del terreno.

9

En Rue-de-Grenelle, el suelo del cuarto de baño también se derrumbó una tarde del año 1956. Se había podrido, aunque, desde luego, no en razón del uso intensivo del lugar. Me inclino más por la hipótesis de una fuga no detectada. Dicen que podría haber muerto alguien. La mampostería y la bañera que reposaba sobre ella se hicieron trizas al estrellarse contra la sala de consulta, como si aquella casa quisiera ser también auscultada. Un gigantesco agujero atravesaba aquel enorme cuerpo enfermo, comunicando así las dos estancias que precisamente le estaban consagradas: salud y belleza en ruinas. Fue necesario colocar nuevas vigas, nivelar, cementar, revocar, enlucir, dar una rápida mano de pintura: económicas reparaciones efectuadas, a buen seguro, por el señor Bondu.

10

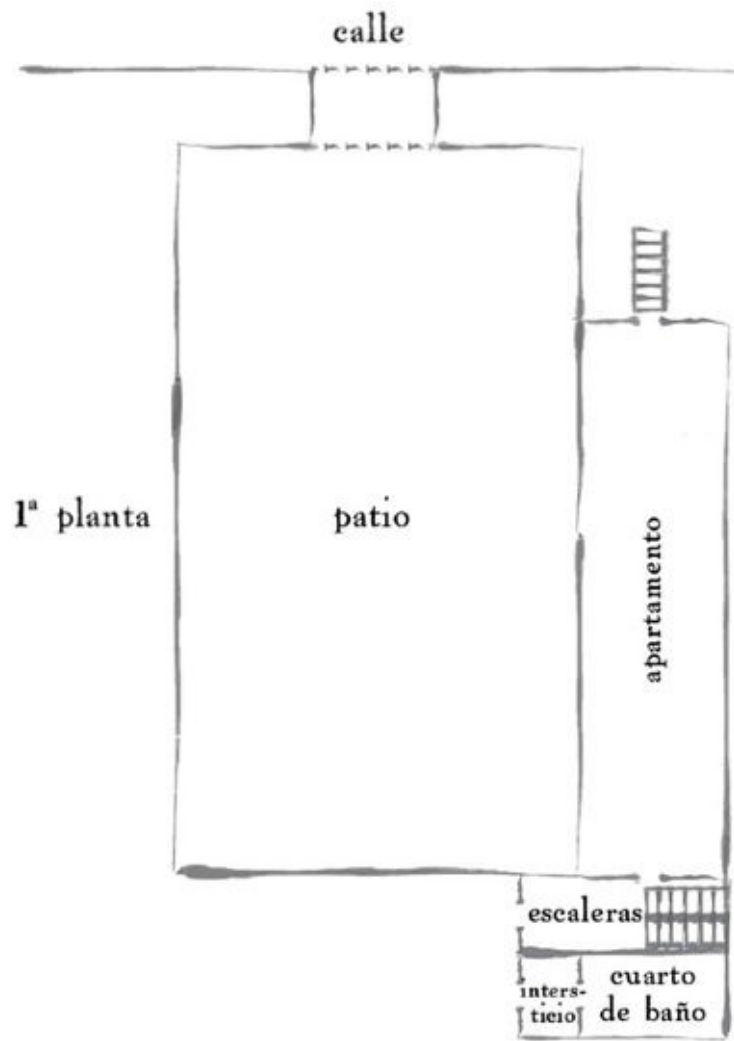
Al contrario de los seres vivos —a menos que creamos en la metempsicosis—, los lugares pueden morir y renacer adoptando otra forma. Un día, el palacete de la Rue-de-Grenelle será comprado entero por un oligarca ruso, un príncipe catari o una estrella de la Bolsa de París. En una primera etapa, lo descompondrán por completo, quedando solo la fachada. Durante muchos meses, unos obreros, con sus cascos en la cabeza y medio desnudos, pulularán por el inmueble, iluminado aquí y allá por las chispas del hierro que habrá que soldar. Las excavadoras harán temblar los cimientos mientras escarban el suelo. Unas hormigoneras vomitarán millones de metros cúbicos de argamasa. Y, más adelante, el salón albergará una piscina cubierta, colmada de un agua ligeramente salada y orientada de frente a la rotonda. Las otras habitaciones comunicadas entre sí a ambos lados del patio central recuperarán su función deambulatoria. Cuadros de grandes maestros comprados en Christie's ornarán las paredes. Un Rothko presidirá el antiguo comedor, allí de donde colgaba el cuadro bélico de mi tío. La bodega será reemplazada por un garaje de dos plantas accesible mediante una rampa que desembocará en mitad del patio. En lugar de los radiadores de hierro fundido, el calor de la calefacción se distribuirá por el suelo, compuesto en la planta baja por una placa de anhidrita y, por encima, por grandes piedras de Jerusalén con reflejos grises o rosas en función de la intensidad de la luz. En el primer piso, se preferirá un parqué de teca marrón oscuro. Un ascensor de cristal

comunicará las cinco plantas.

11

Para poder instalar un *Jacuzzi*, los compradores querrán ampliar el cuarto de baño, ganar en espacio y luz, como dicen en las agencias inmobiliarias. Más concretamente, echarán los tabiques abajo, una etapa por lo demás inevitable en toda reforma de un interior. Sin embargo, su proyecto tropezará con dos obstáculos. Aparte de los tabiques de carga, tendrán que enfrentarse al hueco de la escalera, ya reducido por el futuro ascensor, así como a otro escalón al fondo de la habitación. Un escalón de gigante esta vez, con más de un metro de desnivel con respecto al resto del suelo, lo cual tiene una explicación muy sencilla: la altura bajo el techo está más elevada en la parte media del palacete, probablemente construida a finales del siglo xvii, que en sus alas laterales, cuando menos posteriores a aquella en cien años. Qué más da. El arquitecto volverá a estudiar sus planos y descubrirá una cosa curiosa: un falso techo, una cavidad bajo un espacio intermedio comprendido entre el cuarto de baño y lo que en tiempos había sido el dormitorio de mis abuelos.

INTERSTICIO



A modo de gabinete íntimo, disponía él de un rincón oscuro desprovisto de luz natural, apenas iluminado por la lamparita de una mesilla de noche, saturado de papel ajos, prendas de vestir y bibelots. Un cuchitril, un cajón de sastre incrustado entre el cuarto de baño y el dormitorio, donde ni siquiera podía estar tranquilo salvo a primeras horas de la mañana. Un nicho provisto de dos aberturas, las cuales reconquistaba cuando los demás dormían. Una ratonera tan estrecha y asfixiante como el compartimento de un tren de la SNCF. El espacio justo para una mesa, un ropero, unos estantes inestables. Ni asiento ni decoro. Una puerta de doble hoja siempre abierta. Apenas una habitación, más bien un camino. Un hiato que no se asemejaba a nada: demasiado pequeño para ser un vestíbulo, demasiado ancho para un pasillo y demasiado grande para una recámara. Probablemente debía su existencia a un error de construcción o a una suerte de remedio para unir los dos cuerpos del inmueble. ¿Era un edículo? ¿Una capilla? ¿Un pasadizo? Aquella anomalía arquitectónica no se correspondía con ninguno de los términos habituales del léxico inmobiliario. Con todo, el ombligo de la Rue-de-Grenelle no podía quedarse sin nombre: en razón de su posición geográfica y a falta de uno mejor, lo llamamos «el intersticio».

Resultaba difícil encontrar un retiro menos propicio para la soledad y el recogimiento. Él no se quejaba de ello: por más que su territorio fuera oscuro, exiguo y, sobre todo, fuera violado y pisoteado por todo el mundo, a él le gustaba. Era incluso el único lugar donde se encontraba a gusto de veras. En ocasiones, lo sorprendía al alba de pie, en bata, clavado en su choza, rebuscando, leyendo, murmurando, con los labios balbucientes, el dedo posado entre dos páginas. Lo mismo que en un gabinete de maravillas, depositaba allí sus bienes más preciados. Sus trabajos, guardados en un viejo fichero y clasificados por enfermedades siguiendo el orden alfabético: la ce para el cálculo biliar, la ge para la gastritis, la hache para la hepatitis, la u para la úlcera. Sus trajes de chaqueta, colgados al descubierto, algunos con una cinta y una insignia, otros sin ellas. Sus conferencias en el Colegio de Médicos, para no malgastar, escritas con una letra clara y menuda en el dorso de unos folios ya bastante garabateados, por regla general, sus viejos cursos del año anterior, los cuales en ocasiones estaban completamente arrugados, pues los había tirado por descuido, viéndose obligado después a repescarlos de la papelera. Su colección de papeles de naranjas, la única obsesión heredada de una primera vida modesta, viejos envoltorios arrugados, impresos con dibujos de círculos laberínticos semejantes a los mandalas indios. Y no podían faltar tampoco sus cachivaches religiosos. Su altar secreto: un icono, una virgen milagrosa, un crucifijo de madera, imágenes piadosas anotadas de su puño y letra —patas de moscas esta vez ilegibles

—, una biblia, misales, vidas de santos, manuales de piedad con las esquinas dobladas, sembrados de marcapáginas, releídos y comentados incansablemente, igual que hoyen día consultamos nuestra tableta electrónica.

2

Sobre el tablero del Cluedo acabo de alcanzar la casilla que le corresponde. Tan solo me queda descubrir el arma del crimen. Los indicios abundan. Numerosas huellas, testimonios concordantes, un perfil adecuado. En aquel intersticio, volvía a encontrarse consigo y se recomponía a sí mismo. Entraba hecho mil pedazos y volvía a salir mal construido, pero entero. Conseguía, por fin, realizar la unidad del yo. La habitación le servía de espacio transitorio entre lo de fuera y lo de dentro, entre su fuero interno y la realidad, entre los relatos imaginarios de su madre, su identidad repleta de tachones, de errores, de espacios en blanco, de omisiones y aquella sociedad de la que por todos los medios trataba de formar parte. Él también oscilaba entre dos mundos, entre un pasado vacío y un presente saturado. Estaba perdido. Avanzaba en la vida como un sonámbulo, equidistante de la vigilia y del sueño. El intersticio representaba mucho más que una zona intermediaria entre su habitación y el cuarto de baño: era su manera de ser.

3

Mi abuelo se convirtió. Sucedió a lo largo de su trigésimo primer año de vida, en plena madurez. No se trata, por tanto, de un error de juventud ni de la apuesta de Pascal estando próximo a la muerte. Todavía soltero, con una prometedora carrera por delante, en una Francia despreocupada y festiva, la de los años locos, no estaba movido por ningún interés ni por las circunstancias. Ningún matrimonio por la iglesia a la vista ni tampoco ninguna amenaza concreta. Al menos, de momento. Un mundo pacífico y próspero parecía abrirle sus puertas. Nada lo obligaba a realizar semejante acto. Ni siquiera podemos aducir la acción de fuerzas sobrenaturales: parece poco probable que una luz viva lo hubiera alcanzado en un sendero rocoso conducente a Damasco, o que hubiera visto una aparición en la cima de una colina en Bosnia-Herzegovina o que la gracia de Dios lo hubiera sorprendido tras un pilar de Notre-Dame. Tampoco encontró nada sepultado en su interior que pudiera ser como esa diminuta semilla conservada en la oscuridad a la espera de un rayo de sol para germinar.

El paso que dio era voluntario, sincero y reflexionado. Puesto que yo no soy creyente y carezco de toda cultura religiosa, me cuesta comprenderlo y, más todavía, hablar de ello. Hasta siento una especie de apuro a la hora de abordar este tema que

me trae al pensamiento, por una mezcla de ignorancia y pavor, las volutas de incienso, las oraciones recitadas con una voz monocorde como si fueran fórmulas mágicas, cuerpos retorcidos y postrados, bocas y manos pegadas a rosarios y a crucifijos, un amasijo misterioso y carnal que debería conmoverme y del que, pese a todo, yo no percibo más que lo ridículo. Cabe pensar en la vergüenza. Judío de nacimiento, Étienne Boltanski se convirtió al catolicismo. Abandonar su fe, y en consecuencia también a sus hermanos, se asemeja a una traición, con una circunstancia agravante: como si hubiera tenido un presentimiento, desertó en la víspera de lo peor para incorporarse al campo adversario, una Iglesia en guerra contra los suyos, siempre considerados como asesinos de Dios. ¿Un cobarde? ¿Un renegado? Un reproche injusto que desdeña el contexto de la época, el traumatismo de una generación entera de parias, de inmigrados que huyen de las persecuciones tras haberlo dejado todo atrás, incluida su sombra, para fundirse en su nuevo país de acogida.

No cambió de religión: adoptó una. En este terreno, partía de cero. Su pertenencia al judaísmo se limitaba a una ausencia, a un prepucio faltante, símbolo de la alianza de su pueblo con el Altísimo. No practicaba ningún culto. Es muy probable que jamás entrara en una sinagoga, a excepción del octavo día después de su nacimiento, para su *brit milá*. Lo ignoraba todo acerca de la Ley de sus antepasados, sus tradiciones, sus rituales. Era judío, consciente de serlo desde la revelación de su madre en la Avenue de Villiers y designado como tal por notas anónimas, comentarios desagradables y miradas cómplices. Él mismo no lo ocultaba. Lo asumía sin la menor vacilación. No le provocaba ni orgullo ni vergüenza. Jamás contempló cambiar su apellido. Pese a todo, aquella identidad que se le imponía estaba vacía. No remitía a nada. Sus padres habían cortado todos los hilos que los unían a la comunidad de donde eran originarios.

4

Ignoro cuál sería su estado mental en el momento en que pasó de la incredulidad a la fe. ¿Su búsqueda espiritual fue brusca o progresiva? ¿Sintió un impulso físico? ¿Una carencia? ¿Un vacío imposible de colmar? ¿Algo irreprimible en su interior? Lo único que sé es que sufría. Según Jean-Élie, su hijo mayor, «estaba muy, pero que muy mal». Cayó en una desesperación sin fondo. Tal vez incluso pensara en morir.

Además de su dificultad para situarse, a su desarraigo se añadía un dolor más reciente. Un malestar que se remontaba a las trincheras, a aquella espantosa carnicería de la cual había sido, en su calidad de médico llamado a salvar vidas, un testigo ampliamente impotente. Hoy en día, hablaríamos de un síndrome de estrés postraumático. Las secuelas psicológicas de los antiguos combatientes son de sobra conocidas: nerviosismo extremo, repliegue sobre uno mismo, dificultad para

comunicar, sentimiento de incompreensión por parte de su entorno, culpabilidad por haber sobrevivido, impresión constante de peligro, miedo a tener miedo.

Hacia su pasado como soldado albergaba una inmensa repugnancia. Ahora ya sabía de lo que era capaz el hombre. Recelaba de una civilización dispuesta a emplear contra sí misma gas mostaza y obuses de 420 mm. Con sus horrores y su absurdidad, la guerra había malogrado principalmente la única creencia que sus padres le habían legado. Siguió siendo un patriota, pero su amor por Francia no era tan ciego como antes. ¿Cómo no dudar de una república que acaba de enviar a cerca de un millón y medio de sus hijos al matadero? Incluso la ciencia comenzaba a ser sospechosa. Su curiosidad se desviaba hacia otros horizontes, como el inconsciente, el sueño, la maravilla, el más allá. Podría haber seguido los pasos de sus antiguos camaradas de clase, André Breton y Théodore Fraenkel. Optó por otra capilla. En lugar de un diccionario^[10], iba a ser la Biblia lo que él abriera al azar.

5

Antes de decidirse, buscó, anduvo a tientas, llamó a otras puertas. En un primer momento, interrogó a un rabino y, decepcionado por unas respuestas que juzgó demasiado complicadas, decidió mirar en otra parte. Como era lógico, optó por la competencia, la cual presentaba numerosas ventajas. Para un agnóstico como él, a primera vista esta se mostraba menos exigente, más abierta. Saciaba, por encima de todo, su sed de asimilación. Al entrar en la Iglesia, elegía de nuevo Francia, su hija mayor.

Tampoco sorprende que cayera en las garras del padre Altermann. En los años veinte y treinta este eclesiástico realizaba una función de conversor universal: transformaba cualquier divisa en moneda apostólica y romana. Oficiaba en el convento de benedictinos de la Rue Monsieur, en París, un refugio para muchos intelectuales en busca del absoluto que había sido inaugurado dos décadas antes por Huysmans. Grand-Papa era una presa fácil. El sacerdote le explicó que el cristianismo, lejos de oponerse al culto de sus antepasados, era su culminación, era al mismo tiempo su forma más fiel, así como la más lograda. En resumen, le dijo esto: «Al convertirse en católico, usted será un israelita perfecto». Una argumentación engañosa, pero clásica que había empleado en numerosas ocasiones como último toque. Descendiente él mismo de padres judíos emigrados de Rusia, Jean-Pierre Altermann realizaba su caza furtiva de manera prioritaria en la tierra de sus ancestros.

Entre sus trofeos de caza estaban la actriz Suzane Bing, el filósofo Gabriel Marcel, el ensayista René Schwob y muchos más. Aquel personaje austero y sentencioso era un allegado de Jacques Maritain, quien años atrás había regresado a la fe con su esposa Raïssa, otra natural de Odesa. En sus cartas al filósofo tomista, manifestaba con cada una de sus conquistas el entusiasmo de un experto espía

británico que acaba de lograr hacer pasar al Oeste a un tráfuga de la KGB: «Una de esas almas que han recibido así esta gracia divina, algo de lo que le aseguro que no soy más que un testigo maravillado, me ha rogado que le comunique su felicidad. Se trata de Charles Du Bos», le escribe. «Y ya sabe usted cuán preciada nos parecía su conversión». Uno de sus «dirigidos», François Mauriac, el cual acabará escapando a su influjo, declarará mucho tiempo después: «Si bien sus convertidos eran ya incontables, él los seguía contando».

Aun cuando la ceremonia a la que se prestó se la suele comparar a un nuevo nacimiento, equivalía asimismo a un entierro. El 24 de diciembre de 1927, en la víspera de la Navidad, en la capilla de la Rue Monsieur, tuvo que abjurar de la religión de sus padres en público. Lo imagino de pie, ante la masa de fieles, frente al sacerdote que, ataviado con un alba blanca y una estola bordada en oro, pronuncia con su dulce voz esa fórmula ritual que permanecerá en vigor hasta el Concilio Vaticano II: «Tras reconocer que fuera de la verdadera Iglesia no hay salvación, hago profesión de fe de la religión católica, apostólica y romana, y en vuestras manos renuncio a los errores de los judíos».

6

Nos equivocáramos si en su acto no viéramos más que una consecuencia del odio a sí mismo tan común en una parte de la *intelligentsia* judía de aquel periodo. Él no lo vivía como un rechazo, sino más bien como otra manera de reivindicarse judío y francés, como un medio para poner algo de orden en su caos interno e incluso para reconciliarse con sus raíces. A través de las Escrituras, descubría el sacrificio de Abraham, la huida de Egipto, el juicio de Salomón, todo un universo del que había estado privado.

Era asimismo un hombre piadoso. Cuando no trabajaba, leía la Biblia o grandes nombres de la literatura espiritual, como san Francisco de Sales, predicador de la Contrarreforma. Su *Introducción a la vida devota*, con sus consejos marcados por la sensatez y un tono bonachón, le servía de guía en todo momento. La consultaba un poco como sus revistas médicas, con un bolígrafo y una hoja para tomar notas. Ponía en ello la misma gravedad, atención y voluntad de aprender. Pasaba sus días estudiando sus viejos libros herméticos, sopesando cada palabra, en busca de inmemoriales secretos, de manera semejante a un temeroso de Dios al estudiar la Torá. En su corazón seguía anidando el mismo desprecio hacia el mundo. También llevaba él una existencia de mendigo. No poseía nada, no estaba atado a nada. Vivía atenazado por el terror de actuar mal, de cometer una falta profesional, de herir a alguien. Cada una de las respuestas que encontraba lo conducía a nuevas preguntas. Su fe estaba perforada por la duda y colmada por su fervor. Sus estallidos de alegría entrañaban siempre un trasfondo de gravedad. Habría sido un excelente *tsadik*, un

justo entre los justos.

Aquel individuo no era muy católico. Sospecho incluso que se inventó una cosmogonía personal. ¿Acaso era porque comprendía toda esa originalidad? Su práctica religiosa siguió siendo furtiva. Prácticamente la ocultaba. No conservo el recuerdo de haberlo visto arrodillado, con las manos juntas, la cabeza inclinada. Sus oraciones pronunciadas antes del alba se reducían a ligeros murmullos. Jamás se dirigía a lo divino de una manera ostentosa. Prefería contemplar desde el interior, como un místico. Su santurronería no se brindaba a la vista. Era un placer solitario. Raramente acudía a misa y menos todavía frecuentaba el confesionario. La mayoría de las veces se quedaba en la explanada, confinado en el Fiat con su esposa impedida. ¿Prefería el estudio al sermón? ¿O acaso se sentía indigno de ser recibido en la casa del Señor? ¿Se había convertido aquel judío sin Dios en un católico sin Iglesia?

A pesar de todos sus esfuerzos, nunca dejó de estar entre dos fuegos. Le habría gustado ingresar en una Francia eterna y cristiana. Llamaba a la puerta de una casa que no lo quería.

7

Desde la perspectiva tanto del ocupante como del gobierno de Vichy, su certificado bautismal carecía de valor. «No cambia nada con respecto al asunto racial, no mucho más de lo que convertiría en ario a un negro cien veces bautizado», escribió un médico miembro del Instituto para el Estudio de las Cuestiones Judías, una oficina creada por la Gestapo con fines propagandísticos. Poco a poco, una avalancha de textos le desposee de todo aquello en lo que se ha convertido para no dejarle más que una palabra de cinco letras colocada en su pecho. Una sucesión desenfrenada de órdenes alemanas y leyes francesas, con las consabidas rivalidades entre ambas, organiza su muerte social previa a su futura desaparición.

¿Por qué volvió a París? A finales de mayo de 1940, está de permiso en Désertines. Está velando a Jean-Élie, aquejado de un principio de tuberculosis, y junto a Luc, que acaba de nacer. Cuando se anuncia la debacle, decide reunirse con su cuerpo médico lo antes posible, al volante de su Hotchkiss. Sabe que, en caso de evacuación, el hospital militar de Percy, al que pertenece, deberá replegarse cerca de Royan. La historia no cuenta cómo consigue atravesar —con un niño enfermo, un bebé y su mujer discapacitada— una Francia en plena desbandada, franquear el Loira ante las tropas enemigas, colarse entre las masas de refugiados y escapar a las bombas de los alemanes. De esta desesperada huida, Jean-Élie no guarda sino la reminiscencia de una noche pasada en un castillo abandonado por sus propietarios y puesto a su disposición por un benévolo guardés.

El capitán del Cuerpo Militar de Sanidad Boltanski acaba encontrando a su equipo médico en Ronce-les-Bains, una estación balnearia en Charente-Maritime. Su

superior, al verlo aparecer de repente, le pregunta que de dónde viene y qué hace allí. Lo contempla con desconfianza, prácticamente lo acusa de espionaje: «¿Cómo sabía usted que estábamos aquí?», le pregunta. El sospechoso se defiende: «Un oficial me había avisado...». No es bienvenido. A su alrededor solo se habla de «la quinta columna». Ya se considera a «los judíos y los metecos» como responsables de la derrota. Lo despiden sin sueldo el 18 de junio de 1940, es decir, cuatro días antes del armisticio. ¿Qué hace entonces? Podría apresurarse para llegar hasta la futura zona sur o tratar de pasar al extranjero. Debe de sentir que la atmósfera pronto se tornará irrespirable. En lugar de eso, se pone su atuendo civil y vuelve a su casa. Regresa tranquilamente con su familia a una ciudad que se ha convertido en el núcleo del dispositivo nazi en Francia.

Después, se somete a las exigencias de las nuevas autoridades. Acude a la comisaría de la Rue Perronet o a la prefectura cada vez que se realiza un censo. Rellena fichas que pronto estarán en las manos de los agentes encargados de arrestarlo. Trata de introducir sus diplomas y sus hojas del servicio militar en la minúscula rúbrica prevista a tal efecto en los impresos oficiales y, a la vista del espacio concedido, comprende que las informaciones que inserta apenas tienen peso frente a otras respuestas como apellido, religión u origen racial de padres y abuelos. Rellena concienzudamente su declaración de bienes sin olvidar la mención de los terrenos en Mayenne heredados por su esposa; recibe, con las mismas consideraciones que muestra a sus pacientes, al administrador provisional designado por Vichy a fin de administrar su fortuna; luce su insignia de manera bien visible en el lado izquierdo de su abrigo; respeta el toque de queda, y obedece al controlador del metro cuando este le ordena que se monte en el último vagón.

Hace como los demás, sigue las órdenes. Lo hace por costumbre, no por lealtad. Sigue sometiéndose al Estado. La ley es la ley. Un buen alumno hasta el final. Su vida se asemeja a un perpetuo examen. Para ser admitido, basta con aplicarse, respetar las consignas, acumular el máximo de puntos en el escrito y pasar el oral brillantemente. Se repite a sí mismo que posee un buen expediente. Cree que sus medallas, sus títulos y su carrera lo protegen. ¿Y los torrentes de odio? ¿El horror creciente? La culpa es de los alemanes. Esa Francia a la que nunca dejará de servir no puede entregarlo al enemigo.

¿Qué sabe él en concreto? Por supuesto que conoce los nombres de Drancy, Compiègne, Pithiviers, Beaune-la-Rolande. Todo el mundo habla de ellos, al menos todos cuantos corren el riesgo de encontrarse allí un día. Aun cuando ignora en qué condiciones, sabe que cientos de personas, marcadas con la estrella como él, parten cada semana en convoyes sellados con plomo rumbo al Este. Ha debido de escuchar en la radio inglesa algo acerca de la masacre de setecientos mil judíos en Alemania y en los territorios conquistados de Polonia y de Rusia. Se da perfecta cuenta de que se ha puesto en marcha una maquinaria y presiente su carácter inexorable, pero minimiza el peligro. Procura convencerse de que otro tipo de campos, esta vez de

trabajo, esperan a los deportados a su llegada: «No pasa nada. Nos vamos en tren y volvemos», dice un día. ¿Acaso está tratando de tranquilizar a los suyos?

De día en día, su mundo se va desmoronando. El espacio que lo rodea se contrae, igual que si lo hubiera atrapado un agujero negro. Cafés, restaurantes, salones de té, Bois de Boulogne, Bois de Vincennes, parques, teatros, cines, estadios, piscinas, gimnasios, mercados, conciertos, comercios —salvo entre las 15 y las 16 horas, precisamente cuando están cerrados—, museos, bibliotecas, exposiciones... Los lugares en los que tiene la entrada prohibida se multiplican. No puede salir del departamento del Sena y debe notificar todo cambio de domicilio en veinticuatro horas. Después de su coche, le han confiscado su Vélocar. Su entorno, su estatus social, como suele decirse, también se ha visto mermado. Conocidos, colegas, antiguos alumnos, cuando no comparten su destino, lo rehúyen como a unapestado. A la vista de su trozo de tela, algunos franceses le han manifestado su empatía. Pero, sobre todo, la mayoría le da muestras de su indiferencia. En plena guerra, toma conciencia de su naturaleza judaica. Todo le remite a ello. ¿Cómo no situarse del lado de las víctimas? Descubre entonces a los hermanos que había ignorado. Los ayuda como puede, los recibe gratuitamente, les prodiga sus cuidados, responde a sus súplicas, acepta hacerles recetas falsas si estas pueden salvarlos, inverosímiles certificados que culpan a una intervención quirúrgica y no a un acto ritual aquello que, en adelante, se considerará una marca de infamia. Los reconforta con palabras que brotan de la infancia, palabras que vienen desde muy lejos. A partir de ahora, él es uno de ellos.

Cuando, por petición expresa de los alemanes, el régimen de Vichy crea, el 29 de noviembre de 1941, la Unión General de los Israelitas de Francia, la UGIF, con la finalidad de vigilar a la comunidad judía, decide adherirse en el acto. Quiere ser uno de ellos. Por solidaridad. Por disciplina también. Todos los judíos están obligados a afiliarse. Uno de sus amigos lo anima a que lo haga: «Tenemos que formar parte de él. ¡Esto nos protege!». Allí podría él prestar un servicio de ayuda social, ser útil, tener una situación regulada una vez más. Una vez de más. Ese *Judenrat*, establecido sobre el modelo de los que ya existen en los guetos del Europa del Este, es una trampa. Sus dirigentes y su personal, no obstante sus llamadas «cartas de legitimación» que, en teoría, los ponen a salvo de las redadas y los internamientos, acabarán todos siendo deportados. Su esposa logra disuadirlo: «¡No lo hagas!», le grita ella, «¡Es una locura!». Le suplica que no inscriba su nombre en una nueva lista. Y menos en esa. Se lo huele: esa organización que rezuma respetabilidad, inspirada por los más nobles objetivos y que proclama su absoluto legalismo, no es más que una ratonera.

Solo ella parece darse cuenta del alcance del peligro que se cierne sobre él. Tal vez se deba al medio del que procede. A esos colaboracionistas que vociferan en París los teme menos que a toda esa honorable gente que está al mando de Vichy, en su mayor parte burgueses, conservadores, católicos y seguidores de Maurras que irradian rencor y están dispuestos a consentir lo peor. Ella ha sido testigo de su divina sorpresa, al día siguiente de la derrota, de su alegría por volver a encontrarse de nuevo entre los suyos después de haber sido desdeñados tanto tiempo por una República impía. Sabe lo que tienen en la cabeza y adivina aquello de lo que serían capaces. No desconoce nada acerca de sus prejuicios, de su estrechez de espíritu, de su odio atávico por los «verdugos de Cristo». Los conoce bien, tanto más cuanto que se ha codeado con ellos desde su infancia.

Basta con escuchar a su propia familia, a su dulce madre evocando la aversión que «esa gente» le inspira. «Cuando uno piensa en todo el mal que han hecho, no podemos compadecernos de ellos», es capaz de decir delante su propio yerno. Pero él, por supuesto, es diferente. En aquella época, cada cual tiene su buen judío, esa excepción que confirma la regla.

O también su hermano, el mismo que hace antecámara en Vichy y alaba los méritos del orden alemán, el que relata, en tono de broma, cómo se divertía tirando de la barba a los judíos religiosos —probablemente emplee un término más peyorativo para calificarlos— a principios de los años veinte en Polonia, época en la que pertenecía a la misión militar francesa que había partido para combatir contra los rojos. Su animosidad tampoco le impide tener unas relaciones cordiales e incluso calurosas con su cuñado, ni gozar de su hospitalidad en cada una de sus estancias en París ni el gusto que siente intercambiando con él recuerdos de guerra. Entre soldados, la comprensión es siempre mutua.

Y la sobrina casada con un vizconde que, a la mesa en Rue-de-Grenelle, suelta entre dos platos: «He visto a un tipo en el metro. Me estaba mirando. Tenía la sucia cara de un judío. ¡Oh, tío mío, perdone!». Aquí me estoy tomando ciertas libertades con la cronología. Sus comentarios racistas tuvieron lugar después de la guerra. Después de la Shoah. Lo más seguro es que antes de esta no hubiera pedido disculpas. Todo esto se formula con mucha naturalidad, sin voluntad de perjudicar a nadie, sin ninguna malicia en particular.

También podemos remontarnos en el tiempo hasta el padre Stéphen Coubé y las conferencias que dio en la Madeleine acerca de «la raza maldita, elegida por Dios, ingrata con Dios y rechazada por Dios», unas conferencias sacadas de ese libro suyo que yacía sepultado en la biblioteca del despacho, uno de los legados de la madrina. Una tara transmitida en herencia. ¿Acaso el autor, enaltecido por Édouard Drumont, ese adalid del antisemitismo francés, formaba parte también de aquellos invitados al té de las cinco que venían a admirar a la huerfanita vestida con galas de domingo?

Ella sigue teniendo contactos en ese mundo. Sabe que a esa gente le puede

conmover el destino que aguarda un individuo concreto, de manera que no dudará en recurrir a algunos de ellos. Pero advierte asimismo el alivio que sienten ante la gran limpieza emprendida y su profunda falta de empatía hacia aquellos parias desde el momento en que los consideran desde la perspectiva de grupo. Adivina su deseo, no necesariamente de eliminar a esa masa imprecisa a la que temen, sino de verla transportada a otra parte, lejos de Francia. Esa amenaza creciente la aterroriza, máxime cuando le es familiar y hace eco a algo que ella siente en el fondo de su ser. Está convencida de ello: su marido ha de desaparecer.

9

El elemento desencadenante puede parecer trivial si lo comparamos con las atrocidades cometidas en aquella misma época. Está relacionado con un gato. El minino se ha introducido en casa de un vecino por una ventana abierta al otro lado del patio y ha orinado por todas partes. El inquilino del piso está furioso. Amenaza a mi abuelo con denunciarlo a la Policía si no se deshace inmediatamente del culpable. Desde el 15 de mayo de 1942, se prohíbe a los judíos, entre otros, poseer animales domésticos. Quienes contravengan cualquier orden alemana, por más anodina que esta fuere, podrán ser arrestados.

Su vida está en manos de ese hombre. Por más que tan solo tenga una vaga idea de lo que pudiere suceder después, sabe que si aquel presenta una denuncia contra él, lo expondrá a serios problemas. El trato que le propone es sencillo: o él o el gato. No tiene ninguna razón para actuar así. Jamás han tenido altercado alguno antes. No saben gran cosa el uno del otro. Su relación se limita al habitual intercambio de cumplidos desde un umbral. No es más que un vecino. Pero el nuevo orden que se ha instaurado en Europa le confiere un poder exorbitante, casi un derecho de vida y de muerte sobre uno de sus congéneres, aun cuando no lo formule así, y, naturalmente, se aprovecha de ello.

Durante todo el día, Grand-Papa intenta, sin conseguirlo, envenenar al animal. Corre tras él, lo atrapa por la cola, con sus manos temblorosas introduce diferentes medicamentos entre sus colmillos. El gato se escapa fufando. Lo encuentra agazapado debajo de un mueble con el hocico desencajado, soltando espuma por la boca, asustado pero vivo. Acaba matándolo, ignoro cómo. Seguramente, ahogándolo en la bañera.

10

Quiere huir con esos papeles falsos que lo transforman en Miss Marple. Pero ¿adónde? Suiza impide la entrada a la mayoría de los ilegales y no entreabre sus

puertas sino de manera excepcional a los ancianos, a las mujeres encintas, a los niños, y encima, no siempre. Ningún disfraz le permitirá entrar en ninguna de esas tres categorías. Piensa más bien en España, primera etapa hacia Inglaterra o América. Se lo cuenta a su esposa. Ella se opone enérgicamente: en su estado no puede emprender semejante viaje. Ni hablar de dejarlo partir solo. Puedo escuchar su voz burlona: «¿Tú, que no andas nunca, te ves atravesando los Pirineos en medio de la nieve con tu bata y tus escaupines? Mi pobre amigo, no llegarías ni a la vuelta de la esquina». Lo considera incapaz de apañárselas con la soldadesca, los contrabandistas y todos los mercachifles que pululan por los accesos a la línea de demarcación. Lo cogerían incluso antes de alcanzar la zona libre, esas dos engañosas palabras.

Ella está pensando en otra solución que posee la ventaja de no necesitar ningún desplazamiento al tiempo que preserva —es decir, refuerza— la célula familiar. Una célula entendida más en un sentido carcelario de celdilla que en el biológico. Cree haber encontrado el lugar ideal donde celar a su marido. A dos pasos del lecho conyugal, en el interior de este o, para ser más exactos, debajo del intersticio.

No fue a ella a quien se le ocurrió la idea del agujero, sino al marido de una de sus hermanas, un arquitecto de Pouliguen, otro veterano del catorce. Si preciso este detalle es porque su gesto puede explicarse igualmente por la solidaridad entre soldados que lo une a su cuñado. Cuando viene a París, a menudo pasa por Rue-de-Grenelle. Desconozco quién abordó primero el tema, pero puedo tratar de hacer una reconstrucción de los hechos. Quizá pregunte por el cuarto de baño y, una vez allí, se extrañe de la presencia de algunos escalones que conducen al intersticio. La elevación de ese extraño pasillo con respecto al rellano le intriga, tanto más cuanto que, a la altura del suelo, hay a un falso techo. Explora el parqué y suelta algo así como: «¡Pero si está hueca la parte de abajo!». Quiere verificar si le falla su intuición: levanta las tablas y descubre una cavidad lo suficientemente profunda para acondicionar en ella un escondite.

Con el fin de guardar el secreto, se ofrece él mismo para realizar la obra. Al cabo de unos días o unas semanas, vuelve con el material adecuado. Despeja la estructura. Refuerza la parte inferior. Entre dos ristreles, construye un encofrado de madera. Prepara un conducto de ventilación, una verja apenas visible que desemboca en la sala de consulta. La cavidad mide alrededor de un metro veinte de altura por uno de ancho. Un hombre de baja estatura como mi abuelo puede aguantar allí arrodillado o acurrucado.

La trampilla está acolchada en el interior con el objeto de evitar que produzca un sonido hueco cuando se ande sobre ella. Para insonorizarla mejor y camuflarla un poco más, una gruesa alfombra la recubre. La habitación es oscura y solo puede servir a los allegados. Pero, en caso de un registro en toda regla, el subterfugio no resistirá durante mucho tiempo. ¿Cómo disuadir entonces a los policías de que vengan a buscar al fugitivo en su propia casa? Convenciéndolos de que ha huido.

Étienne y Marie-Élise deciden divorciarse. Por aquel entonces, la ley no permite a los esposos separarse de mutuo acuerdo. El lazo conyugal no puede romperse sino en caso de falta. No me los imagino poniendo como pretexto el adulterio, y menos aún el maltrato físico. En ambos casos precisarían un acta notarial. Queda la pena afectiva e infamante^[11]. ¿Se injuriaron delante del juez? Conociendo a mi abuela, intuyo que pudo sentir cierta delectación al escribir cartas de fingidos insultos. La redacción de esa correspondencia falsa, de esas acerbadas páginas, de esas letanías de recriminaciones, de lloros y quejidos probablemente constituyó su primera experiencia literaria. El matrimonio fue disuelto en la cuarta sala del tribunal civil del Sena el 16 de octubre de 1942.

El plan que debe seguir él es muy sencillo: esperar a la noche, simular una pelea, soltar unos gritos lo suficientemente fuertes como para que los oigan los vecinos, salir en tromba con una enorme maleta en la mano y, al cabo de un rato, una vez que todo el mundo se haya dormido, regresar de puntillas para llegar hasta su guarida. Nadie ha de estar al corriente aparte de, por supuesto, su esposa, el cuñado arquitecto y Jean-Élie, quien, tras la desaparición de su padre, se convertirá en el único motor de la familia. A Luc no se le puede confiar el secreto: correrían el riesgo de que hablara.

La señal de salida le llega en forma de tarjeta verde invitándolo a «presentarse» a las autoridades para realizar «un examen de la situación». La misiva, firmada por el comisario de policía, precisa que deberá estar «acompañado por un miembro de su familia y aportar carnés de identidad». Comprende —o ella lo hace por él— que no ha de responder a esta citación. Aquella misma noche él se sume en la clandestinidad.

La existencia que lleva a lo largo de algo más de veinte meses me ha conducido a pensar durante mucho tiempo en una de mis novelas favoritas, *El solitario*, de Geoffrey Household, que fue adaptada para la gran pantalla por Fritz Lang con el título de *La caza del hombre*: la historia de un cazador blanco entregado a la persecución de un dictador europeo tipo Adolf Hitler, no con la intención de matarlo, sino por mera diversión, y que, tras haberlo tenido a tiro en una montaña bávara, se ve a su vez acosado y debe, para escapar de sus perseguidores, desaparecer en la verde campiña inglesa. Termina al fondo de una madriguera, enterrado bajo tierra, exactamente igual que los animales salvajes que acostumbraba cazar.

Creí que mi abuelo también se había quedado allí todo el tiempo, encavado bajo su alfombra persa, conteniendo la respiración y a la espera de que todo aquello pasara. Comoquiera que él jamás evocaba este periodo de su vida sino mediante

vagas alusiones y puesto que tampoco había escrito diario alguno, podía imaginarme cualquier cosa. Lo veía en su posición fetal, semejante a una fiera acurrucada en su guarida o a un prisionero al que han encerrado en una mazmorra con cadenas y bolas en los pies, adoptando al cabo del tiempo la forma de su prisión y, una vez terminada la guerra, saliendo inopinadamente con agujetas en todas partes, retorcido, deformado. Plegado en dos. Incapaz durante meses de mantenerse erguido. Las pupilas cegadas por la luz, la piel tornada translúcida a fuerza de macerar en las profundidades, un poco como un pez abisal o como el personaje de Gollum en *El señor de los anillos*.

13

En realidad, tan solo se precipita hacia su agujero en caso de peligro: cuando se presenta un visitante, al oír el timbre o en cuanto distingue una voz ajena, la de la portera, por ejemplo, que siempre se planta de improviso con sus hijos. Recupera los reflejos de las trincheras. Con cada ruido sospechoso, pega un brinco en su refugio, hunde la cabeza en los hombros, aguza el oído aguardando el estallido. Cuando distingue unos pasos, trata de identificarlos por su lentitud, su ritmo, su ímpetu; los sigue a través de toda la casa con la misma precisión y la misma angustia con la que se ponía a reconstruir la trayectoria de un obús.

El resto del tiempo, se esconde en el intersticio, su territorio privado. Lo hace en medio de sus libros y sus crucifijos. Siempre alejado de las ventanas. Con que un vecino entreviera su sombra bastaría para desvelar su presencia. Alejado asimismo de su hijo menor, ese pequeño que cree que su padre se ha ido y se siente abandonado.

Apartado del mundo, lleva a cabo un retiro total. Por poco atraviesa una crisis mística. Cada mañana, elige un pasaje de la Biblia al azar y lo interpreta para saber lo que le va a acaecer. Se zambulle, como hemos visto, en la lectura de san Francisco de Sales y otros autores ilustres, como Teresa de Ávila o san Agustín. Debe de pasarse las horas rezando en su oratorio. Consulta sus tratados de medicina cada vez con menos asiduidad. ¿Total, para qué? No le pueden servir de ayuda alguna.

Del exterior no le llega más que el sonido amortiguado de unas interferencias. Escucha la BBC con el transistor pegado a la oreja, el volumen casi a cero. Viaja con las ondas, tiembla con cada batalla, acompaña con un grito de alegría el menor avance aliado. «*Mussolini has resigned*»^[12], le susurra un día a Jean-Élie, con la mirada radiante, como si le estuviera revelando un fabuloso secreto. 25 de julio de 1943: el Duce acaba de ser destituido por el rey, pero él ignora que deberá aguardar un año más antes de ser liberado.

Veinte meses. Sin ni siquiera un paseo enrejado. Con tan solo unos pocos metros de celda para recorrer. Ningún cielo que contemplar tras los barrotes. Aislado. Privado de locutorio. Encerrado en el silencio. Sin nadie con quien comunicarse, a

excepción de su esposa, ese doble suyo con quien se reúne por la noche, una vez que los niños duermen. Una mujer que cojea frente a un hombre encajonado. De ahora en adelante, están empatados. Sus conversaciones se limitan a murmullos. Incluso acostado en los brazos de ella, continúa atento al menor sonido. Teme que, ahogado en lágrimas, su hijo pequeño lo sorprenda al salir de la cama, tema recurrente en sus pesadillas. De amanecida, sale de la habitación sin hacer ruido y alcanza su agujero. No se llega a vestir de veras, no se desprende de su vieja bata.

Sus días, grises y vacíos, se parecen todos entre sí. ¿Qué hace cuando no se dirige a su Dios, cuando desatiende sus libros y los botones de su transistor inalámbrico? Igual que todos los prisioneros del mundo, duerme, vegeta a medio camino entre la vigilia y el letargo, pierde la noción del tiempo, ya no discierne entre lo que pertenece al sueño y a la realidad. El espacio que lo rodea acaba dilatándose. Su microcosmos se torna cosmos. Incluso la guerra y la Ocupación se le antojan irreales. Lleva una vida ralentizada, casi comatosa. Hiberna. Una vez, Marie-Élise lo oye roncar estrepitosamente justo cuando está recibiendo a alguien. Presa del pánico, alza la voz para enmascarar sus ronquidos en tanto que arrastra a su invitado lo más lejos posible de la fuente sonora.

Ahí está, fuera de la ley por primera vez en su vida. ¿Se siente culpable? ¿Se avergüenza de haberse convertido en una boca inútil con la que hay que compartir lo poco que queda de los alimentos racionados? Sus cupones de racionamiento ya no son válidos. De no ser por los pocos paquetes que envían los campesinos de Désertines, se morirían de hambre. En especial debe de reprocharse a sí mismo el hacer correr un inmenso peligro a aquellos que ama. Si lo descubren en su domicilio, expondrá a todos sus ocupantes a unas represalias cuyo fatal desenlace incluso él intuye.

¿Piensa también en Jean-Élie, quien, a sus doce años de edad, ya se ocupa de todo en la casa? Es él quien espera en la cola durante horas para conseguir una escuálida coliflor, un trozo de gruyer acartonado o incomibles colinabos sin materia grasa. Es él también quien acompaña a su madre hasta la oficina de administración militar alemana, cerca de los Campos Elíseos, para intentar recuperar el Vélocar que les han confiscado. Un trámite absurdo que, inevitablemente, provoca la cólera del oficial: «¡Señora, no haberse casado con un judío!».

¿El mayor riesgo? Ser denunciado. Por cualquiera. El asesino de gatos del primero. El propietario del piso que da a la calle, un noblezuelo, alto funcionario en el Ministerio de Educación y gran admirador del mariscal. La portera, a quien los policías tratan constantemente de sonsacar algún soplo. Su marido borracho, sus hijos charlatanes. La modista del cuarto, que solo cree a ciegas en Radio París. Esto así, los

primeros enemigos potenciales son los vecinos, de modo que sus estratagemas se dirigen, en primer lugar, a ellos, como esas cartas que se envía a sí mismo a través de una de sus cuñadas, instalada en Grenoble. Aquellos sobres enviados desde el otro extremo de Francia y escritos de su puño y letra sirven para acreditar la tesis de su fuga de cara a los vecinos del inmueble.

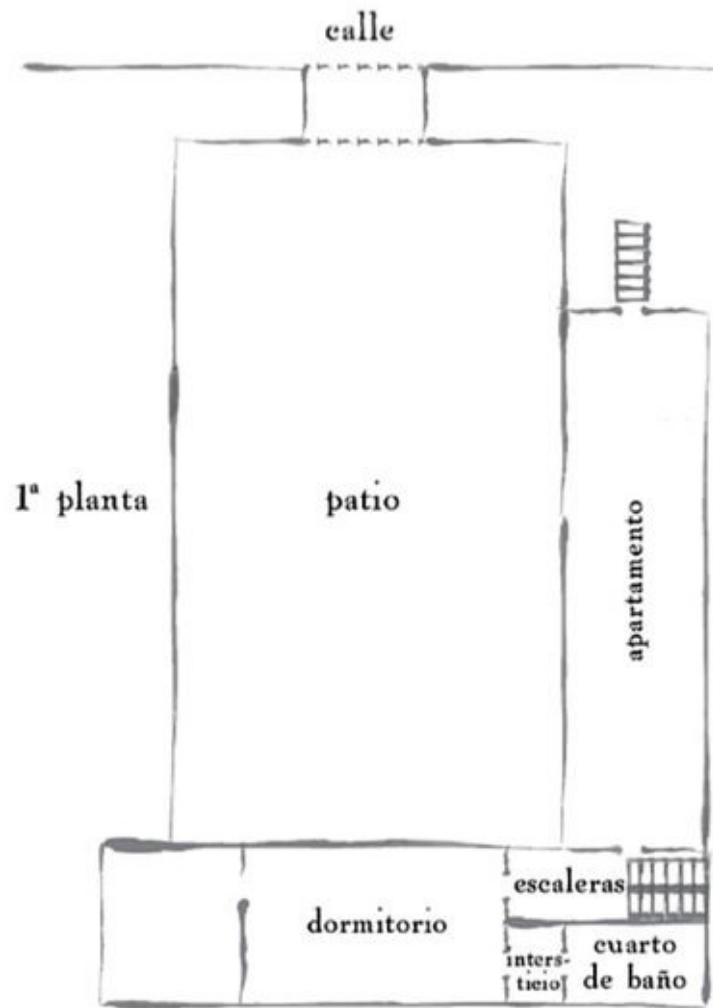
15

Su experiencia es a la vez insólita y común a la de la mayoría de los supervivientes, cuando no a la de todos. En toda Europa, la gente se ha escondido en compartimentos secretos, desvanes, bodegas, granjas, casas aisladas, gallineros, agujeros cavados en el corazón de los bosques, en falsos techos o con identidades falsas. «Si tu historia no hubiera sido sorprendente, no habrías sobrevivido», explica una superviviente (que, como los demás, debe su vida a circunstancias excepcionales) a Daniel Mendelsohn, el autor del libro *Los desaparecidos*. Quienes se plegaron al orden habitual de las cosas murieron asesinados.

Lo más sorprendente de su caso es el haber pasado el resto de su vida en el mismo lugar en donde había encontrado su refugio. Jamás se alejó de su escondite. Cuando iba al intersticio, aquel paréntesis que jamás se cerró, lo hacía para meterse en su burbuja. Su presencia lo tranquilizaba. Le gustaba oírlo crujir bajo sus pies. Hablaba de él con ternura. Incluso le había encontrado un apodo. Lo llamaba su «nidito». Era su rincón, su retiro secreto. De buena gana lo habría decorado como un pabellón de pedernal, con jardineras llenas de geranios y enanitos de jardín. Antes de salir de vacaciones, depositaba en él extraños objetos de valor de la casa: su medalla de oro de la oposición de medicina, la plata y una antigua estatuilla china sepultadas todas al fondo de una bolsa de plástico.

El escondite podía volver a ser útil en cualquier momento. Lo habían limpiado un poco antes de mi nacimiento a fin de acoger eventualmente a mi padre, que, en su época de estudiante todavía, militaba en una red de apoyo a los independentistas argelinos del Frente Nacional de Liberación y temía que lo arrestaran. De pequeño, no me estaba permitido bajar y adentrarme en él, ni siquiera acercarme cuando la trampilla estaba abierta. Esta se confundía con el parqué y poseía la pesadez de una lápida mortuoria. Al levantarla, escuchabas una suerte de soplido, tragabas una nube de polvo y te atrapaba el abismo. Era como profanar una sepultura antigua. Apenas se distinguía el fondo por falta de luz. Exhalaba un olor a humedad y a madera vieja. En ocasiones, entreabría aquella arca de tesoros que me espantaba tanto como me atraía. Pero no llegué a adentrarme en ella. Jamás desafié la prohibición por miedo a una mala caída y también a los fantasmas que encerraba en su interior.

DORMITORIO



A fuerza de servir de trampolín, el puf naranja tenía varias fugas en sus costuras. Yo lo hacía adelgazar saltando encima de él con los pies juntos. Con cada nuevo golpe, emitía un silbido al tiempo que escupía perdigones blancos, tornándose un poco más enjuta su silueta con forma de pera. Las bolitas de polietileno saltaban sobre la moqueta gris azulada y desaparecían bajo los muebles. Tumbada, con las piernas envueltas en una manta, Mère-Grand no prestaba atención a mis volteretas. Podía hacer lo que fuera, subirme a su cama balsa, golpear con las manos el taburete de plástico Tam Tam atrapando su tronco acampanado entre mis muslos, o sacudir el farolillo de papel de seda blanco con el batiente de la puerta para que rebotara contra la pared como un globo: ella continuaba, imperturbable, escribiendo sobre su tablilla de cuero.

No obstante sus reticencias, me dejaba incluso que jugara con sus animales de cristal soplado alineados sobre el mueble bar, junto al contestador automático. Ella adoraba sus figurillas de Murano. Las coleccionaba desde su lectura de la obra *Las figurillas de animales de cristal*. Se complacía vivamente en imitar a Laura Wingfield, aquella discapacitada neurasténica encerrada en su zoo de cristal en miniatura. Al contrario del personaje de Tennessee Williams, ella era mucho más sólida que sus figurillas translúcidas. Cuando, por descuido, rompía yo una de ellas, seguía impertérrita. No decía nada.

Jamás me he sentido tan libre y feliz como en aquella casa. Me gustaría poder describirla con la precisión de un entomólogo que pormenoriza la vida de un hormiguero, una galería tras otra y, así, podría escrutar todo cuanto no se ve con lupa: la increíble sed de vida, los momentos de ebriedad, hasta de euforia. Él, bailando con su bata; ella, sentada en el borde de la cama gritando ansiosamente «¡Un, dos, tres, sí, sí!», mientras mostraba su última carta de la baraja. Los placeres minúsculos. Anne, escuchando en bucle los éxitos sobre un tocadiscos portátil. Jean-Élie, intentando dividir en partes desiguales un pastelillo de café. El trasiego constante. Los amigos que se presentan en casa de improviso. El desdén hacia las reglas habituales de cortesía. Los pies descalzos, las manos en los platos. La posibilidad de decir casi todo. Los debates sin fin. La energía y la exuberancia que emanaban de aquella comunidad sesentaiochista antes del sesenta y ocho. La luz, a despecho de las tinieblas.

El dormitorio estaba decorado al estilo de la época, los años setenta. Arrinconada al

fondo, estaba la enorme cama, rodeada por unas tablas de contrachapado. A sus pies, una mesilla baja con las patas tubulares y ovaladas de acero inoxidable sobre una alfombra de pelo largo de piel de cordero. A lo largo de la pared, frente a la ventana, un arcón bajo servía a la vez como banco y como armario. En medio, una televisión gigantesca de tubos catódicos elevada sobre un trípode con ruedas. Detrás, una tambaleante biblioteca construida por Christian, sujeta por las cuatro esquinas con adhesivo Chatterton y llena de libros de arte metidos en cajas de un cartón resistente. Todo estaba pintado de un blanco reluciente, vitrificado, lacado, incluidas las sillas. Un color este elegido por su claridad, su neutralidad y su vacío, y que contrastaba con los tonos oscuros y la decoración recargada de las otras habitaciones.

De nuevo encontrábamos esa tendencia modernista en los cuadros colgados de las paredes: obras contemporáneas adquiridas atendiendo a los consejos de Christian. Una litografía roja y blanca de Jean-Pierre Raynaud que reproducía una señal de salida de incendios. Unas sombras transparentes recubiertas de plexiglás anaranjado, de Lourdes Castro. Una obra de Jean Le Gac que mostraba dos siluetas azul celeste cuyas bocas, reducidas a un simple trazo, afloraban como si estuvieran a punto de darse un beso: un intrigante espectáculo este para gente que no se besa. Para saludarnos, tendemos la frente, no la mejilla. Curvamos el espinazo y chocamos ligeramente nuestras cabezas, un toque leve y torpe, a medio camino entre el golpe y la caricia, un poco como los caballos que se frotan mutuamente sus crines. Un ceremonial cuya procedencia ignoro y que no he observado más que en el sur de Sáhara.

Me acuerdo especialmente de una pintura, suspendida sobre el puf naranja, de Breyten Breytenbach, el poeta y escritor sudafricano, en la que aparece desnudo en la llamada postura del 69 con Yolande, su mujer vietnamita. Ella, con su pene en la boca; él, sacando la lengua como un niño maleducado. Un lienzo de vivos colores pintado en Rue-de-Grenelle, donde había pasado un año y medio, mucho tiempo antes de que regresara a su país y lo arrestara el Boss, los servicios secretos del Apartheid. Aquella erupción de erotismo en un universo ampliamente asexuado me perturbaba tanto como el opulento pecho de Vivien Leigh que cubría buena parte del cartel de *Lo que el viento se llevó* situado a la izquierda de la ventana. A mi juicio, no había duda de que aquel par de senos embutidos en un vestido de tafetán rojo era cuando menos responsable del incendio de la ciudad de Atlanta que se columbra al fondo.

3

Al final del día, Mère-Grand tomaba asiento en su lecho para presidir la sesión parlamentaria. Un trono austero, recubierto con una tela de lino, de formato extra grande, con un colchón firme gracias a una equilibrada mezcla de fibras largas y

cortas, y dos almohadas de plumas de oca. Carecía de cualquier otro apoyo. Un travesaño le habría recordado Désertines. Aun cuando estuviera tumbada, encamada, siempre con una bolsa de agua caliente de plástico que borboteaba bajo su manta escocesa, continuaba ella desplegando un sorprendente dinamismo. Concedía audiencia, recibía a sus amigos cercanos, respondía sus cartas, escribía a máquina sus novelas, muy velozmente, con dos dedos, en su Olivetti, hacía las cuentas, zanjaba asuntos y tomaba las decisiones importantes. La cama no era tanto «un espacio del cual el deseo estaba excluido» cuanto el asiento del poder, el punto fijo en torno al cual todo se organizaba.

Jean-Élie hacía su entrada en el dormitorio con los cubiertos apilados en una bandeja de plata con las asas retorcidas. Anne iba tras él llevando a pulso la humeante comida en una cacerola. Comíamos allí, conforme a un ceremonial inmutable: ella, tumbada; él, sentado a su mesita justo al lado del intersticio y de su oscuro pasadizo; nosotros, arrodillados sobre la alfombra de pelo largo, alrededor de la mesa baja colmada de comida. Picoteábamos, cogíamos de aquí y de allá como nos placía, sin preocuparnos por el orden de los platos. Nuestros pícnicos nocturnos irradiaban el alborozo de un almuerzo sobre la hierba.

4

La pequeña pantalla iluminada jamás nos impedía hablar, antes al contrario: nuestras conversaciones se mezclaban de modo constante con el flujo televisivo hasta formar un alboroto sin pies ni cabeza.

—*Esta mañana, el tráfico se ha reanudado con normalidad en la red de ferrocarriles...*

—Una de las historias de Bradbury es bonita...

—*Se sabe que en el origen de la huelga se halla el despido de una mujer de la limpieza...*

—Siempre el que mira la obra es quien la está creando...

—*A todos los padres se les hace un nudo en la garganta al pensar en lo que pasó...*

—Yo estaba en contra de esta casa, no está bien [*ruido de un mechero*], pero no quería regresar allí...

—*Será el 291.º número de Apo...*

—No puede ser más feo...

—*Al leer su libro, me parece que ha estado usted...*

—He intentado repararla con cola y hierro...

—*Y bajo tu sol implacable solo le temes a la muerte...*

—El problema es el binomio Estado-nación...

—*¡J. R., es usted un tipo infame!*

—Hay un concepto muy importante...

—*¡Me importa un comino saber si prefieres estar con dos chimpancés o con una cabra!*

—Pero si deconstruimos una realidad...

Imposible ver con tranquilidad el telediario de las ocho, *Dallas*, *Cartes sur table*, *Apostrophes* o *Droit de réponse*. Únicamente guardábamos silencio mucho más tarde, durante el cineclub del viernes por la noche o la segunda película de *La Dernière Séance*.

5

Me acostaba a la hora que quería o, para ser más exactos, a la misma que ellos. No me exiliaban a una habitación apartada. No dejaban que, sumergido en la oscuridad, me entregara a mis terrores infantiles, lejos del centro neurálgico de la casa. En aquellos momentos, yo no tenía un lugar propio. Me quedaba allí. A su lado. Detrás de la puerta de dos hojas, sellada a la hora de dormir con una barra de hierro transversal. El cerrojo echado en el cuarto de baño. A un lado y a otro, puentes levadizos alzados por si se producía un ataque. La perra, Nanouk, una caniche negra muy sucia y gruñona, hacía guardia ante la ventana, lista para ladrar.

Una vez emparedados nosotros y el farolillo apagado, dormíamos todos en la misma habitación: mis abuelos, en su cama; Jean-Élie y yo, en el suelo en sacos de dormir. Sacábamos de un gran arcón blanco las estufas todavía húmedas de las noches anteriores. Anquilosados a los pies de la cuna familiar. Campistas en nuestra propia casa, una noche tras otra. La tienda de campaña montada, los palos plantados, el sonido de las cremalleras, de los cuerpos forcejeando en el interior del muletón, del parqué que cruje a despecho de la gruesa moqueta, como en tiempos lo hicieran Luc y Christian. Ellos también acamparon en aquel lugar transformado en castillo fortificado. Quince años de saco de dormir en lo que respecta a mi padre. Seis años más por lo que respecta a su hermano. Igual que una camada de cachorros acurrucados alrededor de una madre nutricia, formando un bloque compacto hasta el final de la noche. Anne era la única que dormía en una habitación aparte.

Habitaban sus insomnios viejas películas americanas subtituladas que, con el sonido apagado para no despertarnos, iluminaban su rostro de manera intermitente, igual que el pincel luminoso de un faro en una noche oscura como boca de lobo. Cuando se producían aquellos destellos, sorprendía yo su mirada posada sobre nosotros: ella nos vigilaba desde lo alto de su promontorio, verificaba que ningún saco de dormir faltara a filas. Sus capacidades sensoriales y auditivas se multiplicaban por diez en la oscuridad. Escuchaba nuestras respiraciones, nos reconocía por nuestros alientos, aplicaba el oído a la espera de posibles ruidos discontinuos, jadeos y toses sospechosas que pudieran revelar un pecho oprimido.

Igual que un director de orquesta, se aseguraba de que los sonidos se combinaban armoniosamente.

Al escucharla, no se la podía culpar de la manía persecutoria que azotaba a esta familia. «Los míos tenían un sueño social y colectivo», declara ella en *La máquina ha señalado falta*. «Sin mi presencia cerca de ellos, se quedaban ahí, con los ojos como platos, marcados por un abatimiento malhumorado, una negativa calculada». «Formaban a mis pies un enorme grupo compacto algo irregular, separado de mí, con unos movimientos que les pertenecían solo a ellos, yo garantizaba su vida, cuyo calor no me servía de nada», leemos unas páginas atrás. O incluso: «Los niños me adoraban. No nos separábamos un segundo, paladeaban la vida que yo filtraba para ellos».

Además de nuestros días, ella controlaba nuestras noches. Hacía guardia a la puerta de nuestros sueños. Lo mismo que los griegos, temía al sueño, esa sutil muerte periódica. Ni siquiera ese viaje podíamos realizarlo a solas. Formábamos un falansterio, una utopía sin rigor doctrinal, una fraternidad socialista que, al parecer, solo habría conservado el aspecto gregario, un campamento *hippy*. Un cuerpo múltiple dispuesto en forma de estrella dotado de una conductividad perfecta.

Por la mañana, él nos despertaba sacudiendo levemente nuestros pies a través del edredón nórdico. Comenzaba por la parte más alejada del corazón para, según decía, evitar impresiones fuertes y hacernos salir de nuestro letargo de manera progresiva. En el caso de su esposa, quien, por regla general, para dormirse había acabado tomándose un somnífero, acompañaba su gesto con un murmullo, un canto imperceptible, una suerte de lenta melopea. «Buenos días, Lili, buenos días, Lili», le repetía con infinita dulzura.

6

Él también es su prisionero. Al retirarlo del mundo, ella se lo ha apropiado. Ella vigila sus pasos inseguros, lo extrae de su calabozo al caer la noche, le abre su lecho, se entrega a él y se queda de nuevo encinta. ¿Cómo podrá justificar el niño que lleva en su seno? ¿Disimula con vestidos amplios su vientre creciente? Su propio cuerpo la traiciona. Una vez más. ¿Acaso se le pasa por la cabeza el esconderse ella también? Apenas sale de casa. Hemorragias, náuseas, cansancio, desaliento, mareos. El calendario de su embarazo coincide con el de la guerra. Aguarda el alumbramiento.

Siente las primeras contracciones en el momento en que comienzan a sonar las campanas de Sainte-Clotilde. Poco a poco, se van sumando los carillones de las otras iglesias, semicorcheas que rebotan por toda la ciudad seguidas de alaridos de alegría, de gritos que se elevan desde el otro lado de la puerta cochera, el estrépito de la multitud, de una cabalgata en la calle, en todas las calles. Al otro lado del Sena, el gobernador Dietrich von Choltitz acaba de firmar la orden de rendición de las fuerzas

alemanas del Gran París.

Cuando comprende, llama a su hijo pequeño y le presenta a un desconocido. ¿Reconoce al espectro detrás del visillo? El niño retrocede. Ella le dice: «No temas, es papá, que ha regresado».

¿Fue este su primer acto de mujer liberada? Extrae las estrellas amarillas de un cajón y las quema todas, salvo una que guarda de recuerdo. Después, atraviesa el patio, llama al timbre del vecino, el noblezuelo con un puesto en el Ministerio de Alimentación, y le obliga a colgar de su balcón con vistas a la calle una bandera roja que ha confeccionado ella misma sirviéndose de un trapo y un palo de madera. Al menos, esa insignia tan solo expone a su poseedor a la sorpresa y a las risas sardónicas del entorno.

7

Ahí lo tenemos, fuera por vez primera. Ha de recorrer varios metros hasta una placa de cobre. El propio médico le abre la puerta. Está nervioso. Se niega a seguirlo, tiene miedo debido al tirador aislado que apunta a los transeúntes desde un tejado. De manera esporádica se continúan sucediendo los combates en la ciudad. Étienne insiste: «¡Va a dar a luz, se lo aseguro!». Le suplica, le recuerda su juramento hipocrático, lo empuja hacia fuera. Su interlocutor le replica, quizá, algo así como: «¡Hágalo usted mismo! Al fin y al cabo, somos colegas». La discusión se encona. Después de mucha palabrería, el «colega» acaba dejándose convencer, toma su maletín, desciende por la escalera detrás del marido enajenado, trata de pasar desapercibido apretando el paso, mirando hacia lo alto y a la escucha por si hay una detonación. Ella, tendida en su dormitorio, ya ha roto aguas. Los dos hombres se afanan en la tarea. El médico del barrio está a gusto. Su ayudante, director de hospital, mucho menos. Ella profiere un grito y sobre su lecho, su balsa, su trono, da a luz a un varón.

8

La leyenda no se detiene ahí. Al cabo de unos días, una vez que se ha restablecido la calma, el prófugo de ayer acude al Ayuntamiento del distrito 7 para inscribir al recién nacido. El alcalde le pide que le muestre el libro de familia, descubre el divorcio, no comprende ninguna de sus explicaciones. Él también rezonga: acepta reconocer su paternidad, pero inscribe en el registro que el bebé «ha nacido de madre desconocida». ¿Y qué nombre de pila le quiere usted poner? Ambos habían estado de acuerdo en Christian, seguramente debido a la versión en blanco y negro realizada en 1935 por Frank Lloyd de *Rebelión a bordo*. Mi abuela tenía pasión por Clark Gable,

que interpretaba al teniente Fletcher Christian, líder de los rebeldes. De ahí el póster de *Lo que el viento se llevó* colocado justo enfrente de su cama en el que, además del escote de Scarlett O'Hara, muestra a un Rhett Butler igualmente despechugado. Por lo tanto, Christian. Y también, Liberté, añade el padre que apenas acaba de salir de su presidio. Christian-Liberté. En cuanto a él, ¿acaso es libre?

9

Los supervivientes reaparecen sin ruido, por la esquina del Boulevard Raspad y la Rue de Sèvres. Descienden de los autobuses con sus pijamas de rayas, aquellos mismos autobuses que, meses o años atrás, los habían conducido en sentido inverso, del campo de Drancy a los vagones para ganado de la estación de Bobigny. Se cuelan entre el bullicio a través de cientos de fotos agitadas a pulso, retratos que, de todos modos, no pueden parecerse a ellos, con sus rostros mofletudos, sus gestos sosegados, los cabellos bien cortados. Una vez en el vestíbulo del Lutetia, el palacio convertido en centro de acogida, se dejan atrapar por las blusas blancas, los uniformes beis y las señoras con sombrero. Les dan de comer, los salpican con DDT, los interrogan, por si acaso algún colaboracionista se hubiera colado entre sus filas, preguntas de polis que los sobresaltan y a las cuales ellos responden torpemente; elogian su valor, sus sacrificios, sus actos de resistencia, pero no hablan de ellos; después les dan una tarjeta y, sin son capaces de caminar, un billete de metro de segunda clase.

Entre ellos, Zina, flotando entre sus ropajes, entre la vida y la muerte, con un corazón enorme que late a toda velocidad y el resto de sus órganos atrofiados. Los periódicos publican a diario la lista de repatriados. Su nombre figura en una de ellas. Myriam, su amiga de la facultad de medicina, su cómplice, está allí. La está buscando desde que ha recibido su carta redactada en el momento de su arresto, un mensaje que recibió al cabo de un mes, como una botella lanzada al mar. ¿Cómo la ha reconocido? ¿Por esa sonrisa de Gioconda que hasta el día de hoy ha permanecido grabada en mi memoria? ¿Por sus chispeantes ojos? ¿Su distinguida voz? Lo demás ha desaparecido. Abraza a un manojito de huesos.

Durante una semana, Zina le cuenta todo: su huida de Corrèze; los cuidados que prodiga clandestinamente; le habla del funcionario médico que la denuncia; del interrogatorio de la Gestapo en el colegio; de su hija, a la que justo antes ha confiado a una modista del pueblo; de la carta que desliza en un pupitre de la clase y que, más tarde, envía por correo un desconocido; de la llegada a Auschwitz; de la rampa con sus dos hijas, de la que se murió inmediatamente y de la otra; del doctor embutido en su uniforme de *Hauptsturmführer* que, a la vista de su brazalete de la Cruz Roja, le indica, mientras le asesta un golpe con una varilla, que se coloque a la izquierda; del *revier*, la enfermería infestada de pulgas y ratas; de las chimeneas escupiendo llamas

naranjas a plena luz del día; del mismo doctor luciendo su blusa de seda blanca mientras realiza sus experimentos —los líquidos inyectados en los ojos con la absurda esperanza de tornarlos azules, las esterilizaciones a fuerza de rayos X, los gemelos a quienes se les perfunde sangre de otro grupo—, vanas tentativas que acaban en atroces agonías; de los diagnósticos que ella mutila en la víspera de las selecciones, de los leprosos, los tuberculosos y los diabéticos a los que se apresura a perseguir antes de que aquel demiurgo repare en ellos y, finalmente, de su expulsión en un *kommando* de mujeres jóvenes, de su marcha forzada al sordo son del cañón de sus libertadores, de los tres días y dos noches en la nieve, de las heridas en los pies, de los guardias disparando detrás de ella.

Todo ello relatado durante una semana, a la luz del fuego, delante de los niños, que fingen dormir, en la enorme y glacial estancia de Désertines, una casa también asociada a la muerte. Irène Stora, la madre de otra de las grandes amigas de Myriam, escondida durante meses y asesinada de la manera más estúpida cuando ya no corría ningún riesgo en el transcurso de las caóticas jornadas de la Liberación. Un malentendido: un soldado de la Wehrmacht se negaba a entregarse a los partisanos del pueblo por miedo a ser ejecutado. Hija de un anticuario bávaro, ella hablaba alemán. Había ofrecido su ayuda. Sus palabras tranquilizadoras habían convencido al militar de que depositara su arma. Mas luego, al querer despojarse de su zurrón, su gesto fue malinterpretado por las Fuerzas Francesas del Interior, jóvenes muy nerviosos, resistentes desde fecha reciente. Pánico. Fusilamiento. Ella, entre dos fuegos, su vida segada por una bala. Su cuerpo reposa en el cementerio municipal, en el otro extremo del jardín.

10

Myriam visita a su sobrina en una clínica psiquiátrica de Nantes donde esta pasará años. Jeanne acaba de ser internada después de que la hacinaran en un carro junto a otras niñas, la pasearan a través de La Baule unos hombres guarnecidos con cartucheras, la abuchearan, la trataran de «puta», «cerda», «traidora» y, finalmente, la raparan en público durante una fiesta pagana tan alegre como cruel. Empleada como traductora para la *Kommandantur*, se enamoró de un joven oficial. Culpable de colaboración horizontal. Ella, la hija del arquitecto, el constructor del escondite y, seguramente también, de varias hileras de blocaos. Tonsurada al cero, acribillada a insultos, cubierta de basura, exhibida delante de los joviales habitantes del pueblo, conducida hacia el cadalso, hacia un par de tijeras que son una guillotina. Arrodillada ante su verdugo, los cabellos cayendo al suelo en grandes mechones, objeto de toda suerte de pullas, su cráneo al desnudo. Desde entonces, posee el aire de un animal acorralado, ya no come. Está delgada de espanto, lo estará hasta el final de su vida.

El apellido Boltanski en sus diferentes ortografías, con una a en lugar de la o, una i griega situada en la segunda sílaba o empleada como terminación, aparece en la base de datos del Yad Vashem, el centro conmemorativo del Holocausto en Israel. 177 víctimas de la Shoah originarias principalmente de Ucrania, pero también de Rusia y Rumanía, llevan el mismo homónimo. Hombres, mujeres, niños de todas las edades. Entre ellos, 111 fueron asesinados. La suerte que corrieron los otros 66 no se ha precisado de manera oficial. Si solo nos limitamos a los nativos de Odesa o a sus residentes, obtenemos 26 casos. La lectura de las hojas de testimonios, rellenas por sus familiares, permite reconstruir su trayectoria, sus lazos de parentesco, el lugar y la fecha de su muerte. Casi todos fueron asesinados en 1941 en el interior del gueto instaurado en Odesa, probablemente durante las masacres perpetradas como represalia al atentado del 22 de octubre de aquel mismo año contra el cuartel general de las fuerzas rumanas.

Joseph o Yosef Boltyansky conoció otro destino. Nacido en 1895, un año antes que mi abuelo, había emigrado a Alemania. Vivía en Mannheim, en el Baden-Wurtemberg, no muy lejos de la frontera francesa. En su ficha, rellena en julio de 1973 por su hija, Khana Rand, hay una anotación escrita a mano: «Gurs. Rivesaltes. Drancy Francia». La casilla inmediatamente superior precisa: «2 de agosto de 1942 Auschwitz. Crematorio». El resto se adivina: la llegada de Hitler al poder; las leyes de Núremberg; la huida, mientras todavía está a tiempo, probablemente a París; la guerra que le vuelve a dar alcance, la tierra de asilo convertida en trampa. Internado desde el estallido de las hostilidades en 1939 a fuer de persona perteneciente al Reich, país beligerante, enviado a Gurs, un campo de los Bajos Pirineos, ante la proximidad de las tropas alemanas. Entregado dos años más tarde a las autoridades de la Ocupación por el gobierno de Vichy, trasladado a Drancy e inmediatamente después a Auschwitz, gaseado en el momento en que baja del tren. Antes de ser aniquilado, un Boltanski, quizá un pariente lejano, vivió los últimos años de su existencia en Francia.

A partir de entonces, la cadena se rompió durante mucho tiempo. Él no trató de descubrir la suerte de aquellos que, más allá, al Este, llevaban su apellido. Extraído de su escondite, hizo lo que se esperaba de él. Se reintegró en la sociedad. Comenzó a realizar su vida de antes, como si nada hubiera pasado: sin lamentos, sin espíritu de venganza, sin pedirle nada a nadie. Retomó su trabajo y se reencontró con sus colegas: el responsable de departamento que había ocupado su lugar, el médico

interno residente que se alegraba de verlo luciendo la estrella amarilla, el gran jefe responsable de su expulsión: toda esa respetable gente que esperaba no volver a verlo jamás. Él no les hizo reproche alguno. Se limitó a evitarlos fuera del hospital. Entre sus iguales, tan solo frecuentaba a los parias.

Continuó su carrera, encadenó sucesivos puestos y honores, presidió innúmeras comisiones, pero ninguna de sus actividades le exigía un gigantesco esfuerzo. Lo exterior lo dejaba abatido. Ya no caminaba. No soportaba el espacio. En la calle era presa del vértigo. No podía ya salir sin un guía, un poco como alguien que hubiera perdido todos sus puntos de referencia. Lo atemorizaban el vacío, las aberturas, las ventanas, las puertas abiertas, los huecos de la escalera. Prefería los lugares cerrados.

Añoraba su escondite, crisol de su sufrimiento. Jamás lo abandonó. Dondequiera que estuviere, reconstruía su prisión a su alrededor. Erigía altas paredes entre las cuales volvía a encontrarse a sí mismo.

No era un misántropo. No sentía un ápice de desprecio por el género humano. El odio no estaba en su naturaleza. Podía incluso llegar a sentir compasión por sus enemigos. Jean-Élie recuerda haberlo visto encolerizado contra un hombre que se mostraba jubiloso ante una foto de harapientos prisioneros alemanes que aparecía en la portada de un periódico. «Una buena panda de crápulas», se leía en el pie de foto. «¡Es una vergüenza escribir algo así!», exclamó él. «Ellos también son víctimas».

Sin embargo, vivía inmerso en un miedo continuo. El mundo exterior era para él una jungla repleta de peligros. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer sino aislarse de los demás? En cada uno de sus semejantes veía un asesino en potencia. Los dos conflictos mundiales lo habían convencido de ello: poco importa quién pueda matar, de la noche a la mañana, si las circunstancias se lo permiten y, más aún, si ellas lo animan a cometer semejante acto. Todo depende del marco de referencia, como dicen los especialistas de la psicología social. Estaba medio chiflado. O, tal vez, fuera medio lúcido.

13

Se casaron por segunda vez el 12 de julio de 1945. No hubo fiesta. Una mera formalidad administrativa llevada a cabo casi un año después de su extracción. Antes de publicar las amonestaciones, quiso estar seguro de la derrota alemana. A ella no le corría ninguna prisa. Repetía, con un tono a medio camino entre la seriedad y la broma, que había dudado si regularizar o no su situación: su vida en concubinato con su exmarido le venía bien. La Ocupación y sus acomodamientos habían acelerado la ruptura con su entorno. Ya no se sentía sujeta a aquellas normas burguesas cuya hipocresía había demostrado la guerra.

Salió de aquel trance más temerosa a la vez que más temeraria. También más independiente. Aun cuando no participó en ningún movimiento de resistencia, a su manera había luchado plantando cara a los policías, salvando la vida de su marido,

refugiando a Stora en Désertines o asimismo escondiendo, durante varios meses y a petición de la portera, a un joven refractario al STO, el Servicio de Trabajo Obligatorio, en una habitación del servicio situada en la quinta planta.

14

Para superar su angustia y rehuir el tedio, durante la Ocupación había comenzado a escribir. Cuando volvió la paz, retomó sus hojas dispersas y compuso sainetes. Historias de chiquillos traviesos, los suyos, con ella en medio como la abeja reina. Un fiel autorretrato en el que la reconocemos en calidad de niña a la vez que mentirosa, amante, posesiva, madre que lo mismo que el coco mete miedo a sus hijos, jefa rebelde, agitadora profesional. Textos poéticos de amor y de rebeldía. Hizo que los leyera su amigo Adolphe Nuchi, el editor de la revista *Osmose*, quien los publicó en uno de sus diminutos opúsculos con portada surcada por lacerías de color pastel semejantes a ideogramas. Él la animó a continuar.

La que fui ayer apareció en 1955 en la editorial Piñón con un prefacio de Georges Duhamel. Su primera novela describe su polio, aquel cuerpo suyo que ya no le pertenece, el glacial frío que la invade, su primera muerte. Evoca asimismo su otra guerra, la que acababa de librar: ese amante suyo al que llama Michel Barsky escondido, no debajo del suelo, sino en el cuarto de baño; y ella, resucitando, dueña de su destino por vez primera, heroína y no únicamente víctima. Acto seguido, publica otras tres obras igualmente autobiográficas, tres gritos que denuncian su adopción, el racismo de su familia y la salida de su hijo de la burbuja que ella ha creado, un fracaso incomprensible que es vivido como una traición.

En los años sesenta, se lanza a la redacción de «relatos documentales»^[13] sobre los excluidos, los olvidados como ella. Jóvenes discapacitados abandonados a su suerte, mujeres españolas testigos de la intimidad de sus jefes e invisibles, supervivientes de la Shoah encerrados en el silencio frente a una sociedad todavía amnésica, inmigrantes del río Senegal o de Argelia que partieron en busca de un espejismo y sus descendientes, nacidos en suelo francés, «esos chavales que son más de allí que de aquí». Ella grababa sus declaraciones, las reconstruía tal cuales, sin efectos estilísticos, conforme a una literatura que proclamaba la muerte del autor. Entre aquellas semillas sonoras arrancadas de la realidad intercalaba ella su banda magnética interior, su propia voz, concisa y musical.

Tras haber leído *A sangre fría*, aquel libro de investigación de Truman Capote sobre dos jóvenes asesinos de Kansas, ella le otorgó la palabra a Samia, una magrebí desamparada de una urbe de Vierzon a la que pegaba su padre. La chica, que poseía una cierta propensión a la fuga, fue condenada a dieciocho años por la muerte de un conductor que la había cogido en autostop. La prensa la apodó «la autostopista diabólica de la RN6». Ella reconstruyó su sangrante huida y trató de comprender su

premeditado crimen como si fuera un juego de niños, cometido por una chica igualmente perdida y dos cuchillos de cocina comprados en una gran superficie al borde de la autopista. Con ocasión de su primer encuentro en la prisión de Fresnes, mi abuela tuvo que aceptar la silla de ruedas que le presentaron los guardas. Samia la esperaba con su cuerpo inerte sobre una silla semejante a la suya. Unos meses antes, había abierto la ventana de la enfermería y se había lanzado al vacío. Médula espinal fracturada. Impedida para toda la vida. Se hicieron amigas.

Finalmente, se ocupó de los ancianos, otra categoría olvidada por una Francia que todavía no había generalizado el sistema de jubilaciones. En su ensayo *La edad escandalosa*, les pide que describan el asilo de ancianos, los dormitorios de cuarenta personas, las noches agitadas por los gritos, su relegación, la soledad tras el fallecimiento del cónyuge, la buhardilla sin agua corriente o esos seis pisos que ya no pueden subir. También trata de saber cómo los ven los niños, para lo cual hace que circule un cuestionario al respecto por los colegios parisinos. ¿Qué piensas de las personas mayores? Respuesta: son sucios, gruñones, coléricos, no sirven para nada, si no estuvieran habría más espacio en el mundo, hay que ponerlos aparte, en hogares o aldeas reservadas para ellos, o empujarlos a la tumba, procurar que su muerte sea más dulce. Crudas palabras tomadas de los extremos de la vida que ella entremezcla con un humor del color del luto.

La «tercera edad» inspira sus textos más feroces. Es su último combate. Se trata de no parecerse a esas mujeres «grotescas, que no son mujeres, sino copias monstruosas y alteradas que imitan lo que fueron», dice indignada. «Las calles están pobladas por seres que ya no son más, pero yo no puedo soportar mi destrucción». Ser viejo, continúa, no es vivir, sino aguardar lo inexorable. Los llama «vivos inertes», «muertos para el amor, la aventura, la esperanza, los proyectos, los inventos, para todo cuanto se mueve». A la sazón colabora con *Mathusalem*, «el periódico que no teme a los ancianos», un fanzine feminista y *gerontófilo* creado por Dominique Le Vaguerése bajo el influjo de *Hara-Kiri*^[14] y la antipsiquiatría. El segundo número, aparecido en 1976, contenía un dibujo de Copi, una vieja sentada con su bastón ante la lápida de una tumba que dice: «¡Qué ganas tengo de morirme ya, mierda!».

15

En el transcurso de aquel cabal periodo, eso mismo fue lo que estuvo a punto de suceder, sin que yo lo supiera. ¿De qué? Lo ignoro. Algo relacionado con la sangre o con un ataque cardíaco. Ocultaron el suceso. Solo me enteré mucho tiempo después. Igual que la edad, la enfermedad tampoco podía ser nombrada. Sin embargo, debí de advertir su dificultad para desplazarse, su cansancio, su falta de apetito. Curiosamente, no recuerdo más que la repentina diligencia de Jean-Élie respecto a él. A partir de entonces, no lo abandonó jamás. Ajustó su sueño al de él, lo alimentó, lo

asistió, le sirvió de chófer, se convirtió en su negro, se puso a escribir sus obras científicas sobre la medicina escolar, la dislexia o las relaciones entre la psique y el soma.

Incluso lo ayudó a entrar en la Academia de Medicina, su última oposición. Examen humillante que obligó a mi abuelo a vigilar las necrológicas del periódico y a salir a campaña desde el momento en que el nombre de uno de los miembros de su sección aparecía allí. Cada martes por la tarde se presentaba en el palacete de la Rue Bonaparte para asistir a la sesión pública y a duras penas subía la escalera de honor, apoyándose en su hijo mayor a fin de pillar a algunos inmortales no mucho más saludables. Una vez que regresaba a casa en su Fiat, resultaba que nunca había saludado a las personas adecuadas, ganándose así los gruñidos de su esposa.

Estaba ahora acostado sobre la cama transformada en moridero. Medio desnudo, con las piernas separadas ante todos nosotros, reunidos en aquella habitación de una blancura de hospital. Jean-Élie arreglaba la almohada, vaciaba la bolsa urinaria, le curaba aquella mancha oscura que cada vez era más amplia, una infección que había cogido en uno de los servicios de reanimación en los que había estado. A pesar de su pudor, se dejaba hacer como un bebé: esa terrible indecencia que precede al fin. Ya no hablaba. Su boca hundida temblaba y nada salía de ella. Estaba ya en otra parte. Estirada a su lado, ella le peinaba las cejas, le enjugaba la frente, inundaba de lágrimas sus ojos sorprendidos, le susurraba nombres cariñosos, lo palpaba para asegurarse de que seguía allí. No formábamos un cuadro al estilo de Greuze. No lo estábamos velando para asistir a la gran tragedia de la muerte. Mientras él agonizaba en silencio, nosotros debíamos hacer como si no pasara nada.

Cuando volvió a abandonar Rue-de-Grenelle para sustituir la casa por otro de esos mundos esterilizados en donde tiempo atrás había reinado, estaba inconsciente. Ella suplicó poder permanecer a su lado, explicó que su presencia era indispensable, que él no podía vivir sin ella. Él solo, se abandonaría. Se derrumbaría. «Jamás hemos estado separados, jamás», gritaba ella. Ella quería sustraerlo a sus guardianes vestidos de blanco, encerrarlo una última vez en su calabozo, protegerlo una vez más; se agarró a su congelada mano, arremetió contra «los patronos de la muerte» y «sus limpios basureros». Mi padre insistió en hacer venir a un sacerdote. Christian preguntó si un *kadish* no sería más apropiado.

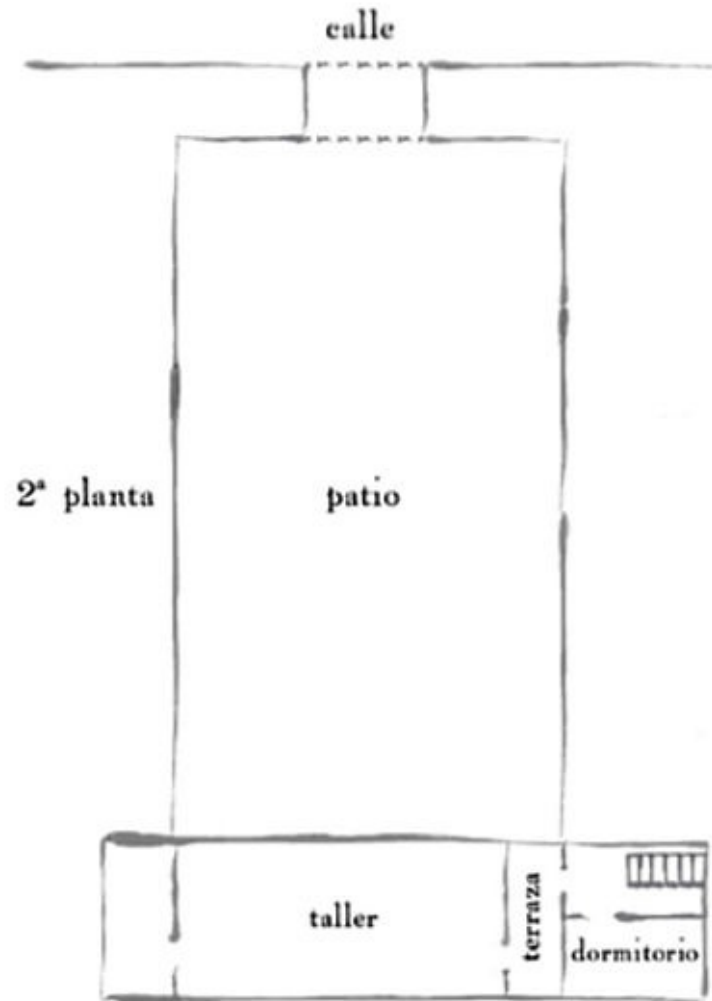
A Ariane y a mí nos apartaron de esta escena final. Igual que del entierro. Por nuestro bien, nos dijeron. Para protegernos. No estoy seguro de que hubiera un verdadero funeral. En todo caso, no hubo ningún paseíllo alrededor de la tumba, ni flores de plástico ni un último homenaje. Ni siquiera sé dónde está enterrado. Tal vez en Thiais, en una de esas necrópolis inmensas al sur de París. Más que de cementerios, podríamos hablar de fosas comunes, de tan anónima como es allí la muerte.

Una vez que él se fue, ella nos miraba como si fuéramos unos intrusos. ¿Cómo podíamos continuar gesticulando, riendo, estando allí cuando él ya no estaba? Éramos

culpables por seguir viviendo. Prorrumpía en alaridos: «¡Id a divertirlos! ¡Dejadme morir en paz!». Se negaba a levantarse. Repetía que todo se había acabado, hablaba de suicidio, pedía ayuda, una última vez, un medicamento, una droga para abreviar su dolor. Después, escondió sus lágrimas y retomó su vida anterior o, mejor dicho, simulaba hacerlo. La procesión iba por dentro.

Por la noche, lo buscaba con la mirada. En el lecho en el que había alumbrado, se quedaba arrimada al lado que siempre había sido el suyo. A su izquierda, no encontraba sino vacío. A su derecha, veía su mesilla negra, desierta, esa que todos bordeaban como si fuera una estela de mármol y, detrás, el vano de la puerta que conducía al interior de aquel intersticio sumido en la sombra, el contorno de la trampilla. «Espero que siempre permanezca escondido», escribe en *Reanimentira*, su último libro. Cuando dejó de acechar su regreso, mandó destruir el escondite. Afirmaba que ya no tenía fuerzas para subir la escalera. En el lugar del agujero se instaló un montacargas.

DESVÁN



Encontraba a Christian en cuclillas, con su pipa en la boca, amasando arcilla en una palangana de plástico. La trabajaba hasta obtener una masa fluida que no debía ser ni fangosa ni friable, la apretaba en una palma de la mano mientras con la otra describía movimientos circulares cada vez más rápidos en el sentido inverso a las agujas de un reloj. Sus gestos febriles y repetitivos, semejantes a los de un derviche en estado de trance, alumbraban unas bolitas de tierra del grosor de una canica. Estaba completamente concentrado en su actividad, como si estuviera retornando a los orígenes del mundo. Parecía estar llevando a cabo —o, mejor dicho, parodiando— el inmemorial ritual de una tribu desaparecida.

Similares a diminutos meteoritos o a excrementos de oveja, sus producciones alineadas delante de él, de distintas proporciones y salpicadas de huellas de dedos y asperezas, revelaban un fracaso, su incapacidad para obtener una esfera perfecta, como si quisiera ilustrar el callejón sin salida en el que se hallaba la obra de arte en «la época de su reproductibilidad técnica». Ya había fabricado miles de ellas, las cuales almacenaba detrás de las vitrinas, marcándolas con una etiqueta al modo de un museo con vocación antropológica. Por lo general, no acompañaban su trasiego las letanías de un chamán indio, sino la voz igualmente hipnótica de Jacques Chancel saliendo del transistor.

Se empecinaba en querer dar forma a una materia que es el enemigo de aquella. Por su rechazo hacia las empresas duraderas y hacia la «verdadera escultura», solía elegir preferentemente sustancias blandas, cuerpos limosos, como la plastilina, que acababan endureciéndose y reduciéndose al polvo. La plastilina que recubría sus aviones de papel se caía a pedazos. Procedía entonces a improvisadas reparaciones, parcheaba los agujeros, igual que un ingeniero aeronáutico con un Concorde que estuviera perdiendo sus láminas de titanio. A partir de terrones de azúcar blanco que, bajo el efecto de la humedad, iban degradándose, componía asimismo misteriosos caracteres cuneiformes reminiscentes de la escritura asiria. Libraba batallas perdidas de antemano. Solía destruir cuanto había hecho para volver a empezar. Le gustaba la idea del fracaso, de la fragilidad de la existencia, de la imposibilidad de salvar aquello que fue.

Vivía en horizontal, pegado al suelo de contrachapado que le servía de mesa de trabajo o de tablilla. Los talleres, siempre luminosos, transparentes, con sus caballetes y sus enormes vidrieras suelen estar dirigidos al cielo. Pero, desde la buhardilla, él

miraba hacia abajo. No podía estar de pie si no era cerca de las vigas de la estructura o debajo de uno de los tragaluces. En los demás sitios, doblaba el espinazo, tomaba asiento en un minúsculo taburete, un simple trípode para ordeñar vacas, o se estiraba sobre un colchón de tela de rayas de dudosa limpieza que ocupaba la parte inferior del desván. La mayoría de las veces se quedaba acurrucado, postrado, como un animalillo temeroso, pegado a su radiador de aceite, en medio de un ovillo de papeles grasientos, desperdicios, conservas empezadas, mechones de pelo crespo, rollos de hojas de aluminio, cartones viejos, platillos viejos, recortes de periódico, prendas de vestir que conservaban el olor del mercadillo donde habían sido compradas y pinceles de cerdas endurecidas por la pintura seca. Su pandemonio pegajoso por las manchas de pintura no dejaba de recordar el espectáculo de desolación del estudio londinense de Francis Bacon.

Estaban también todos sus instrumentos afilados. Sus cuchillos cubiertos con cintas blancas, como los utensilios quirúrgicos de la Edad Media, suspendidos del techo por un alambre y cayéndose de vez en cuando. Sus cuchillas de afeitar en el extremo de palitos colocados en los cajones en orden decreciente. Sus tablones claveteados posados directamente sobre el suelo, suerte de camas para faquires cuyo soporte en forma de balsa estaba siempre envuelto en aquellas ropas blancas de hospital. Sus tenedores, sus bolas de alfileres, sus alabardas. Unas armas que, diseminadas un poco por doquier, obligaban a todos los visitantes a desplazarse con la mayor de las prudencias. Daba a entender que le bastaba accionar una polea o un contrapeso para activar una de sus trampas. De niña, Anne se pinchó con uno de sus estoques. La punta le había atravesado la pantorrilla. Todavía se acuerda del violento dolor, seguido de una sensación de vértigo semejante a un desmayo.

El lugar resultaba a la vez tan aterrador y excitante como un tren fantasma. No sabías si pululabas por una pocilga, una sala de tortura o un parque de atracciones. Se invitaba a participar en una experiencia total que abolía la frontera entre el arte y la vida. Convertido en presa, el espectador se tornaba uno de los elementos de la obra. Al cabo de aquel recorrido sembrado de emboscadas, descubrías una caja de madera lo suficientemente grande para albergar a cinco o seis personas. Un tablero obstruía la entrada de manera parcial. Una vez que los ojos se habituaban a la oscuridad, en el vano se distinguía una muñeca de proporciones monstruosas, revestida con un tejido de lino maculado de pintura color rojo sanguíneo y luciendo la risueña máscara de France Galle. Durante varias semanas, la criatura había estado expuesta en la ventana de un exiguo apartamento del distrito 14.º de París, en la Rue Rémy-Dumoncel.

Nos enzarzábamos en divertidos duelos lanzando una navaja que sujetábamos por la punta. Cada vez que lográbamos plantarla en el suelo, dibujábamos alrededor de su

eje un rectángulo del tamaño de una mano. Cada cual avanzaba hacia el otro hasta el momento en que nuestros cuadriláteros recubrían el conjunto del espacio que nos separaba. El ganador era aquel que había conquistado un territorio más amplio. Una variante de esto consistía en arrojar el cuchillo cerca del adversario, el cual debía entonces colocar su pie en el lugar donde se había clavado la hoja. Tras varias rondas, acabábamos abriéndonos de piernas cual gimnastas. Al primero en abandonar o en perder el equilibrio se le declaraba vencido.

Él no parecía marcar diferencia alguna entre los momentos en que se divertía y aquellos, más solitarios, en los que trabajaba. Fabricaba multitud de objetos que se integraban en nuestros juegos. Barcos de cartón, montañas hechas a partir de lienzo áspero y papel maché, edificios o aviones contruidos con madera ligera. Con todo, obraba una diferencia entre su mundo y el mío. Como un chiquillo egoísta, Christian también confeccionaba juguetes que se guardaba para sí: marionetas, títeres, figurillas. Personajes almacenados aparte, con un estatus ambiguo a medio camino entre el juguete y el fetiche. Todo un batiburrillo tan cómico como inquietante, lo mismo que aquellas cajas de hojalata apiladas a lo largo de la pared que nunca me atreví a abrir, por miedo, quizá, a descubrir algo acerca de nosotros.

Ariane, Anne o yo formábamos parte de sus instalaciones. Habíamos sido absorbidos por su imaginario. Errábamos por sus leyendas. Nos tenía encerrados en cajones metálicos, tras una verja, clasificados como los representantes de una tribu olvidada, haciéndonos desaparecer al exponernos a las miradas. Igual que si fuéramos las piezas de un puzle, se servía de nosotros para realizar un retrato robot que era a la vez el suyo y el de todo el mundo. Anne le prestaba su litera para una batalla de almohadas; mi hermana, sus cubos de madera. Yo, mi cara, mis manos, mis gestos, mi ropa: camiseta de manga corta a rayas, calcetines gordos, pantalones cortos, trenca, jersey con cremallera en el hombro, un par de zapatillas de tenis. Resulta curioso ver cómo una prenda puede estimular la memoria. Cuando las vuelvo a ver exhibidas en público, cada una en su casilla, sobre una hoja de cartón, las imágenes afluyen a mi mente de inmediato. Me vuelvo a ver en el colegio de la Rue Hippolyte-Maindron, en los columpios del Jardín de Luxemburgo, encaramado a la tapia del callejón, correteando por el garaje del inmueble vecino.

Se escondía detrás de nosotros. Junto a otros tantos niños, yo encarnaba su juventud. En la foto ya no soy yo, sino él a los diez años. Visto un pantalón corto y una camiseta que a su vez serán transformados en piezas de museo. Unos desconocidos que muestran el mismo gesto de turbación, tomados también de pie y de frente, con los brazos colgando, igual que en una ficha antropométrica, representan las edades que preceden y siguen a la mía. A todos nos había hecho posar en el mismo lugar, en los escalones del parque Montsouris. El libro finaliza con una imagen de él «a los veinte años» con camisa abierta y pantalones de pata de elefante.

Estábamos esparcidos entre sus inventarios trucados, sus autobiografías imaginarias. Ariane, muy pequeña, en su baño sosteniendo una flor o sentada sobre el

felpudo de delante de la puerta de la cocina mientras se come una papilla de chocolate. Anne o, mejor dicho, Françoise con una diadema en el pelo, jugando en la arena con una pala en la playa de Granville. Los tres hermanos de vacaciones: Jean-Élie, ya adulto con una mano sobre la cadera; mi padre, tocado con un gorro de marinero; Christian, de adolescente, con la mirada perdida. Las únicas fotografías que subsisten de nuestra familia reposan en falsos álbumes de recuerdos. Están camufladas, conforme al principio de la carta robada de Edgar Allan Poe, entre otros negativos tomados prestados a cualquiera: a la gente supuestamente normal, a los Dupont o, más bien, a los Durand.

4

A fuerza de contar nuestra historia una y otra vez, de enlazarla, de burlarse de ella, de petrificarla, de triturarla, de mezclarla con otros relatos, decía que ya no podía separar lo verdadero de lo falso. Llegaba incluso a dudar —y por esa misma razón, nosotros también— de las anécdotas, zócalo de nuestra mitología familiar, algo a lo que llevaba años dándole vueltas. Estas no eran más que los elementos de una biografía oficial presentada como ampliamente ficticia, materiales de una obra voluntariamente impersonal explotados de un modo casi sociológico. De ser sujetos nos habíamos convertido en objetos intercambiables, espejos que devolvían el rostro de cada cual. Nosotros, que flotábamos sin ataduras ni ramificaciones; nosotros, que, debido a nuestros estrambóticos orígenes, a nuestras singulares costumbres, a nuestro rechazo o a nuestra incapacidad para formar parte de cualquier grupo clasificado; nosotros, que pensábamos que éramos diferentes de los demás, hasta el punto de vivir replegados sobre nosotros mismos, finalmente nos parecíamos a todo el mundo.

5

El desván daba a una terracita en pendiente donde el perro hacía sus necesidades. Una puerta vidriera conducía a la escalera principal y a una habitación estrecha que servía entonces de trastero a Jean-Élie. Después de la guerra, preceptores y profesores particulares se habían alojado en aquella habitación alargada que estaba aislada del resto de la casa. Un inglés, un irlandés y, antes de ellos, brevemente, un francés, profesor de latín, el señor Laigle. Al contrario de los dos primeros, que realizaban una estancia lingüística en París, el tercero se escondía.

La presencia de tan numerosos preceptores evidenciaba otra singularidad de Rue-de-Grenelle: los niños no iban a clase.

Durante la guerra, sacan a Jean-Élie del instituto: por precaución, miedo a las redadas y miedo también a las confidencias que podría hacer. Sabe cosas. Probablemente hablaría. Una charla durante el recreo. La pregunta insidiosa de un profesor. Esa lengua que se traba. Esa palabra de más. Ya no abandona a su madre. Un sacerdote del colegio Stanislas viene a darle clases a casa, así como el señor Laigle, un antiguo militante de la Sección Francesa de la Internacional Obrera, pacifista y partidario de los acuerdos de Múnich de 1938 que se había convertido en un admirador de la nueva Europa. «No hay que olvidar que el partido nazi es, por encima de todo, socialista», le gustaba repetir entre una declinación y otra. Un maestro exigente que le infunde el gusto por las humanidades, los idiomas y los grandes autores, como Ovidio o Tácito.

Unos días después del nacimiento de Christian, llega corriendo a Rue-de-Grenelle con el rostro descompuesto. Se desploma delante de mi abuela: «¡El comité de liberación del instituto me quiere cortar el cuello!». Arguye que se trata de un malentendido, jura su inocencia, le suplica que le conceda asilo solo durante unos días a la espera de que la tormenta pase. Ella acepta. Después de todo, el escondite está libre. Su esposo acaba de salir de allí.

En un primer momento, lo instalan en la habitacioncilla del segundo piso. Lo tratan como a un invitado. Comparten con él sus reservas alimenticias casi agotadas, a pesar del hambre que los mortifica. Durante un almuerzo, están reunidos en el comedor alrededor de una lata de sardinas en aceite cuando descubren a un policía uniformado en el patio. Sin ponerse de acuerdo de antemano, el dueño de la casa y el invitado de un brinco se agazapan juntos debajo la mesa. El agente golpea los cristales. Jean-Élie va a abrirle. El hombre se queja de un dolor de tripa. Pide ser auscultado. «Me han dicho que aquí había un médico».

Al cabo de dos semanas, el señor Laigle les da las gracias y abandona el lugar. Jamás vuelven a saber de él.

En octubre de 1944, tras cuatro años de ausencia, Jean-Élie regresó al instituto Louise-Grand. Aprobó la selectividad al año siguiente.

Con la paz restaurada, Luc siguió unos estudios igualmente erráticos. Faltaba a clase varios meses al año, a veces un trimestre entero, generalmente el segundo, el que va de diciembre a febrero. Cuando, de milagro, asistía a clase, sus profesores le reprochaban que estuviera pensando en las musarañas. Se preguntaban si no estaría aquejado de una suerte de cretinismo. No le detectaron la sordera hasta que cumplió quince años.

Christian se negaba a ir al colegio. En el camino, se enganchaba a las farolas

pegando alaridos como si lo estuvieran arrastrando hacia el matadero. Tras una instrucción primaria intermitente y caótica en diferentes establecimientos católicos del barrio donde era tildado de «rabinito», lo sacaron de la escuela de una vez por todas alrededor del décimo curso.

Tanto para uno como para otro, su madre alegó problemas de salud y blandió certificados falsos redactados por su marido declarándolos inaptos para los estudios.

Ella aborrecía todo cuanto le recordaba a su infancia, incluido el profesorado. El castigo contra la pared y los azotes con la regla eran recuerdos en los que la institutriz y la madrina se confundían. Odiaba a aquellas a las que apodaba «torturadoras tituladas» y la horrorizaban los programas, los reglamentos y los horarios. Desconfiaba del Estado y de sus representantes. Era, ante todo, refractaria a una institución que sustraía a sus hijos de su propia autoridad y, más grave aún, que los alejaba de ella. El tiempo escolar era su peor enemigo.

Se transformó en maestra. Encerraba a los suyos en su cámara acorazada y les enseñaba las tablas de multiplicar pellizcándolos cuando cometían una falta. Con su manual de ortografía en mano, salía a campaña para luchar contra sus ortografías deficientes. Les hacía recitar largas listas de excepciones igual que se salmodia un rosario. A la larga hizo de ello su oficio. Se convirtió en ortofonista. Principalmente reeducaba a niños tartamudos o disléxicos. Yo fui uno de sus pacientes más asiduos. Durante años, cada miércoles por la tarde tomaba asiento a su lado, tras la mesilla de Grand-Papa, frente a una pizarra reposada en un caballete. Yo cogía una tiza blanca del canal en saledizo del caballete y, al ritmo de su dictado, trazaba con mano vacilante palabras concebidas como tantas otras trampas en las que me apresuraba a caer.

8

Los tres hermanos vivían entre cuatro paredes. No tenían amigos. Se quedaban demasiado poco tiempo en el mismo cole como para poder entablar amistades y titubeaban a la hora de introducir un cuerpo extraño en su guarida.

Encomendados a sí mismos, establecieron sus propias leyes, erigieron un presidente y formaron un parlamento. La República era frágil. El más pequeño interpretaba el papel de golpista. Fomentaba los golpes de Estado, invadía territorios, mandaba sobre las alineaciones de las mesas y las sillas. El otro chico, un poco mayor, encarnaba al revolucionario. Alzaba barricadas y sostenía la protesta de forma permanente. El hermano mayor hacía de árbitro. Representaba a la cámara alta, negociaba las paces —siempre pasajeras—, velaba por el buen desarrollo de las elecciones y administraba justicia con firmeza al final de los juicios públicos. Los cuartos de baño eran la prisión. Una barrera para niños desplegada en forma de acordeón en el quicio de una puerta hacía las veces de guillotina.

Luc criaba toda suerte de bichos: un conejo, una tortuga, un gato, un perro. Principalmente, palomas. Pero no de esas de la calle, grises y sucias, sino sus primas más nobles: la tórtola diamante, la paloma brava con cola de pavo real, tórtolas de cabeza gris y plumaje cambiante de tonos rojizos. Se trataba de parejas que, a excepción de una paloma capuchina con el cuello de armiño, seguramente se pasaban el día arrullando, balanceando la cabeza en un continuo ir y venir. Para que pudieran retozar a sus anchas, transformó la terraza en pajarera. Recubrió con un enrejado metálico la única parte de la casa al aire libre. En su parque alambrado, los pájaros cohabitaban con los otros animales, no sin drama. Desde el instante en que las plumas estaban al alcance de sus incisivos, el conejo les daba dentelladas. Un día, arrastró a una tórtola hasta su madriguera y la asfixió. En invierno, debido al riguroso frío, Luc repatriaba su granja de animales a su cuarto. El armario donde reposaban sus siete aves estaba blanquecino a causa de los excrementos. El olor no lo indisponía más que sus gorjeos.

9

A pesar de su nombre de esclavo libre, Christian-Liberté jamás abandonaba a su familia. Podía pasarse las horas sin hacer nada, sin abrir la boca. Para que estuviera ocupado, Jean-Élie lo llevaba con él a todas partes. El niño lo acompañaba a la Sorbona y, obediente, aguardaba sentado en el anfiteatro a la espera de que terminara la clase. En su casa, veía la televisión con su abuela, jugaba con sus soldaditos de plomo en el suelo y se inventaba historias. El escondite, ese agujero negro y sucio donde no le permitían adentrarse, lo obsesionaba. A su juicio, este era la prueba de que Rue-de-Grenelle escondía horrores o maravillas. Hacía agujeros en las paredes en busca de tesoros. En su jaula nada le estaba prohibido. Todo era posible, excepto salir.

¿Acaso la reclusión favorece la creatividad? ¿Lo imaginario se desarrolla con mayor facilidad desde el momento en que no se lo confronta con lo real? A los trece años, el benjamín, con la ayuda de la plastilina, ya insuflaba vida a algún *golem* cuando el segundo hermano le manifestó: «Es bonito lo que haces». Miró entonces de otra manera la cosa informe que tenía entre sus dedos y, del modelismo, pasó a un modo de representación pictórico. Se puso a componer cuadros cada vez más grandes sobre tableros de contrachapado. Mientras pintaba masacres de inocentes y ciudades incendiadas, el mayor le enseñaba historia o inglés. Acabó adquiriendo la sabiduría de un *griot*.

Por si acaso, se presentó a la primera parte de la selectividad, dedicada a las pruebas orales. Sus padres apenas si albergaban esperanzas sobre sus posibilidades de éxito. La víspera de los resultados, se llevaron la sorpresa de oír la voz del señor Laigle al teléfono. El profesor de latín no había vuelto a dar señales de vida desde la

Liberación. «Su hijo ha aprobado el examen», les anunció antes de colgar. Formaba parte del jurado. Puede que lo presidiera. Christian, que jamás aprobó el escrito, está convencido de que debe la mitad de su titulación a la benevolencia de un antiguo colaboracionista.

Intrigado por su pasión por la pintura e incapaz de juzgar su valor, su padre lo envió a ver a André Breton. Su antiguo condiscípulo del instituto Chaptal recibió al adolescente en su casa, en su taller del Boulevard Clichy, en medio de sus máscaras y sus fetiches. Le dijo: «Parece usted una muy buena persona. No se convierta en artista. Son todos gente de mal vivir. Es un entorno indecente».

10

Luc fue el primero en salir del círculo mágico trazado alrededor del lecho redentor. Cuando tenía unos quince años reclamó la habitación de arriba. Una exigencia inaudita: abandonar la casamata donde los suyos se atrincheraban cada noche equivalía a proclamar su independencia, a partir a la aventura. Se exiliaba extramuros. Se mudaba a un lugar al que su madre no iría jamás, adonde prácticamente ella no podía acceder, a menos que emprendiera una peligrosa ascensión agarrándose a una vieja cuerda sujeta por anillos metálicos que hacía las veces de rampa y que serpenteaba a lo largo de la escalera. Instalarse en el segundo piso era como tener un pie fuera.

Testarudo, revoltoso y de carácter atormentado, aspiraba a un espacio aislado e independiente. Enriscado en su nido de águila, comenzó a recibir a amigos. La primera vez que invitó a una chica, su madre se apostó en la parte inferior de las escaleras y gritó con una voz grave y burlona, con su voz de loba travestida en ancianita: «¡Aquí huele a carne tierna!». Efecto garantizado: esperó mucho tiempo antes de atreverse a acoger de nuevo a una persona del sexo opuesto.

Comenzó a caminar solo por la calle. Acudía a los cafés del barrio Latino, los cuales le parecían estar situados en el otro extremo del mundo. Abandonaba su vida de anacoreta para encontrarse con un grupo, el suyo: Philippe, Guy, Alain, Jean-Jacques, Monique. Los reunía en una sala interior, alrededor de un pequeño fascículo mimeograñado a mano: un cuaderno de poesía que, muy oportunamente, había bautizado como *Salida de emergencia*. Cada ejemplar contenía una hoja de suscripción, ordinaria (600 francos) o de apoyo (1000 francos), que debería enviarse de vuelta a su dirección, Rue de Grenelle, París 7.º.

Desde su adolescencia, consagraba su tiempo a leer y a escribir poemas. Versos arrancados a su desasosegada infancia que, al ritmo de las canciones infantiles, hablaban de fusiles, de mutilados y de un huerfanito judío.

Han quemado a mi papá
A mi mamá la han destripado
Su cadáver ahí está
Junto a la rueda junto al esbirro
Junto al horno y junto al cuchillo
Junto a los clavos y contra el limo
El pulmón, las heridas y su carrillo

Dorados dientes han hecho con sus sortijas
Para que coman salchichas
Las blancas y fecundas jovencitas

En Múnich con su sangre han hecho fimo
Para que en los públicos regocijos
Cerveza beban los muy ardidos

Al huerfanito judío le duele el semblante
El huerfanito judío conoce demasiados paisajes

El panadero era uno de los sicarios
El cobrador de autobús, un miembro del jurado
Sostenía el soplete el guarda del prado
Y la carnicera reía a carcajadas
Delante de mi madre desmembrada

La sonrisa, la sonrisa
Dos minutos antes de expirar su vida

Con su grasa han hecho cirios
Con su sangre, el fimo
Se han olvidado de un huerfanito judío
Que los odia y los odia por el homicidio

casa de mi madre después de su fallecimiento. El piso, que ocupaba la primera planta de un inmueble haussmanniano de la Rue Philibert-Lucot, ya estaba patas arriba, como si hubieran entrado a robar. Habitaciones que olían a tumba. Muebles vacíos girados de través en busca de comprador. Ropa destinada a Emaús, embutida de prisa y corriendo en bolsas de basura. La publicación se encontraba en una biblioteca de caoba cuyo contenido había escapado a la razia efectuada aquella misma mañana por un librero. Además de la hoja de suscripción, albergaba en su interior dos panfletos doblados y amarillentos por el paso del tiempo, conservados durante medio siglo como si fueran cartas de amor.

El primero, titulado «Soldado, ¿dónde están tus enemigos?», exhortaba a la insumisión a los reclutas que prestaban su servicio en Argelia.

En nombre de tu deber como francés y hombre libre:

—Niégate a participar en las masacres organizadas, los abusos, las torturas de los resistentes argelinos.

—¡Respetar a los prisioneros o a los «sospechosos» arrestados y trátalos como te gustaría que lo hicieran contigo! Tienen derecho a la vida, a la comida y a la bebida en lugar de que se los azote, torture o asesine.

—Resiste a la presión de los elementos fascistas del Ejército y contra el papel de asesino que te obligan a interpretar. Si no lo haces, los soldados del Ejército de Liberación Nacional se verán obligados a tender emboscadas para liberar a su país.

—¡¡Lucha aquí por tu liberación y por la de Argelia!!

—¡Nosotros te apoyaremos!

Reivindicaba el texto un «grupo de jóvenes franceses» en cuyas filas había insumisos y desertores. En el margen de la hoja, alguien —¿acaso mi madre?— había escrito una suerte de nota a pie de página que no remitía a nada sino, quizá, a un juicio retrospectivo de este episodio de su juventud: «la humildad, las torpezas, la taciturna obstinación...».

El segundo comunicado no estaba destinado a ser público. Recomendaba «un trabajo paciente de agitación y provocación» a fin de suscitar en la opinión francesa «una cierta forma de psicosis o escándalo». Para alcanzar semejante objetivo, su autor preconizaba una ampliación del círculo de conjurados:

Debemos movilizar el mayor número posible de personas en nuestro combate clandestino, principalmente a gente a la que podemos pasar material directamente. No arriesgan nada puesto que no hacen nada. Que cada cual cree un fichero en el que aparezcan aquellos de sus amigos susceptibles de estar interesados.

Panfletistas, propagandistas y personas que colgaran los carteles debían identificar los lugares correspondientes a su público objetivo —anfiteatros, pensiones, ciudades universitarias, escuelas, cines, restaurantes universitarios—, esperar veintitrés horas antes de fijar los cartelitos de propaganda o de pintar grafitis en las paredes, evitar hacer pintadas cerca de su domicilio, escribirlo todo a máquina, incluida la dirección que figuraba al dorso de los sobres. Una guía del perfecto propagandista.

Y, sobre todo, hacemos llegar un informe periódico detallando todas estas actividades. Calcular el material difundido y que cada cual nos informe de manera exacta acerca de los diferentes lugares en los que lo ha propagado... Emplear seudónimos en el informe.

Gracias y saludos fraternales,

CHRISTOPHE

¿Quién era Christophe? Seguramente, un alias. Los caracteres tipográficos y la calidad del papel eran idénticos; la forma de frasear y la presentación, análogas. Todo inducía a pensar que ambas cartas emanaban de la misma fuente indicada en el epígrafe de la circular interna: «MAF, Movimiento Anticolonialista Francés. Grupo Dimitrov».

13

Siempre entretuvieron el misterio que envolvía su compromiso, como si jamás hubieran salido de la organización y todavía temieran las consecuencias judiciales, a despecho de las sucesivas amnistías. «Dábanos nuestro apoyo», se limita a decir mi padre. Sostiene que su papel se ceñía a distribuir la literatura del movimiento, conforme al *modus operandi* descrito más arriba. «Tu madre era mucho más activa que yo», repite sin ser más preciso. Se habían conocido con ocasión de una reunión del grupo Dimitrov celebrada en un bar de la Rue de L'École-de-Médecine, La Fourchette, rebautizado después como Bristrot 1. En el seno de la red, cada cual llevaba un nombre de pila falso. Ella se hacía llamar Sophie; él, no lo sé. De cuando en cuando ella iba a Bruselas. ¿Era una transportadora de mensajes? ¿De dinero? El pequeño estudio bajo el tejado que ocupaba en la Rue de l'Abbé-Groult, en el distrito 15.º, servía de buzón y de refugio a los camaradas argelinos.

Alojó a un tal Mustafá el Negro. Más tarde, se enteró de que era el jefe de la federación francesa del Frente Nacional de Liberación argelino. Al hombre no lo capturaron en su casa, sino en otro apeadero del callejón Deux-Anges, en Saint-Germain-des-Prés. A lo largo de una operación realizada en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1961, los agentes de los servicios de inteligencia arrestaron a una treintena de activistas, es decir, la casi totalidad de la dirección del FNL en la metrópolis, así como a una quincena de franceses. Al día siguiente, mis padres regresaron a la Rue de l'Abbé-Groult para quemar todos los documentos que allí se encontraban y, convencidos de que la policía les pisaba los talones, buscaron un lugar donde ponerse a salvo.

Luc pensó en el intersticio. Aun cuando el agujero fuera demasiado pequeño para albergar a una familia, mandó que lo limpiaran por si acaso. Realmente no concebía encontrar refugio a dos pasos del lecho materno. Menos todavía con una mujer tan sensual. Alice Nuchi, la gran amiga de la familia, se ofreció a esconderlos. Durante dos meses se encavaron en un ático que ella no usaba situado en la Rue Folie-

Méricourt. Yo vine al mundo el verano siguiente. Por lo tanto, si mis cálculos son exactos, fui concebido en eso que en la jerga de la Resistencia y del crimen suele llamarse «madriguera».

14

Soy el último en sucumbir. Al menos, eso es lo que se supone. En la última secuencia estoy medio desvestido y miro al vacío mientras me como unos trozos de papel pintado con flores arrancados de la pared. Una sábana lanzada sobre una cuna recubre lo que podemos imaginar que es el cuerpo de mi hermanita. A partir de entonces, estoy solo en el apartamento. Nuestra madre ha desaparecido. Se entiende que se la han llevado a su vez. En ningún momento se explica por qué había decidido emparedarse en su casa y dejarse morir de hambre con sus dos hijos.

Al principio, todo parece normal. Finge estar esperándome a la puerta del colegio con Ariane, de apenas dos años de edad. Hace calor. El verano está a la vuelta de la esquina. Me mezclo con los alumnos que salen del patio en fila de dos en dos. Debido a la presencia de la cámara, me miran como si fuera un animal exótico. Me ruborizo al oírlos cuchichear a mi espalda: «Es un actor». La cartera que llevo cruzada al pecho está vacía. Voy tocado con un gorro de marinero bretón que me divierto en lanzar al aire durante el camino de vuelta.

Mi madre apenas ha cerrado la puerta de entrada cuando la atranca con unas tablas y clavos, baja las persianas, echa las cortinas y sirve la cena delante de un televisor que no emite sino una imagen vacilante y granulosa. La vida continúa, como si no pasara nada. Los días siguientes, en una mesa recubierta con un hule, deja una tarta de cumpleaños y unos regalos, después lee una revista, da un baño a Ariane en una bañera de plástico y contempla —con un aire ausente— cómo le hago muecas a mi hermana.

Una vez que se agotan las provisiones, se le ensombrece el semblante. Ya nunca abandona su silla de formica. Me agito alrededor de su cuerpo inmóvil, tengo un hambre canina, recupero mis instintos de bebé. Primer plano de mí mamando de los senos de mi madre. Unos senos secos como una fuente difunta. La muerte se avecina. No la vemos. Nos limitamos a adivinar su presencia.

El rodaje se desarrollaba en la barriada de Gabriel-Péri, en Saint-Denis. Christian había alquilado una casa con un comedor, cocina y dos dormitorios en el séptimo piso de una vivienda de protección oficial. Sus primeros cortometrajes habían sido realizados sin medio alguno. Esta vez, disponía de un pequeño equipo —un cámara, un ayudante, un iluminador— y de un verdadero guión. Titulada *Reconstrucción de los 46 días que precedieron a la muerte de Françoise Guigniou*, la película se inspiraba en un suceso de la prensa y también reflejaba sus propios miedos. Gracias al dinero del Centro Nacional de Cinematografía podría haber recurrido a actores

profesionales. Sin embargo, para relatar este encerramiento, este suicidio familiar, había preferido extraer a sus actores de entre los suyos.

15

Mi padre me había acondicionado una habitación en el desván, al fondo, detrás de las estatuas de clavos, los cuchillos suspendidos y los apilamientos de metal de Christian. Una oquedad situada en la prolongación del edificio de la derecha. Casi un pabellón individual con su parhilar inclinada y su ventana cuadrada. Todo lo había hecho él: la estantería, el balcón cerrado en el que yo dormía, la escalera de mano de madera que conducía hasta allí, la mesa de caballete y el panel corredizo que separaba el *office*. Exiliado en la parte más remota de la casa, me encontraba como en los confines abandonados de la Tierra. Por la noche, oía el canto de un autillo procedente de un jardín vecino. Tenía la impresión de estar allanando una de las cabañas de los árboles que solíamos construir en Désertines durante las vacaciones.

A la luz de una lámpara de pinza cuya bombilla lucía una suerte de sombrero cónico metálico, daba vueltas siempre a la misma estrategia. Reflexionaba acerca de los medios para escapar a un enemigo anónimo. Aguzaba el oído a la espera de ruidos sospechosos en el patio y concebía planes de fuga cada vez más alambicados. Disponía de una sola salida: el tejado, al cual podría acceder fácilmente por el tragaluz. De ahí, imaginaba que me dejaba deslizar a lo largo de un canal hasta el parque adyacente, con sus árboles habitados por rapaces nocturnas. Podía asimismo esperar a que los asaltantes penetraran en el desván y cayeran en algunas trampas para saltar a la terraza y descender por la escalera de cuatro en cuatro escalones. Me quedaba una última opción: erigir un falso tabique a la entrada de mi cuarto y dotarlo de un agujero de ventilación.

Cada cual intentó escapar a su manera. Aquel espacio cerrado, sumido en el silencio, reacio a cualquier ritual, iconoclasta y ácrono, generaba hileras de cajas de galletas, miles de hojas de contactos, algunos libros de historia y estudios sobre la fonética o las relaciones con los demás.

Una parte de mí deseaba una vida sin paredes. Si el peligro comienza en la esquina de la calle, ¿por qué no ir más allá? Una vez que hube franqueado el porche, me sentí capaz de atravesar cualquier frontera. En el marco de mi servicio nacional^[15], me fui a vivir a El Cairo. Trabajé en el *Progrès égyptien*, un diario local tan deslucido como el mundo cosmopolita, levantino y francófono del que emergía.

Un sacerdote más o menos secularizado dirigía la redacción. Una italiana casi centenaria consagraba lo esencial de su tiempo a alimentar a una horda de gatos hirsutos con trozos de bofes que esparcía un poco por doquier. Una pianista armenia

velaba con cierta indulgencia por el adecuado respeto hacia la lengua francesa. La crítica de cine estaba medio ciega. Un cirujano se ocupaba a ratos perdidos de la correspondencia de los lectores y, ante la ausencia de estos —la mayor parte de ellos había fallecido o estaba exiliada desde hacía varios lustros—, rellenaba su sección con cartas que redactaba él mismo. Las cuestiones que se apresuraba a responder eran, en general, de orden médico.

Tres meses después de mi instalación, Mère-Grand me visitó con Jean-Élie y Anne. Estaba allí al mismo tiempo que estaba en otra parte. Se quedaba inmóvil en la habitación de un impersonal gran hotel con vistas al Nilo. Ni consentidora ni resistente. Pasiva por vez primera, como si se hubiera retirado de ella misma. Era puro espíritu, liberada por fin de su propio cuerpo.

En aquella época, la red telefónica egipcia funcionaba muy mal. Si bien podía recibir llamadas, no podía hacerlas. Para llamar al extranjero era menester desplazarse a la oficina de Correos del barrio de Mounira, un lugar permanentemente atestado, agitado por un ensordecedor tumulto y sostenido por unos funcionarios extremadamente quisquillosos que manejaban sus tampones de cera como armas de guerra y, también, como una fuente complementaria de ingresos. Un día marqué el número de teléfono de Rue-de-Grenelle. Al otro lado del cable, Jean-Élie, con una voz gélida, me anunció que su madre estaba muerta. Muerta y enterrada desde hacía semanas. Nadie me había avisado.

Ignoro qué enfermedad se la llevó y si sufrió. De regreso a París, hallé su dormitorio intacto, pero desposeído de toda huella humana.

Agradecimientos

Querría manifestar mi reconocimiento a Henri Nahum, que me ha permitido comprender mejor la suerte de los médicos judíos durante la Ocupación, y a Frédéric Gugelot, cuyos trabajos sobre la conversión de los intelectuales al catolicismo me han sido asaz útiles.

Querría asimismo expresar mi profunda gratitud a Manuel Carcassonne y a Alice d'Andigné, así como a Éric Aeschmann y François Reynaert.

En último lugar, mi agradecimiento a Emma, Anne, Ariane, Luc, Christian, Jean-Élie por su ayuda y su paciencia.

Glosario^[16]

babushka (babouchka): en ruso significa «abuela» o «anciana». Suele emplearse para referirse a la una típica ancianita rusa del campo (con pañuelo en la cabeza, etc.).
baked beans: plato típico de la cocina inglesa de judías blancas estofadas con tomate.
bersagliere: miembro del cuerpo de infantería del ejército italiano.
brit milá (brit milah): en hebreo, literalmente «pacto de la circuncisión».

Cluedo: juego de mesa inglés de asesinato y misterio en el que se muestran las habitaciones y los pasillos secretos de una mansión campestre por la que pululan los personajes, representados por fichas de diferentes colores. Su nombre deriva de la palabra inglesa *clue* («pista») y la palabra latina *ludo* («yo juego»).

côtelettes Pojarski: generalmente suelen traducirse como «chuletitas o costillas a la Pojarski [Poyarski]» cuando, en realidad, en francés reciben el nombre de *côtelette* por la forma que se da a la carne picada, semejante a la de una chuletita (sin hueso), pero en realidad no es sino carne picada mezclada con pan, ajo y perejil y rebozada con huevo y harina o pan rallado que se fríe en la sartén, es decir, lo que viene a ser un filete ruso. Al parecer el zar Nicolás I de Rusia acudió a una taberna en la que el dueño, Pojarski, le sirvió este plato: tanto fue del gusto del zar que esta preparación alcanzó la fama llevando el nombre del dueño del establecimiento.

éclair: especie de profiterai de forma alargada relleno de crema y cubierto con un baño de chocolate, café, etc, por encima.

golem: en el folclore y la mística judía, el *golem* se refiere a un ser artificial hecho de barro y con forma antropomórfica al que se le insufla vida de manera mágica. Aunque la palabra *golem* (en hebreo, «embrión» o «inacabado») aparece ya en la Biblia y en la literatura talmúdica, su leyenda más famosa data del siglo XVI, cuando el rabino Judah Loew crea un *golem* para proteger a los miembros del gueto judío en Praga de los pogromos.

griot: gran depositario de la tradición oral del África occidental, el *griot* es un narrador ambulante que cuenta historias a través de la música y la poesía. A menudo se le atribuyen poderes sobrenaturales.

harissa: salsa picante típica del Magreb, hecha con pimientos rojos, cilantro, ajo y aceite de oliva, a los que pueden añadirse otros ingredientes.

Hauptsturmführer: rango militar medio dentro de las SS.

jazán (chazan): persona encargada de guiar los cantos y las oraciones en la liturgia judía. También transcrito en castellano como *hazán* o *hasan*.

Judenrat: en alemán, lit. «Consejo Judío». A fin de controlar a la población judía, los nazis establecieron en multitud de guetos de la Europa ocupada sendos *Judenräte*, compuestos por eminentes figuras judías. Entre otras funciones estaban las de realizar censos, confiscaciones o el reclutamiento para diversos trabajos forzados. Estos consejos fueron un medio fundamental para la deportación y exterminación de los judíos europeos. En Francia se estableció un consejo central, la UGIF (Unión General de los Israelitas de Francia), de la que dependían sus dos ramas, una en el norte del país dirigida por los alemanes, la otra en el sur, siguiendo las órdenes de Vichy.

kadish (kaddish): una de las principales oraciones de la religión judía que se recita casi en su totalidad en arameo.

kasher: conforme a las prescripciones rituales judías referentes a los alimentos. Véase *kashrut*.

kashrut (kasherout): el conjunto de preceptos de la religión judía que indica qué alimentos pueden comerse o no. Los alimentos que cumplen estos preceptos se llaman *kasher* (o *kósher*, conforme a su pronunciación en yidis).

klezmer: género musical de origen asquenazí que se toca principalmente en las bodas y otras celebraciones.

Kommandantur: local donde estaba instalado un alto mando militar de la Alemania nazi y los territorios ocupados y, por metonimia, ese alto mando.

Kommando: grupo de prisioneros de guerra encargados de diversas tareas relacionadas con el holocausto judío en los campos de concentración y de exterminio de los nazis.

leberwurst: paté típico alemán.

malosols (molossols): en la cocina rusa y de otros países de lengua eslava, término genérico para los encurtidos, aunque el más famoso es el de pepinillos.

muyiks (moujiks): campesinos rusos.

pâté en croûte: suerte de empanada que suele ir rellena de hígados de diversos animales cocinados con manteca y especias.

pickelfleisch: carne magra en salmuera típica de la región de Alsacia. Se sirve cortada en lonchas finas y se come templada o fría.

Pletzl: el barrio judío de París, situado en el distrito 4. *Pletzl* significa en yidis «plazuela», por oposición a la Place de Vosges, la antigua plaza real, situada también en el barrio del Marais.

rav: «rabino» en hebreo moderno.

revier: abreviación de la palabra alemana *Krankenrevier*, con la que en los campos de concentración se designaba aquella área donde se hacinaba a los prisioneros enfermos.

Tam Tam: modelo de taburete con forma de tamtam, el tambor africano, que fuera diseñado por Henry Massonnet en 1968.

tsitsits: son los flecos rituales de la liturgia judía. Se colocan coincidiendo con las cuatro esquinas del chaleco obligatorio para la oración o *talet*.

vareniki: plato típico de la cocina ucraniana que consiste en pasta con forma de media luna rellena de diversos ingredientes, desde la patata a la carne pasando por la fruta.

Vélocar: vehículo híbrido entre un coche y una bicicleta, con carroza de coche, pero propulsado a pedales. Fue inventado en la década de los veinte por el francés Charles Mochet.

Wehrmacht: las Fuerzas Armadas del Tercer Reich.

[1] *Mère-grand* es la forma antigua de *grand-mère* («abuela») y la que Charles Perrault emplea en su versión de *Le Petit Chaperon Rouge* (1697). Aunque en francés no se trate de un hipocorístico, en castellano se ha venido traduciendo como «abuelita» en las diferentes versiones de *Caperucita Roja*. Sin embargo, por el contexto de esta novela, no nos ha parecido que el diminutivo castellano defina la personalidad de la abuela. En razón de ello, hemos preferido ser fieles al texto original francés y conservar el apelativo *Mère-Grand* sin traducirlo. Este término aparece en el texto siempre en mayúsculas, es decir, por antonomasia la *mère-grand* (nombre común) se convierte en la *Mère-Grand* (nombre propio). Lo mismo sucede con *Grand-Papa* («abuelo»). En cambio, sí hemos traducido los pares *grand-mère/aïeule* de un lado, y *grand-père/aïeul* del otro, respectivamente por «abuela» y «abuelo». El autor recurre asimismo a la antonomasia al referirse al palacete familiar, de modo que *la maison de la Rue de Grenelle* («la casa de la calle de Grenelle») aparece simplemente como *Rue-de-Grenelle*. <<

[2] Se refiere a la tela de la que está hecha la kipá, el casquete que, semejante al solideo, emplean los judíos en las ceremonias religiosas. El color negro lo llevan los más ortodoxos. <<

[3] Durante su mandato como ministro de Instrucción Pública, Jules Ferry (1832-1893) estableció la enseñanza pública obligatoria y laica en Francia. Fue además uno de los principales artífices de la expansión colonial francesa. <<

[4] Estampas populares imprimidas en vivos colores que, por lo general, representaban, la escena de una canción, una leyenda, un acontecimiento histórico o un personaje célebre. Deben su nombre al de la imprenta donde nacieron, Imagerie d'Épinal, fundada en 1796. <<

[5] *Mettre quelq'un au pilori* significa «poner en la picota a alguien». <<

[6] La Caja de Depósitos y Consignaciones es un organismo financiero público francés dedicado a actividades de interés general y que depende del Parlamento. <<

[7] El hotel du Parc se convirtió en la sede del régimen de Vichy, entre 1940 y 1944. Por su parte, el restaurante Chantecler se halla ubicado en el hotel Negresco de Niza.

<<

[8] «Por desgracia no dispongo de más información para usted. Busqué a la familia Boltanski en documentos de Odesa y Balta, pero no encontré nada. Atentamente, Yulia». <<

[9] Palabra con la que, de forma coloquial, se designa a los vagabundos y mendigos.

<<

[10] En alusión a cómo encontró Tristan Tzara el nombre con el que bautizó el movimiento que lideró: abrió al azar un diccionario Larousse y se encontró con la palabra *dada*, que en el lenguaje infantil significa «caballito de madera». <<

[11] En el original «*peine affective et infamante*», juego de palabras con «*peine afflictive et infamante*», que en el derecho penal francés se refiere a la sanción que afecta tanto al físico como al honor del condenado. <<

[12] Mussolini ha dimitido. <<

[13] En el original, *récits vérité*, en referencia al *cinéma vérité*, el movimiento de cine documental que, desde finales de los años cincuenta, liderara el antropólogo y cineasta Jean Rouch. <<

[14] Publicación mensual satírica creada en 1960. En 1970 se convertirá en semanal bajo el nombre de *Charlie Hebdo*. <<

[15] En 1971, el servicio militar en Francia se convirtió en el Service Nationale que comprendía tanto actividades militares como cívicas. Este se suprimió en 1997 en un intento por profesionalizar el Ejército. <<

[16] Las transcripciones de las palabras del yidis, el ruso y del hebreo se han adaptado a la fonética del español conforme a las reglas que dicta Fundéu, salvo los nombres propios. Entre paréntesis señalamos su grafía en el texto original francés. Nuestro más sincero agradecimiento a la Real Academia de la Lengua Española y a la Fundación del Español Urgente por su ayuda a la hora de realizar algunas de las transcripciones de las lenguas mencionadas. <<